
RACHEL
McLEAN
SERIE INSPECTORA LESLEY CLARKE
LOS
CRÍMENES
DE LA PLAYA
DE FÓSILES

Copyright © 2021, 2024 por Rachel McLean

Copyright © 2026, para esta edición Ediciones Pluma Negra

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, lugares, sucesos e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales es pura coincidencia.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Ackroyd Publishing.

LOS CRÍMENES DE LA PLAYA DE FÓSILES

INSPECTORA LESLEY CLARKE

LIBRO 6

RACHEL MCLEAN

Traducido por

M. L. CHACON

EDICIONES
PLUMA NEGRA

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35

Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74

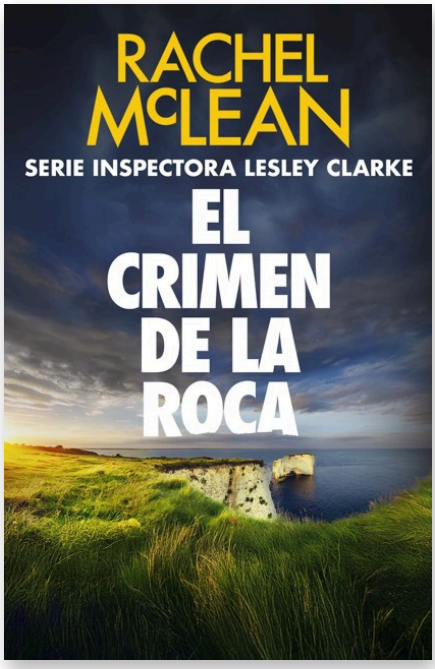
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84
Capítulo 85
Capítulo 86
Capítulo 87
Capítulo 88
Capítulo 89
Capítulo 90
Capítulo 91
Capítulo 92
Capítulo 93
Capítulo 94
Capítulo 95
Capítulo 96
Capítulo 97
Capítulo 98
Capítulo 99
Capítulo 100
Capítulo 101
Capítulo 102
Capítulo 103
Capítulo 104
Capítulo 105
Capítulo 106
Capítulo 107

Agradecimientos
Otras Obras de Rachel McLean

Antes de empezar, queremos regalarte un libro.

Puedes descargar ***El crimen de la roca***, la precuela de esta serie, en este código QR o en el siguiente enlace: http://subscribepage.io/emHMbY.





Rachel McLean escribe thrillers que aceleran tu pulso y hacen trabajar tu mente. Tras convertirse en un fenómeno de la autopublicación, ha vendido millones de copias en formato digital, con un éxito masivo en el Reino Unido y un alcance internacional en

crecimiento. Es autora de la serie *Inspectora Lesley Clarke* y de las series derivadas *McBride & Tanner* y *Crímenes en Cumbria*. En 2021 ganó el prestigioso premio Amazon Kindle Storyteller con *Los crímenes del castillo*, y sus libros regularmente alcanzan el puesto número 1 en la lista de ebooks más vendidos de Bookstat al momento de su lanzamiento.

M.L. Chacón es traductora y editora especializada en novela de suspense. Conoció a Rachel a través del escritor Gregg Dunnett, marido de María y para quien también traduce. María vivió en Dorset durante veinte años. Su conocimiento de esa región y su pasión por el género le han permitido crear una traducción fiel, cuidada y con alma. Esta edición en español nace de una colaboración directa con la autora, con el objetivo de llevar estos thrillers a nuevos lectores sin perder su esencia.

www.edicionesplumanegra.es
Instagram @edicionesplumanegraoficial
Facebook @edicionesplumanegra

CAPÍTULO UNO

El agente Douglas Anderson no estaba teniendo un buen día.

Su hija Poppy lo había despertado a las cuatro de la madrugada y, a pesar de que Naomi se levantó y lo mandó de vuelta a la cama, no había vuelto a conciliar el sueño.

A las seis y media, cuando por fin se dio por vencido, descubrió que la caldera estaba estropeada y que no había agua caliente para ducharse.

Y ahora, a pesar de que el cielo estaba despejado cuando salió de casa, unas gotas de lluvia del tamaño de canicas le salpicaban el uniforme de policía.

Douglas bostezó y se sacudió de pies a cabeza mientras corría desde el coche hasta la comisaría de Lyme Regis, pero solo consiguió que el agua le corriera por la nuca.

Uf.

No necesitaba esto. Sobre todo ahora con el cerebro en reserva por quinta vez en cinco días.

—¡Dougie!

Levantó la vista y vio a su compañera, la agente Wendy Sharman, corriendo hacia él. Se detuvo en seco cuando llegó a él, se inclinó y apoyó los puños en las rodillas.

—Dougie —dijo—. No hay tiempo para entrar. Ha habido un deslizamiento en los Spittles.

—¿Qué? —preguntó todavía con el cerebro en modo neandertal.

—Un deslizamiento. ¿No me has oído a la primera? —Wendy se enderezó y puso los ojos en blanco—. Has vuelto a pasar una mala noche, ¿verdad?

—Lo normal de los bebés —dijo bostezando.

—Ya te lo advertí —dijo al tiempo que le daba un puñetazo cariñoso en el brazo—. Venga, conduzco yo.

Douglas la siguió hasta su coche patrulla, un Astra de poca potencia que a menudo se rebelaba contra la cuesta que llevaba de la comisaría a la carretera principal.

—¿Dónde has dicho que era? —le preguntó.

—En los Spittles —respondió Wendy—. Los acantilados al norte de Lyme Regis.

Douglas movió los hombros para aliviar el cansancio y se abrochó el cinturón. Observó aturdido cómo Wendy sacaba el coche marcha atrás de su plaza. En mañanas como aquellas, a veces se preguntaba si la ley que prohibía conducir bajo los efectos del alcohol y las drogas no debería ampliarse para cubrir las consecuencias de vivir con un bebé de cuatro meses.

Diez minutos después estaban en el aparcamiento de Charmouth Road.

—¿Esto es lo más cerca que podemos llegar? —preguntó mientras Wendy se desabrochaba el cinturón de seguridad.

—Lo siento, colega —le dijo ella—, ya sabes que sí.

Lo sabía. En caso de deslizamiento, se aproximaban desde abajo, no desde arriba. E incluso así, se acercaban desde lejos. Llevaban unos potentes prismáticos en el coche para evaluar los daños desde la playa.

El guardacostas ya habría sido alertado. A veces ellos podían conseguir un mejor ángulo al llegar en helicóptero.

Pero todo el mundo en este pueblo sabía, al menos todos los que no eran turistas, que nunca había que aventurarse en el sendero costero después de un deslizamiento. A menos que quisieras provocar otro.

Conocía el protocolo. Acercarse desde una posición prudente, mantener la distancia, hacer fotografías, evaluar y esperar a que los expertos en protección costera decidieran qué había que hacer.

El ayuntamiento empleaba a ingenieros civiles, especialistas en evaluar el impacto de un deslizamiento y en trazar una nueva ruta para el sendero costero. Tenían planeadas medidas de estabilización del terreno en esa zona, pero todavía no habían empezado las obras. Los ingenieros estaban a muchos kilómetros de distancia, en Dorchester, por lo que no llegarían hasta la hora de comer.

Douglas se subió el cuello de la chaqueta mientras bajaban las escaleras del aparcamiento. Los escalones estaban resbaladizos y el viento le azotaba la piel descubierta de la cara. Donde terminaban los escalones no estaba tan lejos de donde habían empezado en la comisaría, pero aun así, necesitaban el coche lo más cerca posible.

Wendy lo miró.

—¿Vas a cámara lenta?

—¡Oye, no te pases! —Aceleró el paso, bajando tras ella tan rápido como pudo sin resbalar. Abajo, giraron hacia los Spittles, los acantilados a las afueras del pueblo, famosos tanto por sus peligrosas condiciones para caminar como por sus hallazgos de fósiles.

Douglas vio, a medida que se acercaban, una cicatriz en el paisaje. Arcilla fresca marcaba el lugar donde la lluvia de las dos últimas semanas había debilitado la pared del acantilado y finalmente la había hecho derrumbarse hacia el mar. Hizo una mueca, esperando por Dios que nadie hubiera estado arriba cuando ocurrió.

—¿A qué hora se dio parte? —le preguntó a Wendy, jadeando mientras corrían.

—A las seis de la mañana.

Asintió. A las seis de la mañana había estado despierto, a punto de renunciar a dormir. ¿Había oído algo?

No. Su casa estaba al otro lado de Lyme Regis, pasado el famoso espigón del puerto, el Cobb, tal y como lo llamaban en la zona. Ya había permanecido dormido durante otros deslizamientos en el pasado.

Exploró los acantilados que tenían delante. Las casas más cercanas se ubicaban detrás de ellos, más allá del aparcamiento. Las

más cercanas con vistas a los acantilados estaban en dirección a Charmouth.

—¿Quién hizo la llamada? —preguntó.

—El viejo Samuel Waller, de allá arriba, en Black Ven.

Douglas asintió. Samuel tenía ochenta y seis años, pero un oído de gato salvaje. Ya había informado de deslizamientos antes.

—No habrá venido aquí, ¿verdad?

—Que yo sepa, no —respondió Wendy, alzando la voz contra el viento.

«Menos mal».

El fuerte aguacero amainaba y el sol hacía lo posible por asomar por el mar hacia el este. Pero un lúgubre nubarrón se cernía sobre la bahía.

—Deberíamos parar aquí —dijo Wendy.

Douglas casi se chocó con ella cuando se detuvo en seco.

—Perdona, colega.

—Tienes que convencer a esa criatura para que duerma un poco más.

—Eso es lo que hacen los bebés —respondió él—. Dormir de día y mantener a sus padres en vela toda la noche.

Wendy se había llevado los prismáticos a los ojos. Observó con atención el deslizamiento.

—Por eso mismo yo no pienso tener hijos —anunció.

Douglas habría dicho lo mismo hacía cinco años, cuando tenía la edad de Wendy. Pero las cosas cambiaban.

—¿Qué ves? —preguntó.

—Dame un minuto. —Wendy frunció el ceño y escudriñó los acantilados lentamente.

La marea estaba baja y se encontraban en la playa, bajo el paseo de hormigón que salía del centro de Lyme Regis. Allí, la costa era una mezcla de rocas y arena, con claras estrías por la acción de la marea durante milenios. Este era el tramo donde los turistas venían a buscar fósiles en verano, donde Mary Anning había hecho su famoso hallazgo de los ictiosaurios.

Wendy levantó una mano para hacerlo callar. Douglas no había estado hablando.

—¿Qué has visto? —susurró él.

—Chis. Aún no lo sé. —Dio un paso adelante.

—Creía que no era seguro avanzar más —dijo él.

—Sí, pero... —Bajó los prismáticos y se los tendió—. Mira tú mismo y dime qué opinas.

Los prismáticos eran de gran potencia, valían una fortuna. La primera línea de defensa contra los deslizamientos era observar qué daños habían causado ya.

Douglas se pasó la correa por el cuello y se llevó el ocular a la cara.

—¿Qué es lo que busco?

—No te lo voy a decir —respondió Wendy—. Quiero que le eches una ojeada.

—De acuerdo.

Exploró el acantilado. No tardó en localizar el punto donde la tierra se había desprendido. De manera muy lenta, barrió con la vista desde la cima del acantilado hacia la playa. Siguió la línea que la tierra habría tomado al caer hacia el mar. Frunció el ceño.

Volvió a barrer hacia arriba y se detuvo a medio camino.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Yo sé lo que creo que es —le dijo Wendy—. Pero ¿tú qué crees?

—Parece... —Se le encogió el pecho—. Mierda.

Bajó los prismáticos y miró a Wendy.

—¿Había alguien ahí arriba?

—¿A las seis de la mañana? —preguntó su compañera a su vez —. Habría estado oscuro.

—Los dueños de perros pueden ser muy resistentes.

—¡Joder! —exclamó Wendy con un silbido—. Espero que no sea eso.

Douglas volvió a llevarse los prismáticos a los ojos y encontró el punto.

—Son dos —dijo.

—¿Qué dices? —Wendy le arrebató los prismáticos, tirándole de la cabeza con la correa. Él se la quitó y dejó que los cogiera.

—Póntela al cuello —le dijo—. No queremos que se nos caigan.

—Sí, sí. —Wendy se pasó la correa bruscamente por el cuello y volvió a llevarse los prismáticos a los ojos—. Tienes razón. Son dos.

Douglas tragó saliva. Había dos cuerpos ahí arriba. Justo en medio del deslizamiento.

Su compañera lo miró con los ojos muy abiertos. Este era el primer deslizamiento de Wendy desde que había salido de la Academia. Con falta de sueño o sin ella, tenía que tomar el mando.

—Tenemos que llevar a Protección Civil ahí arriba —dijo—. Ahora mismo.

CAPÍTULO DOS

La inspectora Lesley Clarke levantó la vista cuando llamaron a la puerta de su despacho.

Hizo un gesto y el sargento Dennis Frampton, su segundo al mando, entró.

—Jefa —empezó—. Tengo malas noticias.

Lesley se recostó en la silla y se rascó la barbilla.

—Adelante.

—La policía local de Lyme Regis ha encontrado dos cuerpos tras un deslizamiento de tierras esta mañana. —Hizo una pausa.

—¿Eso es todo? ¿Alguna información más?

—El deslizamiento los ha dejado al descubierto. Podrían llevar ahí diez años o solo un par de días —sorbió por la nariz—. O miles de años.

—Entonces, puede que no sea la escena de un crimen.

Dennis se encogió de hombros.

—Estoy esperando a que puedan echar un vistazo más de cerca.

Lesley le hizo un gesto para que se sentara.

—¿A qué te refieres con un deslizamiento exactamente?

Dennis retiró la silla que estaba frente a ella.

—Ocurre con frecuencia en ese tramo de la costa. Los acantilados no son estables, así que, si llueve lo suficiente, la tierra se desprende. Deja al descubierto todo tipo de cosas. Por eso Lyme Regis se llena de buscadores de fósiles cada verano.

—Así que, por lo general, estos deslizamientos solo descubren huesos viejos.

—Fósiles. Trilobites, amonites, trozos de ictiosaurio si tienes suerte.

—Te lo estás inventando.

—No —respondió con una sonrisa.

—Entonces —suspiró Lesley—, ¿dices que la policía local acudió al aviso?

—Sí, los agentes Douglas Anderson y Wendy Sharman de la comisaría de Lyme Regis. Los habrán enviado para asegurarse de que nadie se acerque demasiado a la zona de peligro.

—¿Y creen que tenemos un crimen entre manos? ¿Ha desaparecido alguien por allí últimamente?

—Que ellos sepan, nadie, jefa. Y Lyme Regis es el tipo de lugar donde la policía local sabe todo lo que pasa.

—Vale. —Lesley se puso en pie—. Quiero verlo. Es mejor que este papeleo.

—No está precisamente a la vuelta de la esquina.

—¿No?

—No —dijo—. Vives en Bournemouth, justo al este del condado. Lyme Regis está en el oeste. Justo en la frontera.

—Un paseo en coche, Dennis. Nos sentará bien.

El sargento tosió.

—Si la A35 se porta bien, tardaremos una hora y media.

—¿Puedes sobrevivir tanto tiempo conmigo, encerrado en un coche?

—¿Tres horas ida y vuelta? No sé…

Lesley se rio. Jamás se habría imaginado a Dennis diciéndole algo así ocho meses atrás, cuando acababa de incorporarse a trabajar allí. No cabía duda de que su sargento se había ablandado.

—Podemos ponernos al día, Dennis. Cuéntame tus hazañas de senderismo.

El sargento apretó los labios.

—Estoy seguro de que no querrás...

—Estoy segura de que no. Pero puedes contarme más sobre Lyme Regis por el camino y que el equipo investigue posibles

vínculos con personas desaparecidas mientras conducimos. Vamos.

Él se hizo a un lado para dejarla pasar.

—¿Autorizas horas extra?

—¿Horas extra? —Miró el reloj: las dos de la tarde—. Por Dios, sí. Dile a Pam que llegarás tarde a casa. Seguro que puede guardarte la cena caliente.

Dennis se sonrojó.

—Y supongo que tendré que comprarme un sándwich en la cafetería. ¿Quieres uno?

—Pues no, jefa.

—Como quieras. Venga, vamos a darle la noticia al equipo.

CAPÍTULO TRES

Douglas Anderson estaba en la playa, contemplando la ladera de los acantilados. Los de la científica habían llegado hacía una hora: una mujer baja y regordeta y un hombre alto y espigado en una furgoneta sin distintivos. Habían tardado tres cuartos de hora solo en llegar al lugar donde estaban los cuerpos. Wendy ya estaba allí arriba, acordonando la zona, asegurando el perímetro. Él estaba abajo, en la playa, asegurándose de que ningún curioso intentara subir. Una multitud se había congregado a su espalda y aumentaba por momentos. Intentaba ignorar los murmullos y las especulaciones.

—¡Dougie! —gritó una voz—. ¿Sabes quiénes son, colega?

Sacudió la cabeza sin volverse.

—Todavía no —respondió—. Dejemos las especulaciones a un lado hasta que sepamos lo que ha pasado.

—Menuda chorrada.

Douglas se giró.

—Le agradecería que no...

El que había hablado enarcó una ceja. Era Tom Harrison, el mejor amigo de Douglas del colegio.

—Tom —dijo—. ¿Qué haces aquí?

Tom era el director de uno de los dos únicos bancos que quedaban en el pueblo. Normalmente estaría calentando la silla en su despacho.

—¿Por qué no estás en el trabajo? —preguntó Douglas.

—Día libre. Y parece que he elegido el día adecuado. Aquí hay de sobra para mantenerme entretenido.

—Pronto te aburrirás.

—Van a tener que desviar el sendero otra vez —respondió Tom, ignorando el comentario.

—Así es —asintió Douglas—. Pero no hasta que los de la policía científica hayan acabado.

—Y el ayuntamiento tardará semanas en ponerse a ello.

—Yo no estaría tan seguro —replicó Douglas. Solo quedaban cuatro semanas para Semana Santa. Los turistas empezarían a llegar y el ayuntamiento querría asegurarse de que tuvieran acceso al sendero. Un acceso seguro.

—¿Qué está haciendo Wendy? —preguntó Tom.

—Asegurando la zona.

—¿Qué haces, dejando que una chica haga eso por ti? Deberías estar ahí arriba.

Doug apretó los dientes. Wendy escalaba en su tiempo libre. Tenía buen equilibrio y había insistido en subir sola. Y conocía los acantilados de la zona mejor que cualquiera.

Además, uno de ellos tenía que quedarse abajo. De lo contrario, Tom y todos los demás mirones estarían allí arriba, sacando fotos e intentando identificar los cuerpos.

—¿Es alguien de por aquí? —preguntó una mujer. Anita Hampshire, que al jubilarse hacía seis años se fue a vivir a una casa de campo en Uplyme.

—Lo siento, señora Hampshire —dijo Douglas—, pero todavía no los hemos identificado. Estoy seguro de que...

—¿Seguro que están muertos? —interrumpió Tom.

—Tom —dijo Douglas—, ya he dicho que no especulemos.

—Sigo pensando que deberías estar tú ahí arriba en lugar de Wendy.

Douglas inspiró hondo.

—¿Sabe Naomi algo de esto? —preguntó otra mujer.

Douglas se volvió hacia ella y sintió que se le relajaban los hombros. Era Annie Abbott, su suegra. Se ablandó.

—Hola, Annie —dijo—. La llamé en cuanto lo supimos.

—Me alegro de que no hayas subido. —Lanzó una mirada de reojo a Tom—. No podemos permitir que el padre de Poppy se ponga en peligro.

Douglas sonrió.

—Nadie está en peligro.

Su suegra señaló más allá de él.

—Pues a mí no me lo parece. Dile a Wendy que tenga cuidado, ¿vale?

—Wendy no necesita que yo...

—Es que no puedo ni mirar. —Aun así, los ojos de Annie estaban fijos en Wendy. Se sacudió y se volvió hacia Douglas—. ¿Qué tal van las noches?

—No muy bien —respondió con un bostezo.

Annie le dio una palmadita en el brazo.

—Mejorará. Tú aguanta. Y no dejes que mi Naomi se encargue de todas las tomas nocturnas, ¿de acuerdo?

—No, señora —le respondió con un saludo militar de broma.

—Me trae recuerdos —suspiró Annie—. Tina fue una pesadilla. —Se giró hacia él—. ¿Has oído algo de Tina últimamente?

Tina Abbott trabajaba ahora en la Jefatura de Policía de Dorset, una subinspectora de postín. No se ponía en contacto con gente como él, aunque fuesen familia.

—Me temo que no —dijo él—. Hace meses que no sé nada de ella.

—Me debe una llamada. Por no hablar de una visita para ver a esa niña vuestra. —Su suegra arrugó la nariz, observando a Wendy en los acantilados—. Ya verás como viene. Son el equipo de investigación de delitos graves, al fin y al cabo. Necesitarán que Tina y sus colegas investiguen este caso.

Un murmullo recorrió la multitud. Annie tenía razón, pero a Douglas no le gustaba la idea de que la gente le dijera cómo hacer su trabajo.

—Esperemos a ver qué pasa —dijo.

Se giró para mirar hacia Wendy y los dos de la científica. Wendy había conseguido colocar una cinta alrededor del perímetro del

deslizamiento. Se movía despacio, con el centro de gravedad bajo. Exploraba la zona frente a ella antes de cada paso, comprobando que el terreno era estable. Había hecho bien en dejarla subir a ella en lugar de hacerlo él.

El ayuntamiento llegaría en algún momento para evaluar el deslizamiento y decidir cuánto tendrían que desviar el sendero. Faltaban unas semanas para Semana Santa y los turistas acudirían en masa. Tendrían que darse prisa. Wendy se puso de pie y agitó un brazo enérgicamente para llamar su atención. Él le devolvió el saludo.

Su radio crepitó.

—Agente Anderson, aquí la agente Sharman —dijo la voz de Wendy.

—¿Cómo va todo, Wendy?

—Querrás decir agente Sharman.

A Wendy le gustaba mantener la formalidad cuando usaba la radio.

—Perdón, agente Sharman. Informe.

La miró mientras hablaba por la radio. A esa distancia no distinguía su cara, pero sabía que estaría sonriendo por su sarcasmo.

O quizá no, dado lo que estaba haciendo.

—¿Te puedes alejar de la multitud? —le preguntó su compañera.

Douglas avanzó unos pasos, levantando un brazo para evitar que la multitud lo siguiera. Oyó a Annie reprender a alguien: «Dejad que el chico haga su trabajo».

Wendy estaba de pie en el acantilado, de cara a él.

—Parece que los cuerpos llevan aquí un tiempo —dijo—. Descomposición avanzada. Los de la científica creen que podrían ser años.

Douglas avanzó un paso más y ahuecó la mano sobre el aparato.

—¿Años? —murmuró.

—Sí, Dougie —respondió ella, olvidada toda formalidad—. Años.

CAPÍTULO CUATRO

Lesley abrió la puerta de su despacho y llamó a su equipo.

—¿Entráis un momento, por favor?

Tina estaba al teléfono. Levantó un dedo y Lesley asintió. Mike y Stanley se levantaron de sus escritorios y entraron en el despacho.

—Jefa —dijo Stanley al pasar.

Lesley le dedicó una sonrisa. Habían incorporado a Stanley al equipo de forma permanente, en sustitución de Johnny Chiles. Y ahora el ascenso de Tina les daba un equipo de un tamaño razonable.

Vio cómo Tina colgaba el teléfono y se ponía de pie. La joven llevaba una chaqueta verde, una de las dos que se había comprado desde su traslado al CID. La chaqueta granate que había usado sin parar durante los primeros días de paisana, había acabado en la tienda de segunda mano.

—¿Con quién hablabas? —le preguntó Lesley.

—Con la policía de Lyme Regis —respondió Tina—. Estaba poniéndome al día.

—Así que ya lo sabes.

—Sí, jefa.

—Entra. Repasemos lo que sabemos.

Lesley fue hacia la pizarra, que por ahora estaba vacía.

—A ver —empezó—, se han descubierto dos cuerpos esta madrugada tras un deslizamiento de tierras en Lyme Regis. ¿Dennis?

Dennis gruñó.

Tina levantó la mano.

—Tina —suspiró Lesley—. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

—Lo siento, jefa.

—¿Qué te ha dicho la policía de Lyme Regis?

—El agente Douglas Anderson fue quien los vio. Bueno, él y Wendy Sharman.

—¿Es otra agente? —preguntó Lesley.

Tina asintió.

—Dougie es mi cuñado.

Lesley enarcó una ceja.

—¿Eres de Lyme Regis?

—Mi madre todavía vive allí.

—Muy bien —dijo Lesley—. El conocimiento de la zona será útil. Nunca he estado en Lyme Regis. No sé nada del lugar.

Se apoyó en su escritorio y cogió el paquete de galletas que había dejado allí antes. Se metió una en la boca, luego vio la mirada de Mike y le ofreció una. Cuando el paquete hubo dado la vuelta a la sala, miró a Tina.

—Será mejor que tomes las riendas, agente Abbott. Cuéntanos qué tenemos.

Tina se frotó las manos y cogió un rotulador. Dibujó un plano rápido de Lyme Regis en la pizarra: el puerto, una carretera que se curvaba hacia él y la playa al norte.

—Esto se llama Spittles —dijo señalando la playa—. Es un lugar donde los deslizamientos son frecuentes. No ha parado de llover las dos últimas semanas, lo cual habrá debilitado el terreno. Anoche los acantilados finalmente cedieron y dejaron al descubierto dos cuerpos.

—¿Quién dio el aviso? —preguntó Mike.

—Ni idea. Seguro que Dougie ya está con ello. El agente Anderson, me refiero. —Tina sonrió—. Esto va a ser raro.

—¿A qué altura? —preguntó Stanley.

Tina pinchó el dibujo con el rotulador.

—Más o menos a la mitad, pero probablemente estaban más arriba cuando los enterraron.

—¿La policía local cree que los enterraron? —preguntó Dennis.

—Esa es la teoría —dijo Tina—. Dougie dice que hay indicios de que llevaban ahí bastante tiempo.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Lesley, recostándose en su silla.

Tina se encogió de hombros.

Dennis se volvió hacia Lesley.

—Gail Hansford y su equipo ya están allí; examinarán la escena a fondo.

Lesley estaba gratamente sorprendida. El trayecto desde la casa de Gail en Swanage hasta Lyme Regis era quizá el más largo que había en la zona sin salir del condado. Pero, por otro lado, Gail parecía tener un sexto sentido que la hacía llegar rápidamente a las escenas del crimen.

—Por ahora —continuó Tina—, parece que llevaban allí bastante tiempo.

—¿Qué significa «bastante tiempo»? —preguntó Dennis.

—No lo sé con exactitud, sargento. Unos cuantos años como mínimo.

Mike silbó.

—Muy bien —dijo Lesley—. Así que podríamos estar ante un caso sin resolver. ¿Cuándo sabremos exactamente cuánto tiempo llevaban allí?

—El forense está de camino —respondió Tina—. Con suerte, lo podrá determinar con mayor precisión.

—No tanta precisión —protestó Dennis—. Ni el mejor forense del mundo podría confirmar la fecha de la muerte tantos años después.

—Van a llamar a un especialista —le informó Tina—. Un arqueólogo forense. Especialista en la composición del suelo de ese tramo de costa. Eso habrá influido en la descomposición.

—Y luego están los casos antiguos —añadió Lesley—. Mike, Stanley, quiero que busquéis en HOLMES. A ver si encontráis algún caso de doble desaparición.

—De acuerdo, jefa. —Mike tomó nota en su libreta—. Zona de Lyme Regis.

Dennis puso los ojos en blanco.

—A ver, Mike. No va a ser la zona de Bournemouth.

Mike hizo una mueca pero no dijo más que «sargento».

Dennis miró a Lesley.

—Tenemos que ir para allá, averiguar qué está pasando y hablar con los que están en la escena.

—Sí —asintió Lesley—. Pero cambio de planes, Dennis. Quiero que Tina venga conmigo. Tú quédate aquí y dirige esta parte de la investigación.

—¿A Tina? —Dennis frunció el ceño—. No sería mejor…

Lesley le lanzó una mirada severa.

—Tina es de Lyme Regis. Conoce a la policía local, a los vecinos y, si no me equivoco —miró a Tina para buscar la confirmación—, estará familiarizada con el terreno.

Tina asintió.

—Llevo pateando esos acantilados desde que era niña.

—Perfecto —dijo Lesley—. Eso igual nos ayuda a identificar dónde se abandonaron los cuerpos.

—De acuerdo, jefa —dijo Tina.

—Dennis, alguien tendrá que encargarse de cotejar las pruebas y hacer el seguimiento de los análisis forenses y patológicos. —Consultó su reloj: pasadas las tres de la tarde. Iba a ser una noche larga—. Vamos, Tina, pongámonos en marcha.

CAPÍTULO CINCO

—¿Quieres que conduzca, jefa? —preguntó Tina mientras se dirigían al coche de la inspectora.

—No te preocupes, Tina. Conduzco yo —le respondió Lesley—. Tú aprovecha para hacer unas llamadas.

—De acuerdo.

Tina se deslizó en el asiento del copiloto. No le gustaba ir de pasajero. Cuando trabajaba de uniforme había pasado cuatro años muy feliz al volante de coches patrulla y disfrutaba de la sensación de control que le daba conducir. Ir sentada junto a otro conductor le daba ganas de coger el volante.

Para cuando llegaron a la A35, Tina ya había hecho su primera llamada. Dejó el teléfono en su regazo.

—Era Dougie. El agente Anderson. No hay novedades.

La inspectora resopló.

—Llegaremos pronto. ¿Por qué no llamas a Gail y le preguntas cómo va el análisis forense?

—¿Crees que encontrarán algo?

—El análisis forense no consiste solo en la búsqueda de objetos abandonados. La ubicación de los cuerpos también es importante. Quizá encuentre pruebas de dónde los enterraron.

—¿Damos por hecho que se trata de un asesinato?

La inspectora la miró de reojo.

—Si hubiera sido un suicidio, estarían al pie de los acantilados o la marea se los habría llevado. Una muerte accidental es una posibilidad, pero poco probable. Los habrían encontrado hace años. Estoy bastante segura de que los enterraron.

Tina asintió.

—En lo alto de los Spittles.

—¿De los qué?

—Es el nombre que le dan en la zona a los acantilados.

La inspectora se encogió de hombros.

—¿Quieres que te releve un rato al volante, jefa?

—Sí, en el próximo apartadero cambiamos. Háblame de tu familia. ¿Douglas Anderson es tu cuñado?

—Está casado con Naomi. Mi hermana. —Tina se mordió el labio —. Jefa, ¿podré escaparme diez minutos para visitarla mientras estemos allí?

Todavía no conocía a Poppy, la hija de Naomi. Entre el trabajo y el examen de inspectores no había tenido tiempo. La niña tenía cuatro meses. Seguro que estaría irreconocible en comparación con las fotos que Naomi le había enviado las primeras semanas. La madre de Tina estaba enfadada porque aún no había ido a visitarla. Esperaba que a Naomi le alegrara verla.

—No puedo prometerte nada —dijo la jefa—. Pero como tu cuñado está involucrado en el caso, estoy segura de que no habrá problema si te escapas diez minutos.

—Gracias. —Tina apretó el puño en su regazo. Había estado evitando a Naomi, esquivando sus llamadas.

—¿A qué se dedica tu hermana? —preguntó la inspectora.

—Es profesora. Aunque ahora está de baja por maternidad.

La jefa enarcó una ceja.

—Ahora entiendo por qué quieres visitarla. ¿Qué tiempo tiene el bebé?

—Cuatro meses. —Tina sintió que el calor le subía por el cuello. No estaba de humor para hablar de bebés en ese momento—. Voy a intentar llamar a Gail otra vez. —Cogió el móvil antes de que la inspectora se pusiera a hacerle más preguntas sobre su familia.

—Vale —dijo la inspectora. Pasó de largo un apartadero.

Tina lo vio desaparecer tras ellas mientras marcaba.

—Gail, soy Tina Abbott.

—Hola. ¿Estás con Lesley?

—Sí, vamos de camino. Llegaremos en unos... —miró el navegador— veinticinco minutos.

—Pregúntale por el médico forense —dijo la inspectora.

—La pongo en altavoz. —Tina colocó el teléfono en su regazo.

—Lesley, ¿qué sabes? —preguntó Gail.

—Los cuerpos llevan allí unos años. ¿Estáis más cerca de saber exactamente cuánto tiempo?

—He buscado indicios de dónde los dejaron, pero no siento que haya avanzado mucho. Están en mal estado. Espero que el médico forense nos diga más.

—¿Va a ser Whittaker o Fiona Brightside?

—Ninguno de los dos. Nos encontramos más cerca de Exeter. Viene alguien de allí.

—Eso está fuera del condado —dijo la jefa con el ceño fruncido.

—Es el depósito de cadáveres más cercano —intervino Tina.

—Los médicos forenses no trabajan con las mismas demarcaciones que nosotros —añadió Gail.

—De acuerdo —dijo la inspectora, mientras pasaban por otro apartadero.

—Jefa —masculló Tina—, creía que ibas a dejarme conducir.

—Ya casi estamos. Conduces tú a la vuelta.

Tina se encogió de hombros y jugueteó con las manos en el regazo.

—¿Se está poniendo marimandona, Tina? —preguntó Gail.

—Claro que no.

Gail se rio.

—Conozco a Lesley. No le pases ni una.

Tina se sonrojó. La inspectora era su jefa. Si alguien tenía que aguantar algo, era ella.

—Gail tiene razón —dijo la inspectora—. En este caso, tú tienes conocimiento de la zona. No te cortes si hay algo que deba saber. Gente, lugares...

—Por supuesto, jefa.

—Díselo tú, Lesley —dijo Gail—. Tina, nos alegramos de tenerte aquí.

«No me trates con condescendencia», pensó Tina. Miró por la ventanilla.

—Avísame si surge algo más —dijo la jefa, alzando la voz para que se la oyera por el teléfono—. Te diremos cuando estemos cerca.

—Gracias. —Gail colgó. Tina dejó el móvil en su regazo.

—Entonces, ¿cómo es Lyme Regis? —preguntó la jefa mientras giraban a la izquierda en la rotonda para evitar Bridport—. ¿Un pueblo pequeño?

—Bastante. Y muy unido. El tipo de lugar donde todo el mundo se conoce. Excepto en verano.

—¿Turístico?

Tina sonrió.

—Y eso no es nada. La población se cuadruplica en verano. Naomi siempre intenta convencer a Dougie de que se vayan en agosto, para quitarse de en medio, pero a él le gusta quedarse. Y ya sabes cómo va esto. Cuando los guiris están en el pueblo, es cuando sube la delincuencia. Dougie dice que no pueden prescindir de él. Yo creo que simplemente le gusta trincar a los borrachos de fuera.

—¿Él también es de allí? —le preguntó la jefa.

Asintió. Había ido al colegio con Dougie. De hecho, salieron durante tres años hasta que decidió que la policía local no era para ella. Él se quedó en el cuerpo de policía local y empezó a salir con su hermana. Ahora estaban casados y tenían a la niña.

Se volvió para mirar por la ventanilla, secándose una lágrima del ojo.

—¿Va a ser difícil para ti? —La jefa la estaba mirando—. Por favor, no me digas que el agente Anderson y tú no os lleváis bien.

Tina negó con la cabeza.

—Con él todo bien. Es solo que...

La última vez que había estado en casa durante un tiempo considerable fue la primavera pasada, para el funeral de su padre. Desde entonces, había visitado a su madre, pero no lo suficiente.

¿La perdonarían?

—¿Hay algo que deba saber? —preguntó la inspectora.

—No. —Tina se frotó los ojos. Se le habría corrido el rímel—. Solo cosas de familia. Dougie es majo y es un buen poli. Me alegro de que fuera él quien los encontrara.

—Vale. Faltan dieciséis kilómetros. ¿Dónde aparco?

—Yo te doy las indicaciones.

—Bien.

El móvil de Tina sonó. Activó el manos libres, agradecida por la distracción.

—Subinspectora Abbott —dijo, resistiendo una sonrisa. Todavía se estaba acostumbrando a su nuevo cargo.

Una voz masculina sonó por la línea: grave, sin acento.

—¿Hablo con la persona adecuada sobre los cuerpos que se han encontrado a las afueras de Lyme Regis?

Tina se enderezó en su asiento.

—Sí. Estoy con la inspectora Clarke, la jefa de la investigación. Vamos de camino. ¿Es usted el médico forense encargado?

Tina esperó a que la inspectora hablara. No lo hizo.

—Lo seré —respondió el médico forense—, en cuanto salga de este atasco. Solo quería avisarles de que estoy en camino.

—¿Cuándo calcula que llegará?

—Un momento... ¡Oiga, que no puede ir por ahí! Perdone, era solo... Tardaré una media hora más o menos, pero no puedo asegurarlo.

—De acuerdo. Gracias.

Colgó.

La inspectora miró a Tina.

—¡Qué bien! Nos ha tocado un médico forense con un poco de iniciativa.

—Está atrapado en un atasco.

—Pues por eso.

—Esperemos que sea capaz de datar los cuerpos, darnos una edad más específica.

—Esperemos —repitió la inspectora.

Redujeron la velocidad al acercarse a Lyme Regis. Tina sintió un escalofrío de familiaridad recorrerle la piel. Estaba en casa.

—Vale —dijo la jefa—. Llama rápido a Mike y dile que junto con Stanley busquen en los casos archivados. Si encuentran algo que coincida, nos ayudará a corroborar lo que diga el médico forense.

—Sí, jefa —respondió Tina.

Marcó el número de Mike mientras pasaban la señal de «Bienvenidos a Lyme Regis». Tenía que traerlo algún día. Le gustaría enseñarle a Mike dónde había crecido. Pero no estaba preparada para presentárselo a su familia. Todavía no.

CAPÍTULO SEIS

—A ver, chicos —dijo Dennis—. ¿Qué habéis encontrado hasta ahora?

Mike levantó la vista de su escritorio.

—Me temo que no mucho, sargento.

Dennis se levantó y estiró los brazos. Llevaba demasiado tiempo sentado. Habría preferido ir a Lyme Regis con la jefa. Entendía la lógica de llevar a Tina, pero aun así... ¿llevar a la menos experimentada del equipo como segunda al mando en la investigación de un doble asesinato?

Se sacudió la frustración y se acercó al escritorio de Mike.

—¿Algún caso antiguo sin resolver?

—Solo uno con dos personas implicadas. —Mike señaló la pantalla—. Una pareja. Edgar y Dorothy Williamson desaparecieron en Bournemouth hace seis años. La Brigada de Investigación Criminal sospechaba que su hijo los había matado, pero nunca encontraron los cuerpos y no llegaron a imputarlo.

Dennis arrugó la nariz.

—Eso está bastante lejos de Lyme Regis, ¿no? ¿No tenemos nada por esa zona?

Stanley levantó la cabeza.

—Sargento, ¿una sugerencia?

—Adelante.

—¿Qué hay de Devon? Puede que ellos sepan más.

—Buena idea —dijo Dennis—. ¿Hay algo en el sistema?

—Nada, sargento. —A Stanley se le hundieron los hombros.

—Bueno —replicó Dennis—. Vamos a ponernos en contacto con la policía de Devon y Cornualles. Averigua si saben algo que no esté en la base de datos. Stanley, ya que lo has sugerido tú, ¿puedes hacer esa llamada?

—Sí, sargento. ¿Con quién tengo que hablar?

—Pues no sé. —Dennis frunció el ceño—. Se lo comentaré a la jefa. De hecho —continuó, sintiendo un escalofrío recorrerle la piel —, creo que debería consultarlo también con el superintendente. Puede que los de Devon y Cornualles quieran participar, dada la proximidad con su territorio.

—No queda nada lejos —dijo Mike—. La playa de Lyme Regis está, ¿a qué?, ¿cuatro kilómetros de la frontera con Devon?

Frontera. Dennis sonrió. Al fin y al cabo, no se trataba de una frontera internacional con agentes de aduanas y registros antes de cruzar, aunque había conocido a gente que no se habría quejado si el ayuntamiento hubiera introducido medidas así.

—Seguid buscando en el sistema —dijo—. Probad con los informes de prensa y en HOLMES. Yo hablaré con el superintendente.

CAPÍTULO SIETE

Tina guio a Lesley hasta un aparcamiento en la carretera de acceso a Lyme Regis. Se encontraban muy por encima de la playa. A sus pies se extendía el mar.

—Entonces, ¿a qué distancia estamos de donde te criaste? —preguntó Lesley mientras bajaban del coche.

—No mucha. Mi madre vive en Anning Road, ahí abajo. —Tina señaló hacia el pueblo.

—¿Tu madre sigue viviendo allí?

—Sí —dijo Tina con una sonrisa—. Se mudó allí la noche de su boda y dice que de ahí saldrá con los pies por delante. Le encanta este sitio.

Lesley se preguntó cómo sería pasar toda la vida adulta entre las mismas cuatro paredes. Solo en el último año había tenido tres domicilios distintos.

Caminaron hasta una cancela, desde donde un sendero bajaba a la playa. Lesley alcanzaba a ver Charmouth a lo lejos, pero un seto ocultaba Lyme Regis.

—¿Es aquí donde están los cuerpos? —preguntó.

—Bueno, es lo más cerca que hemos podido aparcar —explicó Tina.

Abrió la cancela de un empujón y Lesley la siguió por un sendero, al que seguía un tramo empinado de escalones.

—¿Dices que tu cuñado ya está aquí?

—Está con los de la científica.

Lesley asintió. No estaba segura de cómo Gail había conseguido llegar antes que ellas, pero se alegraba de que lo hubiera hecho.

Al final de los escalones, una pasarela elevada de hormigón se extendía en ambas direcciones, paralela a la playa y muy por encima de ella. No era lo que Lesley se había esperado.

—No es precisamente bonita.

—No es ese tipo de playa. Al menos, esta parte no. Es poco profunda, la marea sube mucho. Construyeron estas defensas en 2013.

—Seguro que a los lugareños les encantó.

Tina tomó una bocanada de aire antes de contestar.

—Fue... controvertido.

Giró a la izquierda y Lesley la siguió. Tras una antiestética barrera metálica, otro tramo de escaleras, esta vez de hormigón, bajaba a la arena. Más allá había una zona acordonada. Varias figuras se movían por allí: tres agentes de uniforme y dos de la científica con trajes blancos. Buena señal.

Al pie de las escaleras, Lesley se adelantó a Tina. El conocimiento de la zona de la subinspectora era útil, pero la jefa de la investigación era ella.

La primera agente con la que se topó era una mujer baja con una mata de pelo negro enmarañado. Lesley le tendió la mano.

—Usted debe de ser la agente Sharman.

La mujer hizo una inclinación, casi como una reverencia.

—Sí, señora. ¿Es usted la inspectora Clarke?

Lesley enarcó las cejas.

—Lo soy. ¿Quién está al mando?

La agente señaló a su espalda.

—Gail Hansford es la encargada de la escena del crimen. Y mi sargento, el sargento Connor, estaba supervisando la situación hasta que llegaran ustedes.

Un hombre mayor se acercaba. Era delgado, con el pelo ralo y los galones de sargento. Lesley caminó hacia él.

—Inspectora Clarke —se presentó—. Me han enviado desde Winfrith para dirigir la investigación.

—Sargento Connor —respondió él—. Me alegro de tenerla aquí, señora. —Miró a Tina por encima del hombro de Lesley—. Y agente Abbott.

—Subinspectora Abbott. Aprobé el examen.

Al sargento se le abrieron los ojos como platos.

—¿Por qué no me lo dijo Dougie? ¡Enhorabuena, subinspectora Abbott! —Sonrió y luego volvió a mirar a Lesley, con la sonrisa desvanecida—. Disculpe, señora.

—No hace falta que me llame señora.

Él frunció el ceño.

—Preferiría... si no le importa, señora.

Lesley apretó los dientes. «De acuerdo».

—Entonces, ¿qué tenemos? —preguntó.

—Sígame, señora... por favor.

La condujo hasta el cordón policial y se detuvo.

—La pondré al día aquí. Cuanto menos tiempo pasemos al otro lado de esta cinta, mejor.

—¿Todavía no es seguro? —preguntó Lesley.

Oyó voces a sus espaldas. Un agente de uniforme estaba con Tina, muy juntos. ¿Sería el cuñado de Tina?

—Me temo que no —respondió el sargento Connor—. No nos hace ninguna gracia que los de la científica estén ahí arriba, pero insistieron en que necesitaban examinar la escena.

—¿Qué pueden hacer para asegurar la zona? —preguntó Lesley.

—Ya hay un equipo en lo alto del acantilado examinando el terreno. Harán un análisis, estimarán la humedad del suelo por encima del punto que se ha desprendido. Intentarán calcular la probabilidad de que vuelva a ocurrir.

—¿Es algo habitual?

—Puede serlo. No queremos correr el riesgo.

—Desde luego que no.

Lesley observó a los agentes de la científica, preguntándose dónde estaría el forense. Si venía de Exeter, ya debería haber llegado.

—¡Gail! —llamó a su amiga.

Uno de los dos agentes de la científica se enderezó. Se puso las manos en los riñones y se estiró, luego se giró hacia Lesley y la saludó con la mano. Se acercó a ellos con cuidado, con paso vacilante y la vista fija en el suelo.

—Lesley —dijo—. ¿Así que te han puesto al mando?

—Así es —respondió Lesley—. Estos cuerpos, ¿llevan aquí unos años?

Gail asintió.

—Estamos examinando su ropa. Relojes, ese tipo de cosas, para intentar calcular su antigüedad. El forense y el arqueólogo forense analizarán los cuerpos. El sargento Connor no tiene constancia de ninguna desaparición reciente.

—No solo recientes —dijo Connor—. Llevo treinta y dos años trabajando en la comisaría de Lyme Regis y no tenemos ni una sola desaparición sin resolver.

—Es un buen historial —dijo Lesley.

—Sin resolver, señora. No digo que aquí no desaparezca gente. Solo que los hemos encontrado a todos. —Dudó—. Normalmente al pie de los acantilados, después de una marea alta.

Lesley miró más allá de él, hacia el terreno removido.

—Entonces, ¿llevan aquí más de treinta y dos años?

Gail negó con la cabeza.

—Creo que se han conservado por la tierra, pero no tanto tiempo. Se trataría de unos pocos años. Es posible que no sea una desaparición local.

—Genial —dijo Lesley—. Así que buscamos un caso antiguo de desaparición, de cualquier lugar fuera de Lyme Regis.

—Lo siento —dijo Gail.

—No pasa nada. —Lesley miró a Tina—. Nos gustan los retos, ¿o no?

CAPÍTULO OCHO

Gail cruzó el cordón policial. Mientras Lesley y Tina observaban, Lesley oyó un movimiento detrás de ellas. Se dio la vuelta y vio que se acercaba un hombre alto de pelo oscuro. Llevaba un gorro de lana y un forro polar sobre un traje gris, y cargaba con un gran bolso de viaje.

—¿Dónde me necesitan? —preguntó él.

—¿Perdón? —respondió Lesley.

—Disculpe. He venido con un poco de prisa. Soy el doctor Bamford, el patólogo. ¿Dónde están los...? —Miró hacia adelante y vio a los de la científica con sus trajes blancos—. No importa. Iré a hablar con ellos.

—Espere un momento —dijo Lesley mientras el patólogo se dirigía al cordón—. Soy la inspectora Clarke, la investigadora principal en este caso. Quizá le convenga hablar conmigo primero.

Él se detuvo y se volvió hacia ella.

—Inspectora Clarke —dijo, y le tendió una mano—. Vaya. Parece que hemos empezado con mal pie.

Lesley le estrechó la mano.

—Seguro que lo solucionamos. —Lo observó con atención. «¿Será este patólogo como Henry Whittaker, brusco y grosero, o como Fiona Brightside, concisa y eficiente?».

El hombre se echó hacia atrás, sonriéndole.

—No la conocía. ¿La han enviado de Exeter?

—De Winfrith. Del equipo de investigación de delitos graves de Dorset. Seguimos en Dorset, por si no se había dado cuenta.

—Ya veo. Esto se va a poner interesante.

—¿En qué sentido?

—Bueno… —Hizo un gesto hacia ella y luego hacia el cordón—. Con todo esto de... —Frunció el ceño—. No habrá problema. ¿Qué puede decirme?

—Para serle sincera, la subinspectora Abbott y yo acabamos de llegar también. Gail Hansford es la jefa del equipo forense, y nos ha dicho que hay dos cadáveres y que llevan ahí bastante tiempo.

El patólogo asintió y continuó:

—¿Cuánto tiempo llevan ahí?

—Creo que eso le corresponde a usted determinarlo.

—Por supuesto. —Miró hacia los agentes de la científica.

—Entonces, ¿va a acercarse? —preguntó Lesley, que sintió cómo Tina se movía nerviosamente detrás de ella.

—Eh... sí, claro. Después de usted. —Le hizo un gesto con la mano.

—Me han dicho que me quede a este lado del cordón. —Lesley miró a Tina otra vez—. Pero quiero observar. Tina, quédate aquí.

Levantó el cordón y se agachó para pasar por debajo. Más adelante, el compañero de Gail la agarró del brazo. Gail se giró.

—¡Esta zona no es segura!

Lesley señaló a Bamford.

—Estoy con el patólogo. Soy la investigadora principal, Gail, tienes que dejarme observar.

Gail miró a su compañero y luego al suelo detrás de ella. Lesley solo veía uno de los cuerpos; el otro estaba casi completamente oculto por la tierra.

—Lo siento —dijo Gail—. Sé que estás impaciente por echar un vistazo. Pero no puedo dejarte subir hasta que nos den el visto bueno los que están en lo alto del acantilado.

—¿Cuánto tardarán?

—Lo que tengan que tardar.

—Pero ustedes están ahí arriba —dijo el doctor Bamford—. Seguro que es igual de peligroso para ustedes.

Gail se encogió de hombros.

—Estamos restringiendo el número de personas. Mire, voy a llamarlos a ver cuál es el veredicto.

—Bien. —Lesley se metió las manos en los bolsillos. Gail le hizo un gesto hacia el cordón policial que tenía detrás, y ella retrocedió, seguida por Bamford.

—¿Siempre es así? —preguntó el doctor cuando volvieron junto a Tina.

—¿Gail? —preguntó Lesley.

Él observaba a la jefa de forenses mientras hablaba por teléfono.

—Sí.

—Pensé que ya habían trabajado juntos.

—Hace unos años. No se le ha pasado lo de dar órdenes a la gente.

—Gail es cuidadosa. Es meticulosa. Si nos dice lo que tenemos que hacer, es porque es su trabajo.

Bamford se encogió de hombros.

—No es la primera vez que examino un cadáver en estos acantilados. Sé perfectamente lo que hago. —Observó a Lesley—. ¿Usted ha estado aquí alguna vez?

Lesley sintió que se le encendía la cara.

—Yo crecí aquí —dijo Tina—. Conozco estos acantilados como la palma de mi mano.

Lesley notó que el acento de Tina se iba intensificando por momentos. Se había ido haciendo más fuerte desde que llegaron, pero ahora, al hablar con el patólogo, sonaba como una auténtica lugareña.

—¡Lesley!

Lesley levantó la vista y vio a Gail haciéndole señas.

—¿Es seguro? —gritó.

—Vía libre. Pero solo para el patólogo y tú. Y tened cuidado.

—Siempre lo tengo —replicó Lesley entre dientes.

Gail dijo algo ininteligible. Lesley volvió a levantar el cordón y esperó a que el patólogo pasara primero.

—He llamado a Bea —dijo él—. Es antropóloga forense. Si estos cuerpos son tan antiguos como creo, podrá datarlos con más

precisión que yo.

—¿Bea?

—La profesora Beatrice Steadman. Del Imperial College de Londres.

Lesley asintió. Con suerte, podrían relacionar los cuerpos con un caso de personas desaparecidas y la ayuda de la profesora no sería necesaria. Pero agradeció la iniciativa del patólogo.

Gail se acercó a ellos.

—Doctor Bamford, ¿cómo estás?

El patólogo le dedicó una sonrisa forzada.

—Muy bien. ¿Y tú?

—Impaciente por sacarlos a los dos de aquí y reducir el riesgo de que haya otro deslizamiento.

Bamford negó con la cabeza.

—Hoy no va a llover. El agua ya ha hecho su trabajo. No habrá problema.

Gail gruñó. Lesley se preguntó cuándo habría trabajado con el patólogo y qué habría pasado entre ellos.

—En fin —dijo Gail—. Tenemos dos cuerpos. Aparecieron tras el deslizamiento de anoche. Mi estimación es que llevan ahí al menos cinco años.

—Lo sé —dijo Bamford—. Leí tu correo electrónico.

Gail apretó los labios.

—¿Y has contactado con una antropóloga forense?

—Así es.

«Así que fue idea de Gail», pensó Lesley.

—Muy bien —dijo Gail—. Tened cuidado, el terreno aún no es estable. La verdad es que ni siquiera deberíamos estar aquí.

—No pasa nada —replicó él—. Echaré un vistazo rápido y luego podremos retirar los cuerpos.

—Vale —respondió Gail—. Aunque, dado que mi jurisdicción es Dorset y la tuya es Devon…

Bamford se rio.

—¿Podemos ponernos a ello de una vez? —preguntó Lesley.

Gail la miró.

—Perdón. —Enarcó las cejas hacia el doctor Bamford, que se dirigió a los cuerpos y se agachó. Lesley lo siguió.

—Bueno, Gail tiene razón —dijo él—. Llevan aquí bastante tiempo. Desecación avanzada. —Se giró y le gritó a Gail—. ¿Sabes en qué sección del acantilado estaban originalmente?

—No podremos determinarlo hasta que sea seguro subir. Mi teoría es que estaban en tierra seca, y eso los conservó.

Lesley miró el primero de los cuerpos. Unos pocos jirones de tela se aferraban a él, los restos de la ropa. La piel estaba notablemente bien conservada: seca y marrón, pero seguía manteniendo el cadáver unido. La carne se había hundido y la forma era poco más que un esqueleto encerrado en una envoltura correosa.

—¿Un hombre y una mujer? —preguntó.

—Sí —confirmó Gail.

—¿Habéis retirado la ropa? —preguntó el patólogo.

—No había mucha que quitar.

Él gruñó y se arrastró hasta el segundo cuerpo. Estaba rodeado de tierra y arena ásperas. Un lado estaba cubierto de tierra, ocultando el costado de la cara, una pierna y la mitad del torso al que se le adherían los restos de lo que parecía un forro polar morado.

—¿Podemos determinar qué aspecto tenían a partir de estos restos? —preguntó Lesley.

El patólogo negó con la cabeza.

—No va a ser fácil. Haremos un análisis de ADN y buscaremos registros dentales. —Señaló la boca del primer cuerpo—. Los dientes siguen intactos. —Se volvió hacia Lesley—. Pero con cuerpos que llevan tanto tiempo aquí, su mejor opción será cotejarlos con un caso antiguo.

—Ya lo sé —respondió Lesley—. No es su trabajo decirme cómo llevar la investigación. ¿Puede determinar la causa de la muerte?

—Con lo que he visto hasta ahora no —dijo. Apartó parte de la tierra del segundo cuerpo—. No hay señales de heridas, pero con cuerpos tan antiguos, siempre es difícil… Un momento. —Apartó más tierra y se echó hacia atrás. Ahora Lesley vio el otro lado del segundo cuerpo, incluido el cuello.

—¿Ve eso? —le preguntó él.

—Sí. —Lesley tragó saliva.

El cuello estaba torcido, la cabeza ladeada. Debajo del hombro distinguió un objeto. Parecía metal oxidado.

La propia carne del cuello tenía una herida. Un agujero limpio en el lado que había estado oculto.

Lesley contuvo el aliento. Miró el primer cuerpo; no había herida correspondiente.

El doctor Bamford se levantó.

—No puedo asegurar que sea la causa de la muerte hasta que haga la autopsia —dijo—. Pero, al menos, a uno de los dos lo apuñalaron.

CAPÍTULO NUEVE

Dennis llamó a la puerta del despacho del superintendente Carpenter y esperó a que lo hicieran pasar. Una de las ventajas de ser sargento era que rara vez tenía que tratar directamente con el superintendente. La última vez que lo hizo fue durante la investigación de la muerte del inspector Mackie, y aquello no salió bien.

—Adelante —dijo una voz.

Dennis carraspeó, enderezó los hombros y abrió la puerta. El superintendente estaba sentado a su escritorio, con un montón de papeleo delante. Dennis se acercó.

—Sargento Frampton —dijo Carpenter—. ¿La inspectora Clarke no está hoy?

—Ha tenido que ir a Lyme Regis. Han encontrado dos cadáveres tras un deslizamiento de tierras.

Carpenter asintió.

—Algo he oído sobre eso. Llevaban allí bastante tiempo, ¿verdad?

—Al menos cinco años.

Soltó un gruñido.

—¿Y bien? ¿Qué necesitas de mí?

—Hemos revisado expedientes de casos antiguos —dijo Dennis —. No encontramos nada que coincida. Dado que Lyme Regis está justo en la frontera con Devon, lo lógico es que hablemos con la

policía de Devon y Cornualles para ver si tienen algún caso sin resolver.

—¿No habéis consultado HOLMES?

—Sí, señor. Pero a veces el conocimiento local puede ser de más ayuda.

Carpenter asintió. Cerró el expediente que había estado leyendo.

—Muy bien. Hablaré con mi homólogo en Devon y le pediré que alguien os llame.

—Gracias, señor. —Dennis se alejó del escritorio.

—Un momento —dijo Carpenter—. ¿Cómo te encuentras, Frampton?

Dennis se tensó.

—Estoy bien, señor. Ocupado con este caso.

—Sabes de sobra que no me refiero a eso. ¿Tu estado anímico? Has estado viendo a... ¿a un psicólogo?

Dennis sintió que el rubor le subía por el cuello.

—Sí.

—¿Y sigues yendo al loquero?

—Ahora hemos reducido las visitas a una cada tres semanas.

—Bien. Así que ha habido mejoría. —No era una pregunta.

—Sí, señor.

Dennis sentía todos los músculos del cuerpo en tensión. Hablar de su salud mental con la inspectora ya había sido un trago, pero hacerlo con Carpenter...

—¿Eso es todo, señor?

—Sí. —Carpenter volvió a abrir el expediente y despidió a Dennis con un gesto—. Recibirás una llamada de la policía de Devon y Cornualles, no te apures.

Dennis salió del despacho, consciente de que estaba sudando.

CAPÍTULO DIEZ

Lesley y Gail estaban juntas. Contemplaban la escena del crimen desde la zona segura de la playa, más allá del cordón. Gail se encogió de hombros y cambió el peso de un pie a otro.

—Te destroza la espalda estar tanto tiempo agachada —dijo.

Lesley la miró.

—¿Estás segura de que no corres peligro trabajando ahí arriba?

—Alguien tiene que hacerlo —respondió Gail intentando restarle importancia.

Lesley alzó la vista hacia la colina. El patólogo estaba allí con su ayudante, quien había llegado unos diez minutos antes. Brett, el colega de Gail, observaba desde el interior del cordón, y dos agentes de uniforme vigilaban desde la playa. Una cuadrilla del ayuntamiento con una excavadora había llegado a la playa. Lesley tenía que averiguar para qué estaban allí.

—El objeto que estaba debajo del hombro de la víctima… —empezó Lesley.

—Brett se va a asegurar de que se altere lo menos posible. Si conseguimos mantenerlo intacto, tal vez podamos asociarlo con la herida.

—Estaba oxidado.

—Tenemos soluciones de limpieza, ¿no te has enterado? —Gail le dio un codazo a Lesley.

—Claro. Supongo que no será posible sacarle huellas, ¿no?

—Es poco probable, pero nunca se sabe.

Lesley vio cómo el ayudante del patólogo y Brett cubrían el primer cuerpo con una bolsa protectora.

—Tengo que subir a ayudar —anunció Gail.

Lesley hizo un gesto a Tina y señaló a los dos agentes de uniforme en la playa.

—Que lo hagan los de uniforme.

—Ahora mismo se lo digo —dijo Tina y caminó hacia ellos.

Ahora que Gail y ella estaban a solas, Lesley por fin dijo lo que llevaba rato queriendo preguntar:

—¿Qué os pasa al doctor Bamford y a ti? No parece que os llevéis bien.

—Perdona, ¿se notaba tanto?

Se oyó un grito desde lo alto del acantilado. Lesley vio que Brett le gritaba al ayudante de Bamford.

—¿Qué demonios pasa ahí arriba? —dijo.

—Brett lo tiene controlado. Quizá sea mejor que no mires.

—Al contrario, debería prestar atención. Así que, el patólogo y tú… ¿Te cabreó en un caso antiguo?

—No. Es muy competente. Lento, como todos aquí, pero sabe lo que hace.

—¿Es bueno?

—Jodidamente brillante. Trabajó en Dorset hasta hace ocho años y se trasladó a Devon. Por lo visto, prefería las playas de allí.

Lesley resopló.

—¿Ah, sí? ¿Playas como esta?

—Todavía estamos en Dorset, ¿recuerdas?

—Cierto.

Gail puso las manos en las caderas y giró el torso de un lado a otro.

—Vale. Si te empeñas en saberlo, salí con él hace un tiempo.

Lesley se giró hacia su amiga, conteniendo una exclamación.

—¿Bamford y tú?

—No se lo digas a Brett. Fue antes de conocer a Bob, mi ex. Al poco de licenciarme. Acabó mal.

—Eso explica el ambiente que hay entre vosotros.

Gail aprovechó para girar el torso de nuevo.

—Me aseguraré de que no interfiera, Lesley. Siento que te hayas dado cuenta. Ha sido muy poco profesional por mi parte.

—No digas tonterías. Eres la viva imagen de la profesionalidad.

Lesley observó al equipo en los acantilados. El patólogo no dejaba de mirarlas. En realidad, Lesley se dio cuenta de que era a Gail a quien observaba. Esperaba que aquello no causara problemas.

—Mierda —dijo Gail—. Creo que voy a tener que ir al fisio.

—¿Te da problemas la espalda?

—Sí. Quizá sea el colchón. No sé. Perdona, me estoy distrayendo. Pero sí, si alguien es capaz de determinar la causa de la muerte en unos cadáveres tan complicados, ese será Gaz Bamford.

—¿Gaz?

—Gareth.

—Eso me tranquiliza —respondió Lesley—. ¿Va a ser un problema que sea de Devon?

—No —le dijo Gail—. Con cualquier otro lo sería. Si fuera Whittaker por ejemplo. Pero no, con él no hay problema.

—La ropa —dijo Lesley—. La víctima con la puñalada, la mujer. Llevaba un forro polar. ¿Podéis usarlo para ayudarnos a identificarla?

—Podemos intentarlo. Con suerte, haremos coincidir las fibras con las de un fabricante. Si tienes mucha suerte, tendrá una etiqueta de M&S.

—Yo nunca tengo tanta suerte.

—No.

Ya habían metido el cuerpo de la víctima femenina en la bolsa y Brett lo bajaba por los acantilados con la ayuda del ayudante de Bamford.

—Necesito volver a subir —dijo Gail— para echarle un mejor vistazo a esa posible arma.

Lesley asintió.

—Tráela, ¿vale? Y dime si encuentras algo más.

—Por supuesto.

CAPÍTULO ONCE

La subinspectora Hannah Patterson había sido sargento en el CID de Dorset hasta hacía cinco años, cuando se trasladó a Devon por un ascenso. Dennis la recordaba vagamente. Era competente, aunque no extraordinaria.

—Subinspectora —dijo Dennis—. Gracias por llamar. ¿Tienes información pertinente para nuestra investigación en Lyme Regis?

—Puede que sí —respondió ella—. Un caso sin resolver de hace seis años: una pareja que salió a caminar y nunca llegó a su destino.

Dennis frunció el ceño. Ese tipo de cosas pasaban en el interior de Australia o en la selva peruana, no en la ruta costera del sur de Inglaterra.

—¿No llegaron nunca? —reiteró.

—Los guardacostas rastrearon las playas que había bajo el sendero y los acantilados, pero no encontraron nada. No llegaron a la posada que habían reservado para la noche siguiente y no se pusieron en contacto con sus familias. Supusimos que debieron de caer al mar y que la corriente se los llevó.

Aquello tenía poco sentido. La marea tendía a arrastrar hasta la orilla los cuerpos de los ahogados, no llevárselos mar adentro. Pero un caso sin resolver de hacía seis años con dos cadáveres... Podía encajar.

—¿Me podrías enviar los detalles?

—Hay un problema —respondió ella.

Dennis sintió que se le hundía el pecho.

—¿Qué clase de problema?

—Lo siento, sargento Frampton. Esto viene de arriba, el politiqueo típico de estas situaciones. Estoy segura de que lo entenderás...

—No, subinspectora —replicó él—. Lo cierto es que no lo entiendo. ¿Cuál es el problema?

—Mis jefes quieren que me incorpore a esta investigación para trabajar junto a tu inspectora.

Dennis agarró el teléfono con más fuerza.

—¿En serio?

—Me temo que sí.

—¿Y no me darán acceso al expediente del caso sin resolver a menos que hagamos esto?

—No es mi decisión, sargento.

—Como ya sabes, la inspectora Clarke es la investigadora principal en el caso. No me corresponde a mí decidir quién forma parte del equipo de investigación.

—¿También viene de arriba? —dijo ella con una risita.

«No tiene ninguna gracia». Dennis respiró hondo.

—Hablaré con mi inspectora —le dijo—. Mientras tanto, te agradecería que me enviaras los expedientes del caso.

—Lo siento, colega —dijo ella.

Dennis se irritó ante el uso de «colega».

—No puedo hacerlo hasta que hayamos solucionado este problema.

«Problema», pensó. ¿Por qué la gente no se dedicaba a hacer su trabajo y punto?

—Muy bien —le dijo—. Hablaré con mi inspectora. Con suerte, encontraremos una solución.

CAPÍTULO DOCE

Lesley se guardó el móvil en el bolsillo y aceleró el paso. Tina y ella estaban cruzando el aparcamiento de la comisaría de Lyme Regis.

—¿Todo bien, jefa? —preguntó Tina.

Lesley gruñó.

—Era Dennis. La policía de Devon está siendo un verdadero incordio.

—¿Y eso?

—Tienen un caso sin resolver de una pareja que desapareció hace seis años en el sendero costero. No nos enviarán el expediente a menos que incluyamos a una de sus subinspectoras en la investigación.

Lesley miró a Tina, que asentía con lentitud.

—La subinspectora Patterson. ¿Has oído hablar de ella?

—Me temo que no, jefa —dijo Tina—. No he tenido ningún trato con la policía de Devon y Cornualles.

Lesley suspiró. Involucrar a otro cuerpo de policía complicaría las cosas. Sabía que a Carpenter le molestaría.

Pero la realidad era que la escena del crimen estaba a menos de cuatro kilómetros del límite con Devon. Era muy probable que aparecieran pruebas al otro lado de esa línea. Quizá tuviera sentido involucrar a esa mujer.

—Tendré que hablar con el superintendente —dijo—. No le veo ningún problema, pero...

Tina le lanzó una mirada.

—¿Crees que el superintendente no lo aprobará?

Lesley puso la mano en la puerta de la comisaría. La abrió y le hizo un gesto a Tina para que entrara primero.

—Si te soy sincera, Tina —respondió—, no tengo ni puñetera idea de lo que dirá el superintendente Carpenter.

Tina sonrió y entró, satisfecha de no tener que lidiar con líos políticos entre cuerpos policiales.

Dentro las esperaba un joven de pelo oscuro bien peinado, con un rostro que parecía curtido por los elementos.

—Agente Anderson —dijo Lesley—, gracias por reunirse con nosotras.

—No hay de qué, señora.

—Necesito saber más sobre lo que su compañero y usted descubrieron esta mañana. ¿Podemos hablar? —dijo.

—Claro, señora. Iré a buscar a Wendy. Podemos usar el calabozo número dos.

—¿Un calabozo? —preguntó Lesley—. ¿Acaso no tienen una sala de reuniones?

Al agente se le tensó la mandíbula.

—Lo siento, señora, la sala de reuniones está en obras. Hubo una gotera en el techo. El único espacio privado son los calabozos, y el primero está ocupado.

Lesley miró a Tina, que se encogió de hombros.

—De acuerdo —le dijo—. Lléveme a sus calabozos.

Lesley estaba a punto de seguir al agente hacia los calabozos cuando la puerta a su espalda se abrió y una mujer entró como un torbellino.

—¡Tina! —gritó, abalanzándose sobre la subinspectora Abbott.

Tina se giró y sujetó a la mujer.

—¡Mamá! —La apartó—. Estoy trabajando.

La mujer soltó a su hija y se volvió hacia Lesley.

—Usted debe de ser la inspectora Clarke. He oído hablar mucho de usted.

—¿Ah, sí? —Lesley le dedicó una sonrisa a Tina y le tendió la mano.

—No, no, yo no soy de apretones de manos. —La madre de Tina se inclinó para darle un abrazo. Lesley se puso rígida mientras la mujer la rodeaba con los brazos. Al cabo de un instante, se apartó por fin.

—Quédense en mi casa —insistió—. Tina, ya sabes que tu habitación siempre está lista para ti. Y la inspectora Clarke... puede dormir en la antigua habitación de Naomi.

—No se preocupe —dijo Lesley—. Volveremos a la central después de que hayamos...

—No, no, de eso nada. —La señora Abbott le dirigió a su hija una mirada severa—. Mi Tina no ha venido a casa en casi seis meses. No voy a dejar que se vaya ahora.

—Mamá —dijo Tina en voz baja—, déjame hacer mi trabajo. Hablaré contigo cuando hayamos terminado aquí. —Dudó—. Si hay tiempo.

—¿Tiempo? Más te vale que haya tiempo. —La señora Abbott miró a Lesley con severidad—. Espero que le dé permiso para ir a ver a su madre una hora.

—Veré qué puedo hacer. Ahora, si no le importa...

—Annie —dijo el agente Anderson—, ¿y si pido que te preparen una taza de té y esperas aquí?

—¿Vendrás a buscarme cuando termines? —le preguntó la mujer a Tina.

—Sí, mamá —respondió sin levantar la vista.

—Más te vale. Ha pasado demasiado tiempo y quiero saber por qué.

Tina se apartó un paso de su madre. Lesley se dio cuenta de que no había mirado a la mujer a los ojos ni una sola vez.

No era asunto suyo.

—Vamos, subinspectora Abbott. Tenemos un caso en el que trabajar. Encantada de conocerla, señora Abbott.

—Igualmente. —La madre de Tina le sonrió radiante a Lesley mientras un agente uniformado aparecía por una puerta y la conducía a una silla.

Tina les dio la espalda y abrió de un empujón la puerta por la que estaban a punto de entrar.

—Lo siento, jefa. —Cerró la puerta en cuanto Lesley y el agente Anderson hubieron pasado.

—Solo está preocupada por ti, Tina —dijo el agente Anderson.

—Lo sé. Y te agradecería que no te metieras.

—Te la he quitado de encima, ¿no?

—Va a estar sentada en recepción bebiéndose ese té durante horas.

—A no ser que vayas a hablar con ella.

Lesley le puso una mano en el hombro a su colega.

—Puedo darte media hora.

Tina la miró, con el ceño fruncido.

—¿De verdad?

—Claro. Es tu madre.

—Vale. Gracias. —Miró al agente—. Pero todavía no. Dougie, sigamos con esta charla.

CAPÍTULO TRECE

Elsa Short estaba a punto de salir del despacho cuando llamaron a la puerta. Levantó la vista e hizo un gesto a la persona para que entrara.

Aurelia Cross, su socia en el bufete Nevin, Cross y Short, tomó asiento en la silla de enfrente. Se echó hacia atrás, con los codos apoyados en los reposabrazos y los dedos extendidos. Era la viva imagen de la relajación.

Elsa conocía a Aurelia lo suficiente para no fiarse de aquel lenguaje corporal. Algo iba mal.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Aurelia le dedicó una sonrisa irónica.

—¿Y quién dice que no he venido a charlar un rato entre amigas?

Elsa miró el reloj.

—Son las seis y cuarto. Normalmente a estas horas ya te has ido.

—¿Tan predecible soy?

—Soy abogada, Aurelia. Me pagan por fijarme en los detalles. Te vas de aquí todos los días a las seis menos cinco en punto. Vas a visitar a tu madre.

Aurelia se tensó. Se enderezó en la silla y frunció el ceño.

—¿Cómo sabes eso?

—Me lo dijo Harry.

Harry Nevin había sido asesinado por su amante hacía seis meses. Lesley había sido la inspectora a cargo de la investigación y

la situación fue de lo más incómoda, dado que la relación de Elsa y Lesley apenas empezaba por aquel entonces.

—Disculpa —continuó—. ¿Se suponía que no debía habérmelo dicho?

—No, no —suspiró Aurelia—. No es ningún secreto. Es solo algo de lo que prefiero no hablar en el despacho.

—Vale. —Elsa observó a su socia—. Estaba a punto de irme a casa. ¿En qué puedo ayudarte?

—No pensaba que tendrías prisa por llegar a casa. Tu novia está en Lyme Regis.

—¿Cómo lo sabes?

—Estoy al tanto de las cosas —respondió con una sonrisa—. En fin, quería hablar contigo de tu cliente especial. —Aurelia hizo el gesto de las comillas con los dedos.

—¿Mi «cliente especial»?

Elsa sabía perfectamente a quién se refería Aurelia. No les gustaba mencionar a Arthur Kelvin por su nombre. Aportaba mucho dinero al bufete, pero Elsa sabía que algún día también traería muchos problemas. Llevaba intentando desvincularse como abogada de Kelvin desde que Harry murió y le cedieron las riendas, pero estaba resultando complicado.

—Me dijiste que habías progresado —dijo Aurelia.

—¿Con qué?

—Ya sabes —respondió Aurelia mientras miraba hacia la puerta.

—No deberíamos hablar de esto aquí.

Elsa sacó el bolso de debajo del escritorio y se lo puso en el regazo. Empezó a meter papeles en él, esperando que Aurelia captara la indirecta.

—¿Vas a darme algún detalle? —preguntó Aurelia—. ¿O me voy a quedar con las ganas?

Elsa se detuvo, con la mano dentro del bolso.

—Todavía no —le dijo a su colega—. Te lo diré cuando esté lista.

—Más te vale. No voy a consentir que arrastren a este bufete por el fango. Ya fue bastante cuando murió Harry.

—¿Estamos más cerca de encontrar a otro socio nominal? —preguntó Elsa.

—No es fácil. La decisión de no ascender a un socio menor de la casa reduce bastante nuestro margen. Bournemouth no está precisamente repleto de gente en la que podamos confiar ahora mismo. —Se inclinó hacia delante—. Y por eso necesito que aceleres las cosas.

Elsa asintió. Sabía que para el bufete sería más fácil encontrar un nuevo socio cuando su «cliente especial» ya no estuviera en su cartera. Había cosas que Harry había hecho para ese hombre de las que sería preferible no informar a un recién llegado. Se puso de pie y se colgó el bolso al hombro.

—Bueno, ¿eso es todo?

Aurelia se levantó y la miró a los ojos.

—Mantenme informada —dijo—. ¿De acuerdo?

—Por supuesto. —Elsa le dedicó una sonrisa amable.

Aurelia refunfuñó y se giró para salir del despacho.

CAPÍTULO CATORCE

—¿Así que no vio a nadie allí arriba, después del deslizamiento? —le preguntó Lesley al agente Anderson.

Estaba sentado frente a ellas en una vieja silla de madera. La agente Sharman, su compañera, estaba a su lado. Sus voces resonaban en la celda mientras Lesley tiritaba de frío. Alguien había traído un calefactor que no conseguía calentar el espacio.

—No, señora —dijo el agente Anderson—. Allí no había nadie. Era temprano y el tiempo no era bueno. —Miró a la agente Sharman, que asintió.

—Aun así —dijo Lesley—, supongo que habrá excursionistas a cualquier hora y con cualquier tiempo.

—Por lo general, sí —dijo la agente Sharman—. Pero no un miércoles de marzo.

Lesley asintió.

—Normalmente, buscaríamos pruebas de que alguien ha estado allí arriba hace poco.

—Pero dado que los cuerpos llevaban allí tanto tiempo… —añadió Tina.

Lesley la miró.

—Sí. Pero existe la posibilidad de que quienquiera que los enterrara haya vuelto. Si oyeron lo del deslizamiento, puede que hayan querido comprobar que los cuerpos no se habían movido.

—Y sí que lo hicieron —dijo el agente Anderson.

—No habría sido posible que alguien los moviera, con lo lejos que se habían desplazado. Me gustaría saber si se vio a alguien allí arriba. ¿Quién dio parte del corrimiento?

—Samuel Waller —respondió el agente Anderson—. Vive en dirección a Charmouth. Hay una vista despejada de los Spittles desde las ventanas de su casa.

—Vale —dijo Lesley—. Tendremos que hablar con él.

—Es un poco… peculiar.

Lesley enarcó una ceja.

—Lo peculiar no me inquieta, agente.

—No —dijo Anderson mientras le lanzaba a Tina una mirada que pareció de complicidad.

El teléfono de Tina sonó.

—¿Te importa si…?

—Cógelo —dijo Lesley. Se preguntó si sería la madre de Tina para preguntarle a qué hora llegaría a casa para cenar.

—Subinspectora Abbott —dijo Tina, enfatizando lo de «subinspectora». Lesley sonrió: cuatro meses en el equipo de investigación de delitos graves y Tina todavía estaba orgullosa de su logro.

Tina asintió. Puso la mano libre sobre la mesa y tamborileó con las yemas de los dedos.

—Sí, sargento —dijo—. ¿Quieres hablar con la jefa?

Lesley extendió una mano, esperando que le pasara el teléfono.

—Ah, de acuerdo. —Tina colgó el teléfono y se volvió hacia Lesley.

—Era el sargento.

—Eso ya lo he supuesto. ¿Qué ha pasado?

—El superintendente ha dado el visto bueno para que traigamos a la subinspectora Patterson.

—Bien. ¿Y?

—Estará aquí por la mañana.

Lesley miró su reloj: las seis de la tarde.

—Parece que entonces nos quedamos a dormir.

Tina se removió en su silla.

—Mi madre se va a poner loca de contenta.

—Ya —dijo Lesley. Se preguntó si sería de mala educación reservar una habitación en un hotel. Sí. Lo sería. Y Annie Abbott había sido muy amable.

—Llama a tu madre, Tina. Parece que vamos a estar aquí un tiempo.

—Lo haré. La buena noticia es que la subinspectora Patterson va a traer el expediente del caso con ella.

Lesley apretó un puño.

—¿No lo va a enviar por correo electrónico?

—Me temo que no.

Lesley negó con la cabeza.

—¿Cuál es el número de teléfono de esta mujer? Si podemos repasar el expediente esta noche, nos dará ventaja para mañana por la mañana.

—Voy a buscarlo.

—Vale. —Lesley se puso de pie y miró a los agentes—. ¿Puede uno de ustedes ponerse en contacto con el señor Waller y decirle que iremos a verle por la mañana?

—Así se hará —dijo la agente Sharman—. Es madrugador.

—Bien. Quizás podamos hablar con él antes de que aparezca nuestra amiga de Devon.

CAPÍTULO QUINCE

Dennis, Mike y Stanley estaban sentados en el despacho de la inspectora. Mike y Stanley habían estado reconstruyendo el caso de Devon a partir de recortes de prensa y de lo que habían conseguido extraer de HOLMES. Stanley estaba clavando en la pizarra fotos de las dos personas desaparecidas. Seguían tratando de averiguar más sobre ellos, incluida una dirección y los datos de sus familiares más cercanos. Pero sí que sabían dónde se había visto a la pareja por última vez, gracias a la prensa local.

Dennis se sentó en el borde de una de las dos sillas que había frente al escritorio de la inspectora, con Mike a su lado y Stanley junto a la pizarra. Nadie había ocupado el asiento de la jefa.

—Bueno —empezó Stanley—. Es esta pareja. David y Carmela Stubbs. Desaparecieron en Axminster hace casi seis años exactos.

—Casi el mismo día —añadió Mike.

Stanley escribió en la pizarra.

—Hace seis años y cuatro días. ¿Creéis que es relevante?

—No lo creo —respondió Dennis—. El deslizamiento de tierras es lo que los desenterró. Nadie podría haberlo previsto.

—¿Y si alguien subió hasta allí y lo provocó? —sugirió Mike.

Dennis se rascó la mejilla.

—Es una posibilidad. Pero ¿por qué seis años y cuatro días? ¿Por qué no volver en el sexto aniversario?

—Hace seis años y cuatro días fue cuando se les vio por última vez —señaló Stanley—. Puede que no sea la fecha en que los mataron. O cuando los enterraron.

—No nos precipitemos —dijo Dennis—. Ni siquiera sabemos todavía si se trata de la misma pareja.

—Una coincidencia de la leche —dijo Mike palideciendo al ver la mirada que le echó Dennis.

Dennis examinó la pizarra. Tina y los de la científica habían enviado fotos del lugar del crimen. Primeros planos de los cuerpos y algunas tomas más lejanas del deslizamiento de tierras, que cubría una amplia zona.

—De acuerdo —dijo—. Ponedme al día de lo que sabemos de este caso.

Stanley tocó con el bolígrafo la foto de la pareja desaparecida. Era en blanco y negro, sacada de un periódico.

—Se les vio por última vez el tres de marzo. Él no se presentó a trabajar al día siguiente, y a ella la esperaban en una reunión en la iglesia aquella tarde.

—¿Cuánto tardaron en denunciar su desaparición?

—Cuatro días —dijo Mike—. Su jefe supuso que estaba enfermo, y el grupo de la iglesia... era voluntario, así que supongo que no se preocuparon demasiado.

—¿Y todo esto lo hemos sacado de la prensa local?

—Todavía no tenemos el expediente del caso —dijo Mike.

—No —Dennis arrugó la nariz—. Tenemos que considerar que la historia que estamos reconstruyendo a partir de los artículos de prensa podría no ser del todo exacta.

—Probablemente no lo sea —resopló Mike.

—No necesariamente —dijo Dennis—. Este es el *Dorset Echo*, no la prensa nacional informando sobre la desaparición de un famoso.

—No tienen por qué inventarse cosas —añadió Stanley.

—No —asintió Dennis—. Pero puede que no tuvieran acceso a toda la información.

Stanley dejó caer el bolígrafo.

—Es todo lo que tenemos, sargento.

—Lo sé. Y es un comienzo. Solo desearía que la policía de Devon y Cornualles estuviera colaborando más.

Los agentes no dijeron nada.

—Vale. —Dennis se recompuso—. No necesitamos un expediente para empezar a reconstruir la desaparición de los Stubbs. Así que se les vio por última vez el día tres, y luego se denunció su desaparición cuatro días después. ¿Se llevó a cabo una búsqueda?

—No hasta el sexto día —dijo Stanley—. Eran adultos, de bajo riesgo.

—¿Qué tipo de investigación?

—No lo sabemos —dijo Mike—. He encontrado un par de fotos en Facebook, pero no hay muchos detalles sobre la magnitud de la búsqueda o qué zona cubrió.

—Ya. ¿Sabemos a quién interrogó la policía?

—La policía no —dijo Mike—. Pero los periódicos sí entrevistaron a una vecina.

—Continúa.

—Elsie Timmins, la vecina de al lado. Habló de actividad inusual en su calle dos días antes de que desaparecieran. Coches que iban y venían.

—¿Relevante? ¿O solo una testigo que intentaba darse importancia ante la prensa?

Mike se encogió de hombros.

—No lo sabremos hasta que tengamos las transcripciones de los interrogatorios.

—¿A qué distancia estaba su casa del lugar donde se encontraron los cuerpos?

—A diez kilómetros —dijo Stanley—. Tengo un mapa.

Colgó un mapa en la pizarra. Mostraba la ubicación de los cuerpos en Spittles, además de una dirección en Axminster marcada con un círculo.

—Entonces, ¿la policía, o los medios, hablaron con alguien más? ¿Con familiares o amigos?

—Que sepamos, no —dijo Mike—. Tenemos estos artículos, la entrevista con la vecina y mucha especulación. El interés se esfumó apenas una semana después.

—No me sorprende —dijo Dennis—. Desaparecen dos adultos y nadie se inmuta.

—No hay constancia de que aparecieran en otro sitio —dijo Stanley—. He rastreado los periódicos locales y no encuentro ninguna mención después de las fechas en que desaparecieron.

—¿Qué hay del padrón? ¿La DGT?

—Nada.

—Vaya. Así que David y Carmela Stubbs desaparecieron de la faz de la tierra. Desde luego que podría tratarse de la misma pareja.

—Una coincidencia de la leche —repitió Mike, que había olvidado la miradita.

Dennis le echó otra.

—Lo siento, sargento.

—Bueno —dijo Dennis—, llamaré a la inspectora y le haré saber lo que hemos descubierto hasta el momento. Luego tendremos que esperar a que hable con la policía de Devon y Cornualles. Creo que es todo lo que podemos hacer hoy.

—Sargento. —Mike asintió y cerró su portátil.

—Gracias, sargento —dijo Stanley.

Dennis los observó salir de la sala. Se levantó de la silla, con los ojos fijos en la pizarra. No tenían suficiente. Unos pocos fragmentos de las redes sociales, algunos recortes de prensa... nada. Esperaba que la policía de Devon fuera cooperativa y que la jefa pudiera averiguar más de lo que él había conseguido.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Lesley salió de la comisaría. El edificio estaba situado en una calle secundaria, a poco más de un kilómetro del mar. Oía las gaviotas y olía el aroma a salitre.

Se preguntó cómo sería crecer en un lugar así, a tiro de piedra del mar. Rodeada de gente que sabía todo de todos.

Necesitaba hacer una llamada. Se apoyó en el coche y marcó.

—Inspectora Clarke —saludó Matt Crippins—. ¿Tiene noticias para mí?

—Esperaba que usted tuviera alguna novedad para mí —le dijo ella.

—Lo siento —respondió Matt—, no he sabido nada de ella últimamente.

Matt Crippins era productor en la cadena de televisión local de la BBC. Era el jefe de Sadie Dawes, una reportera local y, en ocasiones, un grano en el culo de Lesley.

—¿De verdad no ha oído nada? —le preguntó a Matt—. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Un mes.

—Seguro que si alguien no se presenta a trabajar durante tanto tiempo, usted inicia un expediente disciplinario, ¿no?

—Con Sadie las cosas son un poco distintas.

Sadie había estado investigando la muerte del inspector Mackie, el predecesor de Lesley. Una muerte que el forense había declarado

suicidio. Afirmó tener información y luego desapareció del mapa. Sadie ya lo había hecho antes. Se había ausentado sin permiso antes de Navidad y luego había reaparecido. Lesley aún no sabía qué la había hecho volver.

—Me lo imagino —suspiró Lesley—. Entonces, ¿necesita abrir otra investigación por desaparición?

—Joder, no —dijo él—. Sadie nos dijo que la dejáramos en paz, que estaba trabajando en algo que iba a ser gordo.

Lesley se clavó las uñas en la palma de la mano. Eso era lo que le preocupaba.

—¿Nadie de su equipo ha tenido noticias de su compañera?

—Que me hayan dicho a mí, no.

—¿Se guardan secretos entre ustedes?

—No, inspectora Clarke. Deje de juzgarnos.

—No juzgo a nadie. Solo estoy preocupada.

Matt soltó una carcajada.

—No se preocupe por Sadie. Ha hecho cosas peores en el pasado.

—Si aparece —replicó Lesley—, me gustaría saberlo.

Silencio.

—Matt, ¿sigue ahí?

—Estaba pensando.

—¿En qué?

—Pensaba si debería decírselo.

Lesley se giró, dándole la espalda a la comisaría. Dio un puñetazo en el techo de su coche.

—Matt, la última vez hizo que abriéramos un caso de desaparición. Si da señales de vida, tiene que avisarnos. —Se mordió el labio—. Porque si no lo hace, podríamos sospechar que usted tuvo algo que ver con ello.

CAPÍTULO DIECISIETE

La madre de Tina revoloteaba junto a Lesley mientras la guiaba hacia el salón.

—Inspectora Clarke —dijo—, tome asiento. Le prepararé una taza de té.

—Un café, por favor —le dijo Lesley, sentándose en el borde de un largo sofá—. Y puede llamarme Lesley.

Tina se volvió hacia Lesley. Esta abrió la boca, pero no dijo nada, solo enarcó una ceja.

—A la jefa le gusta el café cargado y con leche, mamá —dijo Tina —. Te ayudo.

—No se moleste, señora Abbott —dijo Lesley—. No tiene que atenderme. No soy de la realeza.

Annie la miró de una forma extraña.

—Lo primero, ¿qué tal si nos tuteamos? Lo segundo, eres una mujer muy importante en la vida de mi hija. Sin ti, no creo que hubiera aprobado el examen del CID.

—Eso no es verdad —dijo Lesley, deseando no haberse sentado. Se sentía en desventaja con las dos de pie, cerniéndose sobre ella—. Tina es una policía muy capaz. Habría aprobado el examen conmigo o sin mí.

Annie miró alternativamente a Tina y a Lesley.

—Eres un modelo a seguir, inspectora Clarke.

—Por favor —dijo Lesley—, llámame Lesley. Y tú también, Tina. Si vamos a quedarnos juntas aquí, no quiero nada de jefa, señora o inspectora. Entre estas cuatro paredes, soy Lesley a secas.

Annie asintió y salió con sigilo de la habitación, dejando que Lesley y Tina continuaran su conversación.

—¿Estás segura, jefa?

Lesley ladeó la cabeza.

—¿Qué te acabo de decir?

—¿Estás segura, Lesley? —Tina se sonrojó—. Es que no me parece bien, jefa. Nunca he conocido a ningún jefe que me pida que lo llame por su nombre.

—Bueno, es que yo no soy la típica jefa, ¿a que no?

—Eso sí que es verdad —rio Tina.

Lesley se levantó, alisándose la falda.

—¿Conque sí, eh?

A Tina el rubor se le extendió aún más por la cara.

—Ay, Dios, jefa. No, perdona. No quería decir…

Lesley le puso la mano en el hombro.

—Tranquila, Tina. No pasa nada.

Miró alrededor de la habitación. Era acogedora, llena de fotografías de Tina y su hermana, así como algunas fotos antiguas de una boda, que supuso que eran los padres de Tina. Se preguntó dónde estaría el señor Abbott, pero no iba a preguntar.

—Tu madre tiene una casa muy bonita —dijo—. Y ha sido muy amable al acogernos.

Annie apareció en la puerta con dos tazas.

—Aquí tienes, inspectora… Lesley. —Dejó una en una mesita auxiliar—. Cargado y con leche. Si no está bien, échale la culpa a Tina.

—Gracias, Annie. —Lesley cogió el café y le dio un sorbo. Había sido un día largo y necesitaba la ayuda de la cafeína para continuar.

También tenía que hablar con Elsa.

—¿Te importa enseñarme dónde está mi habitación?

—Ya lo hago yo —ofreció Tina—. Mamá, deja de agobiarte.

Annie le dedicó a su hija una sonrisa nerviosa.

—Solo intento dar una buena impresión, cariño.

—Das la impresión de que vengo de una familia de paranoicos.

—Sé lo que se siente —dijo Lesley con una carcajada.

Tina la miró, pero no dijo nada.

—Entonces, ¿tienes familia? —preguntó Annie, de pie en el umbral de la puerta.

—Una hija —le dijo—. Y una novia.

Una sombra fugaz cruzó el rostro de Annie.

—Qué bien —dijo con voz insegura—. ¿Vive en Birmingham?

—Mi hija sí. Sharon tiene diecisiete años, está en segundo de bachillerato. Está pensando en mudarse aquí después del verano.

—Eso sería estupendo —le dijo Annie.

Lesley asintió. Estaría genial tener a Sharon con ella, pero todavía no había investigado las universidades de la zona. No quería que Sharon pusiera en riesgo su futuro.

—¿Y qué hay de tu… tu pareja? —preguntó Annie.

—Mi novia vive en Bournemouth, conmigo. Tenemos un piso muy bonito, no muy lejos del mar.

Era la primera vez que Lesley se refería al piso de Elsa como si fuera suyo. Todavía no le salía de forma natural, y con la tensión que había entre ellas ahora mismo…

—En fin —dijo, apurando el último sorbo de su café—, si no te importa enseñarme mi habitación…

—Por supuesto —dijo Annie—. Tina, haz tú los honores.

—Sígueme, jefa.

—Ejem.

—Lo siento, Lesley. —Tina negó con la cabeza—. Nunca voy a acostumbrarme, jefa. Por favor, no me obligues a hacerlo.

—Inténtalo. Hará que me sienta un poco más relajada mientras esté aquí.

—No será por mucho tiempo, ¿no? —preguntó Tina—. Mañana volveremos a la escena del crimen, nos reuniremos con la subinspectora Patterson y luego regresaremos a la oficina.

—Yo no estaría tan segura —le dijo Lesley. Subieron las escaleras. Sus voces resonando en el estrecho pasillo—. Casos como este suelen resultar más complicados de lo que parecen.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Tina estaba sentada en su sitio de siempre en el sofá, con la atención centrada en la televisión. Era como si los últimos cinco años no hubiesen pasado: sentada en el sofá de su madre, con los pies en alto, una manta sobre las rodillas, una taza en las manos y *EastEnders* en la tele.

Su madre entró con su taza y se sentó a su lado. Le puso una mano en la rodilla.

—¿Qué tal Naomi?

Tina sonrió.

—Feliz. Cansada, pero feliz. El bebé es una monada.

—Los bebés suelen ser monos —respondió su madre—. No duermen mucho ninguno de los dos, pero es lo normal. Me recuerda a ti; me tuviste en vela todas las noches durante seis meses.

Tina apartó la rodilla de la mano de su madre.

—Si me dieran una libra por cada vez que me has contado esa historia… —Sintió que le rugían las tripas y se calló.

Su madre se rio.

—Me gusta acordarme de cuando eras pequeña. Te echo de menos. Winfrith está muy lejos.

Tina dio un sorbo de té. En la pantalla, dos personas se gritaban. Hacía tiempo que no veía *EastEnders*. No había cambiado.

—¿Qué tal ese novio tuyo nuevo? —preguntó su madre.

—Ya no es tan nuevo —respondió Tina—. Llevamos juntos cuatro meses, mamá.

—¿Crees que duraréis?

Tina apretó los dientes. «Vaya interrogatorio».

—Eso espero.

—¿Podría no ser así?

—No he dicho eso.

Annie tenía un don para tergiversar lo que Tina decía y convertir cualquier situación en una catástrofe.

—Entonces, ¿hay alguna razón en particular para que esperes que no dure?

—No, mamá.

Tina se inclinó, dándole la espalda a su madre, y colocó la taza en la mesa de al lado. Se quedó mirando una foto suya de 2004. Diez años, con el uniforme del colegio y el pelo impecablemente peinado.

—Ninguna razón. Todo va bien. Mike es un encanto.

—Muy bien —dijo su madre—. Me gustaría conocerlo.

Tina se volvió hacia ella.

—Puede que lo conozcas con este caso. Igual tiene que venir.

Su madre alzó una ceja.

—No quiero conocerlo porque tenga que trabajar en Lyme Regis, cielo. Quiero conocerlo porque lo traigas tú de visita. Venid un fin de semana, os quedáis aquí.

Tina miró al techo. Oía a la jefa moverse por la habitación de arriba. ¿Qué le parecería a Mike quedarse en esa casa? Las paredes eran finas; las camas, incómodas. Para Tina, era su hogar. Pero no le tenía tanto cariño como para no verlo a través de los ojos de otra persona. Se preguntó qué estaría pensando la inspectora al respecto.

—Se lo pediré, mamá —dijo.

Mike tendría que visitar Lyme Regis, tendría que conocer a su familia. Se lo debía a su madre y a su hermana.

Se recostó en el sofá. *EastEnders* estaba terminando y empezaba un programa de cocina.

—Estoy muy a gusto aquí, mamá.

—Y yo de tenerte. —Su madre señaló hacia el techo—. ¿Cómo es ella?

—Tiene nombre.

—¿Cómo es Lesley?

Tina se rio.

—No me acostumbro a llamarla así, aunque estemos a punto de dormir bajo el mismo techo.

—¿Tiene novia? —preguntó Annie.

—Sí, mamá. —Tina notó que un deje de exasperación se colaba en su voz—. Se llama Elsa. Parece maja; es abogada.

Annie dejó su taza y se levantó.

—No es asunto mío —dijo—. Solo espero que te trate bien. Eso es todo. No hay muchas mujeres a su nivel en la policía.

—Mamá, estamos en el siglo XXI.

—Solo digo eso. Asegúrate de que se porta bien contigo.

Tina vio a su madre salir de la habitación. No tenía mucho control sobre el comportamiento de la inspectora; eso solo dependía de ella. Pero, hasta ahora, la jefa la había tratado bien. Sabía que no habría llegado a su rango sin el apoyo de Lesley.

¿Seguiría siendo así ahora que era un miembro permanente del equipo o sería una más del montón? Tendría que encajar.

Se echó hacia atrás y dejó que la televisión acaparara su atención. Mañana tocaría madrugar. Debería irse a la cama. Pero, por ahora, sentada allí, mientras revivía su juventud en el sofá de su madre, era bastante feliz.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Lesley ahuecó la mano sobre el teléfono. La casa era pequeña y las paredes, finas. No le gustaba la idea de que la madre de Tina escuchara su conversación.

Tras tres tonos, descolgaron.

—Hola.

—Hola, Elsa —dijo Lesley—. ¿Todo bien? ¿Recibiste mi mensaje?

—Estás en Lyme Regis y te quedas a pasar la noche.

La voz de Elsa era tensa.

—Mira —dijo Lesley—, sobre la conversación de la otra noche…

—Para —la interrumpió Elsa—. No quiero volver a hablar de eso.

—Pero tenemos que hacerlo —replicó Lesley—. No quiero que esto se interponga entre nosotras.

Se oyó un suspiro al otro lado del teléfono.

—Es solo trabajo. ¿Por qué no lo ignoramos y fingimos que no existe?

Lesley se recostó en las almohadas. Eran rosas y con estampado de flores.

—No podemos ignorar nuestro trabajo, Elsa. Yo soy inspectora y tú abogada. Entramos en contacto con demasiada frecuencia.

—Ya acordamos que seríamos profesionales cuando empezamos a salir —dijo Elsa.

—Lo sé, pero esto es diferente.

—No lo es. Lo estoy solucionando.

Lesley tragó saliva.

—Eso me dijiste hace meses.

—Esta vez va en serio. He hablado con Aurelia. Tengo un plan.

—¿Quieres compartirlo conmigo?

—Déjame hacerlo primero y te lo contaré cuando haya terminado.

Lesley se pasó una mano por el pelo. Desde que había descubierto que Elsa había estado en contacto con su predecesor, el inspector Mackie, su relación se había tensado. Había intentado hablarlo con su novia, averiguar qué pasaba. Elsa se mostraba evasiva, aludía al secreto profesional y se negaba a dar más detalles. Pero el inspector Mackie no era cliente de Elsa. Habría sido un policía jubilado, quizá un testigo en un caso antiguo que ella defendía. ¿Por qué no compartía Elsa eso con ella?

—¿Confías en mí, Lesley? —preguntó Elsa.

Lesley apretó el teléfono con más fuerza.

—Sí —dijo, tras un instante de vacilación.

—No lo parece.

—Sí que lo hago —replicó Lesley—. Lo siento, de verdad que sí, en serio.

Un gruñido.

—Bien. Entonces confiarás en que solucione esto. Avísame cuando vayas a volver, ¿vale?

—Por supuesto.

—¿Dónde te alojas?

Lesley sonrió y miró hacia la puerta.

—En casa de la madre de Tina Abbott.

—¡Vaya lujo!

Lesley se rio.

—Y escucha esto: está en Anning Road.

—¿Todas las calles tienen nombres de Mary Anning?

—Solo esta.

—Lo próximo será que me digas que el crimen tuvo lugar en la calle del Ictiosaurio.

—No andas muy desencaminada —replicó Lesley—. La escena del crimen está en los acantilados donde se encontraron esos

ictiosaurios.

—Lo he visto en las noticias —dijo Elsa—. Un deslizamiento.

—Descubrieron dos cadáveres —le contó Lesley—. Aún no sabemos quiénes son ni cuánto tiempo llevaban ahí.

—¿Así que igual estás allí un tiempo?

—Espero que no —suspiró Lesley—. Por la mañana iré a Exeter a hablar con la antropóloga forense. Con suerte, nos ayudará a llegar al fondo de este asunto.

CAPÍTULO VEINTE

Elsa notó un nudo en el estómago al colgar. No se había dado cuenta de que estaba enroscándose un mechón de pelo en los dedos. Hizo una mueca de dolor al liberarlo.

No le gustaba hablar con Lesley de su trabajo. En su momento supo que involucrarse con una inspectora de policía acarrearía riesgos. Pero con lo que estaba planeando ahora mismo… apenas se atrevía a pensar en ello, y mucho menos hablarlo con su novia.

Se guardó el móvil en el bolsillo y levantó los brazos por encima de la cabeza. Durante la llamada había estado apoyada en la isla de la cocina, torcida en un ángulo que le provocaba dolor en los hombros. Necesitaba aire.

Salió del piso, bajó corriendo las escaleras y se dirigió a la playa. El ambiente estaba tranquilo. Principios de primavera, las nueve de la noche. Encima hacía frío; debería haber cogido una chaqueta. A lo lejos, a unos cien metros, un hombre que paseaba a su perro tiraba de la correa. Pero, aparte de eso, no había nadie.

Aun así, no quería arriesgarse a que la oyeran.

Saltó a la arena y caminó hacia la orilla. Tragó saliva, sacó el teléfono del bolsillo y marcó antes de parar a pensárselo demasiado.

—Elsa —dijo una voz masculina familiar—. ¿Por qué no ha contestado mis llamadas?

—Lo siento, Arthur —dijo ella—. Las cosas han estado un poco caóticas en la oficina últimamente, ya que seguimos siendo solo dos

socias.

Arthur Kelvin era el cliente que menos le gustaba. El hombre al que, en su bufete, solo Aurelia y ella conocían.

—Ese no es mi problema, ¿no? Necesito hablar con usted de ese favor que dijo que me haría.

Se estremeció y le dio la espalda al mar. El hombre que paseaba al perro había desaparecido y no había nadie a la vista.

—Arthur —dijo ella—, sabe que no me siento cómoda con esto.

—Me importa una mierda lo que sienta. Es mi abogada y le pago para que haga lo que le digo.

—Bueno, eso no es del todo…

—Hágalo y punto, joder.

Elsa dudó un instante. Ya sabía la respuesta antes de hacer la llamada. De lo contrario, no la habría hecho.

—De acuerdo.

—El expediente del caso de Bobby Henderson —dijo él—. Ese es.

—Lo sé —le contestó—. Déjemelo a mí.

Kelvin refunfuñó.

—Hay otra cosa que quería preguntarle.

—Dígame. —Elsa sintió que la humedad le rozaba el talón. Avanzó unos pasos para alejarse de la orilla—. ¿Qué es?

—¿Ha oído hablar de una periodista llamada Sadie Dawes?

Elsa frunció el ceño. Se giró para caminar por la orilla.

—¿Sadie Dawes?

—Ya me ha oído. De la BBC. Ha estado haciendo preguntas que no debería.

—¿Qué tipo de preguntas?

—De eso ya me preocupo yo. Usted preocúpese de ese expediente. ¿Seguro que no se ha topado antes con esa tal Sadie? ¿No ha estado en su bufete, husmeando por ahí?

—Totalmente segura —respondió Elsa.

Conocía el nombre. La periodista había desaparecido antes de Navidad. Lesley la había estado buscando y, de repente, había dejado de hacerlo. Elsa se preguntó si eso estaba relacionado con que Sadie hubiera estado haciendo preguntas sobre los negocios de Arthur Kelvin.

Se detuvo. El hombre del perro estaba de vuelta, dirigiéndose hacia ella. Elsa se apartó de él y subió por la playa.

—Le avisaré cuando esté hecho —dijo.

—Mándeme un mensaje. Y hágalo rápido, ¿vale?

—Mañana sin falta —le aseguró.

Sin esperar respuesta, Elsa colgó y se quedó mirando el teléfono. Sintió el impulso de lanzarlo al mar. En su lugar, lo apretó en la mano y regresó al piso, aliviada de que Lesley no la estuviera esperando.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Lesley y Tina se levantaron temprano, pero no tanto como Annie, que ya estaba en la cocina con el desayuno servido sobre la mesa cuando Lesley bajó.

Lesley echó un vistazo y vio tostadas en una rejilla, una jarra de leche, tarros de mermelada y mantequilla en una mantequera. Todo ello sobre un práctico mantel de hule de cuadros vichy.

Sintió que había viajado en el tiempo.

—Eres muy amable —dijo—. Pero la verdad es que no tengo tiempo para desayunar.

Annie enarcó una ceja.

—Siempre hay tiempo para desayunar —replicó—. Sé cómo es tu trabajo, de un lado para otro todo el día, sin tiempo para comer. Tina era un desastre cuando trabajaba de patrullera. Siéntate y tómate una tostada. No vas a tardar ni cinco minutos.

Lesley le devolvió la mirada y luego la bajó hacia la mesa. Miró el reloj. Podía permitirse cinco minutos, y Tina aún no había aparecido. Retiró una silla y cogió una tostada.

—También tengo café —dijo Annie—. De cafetera, nada de esa porquería instantánea. ¿Quieres una taza?

—Sí, por favor —respondió Lesley, intentando no escupir las migas de la tostada.

Vio a la madre de Tina servir café de una cafetera de filtro y cómo dejaba una taza en la mesa. Se apoyó en el fregadero, con los

brazos cruzados y los ojos entornados.

—Espero que no estés planeando que Tina suba a esos acantilados.

Lesley negó con la cabeza. Masticó un par de veces y se tragó la tostada.

—No puedo hablar contigo sobre los detalles de la investigación.

Annie bufó.

—No soy sospechosa, ¿no? Soy la madre de Tina. Solo quiero que esté a salvo.

—Lo sé —dijo Lesley—. Pero realizamos evaluaciones de riesgos. Somos muy cuidadosos.

—Ja —soltó Annie con un resoplido—. Qué evaluaciones de riesgos, ni qué ocho cuartos. Conozco esos acantilados, sé lo peligrosos que son. Esos cuerpos que se movieron. ¿Hasta dónde llegaron?

—Todavía no lo sabemos —le dijo Lesley—. Los de la científica y los ingenieros aún están investigando. Pero, de verdad, no debería hablar de esto contigo.

—Investigando. —Annie ladeó la cabeza—. ¿Hay gente de la zona trabajando en el caso?

—Los ingenieros son de Taunton.

—Eso no es de la zona. La gente que vive aquí conoce esos acantilados como la palma de su mano. Pregúntales a ellos y te dirán lo que pasó.

Lesley oyó pasos a su espalda y se giró para ver a Tina en el umbral.

—Mamá, te dije que solo necesitábamos café. No tenemos tiempo para todo esto. —Señaló la mesa con la mano.

Annie cogió un paquete envuelto en papel de aluminio que tenía detrás.

—Me he tomado la libertad de prepararte unas tostadas con mermelada, para que te las comas en el coche de camino a donde sea que vayáis. Lesley dice que va a velar por tu seguridad.

Tina puso los ojos en blanco.

—Por supuesto que va a velar por mi seguridad, mamá.

—Estupendo. Estamos de acuerdo, entonces. —Annie dio una palmada—. Imagino que tenéis trabajo que hacer. Nos vemos luego.

Con eso, Annie se acercó a Tina y la atrajo hacia sí para darle un beso. Tina miró a Lesley por encima del hombro de su madre, encogiéndose de hombros. Lesley sonrió. ¿Sería ella así con su hija algún día?

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Samuel Waller vivía en una casa unifamiliar de una planta a las afueras de Charmouth. Los canalones se estaban oxidando y las ventanas delanteras parecían podridas. A Lesley le sorprendía que la estructura no se hubiera despeñado por el acantilado.

Se quedó un poco atrás mientras Tina llamaba a la puerta.

—¿Lo conoces? —le preguntó a su compañera mientras esperaban.

Tina se encogió de hombros.

—Lo he visto un par de veces, pero no diría que lo conozco. Aunque tiene cierta reputación.

La puerta se abrió y Tina se calló de golpe. Un hombre mayor se les quedó mirando. Tenía el pelo ralo y desgreñado sobre las orejas y los ojos pálidos y llorosos.

—¿Qué quieren?

Lesley le mostró su identificación.

—Soy la inspectora Clarke y esta es la subinspectora Abbott. Estamos investigando el hallazgo de dos cadáveres tras el deslizamiento de tierras en el acantilado del que dio parte.

—¿En Spittles? —preguntó mirándola con una ceja arqueada.

—Correcto —respondió Lesley—. ¿Podemos pasar, por favor?

—Supongo que sí.

Se hizo a un lado y las dejó pasar, indicando con el brazo una puerta al fondo. Olía a orina rancia y a pelo de perro.

—Pasen al comedor. Es la única habitación que tengo ordenada.

Lesley intercambió una mirada con Tina y entró.

El comedor era angosto y solo había espacio para una mesa de caoba llena de arañazos y seis sillas. Lesley se movió con dificultad por el borde, apretujándose entre la mesa y la pared. Cogió una silla, no sin antes comprobar si tenía manchas y le indicó a Tina que hiciera lo mismo.

El señor Waller apareció en el umbral.

—Veo que ya se han puesto cómodas —dijo mientras se sentaba frente a Lesley y apoyaba las manos sobre la mesa.

—Señor Waller —empezó Lesley—, quería hacerle unas preguntas sobre lo que vio usted ayer por la mañana.

—Ya hablé con el agente Fulano —señaló a Tina—. El colega tuyo, ese que está casado con tu hermana.

—¿Dougie? —respondió Tina—. El agente Anderson, quiero decir.

—Ese mismo. ¿No han hablado con él?

—Sí, lo hemos hecho —dijo Lesley—. Pero nos gustaría escuchar su versión directamente de usted, si no le importa.

El hombre apretó los labios.

—Vale. ¿Qué quieren saber?

—Tengo entendido que estaba paseando por los acantilados —dijo Lesley—. ¿Qué hora sería?

Arrugó la cara.

—¿Las seis, seis y cuarto? Temprano, todavía estaba oscuro. Hettie quería mear.

—¿Quién es Hettie? —preguntó Lesley.

—Mi perra. ¿Quién más va a necesitar mear en los acantilados a esas horas?

Lesley se mordió el labio inferior.

—Así que salió con su perra a las seis y cuarto de la mañana. ¿Fue la perra la que vio el cambio en el terreno?

—No. Lo vi yo a lo lejos. El terreno había cambiado de color, se había movido durante la noche por la tormenta que tuvimos.

—Ya veo —asintió Lesley—. ¿Seguía lloviendo a esa hora?

El señor Waller negó con la cabeza.

—No habría salido si así fuera. No, ya había parado. Pero hacía un frío que pelaba. A veces desearía que Hettie fuera un gato, podría comprarle un arenero.

Tina soltó una carcajada y se tapó la boca con la mano.

—Disculpa, jefa.

El hombre la miró.

—No pasa nada. Los perros son graciosos, ¿a que sí? Sobre todo Hettie.

Lesley se preguntó dónde estaría la legendaria Hettie. Dormida en algún sitio, seguramente. Había suficientes pelos en las sillas del comedor para dar fe de su existencia.

Tina asintió, todavía retorciéndose para contener la risa.

—Sí —dijo él—. Vi que el terreno se había movido, me acerqué hasta donde me pareció seguro y eché un vistazo. No me quedé mucho rato. No era seguro.

—¿Se fijó si había alguna señal de gente por allí arriba? —le preguntó Lesley.

—¿Gente? No.

—Pero usted vio el deslizamiento —dijo Lesley.

—Llevaba mi linterna, ¿no? A Hettie le da por irse por ahí y a veces tengo que buscarla. Le compré un collar fosforescente el año pasado y la muy idiota lo perdió entre los matorrales.

Tina reprimió otro bufido. Lesley le lanzó una mirada y apretó el puño bajo la mesa.

—Así que vio el deslizamiento. Se acercó, se dio cuenta de lo que era y, ¿luego qué?

—Volví a casa. A dar el aviso, ¿no?

—¿Llamó al 999?

Él negó con la cabeza.

—No, llamé a Tim, el de la Guardia Costera. Tengo su móvil, por si acaso. Cuando vives aquí como yo, a veces ves barcos. No llamas al 999 si ves un barco en apuros. Es más rápido llamar a Tim. Él lo soluciona. ¿Necesitan que vaya allí con ustedes, que les enseñe dónde estaba?

—No, gracias —le dijo Lesley.

Por su descripción, estaba segura de que el lugar donde el hombre se había detenido a observar el deslizamiento estaría dentro del cordón policial. Le extrañaba que no se hubiera despeñado él mismo por el acantilado.

—¿Es la primera vez que ve moverse el terreno en esa parte del acantilado? —preguntó ella.

El señor Waller miró a Tina.

—Eso se lo puede decir ella. Por supuesto que sí.

Tina miró a Lesley.

—Tiene razón, jefa. Esa parte del acantilado no se ha movido, ni siquiera antes de que yo naciera.

El hombre resopló.

—Ni antes de que yo naciera, tampoco. Y de eso hace mucho más tiempo que esta cría.

A Tina le tembló una mejilla.

—¿Y cuánto tiempo lleva usted viviendo aquí? —le preguntó Lesley.

Él arrugó la nariz.

—¿Treinta años, treinta y cinco? Más tiempo del que esos cadáveres llevan ahí.

—¿Recuerda haber visto alguna actividad inusual en esa parte del acantilado? ¿Quizá hace algún tiempo? —le preguntó Lesley.

—¿Hace unos seis años? —añadió Tina.

—No —respondió—. Nada.

—¿Nunca ha visto a nadie en esa parte del acantilado, o por encima, que pareciera enterrar algo?

—¿Creen que alguien enterró esos cuerpos?

Lesley lo miró, esperando una respuesta.

—Lo siento, señoras —dijo—. No recuerdo nada. —Miró a Tina—. Si esos cuerpos llevan ahí seis años, nunca atraparán a quien los mató.

—Gracias por su tiempo —dijo Lesley mientras se levantaba.

Él tosió y un escupitajo cayó sobre la mesa.

—Por supuesto. No hay de qué.

—Si recuerda algo, cualquier cosa de hace seis años o quizá más, por favor, póngase en contacto con la comisaría local.

Tenía la sensación de que sería más probable que hablara con un agente local.

—De acuerdo —dijo—. Pero no recuerdo nada. Lo siento.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Lesley y Tina salían de casa de Samuel Waller cuando sonó el móvil de Lesley. Echó un vistazo a la pantalla y le hizo un gesto afirmativo a Tina.

—Sube al coche —dijo—. Ahora mismo voy.

Tina la miró extrañada y se dirigió al coche. Lesley le dio la espalda a su compañera y contestó la llamada. Era Matt Crippins.

—Matt —dijo ella—, ¿ha cambiado de opinión?

—Inspectora Clarke —respondió él—. Estoy muy bien, gracias. ¿Cómo está usted?

Lesley hundió el pie en el barro. Matt Crippins la exasperaba.

—¿Ha vuelto? —preguntó ella.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Anoche, tarde. Bueno, llegó a su piso anoche tarde. Me llamó y vino a la oficina a primera hora de la mañana.

—¿Y me lo dice ahora?

—Usted no es su madre.

—Yo era la inspectora a cargo de la investigación de su desaparición.

—El caso que se cerró, si no recuerdo mal —replicó Matt—. Después de que volviera y nos dijera que dejáramos de preocuparnos por ella.

Lesley hundió el pie aún más en el barro.

—¿Por qué ha aparecido ahora de repente?

—Tiene una historia que quiere que publique.

Lesley enderezó los hombros, miró hacia el coche y vio a Tina, que le devolvió la mirada.

—¿Qué clase de historia?

—Lo estamos estudiando. Ya sabe que no revelo ese tipo de cosas hasta que estoy listo.

Lesley se irguió.

—Matt, si es una historia que implica a la policía, el protocolo es contactarnos primero para que hagamos declaraciones y confirmemos si lo que tiene Sadie es cierto o no.

—En teoría.

—En teoría no. Sé cómo trabaja usted, sé cómo trabaja Sadie.

Matt se rio.

—Sadie no. No siempre, al menos.

—Mire —le dijo—. Pensé que usted y yo estábamos cooperando en esto. Le he dado información delicada. Lo menos que puede hacer es compartir su historia antes de publicarla.

El periodista se aclaró la garganta y murmuró algo.

—¿Matt?

—Perdone —dijo él—. Estaba hablando con alguien.

—Póngamela —dijo Lesley—. ¿Es Sadie?

—Ha salido. Es otra persona.

Lesley no se lo creyó.

—Matt, por favor. Antes de que publique esa historia, quiero saber de qué va.

La llamada se cortó.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

La oficina estaba vacía cuando Elsa llegó a la mañana siguiente.

Sentía una opresión en el pecho y la respiración entrecortada. Sabía que lo que estaba a punto de hacer podía meterla en un buen lío.

Subió a toda prisa las escaleras hacia las oficinas del primer piso, consciente de que su mirada iba de un lado a otro, como la de un animal acosado. «Deja de comportarte de un modo tan sospechoso», se dijo.

Apoyó una mano en la puerta de la oficina principal y vaciló con los ojos cerrados. Deslizó la mano por la madera y luego se la pasó por el pelo antes de abrir la puerta.

Procuró que sus movimientos parecieran tranquilos y recorrió la oficina con la mirada. Cuanto más trataba de parecer inocente, más culpable parecía. Pero no había nadie. Eran las siete y media de la mañana: ni siquiera los abogados de Dorset empezaban tan temprano. En Londres habría tenido que llegar a las cuatro de la madrugada para estar segura de adelantarse a todos.

El expediente que buscaba estaba en el archivo, al fondo del pasillo, a dos puertas de su despacho. Se dirigió hacia allí, consciente de que, una vez que se comprometiera con aquello, tendría que acabar cuanto antes.

Su llavero incluía la llave del archivo. Abrió rápidamente y cerró la puerta tras de sí.

Se quitó los zapatos y se adentró en la sala. Nadie sabría que estaba allí.

Recorrió las estanterías con la mirada. Unos expedientes estaban en cajas y otros en carpetas colgantes. Dependía de su antigüedad y de lo activo que fuera el cliente. Este cliente estaba activo, pero la mayoría de los miembros del bufete sabían poco de él, lo que significaba cajas, no carpetas.

Apretó los dientes y buscó la caja que necesitaba. La sacó, la dejó en el suelo y comenzó a revolver el contenido. Dentro había dos expedientes que aún no se habían enviado al fiscal. Kelvin deseaba que desaparecieran convenientemente.

Sacó el primero de los expedientes y lo contempló un instante, con un escozor en los ojos.

¿Podría hacerlo?

«Sí, vamos, date prisa», se dijo.

Sacó el expediente y lo dejó en el suelo junto a la caja. Luego hizo lo mismo con el segundo. Volvió a poner la tapa en la caja y la empujó debajo de la estantería, comprobando que estuviera recta, tal y como la había encontrado. En un rincón de la sala había una trituradora de papel. Agarró los expedientes y se dirigió hacia ella.

Elsa encendió la trituradora y se quedó de pie a su lado, nerviosa, mientras esperaba a que se pusiera en marcha. Tamborileó con las uñas sobre el expediente, mascullando por lo bajo.

Un ruido a su espalda la sobresaltó. Se quedó rígida.

Había alguien en la oficina principal. Elsa miró hacia la puerta, casi sin atreverse a respirar.

—Date prisa —masculló, todavía esperando a que la trituradora cobrara vida.

Por fin, la pantalla se iluminó. Pulsó un par de botones y sacó la primera hoja del expediente.

—¿Señorita Short?

Elsa levantó la vista. Una mujer la observaba desde el umbral.

—¿Está todo bien, señorita Short? ¿Hay algo en lo que pueda ayudarla?

Elsa volvió a meter la hoja de papel en la carpeta.

—No, nada —dijo—. Es solo una cosa que se me olvidó hacer ayer.

La mujer frunció el ceño. Era Sam, la antigua asistente personal de Ameena Khan. Desde que Ameena murió, trabajaba para Elsa a tiempo parcial, pero a Elsa le costaba encontrarle trabajo ya que tenía su propia ayudante.

—Elsa —dijo Sam—, por favor, deje que le ayude.

Dio un paso adelante, con el brazo extendido.

—No hace falta —respondió Elsa—. Ya he terminado.

Sam bajó la vista hacia la papelera de la trituradora. Estaba vacía. Elsa soltó una risa nerviosa.

—Me he equivocado de expediente —dijo—. Me los llevo a mi despacho.

Sam la miró fijamente.

—¿Seguro que no puedo ayudarla?

—No. —Elsa dedicó a la joven su sonrisa más tranquilizadora—. Gracias de todas formas. Necesito que me hagas unas fotocopias más tarde. Sé que es un trabajo pesado, pero ¿te parece bien?

Sam se encogió de hombros.

—Claro.

—Gracias. Hablamos luego.

Pasó junto a Sam y salió a trompicones a la oficina principal, consciente de la mirada de la joven clavada en su espalda.

«Mierda, ¿habrá visto el expediente?».

Había sido una mala idea desde el principio.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Lesley aparcó a la sombra de la catedral de Exeter. El edificio gótico se alzaba imponente sobre ella y dominaba la calle. Salió del coche y se detuvo a consultar el teléfono para ver cómo llegar. El forense le había dicho que, una vez que encontrara la catedral, estaría en el lugar correcto. Más o menos.

—Lo tengo —masculló.

El depósito de cadáveres estaba a solo dos calles. Pagó el aparcamiento y cogió un abrigo del maletero, deseando haber traído ropa de ciudad. En el armario del piso de Elsa, de su piso, se recordó, guardaba los trajes y zapatos elegantes que había usado en su antiguo trabajo en Birmingham. Pero, después de ocho meses de patearse campos y acabar llena de barro, se había resignado a llevar botas y forros polares.

Aquel día se sentía desaliñada.

Llegó al depósito y se encontró a una mujer que ya estaba en el despacho del forense. Era joven, de pelo largo y oscuro. Llevaba un traje verde que dejó a Lesley aún más acomplejada por su impermeable, que no le quedaba bien. La mujer se giró al verla entrar y se puso en pie, tendiéndole la mano.

—Usted debe de ser la inspectora Clarke.

—Lo soy, ¿y usted es?

—Bea Steadman. Bueno, me llamo Beatrice, pero todo el mundo me llama Bea. Soy la antropóloga forense.

—Ha llegado rápido.

Bea sonrió.

—Cogí el primer tren desde Londres en cuanto me llamó Gareth.

—Pues muchas gracias. ¿Ha tenido ocasión de examinar ya nuestras pruebas?

—Los cuerpos llegaron esta mañana. La estábamos esperando.

—De acuerdo. —Lesley no estaba segura de si sentirse halagada o irritada. Habría preferido que se pusieran manos a la obra.

El doctor Bamford entró, trayendo consigo una ráfaga de aire frío.

—Lesley. ¿Ya conoce a Bea?

—Me ha dicho que me estaban esperando.

Él le sonrió.

—Sabía que no tardaría. Kyle ya tiene listo el primer cuerpo. Entremos.

Lesley se levantó.

—¿Cuáles fueron sus conclusiones tras examinar los cuerpos en la escena del crimen ayer?

El doctor Bamford le hizo un gesto para que caminara a su lado. Recorrieron un pasillo que olía a lejía y formol.

—Llevaban allí bastante tiempo —comenzó—. No parecía que los hubieran movido, al menos no a propósito. —Abrió una puerta doble y esperó a que Lesley pasara—. Mi hipótesis es que los enterraron en lo alto de esos acantilados y que la primera vez que cambiaron de posición fue cuando la ladera se desplazó ayer por la mañana.

—Así que quienquiera que los enterrase conocía el terreno de la zona —sugirió Lesley—. Debía de saber que aquel era un lugar con pocas probabilidades de moverse.

Bea se giró hacia ella.

—¿Qué sabe de la geología de ese tramo de la costa?

—Mi colega, la subinspectora Abbott, creció en Lyme Regis. Algo me ha contado. Que es propensa a los deslizamientos, algo que tiene que ver con la estructura del suelo.

Estaban en el vestíbulo de la sala de autopsias. El forense señaló unos ganchos de los que colgaban batas para que se las pusieran.

Bea se encogió de hombros al ponerse la suya y se volvió hacia Lesley.

—Vale —dijo—. Le daré la versión resumida. El terreno a lo largo de este tramo de la costa es principalmente Lias azul y Lutitas. Hacia el este, donde están ustedes, es más antiguo, del paleógeno.

Lesley sabía que jamás recordaría nada de aquello.

—¿Y?

—Disculpe, a veces me emociono un poco... —Bea miró al forense, que le sonreía—. Estudié geología antes de cambiarme a antropología. Básicamente, el terreno aquí es suelto. Con la humedad suficiente se comporta como un líquido. Y así es como se producen los deslizamientos. La sección del acantilado donde se enterraron los cuerpos está más atrás y contiene más Arenisca verde. Es un poco más estable, por eso los cuerpos tardaron tanto en moverse.

—Así que quienquiera que los enterrara bien podría tener conocimientos de geología.

Bea arrugó la nariz.

—O eso, o conoce el historial de deslizamientos de por aquí.

—La gente tiene muy buena memoria en este tramo de la costa —añadió el doctor Bamford.

Lesley asintió.

—Pero aquí está la cuestión —dijo Bea—. Normalmente, no se esperaría que esa sección se moviera, no en cientos de años, pero…

—No me lo diga, el cambio climático —la interrumpió Lesley—. Siempre es el cambio climático.

—Es en parte el cambio climático —replicó Bea—. Pero hay otros factores en juego. Sinceramente, el hecho de que no dejen de mover el sendero costero y de hacer obras de ingeniería tiende a desestabilizar el terreno.

—Pero la otra noche hubo una tormenta —dijo Lesley.

—Eso fue la gota que colmó el vaso —respondió Bea—. Cuando el suelo se humedece lo suficiente, se precipita por los acantilados más rápido de lo que cualquiera podría correr. Es extremadamente peligroso. Imagine una avalancha de lodo. Tuvimos suerte de que no hubiera nadie allí en ese momento.

Lesley observó a la antropóloga. A la mujer le brillaban los ojos; estaba en su salsa. Pero ya estaban todos con las batas puestas y había asuntos más urgentes que atender.

—Entonces, ¿le echamos un vistazo a esos cuerpos?

El doctor Bamford abrió la puerta de la sala de autopsias.

—Pase usted.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

—¡Vaya, si es la hija pródiga!

Tina hizo caso omiso de las bromas de Dougie mientras bajaba los escalones hacia la playa.

—¿Por qué no estás ya allí? —le preguntó ella, señalando con la cabeza hacia los Spittles.

—Podría preguntarte lo mismo —replicó él—. He oído que viniste a ver a Naomi anoche.

Apretó la mandíbula. Su hermana la había recibido bien, pero había una pregunta tácita en el aire. «¿Por qué no has venido antes?».

—Sí. Tu pequeña es preciosa.

Su expresión se suavizó.

—Gracias. Yo también lo creo. —Reprimió un bostezo—. Aunque a veces, por las mañanas, pienso que es el mismísimo demonio.

—Tiene sentido —replicó Tina—. Al fin y al cabo, es tu hija.

Dougie le dio un puñetazo en broma.

—Solo porque ahora seas una subinspectora importante no significa que no pueda contigo.

Tina sonrió.

Siguieron la pasarela de hormigón que llevaba a la base de los acantilados donde se habían encontrado los cuerpos. Los de la científica ya estaban allí arriba; se veían sus trajes blancos a lo lejos.

—En serio —le dijo—. Siento haber tardado tanto. He tenido mucho lío.

—¿Y eso? —preguntó él.

—Bueno —dijo ella—, para empezar, me he echado un novio.

—Me he enterado. Otro agente importante. Mike Legg.

Tina frunció el ceño y se detuvo.

—¿Te lo ha contado Naomi?

Dougie se hizo a un lado para que ella bajara los escalones de hormigón hasta la playa.

—Tina, trabajo para la policía de Dorset igual que tú. ¿Qué te crees? ¿Que los cotilleos no van a llegar hasta aquí?

—No, supongo que no —respondió Tina con un suspiro.

No le gustaba la idea de que su relación con Mike estuviera en boca de toda la policía de Dorset.

Llegaron al final de los escalones. La marea estaba baja y había gente que deambulaba por la playa en busca de fósiles. Un grupo se encontraba al pie del acantilado observando a los de la científica. Los vecinos de Lyme Regis, como siempre, querían saber qué pasaba.

Tina no los culpaba. Lyme Regis era el tipo de lugar donde todo el mundo se metía en los asuntos de los demás. Después de que los turistas se marcharan al final de la temporada, su carácter cambiaba. Se convertía en uno de esos pueblos pequeños donde la gente se cuidaba mutuamente. Cada otoño, el lugar parecía exhalar un suspiro de alivio colectivo. Pero en verano, todos sabían que el dinero que traían los veraneantes mantendría el pueblo en funcionamiento el resto del año.

Mientras se acercaban a la base de los acantilados, dos jóvenes, poco más que muchachos, se volvieron hacia ellos.

—Tina Abbott —la llamó uno de ellos—. ¿Qué haces aquí?

Tina ladeó la cabeza y vio a Andrew Cooper, el hermano pequeño de uno de sus viejos amigos.

—Mi trabajo, Andrew —dijo ella—. ¿Qué crees que hago?

—Vamos, chicos —dijo Dougie—. ¿No deberíais estar en el instituto?

—Todavía faltan quince minutos para que empiece.

Dougie miró su reloj.

—Ni de coña vais a llegar al instituto en quince minutos. —Hizo un gesto con el pulgar hacia atrás—. Venga, marchaos de aquí antes de que le diga al director que estáis haciendo pellas.

Los chicos se miraron, se encogieron de hombros y pasaron corriendo junto a ellos para subir los escalones. El instituto estaba colina arriba, a las afueras del pueblo. A la velocidad que iban, Tina calculó que igual llegaban a tiempo.

—¿Vas a quedarte aquí abajo? —le preguntó a Dougie—. ¿Para asegurarte de que nadie suba?

—Esperaré a Wendy —le dijo—. Está de guardia hoy; luego tengo que irme a hacer papeleo.

—Qué suerte.

Dougie sonrió.

—No todos podemos ser miembros importantes del equipo de investigación de delitos graves. —Gesticuló unas comillas en el aire con los dedos.

Tina se dio la vuelta, ignorando el comentario. Estaba encantada de haber aprobado el examen de subinspectora y que la nombraran miembro permanente del equipo. Pero sabía que a la gente de su pueblo le costaba entender por qué se había mudado y, en particular, por qué casi nunca volvía de visita.

Movió los hombros mientras trepaba por los acantilados y trató de despejar la mente. Necesitaba centrarse en el caso. Gail estaba arriba con dos de su equipo, Brett y Sunil. Tina se preguntó dónde estaría Gavin, el cuarto miembro del equipo. ¿Quizá en Exeter con el forense?

—Buenos días, Gail —saludó al acercarse a ellos.

—Hola, Tina —respondió Gail—. ¿No está Lesley contigo?

—Ha ido a Exeter a ver al forense.

—Vale. Esperemos que así tengamos una fecha segura para esos cuerpos.

Tina asintió.

—¿No habéis encontrado más pruebas forenses por aquí arriba?

—De momento nada —respondió Gail—. Pero tenemos una zona muy amplia que peinar. —Señaló la cima de los acantilados—. Tenemos que cubrir toda la extensión de la ladera desde la cima

hasta el mar. Vamos a empezar por abajo y luego subiremos. Así se minimizan las posibilidades de que el mar se lleve cualquier cosa.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Tina.

—¿Hoy tienes vista de lince?

—Siempre.

—Bien. Ve para abajo, justo hasta la orilla del agua. —Gail señaló y Tina se giró para mirar—. Busca cualquier cosa que parezca fuera de lugar o que pudieran haber dejado, sobre todo si es antigua.

—¿Antigua? —preguntó Tina.

—No tan antigua como un ictiosaurio —dijo Gail—. Ya me entiendes.

—Sí, te entiendo. ¿Cómo te aviso si encuentro algo?

—Usa la radio —dijo Gail—. No tiene sentido que te pases el día pateando la playa de arriba abajo.

—Perfecto —le dijo Tina.

—Sunil irá contigo. —Gail chasqueó los dedos y el miembro más joven de su equipo levantó la vista.

—¿Necesitas que te enseñe cómo se hace? —le preguntó el joven a Tina con una sonrisa.

—Ya sé cómo se hace —replicó Tina—. Estuve cuatro años de uniforme, ¿recuerdas?

—Ya, claro. —Se burló—. Por si acaso, ya te enseño yo qué hacer.

CAPÍTULO VEINTISIETE

El técnico de patología se hizo a un lado cuando Lesley entró en la sala con el patólogo y la antropóloga. El primero de los dos cuerpos, el del hombre, ya estaba preparado. Yacía sobre la mesa de metal con una incisión en forma de Y ya practicada. Lesley tragó saliva mientras se acercaban.

—¿Algo relevante? —le preguntó Bamford al técnico.

Este asintió.

—Este tiene un marcapasos, un Nevono.

Bamford enarcó una ceja y miró a Lesley.

—Bueno, eso nos dice una cosa.

—¿El qué? —preguntó Lesley.

—Espere un momento —respondió Bamford—. Déjeme comprobarlo.

Lesley tamborileaba con el pie en el suelo. Necesitaba volver a la escena del crimen y ver cómo habían progresado Gail y su equipo en la búsqueda de pruebas forenses. Tenía el móvil en el bolsillo de la chaqueta, colgada en una percha fuera de la sala. Ahí dentro se sentía aislada.

—¿Qué es? —le preguntó de nuevo a Bamford.

Él levantó un dedo y se inclinó sobre el cuerpo.

—Tendremos que quitar esto —dijo—. Deshacerse de un cuerpo con un marcapasos complica un poco las cosas.

—¿En qué sentido? —preguntó Lesley.

Él la miró.

—No sé qué instrucciones habrá dejado este señor para la disposición de su cuerpo, pero no se puede incinerar un marcapasos.

—No —dijo Lesley. Existía el riesgo de que el cacharro explotara en el crematorio y prendiera fuego a todo el lugar. Suspiró—. ¿Y cuánto tendremos que esperar?

—Para serle sincero, no me preocupa demasiado —dijo el doctor —. Hasta que no lo identifiquemos, no podremos decidir si hay que incinerarlo o enterrarlo de todas formas.

—Entonces, ¿qué es lo que le dice el marcapasos?

Se enderezó.

—Es un Nevono. Un fabricante estadounidense. Los dispositivos siempre llevan grabados los datos del fabricante, además de la información de identificación individual, por supuesto.

—¿Y qué importancia tiene?

—Nevono dejó de operar con ese nombre en 2009. —Señaló el cuerpo—. Este cacharro lleva ahí dentro más de doce años.

Lesley frunció el ceño.

—¿Cuánto tiempo se dejaban los marcapasos dentro de la gente por aquel entonces, antes de tener que sustituirlos?

Bamford se encogió de hombros.

—Las pilas no eran tan buenas en aquella época. Tendría que comprobarlo, pero me atrevería a decir que no más de tres años.

—Así que lleva muerto entre nueve y quince años.

El patólogo asintió.

—Como le digo, tendría que comprobarlo. —Se giró hacia su ayudante—. ¿Ash?

El técnico asintió y tomó nota en una pizarra.

—¿Algo más que nos sea de ayuda? —preguntó Lesley.

El patólogo se inclinó sobre el cuerpo. La antropóloga, Bea, siguió su ejemplo, de pie al otro lado de la mesa. Lesley observó cómo sus ojos recorrían al hombre en silencio, mientras los dedos del doctor Bamford se deslizaban sobre la piel.

Lesley había visto muchas autopsias a lo largo de su carrera y ya no le afectaban, pero aquel cuerpo era diferente. Estaba desecado, la piel seca y amarilla. Tenía agujeros en las mejillas, ya fuera

porque la actividad de los animales o los insectos había dañado la carne o porque se había podrido.

—El hecho de que el cuerpo esté tan seco —preguntó—, ¿nos dice algo?

—Nos dice que quienquiera que enterrara estos cuerpos eligió el lugar a sabiendas —dijo Bea—. Sabía dónde no se mojaría demasiado.

El patólogo asintió.

—Es impresionante, para un cadáver que ha estado tanto tiempo bajo tierra. Hay pocos signos de putrefacción. Poca podredumbre, poca actividad de insectos. —Se incorporó, mirando a Bea y luego a Lesley—. Bea tiene razón. Eso le ayudará a encontrar dónde lo enterraron originalmente.

El otro cadáver estaba en el mismo estado.

—Ese también —añadió el patólogo, mirándolo.

Bamford se dirigió al técnico.

—Asegúrate de que los de la científica lo sepan, y puede que tengamos que llamar a un geólogo.

Lesley se cruzó de brazos sobre el pecho.

—Así que tenemos un cuerpo que lleva bajo tierra al menos nueve años, y un asesino que conocía el terreno.

Bea sonrió.

—Eso parece. Voy a trabajar en las muestras de tejido que tomemos para determinar la fecha de la muerte de manera más precisa.

—Y también acceder a los registros de cirugía de marcapasos de los hospitales locales —dijo el doctor Bamford—. Eso podría acotar la búsqueda.

Lesley examinó los cuerpos. ¿Cómo llevaban tanto tiempo bajo tierra sin que nadie los encontrara o denunciara su desaparición?

—No son David y Carmela Stubbs, entonces.

—¿Quiénes? —preguntó Bea.

Lesley suspiró.

—Una pareja que desapareció hace seis años. —Negó con la cabeza, contenta de que no se hubieran puesto en contacto con los parientes de los Stubbs.

—Llevan muertos más tiempo, sin duda —le dijo Bea—. Tardaré un día o así en averiguar exactamente cuánto. Pero se enfrenta a un caso más antiguo.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

—Vale, jefa —dijo Tina—. Me aseguraré de que Gail lo sepa.

Colgó y se giró hacia Sunil, que seguía en la playa con ella.

—Era la inspectora —dijo—. Ya tienen una idea de la fecha de la muerte.

—¿Y?

—Al menos nueve años, como mucho quince.

—¿Cómo lo saben?

—El hombre llevaba un marcapasos, un modelo antiguo. Por lo visto, había un margen de tiempo en el que se lo habrían sustituido.

—Bien —dijo él—. ¿Vas a decírselo tú a Gail o se lo digo yo?

—Ya lo hago yo. —Cogió la radio.

La voz de Gail crepitó en el receptor.

—Tina —dijo—, ¿has encontrado algo?

—He recibido una llamada de la inspectora. Dice que los cuerpos tienen entre nueve y quince años.

—Vale —respondió Gail.

—¿Habéis encontrado algo ahí arriba? —preguntó Tina.

—No, pero estamos a punto de ascender otro tramo de acantilado. Y viene un geólogo de camino.

Tina miró hacia los escalones que bajaban desde el aparcamiento. En efecto, un hombre con una mochila descendía por ellos. Al llegar abajo, miró a su alrededor y localizó a Tina y a Sunil en la playa. Tina señaló hacia arriba, donde estaba Gail, que lo

saludó con la mano. El hombre empezó a caminar por la playa y a subir hacia donde estaba Gail.

—Voy a subir, Sunil. —Tina quería saber qué estaba pasando para informar a la jefa.

—De acuerdo —dijo Sunil mientras se encogía de hombros—. Mándame a la agente Sharman para que me ayude, ¿quieres?

—Eso haré.

Subió con dificultad por los acantilados y sacó el móvil para llamar a Wendy Sharman. Wendy era tres años menor que ella, no alguien a quien recordara del colegio. Pero al igual que Tina, había nacido y se había criado en Lyme.

—Espera. —El terreno estaba suelto y Tina tuvo que concentrarse para mantener el equilibrio—. ¿Puedes echarle una mano a Sunil? En la playa —jadeó, y luego se guardó el móvil en el bolsillo. Necesitaba ambos brazos para esto.

Por fin estuvo de pie junto a Gail y el recién llegado, que debía de ser el geólogo. Era joven, con el pelo rubio alborotado y un chaquetón gris. Tenía una mochila apoyada contra las piernas.

Tina respiró hondo un par de veces. No estaba tan en forma como debería. Oyó un grito a sus espaldas y vio a Wendy unirse a Sunil en la playa. Le devolvió el saludo con la mano.

—Ya le he contado a Andy lo del margen de tiempo —dijo Gail—. Dice que eso significa que tenemos que subir más por la ladera si queremos encontrar dónde enterraron los cuerpos.

—De acuerdo —respondió Tina, consciente de que estaba jadeando.

Miró al geólogo, que a su vez le dedicó una mirada inquisitiva.

—Guíenos —le dijo.

Gail le puso una mano en el brazo a Tina.

—Tómatelo con calma —dijo—. Aún no hemos terminado en esta zona.

—¿Por qué no subo yo a ver si encuentro algo? —sugirió Andy.

Gail hizo un gesto hacia su compañero de traje blanco.

—Brett —lo llamó—, acompaña a Andy.

—Puedo ir solo perfectamente —le dijo Andy.

—Necesita que lo acompañe un agente de la científica. —Gail lo observó fijamente—. Esto es la escena de un crimen. Tenemos que protegerla.

—Sé lo que me hago.

—Mire, compañero. Estoy segura de que tendrá cuidado, pero usted no es un técnico forense cualificado. Brett le mostrará lo que puede hacer sin alterar la escena.

Andy se encogió de hombros y miró a Tina.

—¿Usted también viene? Por cierto, ¿quién es usted?

—Tina —dijo ella, tendiéndole una mano—. Subinspectora Tina Abbott, equipo de investigación de delitos graves.

El geólogo silbó.

—Qué elegancia. ¿Directamente desde Winfrith?

Tina trató de no mostrar su irritación.

—Bueno, no todos los días te topas con un doble asesinato.

—Desde luego que no —dijo él—. Y este fue hace diez años. Como mínimo.

Tina se metió las manos en los bolsillos. No le gustaba el tono del hombre. Pero era un experto en la geografía de estos acantilados, así que tendría que colaborar con él.

—Vamos, entonces —le dijo—. Echemos un vistazo.

Andy miró a Gail, que asintió.

Brett ya estaba con ellos.

—¿Adónde nos dirigimos, Andy? —le preguntó al geólogo.

El joven señaló hacia la cima de la colina.

—La verdad, puede que sea mejor si nos acercamos desde la carretera.

—De acuerdo. —Brett miró a Gail—. ¿Te importa si cojo la furgoneta?

—Un momento —dijo Tina—. ¿Así que vamos a subir todos los escalones, dar toda la vuelta en coche y llegar hasta el punto que está indicando ahí arriba?

—Es la ruta más segura —dijo el geólogo.

—Tiene razón —le dijo Gail—. Y podría darnos una idea de la ruta que siguió el asesino cuando enterró los cuerpos.

—Es casi imposible que quede alguna prueba ahora —dijo Tina—. Después de tantos años…

—Se sorprendería —le dijo el geólogo.

—De acuerdo. —Tina suspiró—. Guíenos.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Cuando Lesley salía del despacho del patólogo, una mujer bajó presurosa de un Ford Focus azul y se dirigió hacia ella.

—¿Inspectora Clarke? —preguntó.

—Soy yo —respondió Lesley. «¿Una periodista?», pensó—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Soy la subinspectora Hannah Patterson, de la policía de Devon y Cornualles.

—¡Ah! Dennis me avisó de que vendría.

La mujer caminó de espaldas delante de Lesley, acompasando el paso.

—¿Podemos sentarnos en algún sitio?

—Mi coche servirá igual que cualquier otro sitio —respondió Lesley.

La llevó hasta él y se sentó en el asiento del conductor. La mujer ocupó el del copiloto y se volvió hacia ella.

—Es consciente de que está en mi territorio, ¿verdad?

Lesley cerró los ojos un instante.

—Gareth Bamford es el patólogo más cercano al lugar del crimen, así que tenía sentido traer los cuerpos aquí.

—Ya —replicó la subinspectora—. A Devon.

—¿De verdad vamos a andarnos con politiqueos entre cuerpos de policía por un caso sin resolver de hace diez años?

La mujer ladeó la cabeza.

—Pensaba que eran seis años. Es lo que me dijo el sargento Frampton. Los Stubbs, es lo más probable...

—No —la interrumpió Lesley—. El doctor Bamford ha encontrado pruebas de que los cuerpos llevaban allí al menos nueve años, posiblemente quince, no más.

—¿Qué pruebas?

—Un marcapasos. No me pida detalles, seguro que él podrá ponerla al día. Imagino que ya han trabajado juntos con anterioridad, ¿no?

—Sí —respondió Hannah con dureza—. Pero aunque no sea el caso Stubbs, tiene que incluirme en la investigación. Necesitará nuestros recursos y la escena del crimen está a menos de cuatro kilómetros de la demarcación.

—Sí, precisamente esa escena está en Dorset —le dijo Lesley—. Mire, estaría más que encantada de reducir mi carga de trabajo, pero sé que a mis jefes no les hará ninguna gracia que ceda el control del caso a otro cuerpo policial.

Se quedó mirando por el parabrisas. La zona alrededor de la catedral estaba más concurrida que cuando había llegado, con gente de compras y de paseo.

—Le propongo una cosa —dijo Lesley—. Trabajemos juntas y cuando descubramos quiénes son las víctimas, asignaremos las funciones según corresponda.

La subinspectora Patterson apretó los labios.

—¿Aún no sabe quiénes son?

—No, pero quizá usted pueda arrojar algo de luz. ¿Tiene algún caso abierto de hace entre diez y quince años?

—Hace nueve años yo patrullaba la calle.

—Me lo imaginaba.

Lesley la examinó de arriba abajo. La mujer era joven, de unos treinta y cinco años. Probablemente estaba en prácticas cuando esa pareja falleció. Se sobresaltó al oír un golpe en la ventanilla. Era Gareth Bamford. Abrió la puerta.

—Doctor Bamford —dijo—. ¿Va todo bien?

—Tengo noticias —asintió, con el rostro animado.

—Vale. —Miró a la subinspectora y salió del coche. Esta la siguió. Lesley se sintió aliviada de que la mujer no se hubiera quedado en el asiento del copiloto. Una cosa era invadir su caso, pero otra muy distinta era invadir su espacio...

—¿Qué ocurre? —le preguntó al patólogo, apoyándose en el coche.

—El historial dental —dijo él—. Mi técnico ha hecho unas llamadas. Hemos conseguido una identificación.

CAPÍTULO TREINTA

—¿De quién se trata? —preguntó Lesley, mirando al patólogo.

Bamford miró a su alrededor.

—¿Por qué no vamos a mi despacho?

—¿Qué pasa? ¿Es información confidencial?

—No —dijo Bamford encogiéndose de hombros—. Pero allí podremos hablarlo con más detalle.

—De acuerdo. —Lesley miró a la subinspectora Patterson—. ¿Viene?

—Por supuesto.

Las dos investigadoras siguieron al patólogo de vuelta al hospital y avanzaron por los pasillos hasta que llegaron a la morgue. Finalmente, entraron en su despacho. No había ni rastro de Bea Steadman.

Lesley se apoyó en la puerta y se cruzó de brazos, mientras la subinspectora Patterson tomaba asiento.

—Ya me ha hecho esperar bastante. Dígame quiénes son. Sabemos que no es el caso sin resolver de la subinspectora Patterson, así que ¿quiénes son?

El patólogo miró a la subinspectora.

—¿Quiénes eran sus víctimas?

—David y Carmela Stubbs —respondió Patterson—. Desaparecieron hace seis años. Me han dicho que el período de tiempo no encaja.

Bamford negó con la cabeza.

—No. Y esos no son los nombres que me han dado.

Encendió el portátil que tenía sobre el escritorio, pulsó un par de teclas y lo giró hacia ellas.

—Hemos encontrado a un dentista en Dorchester que tenía los historiales de ambos. Se llaman… bueno, se llamaban, Kenneth Fogarty y Catherine Lawson.

«Dorchester. Así que era un caso de Dorset», pensó Lesley.

El doctor Bamford alternó la mirada entre Lesley y la subinspectora Patterson.

—¿Les suena de algo?

—De nada —dijo Lesley.

La subinspectora Patterson se encogió de hombros.

—A mí tampoco. ¿De dónde son? ¿De Dorchester?

—Lo único que sé es dónde tenía la consulta su dentista. Van a enviar los historiales, pero, al parecer, han pasado diez años desde la última vez que los trató.

Lesley silbó.

—Encaja.

La subinspectora Patterson se inclinó hacia delante y se acercó el portátil.

—¿Está seguro de que son las personas correctas?

—Los registros dentales coinciden —dijo el patólogo—. Como digo, sus expedientes llegarán pronto y, con un poco de suerte, incluirán una dirección.

—Voy a llamar a mi sargento. —Lesley agarró el móvil.

Dennis respondió a los dos tonos.

—Jefa. ¿Alguna novedad?

—Una importante —le comunicó—. Tenemos una posible identificación de nuestras víctimas, tratadas por última vez por su dentista hace diez años.

—Eso es bueno. ¿Quiénes son?

—Kenneth Fogarty y Catherine Lawson, ambos de la zona de Dorchester.

—No necesariamente —interrumpió la subinspectora Patterson.

—Al menos tenían un dentista en Dorchester —dijo Lesley, mirando de reojo a la subinspectora—. Dennis, ¿puedes encargarte? Averigua lo que puedas sobre esas dos personas: dónde vivían, quiénes eran sus parientes más cercanos, cuándo fue la última vez que se les vio con vida, etc.

—Sin problema, jefa —dijo él—. Supongo que no tendrás fotos, ¿no?

—Solo las de la escena del crimen —respondió ella—. No creo que un dentista guarde fotos de sus pacientes después de diez años.

—Solo radiografías —dijo el patólogo.

Lesley asintió.

—Busca en HOLMES, a ver si tuvieron alguna vez relación con la policía, y comprueba el censo electoral de Dorchester. Los encontraremos y, una vez que sepamos quiénes eran, estaremos un paso más cerca de descubrir quién los mató.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Tina estaba en la cima de la colina Timber Hill con Brett. Peinaban el terreno en busca de cualquier cosa que hubiera quedado atrás cuando la tierra se desprendió y los cuerpos cayeron por los acantilados. Andy, el geólogo antipático, estaba más arriba, tomando mediciones con algún tipo de instrumento.

El sendero costero serpenteaba por allí, a casi dos kilómetros tierra adentro. Cuando Tina era pequeña el sendero pasaba casi a un kilómetro al sur, más cerca de la playa. Pero con los años, cada vez que se producía un deslizamiento, lo habían ido desplazando hacia el interior. En algunos tramos estaba destrozado y el terreno apenas se sostenía. Tenía la sensación de que el ayuntamiento acabaría desviando aún más el sendero costero para que siguiera la carretera de Charmouth.

Se puso de pie y se llevó una mano a los ojos para protegerlos del sol bajo. Hasta el momento, la búsqueda había sido infructuosa: nada que se hubiera quedado atrás. Ni ropa, ni objetos. Nada había caído convenientemente de los bolsillos de las dos víctimas. Y, por supuesto, no quedaría rastro de quien los hubiera traído allí para enterrarlos, no después de diez años o más.

Miró a Brett.

—Voy a la furgoneta a por agua —le dijo—. ¿Quieres un poco?

—Tomémonos un descanso. ¿Hay algún sitio donde podamos tomar un té?

—Bueno. Si no te importa que use tu furgoneta, podría ir a por un termo a casa de mi madre.

Brett se rio.

—No es frecuente que un investigador me ofrezca eso, pero no voy a decir que no. Subiré contigo hasta la furgoneta para tomar algunas notas. Allí arriba se está menos expuesto.

Tina asintió y se dirigió por el sendero hacia donde Brett había aparcado la furgoneta de la policía científica. Estaba justo en las afueras del pueblo.

Mientras caminaba, sonó su teléfono: era la inspectora.

—Jefa —dijo Tina—, hemos estado registrando la cima de los acantilados, pero todavía no hemos encontrado nada.

—Tengo noticias —dijo la inspectora—. Hemos identificado a nuestras víctimas.

Tina levantó el puño en señal de victoria. Miró a Brett.

—Una identificación. ¿Quiénes?

Brett abrió los ojos de par en par.

—Kenneth Fogarty y Catherine Lawson —dijo la inspectora—. Tenemos los registros dentales. La última vez que los vio su dentista en Dorchester fue hace diez años.

—Dorchester —dijo Tina—, ¿entonces no es el caso sin resolver de Devon?

—No. Esperemos que eso signifique que nos vamos a quitar de encima a la subinspectora Patterson.

Tina asintió. Aún no había tenido contacto con la subinspectora, pero sabía que los agentes uniformados de la comisaría de Lyme Regis solían tener tratos con sus homólogos del otro lado de la frontera. El crimen no entiende de fronteras entre un condado y otro.

—Entonces, ¿qué necesitas que haga, jefa? —preguntó.

—Continúa con lo que estás haciendo, pero ten en cuenta que puede que estés buscando pruebas de la desaparición de un hombre y una mujer de hace diez años.

—Avisaré a Gail —dijo Tina.

—Gracias. —La inspectora colgó.

—Tendremos que contárselo al geólogo —dijo Brett—. Voy a volver.

—Gracias —Tina lo vio darse la vuelta y regresar por el sendero.

—¡Brett! ¡Espera!

Se giró.

—¿Las llaves?

Brett sonrió y sacó las llaves de la furgoneta del bolsillo. Se las lanzó.

—¿Me traes ese termo de té?

—Por supuesto.

Mientras arrancaba la furgoneta, su teléfono sonó. Apagó el motor; la furgoneta no tenía manos libres.

—Tina, soy Gail. Lesley acaba de decirme que tenéis una identificación confirmada y una fecha.

—Una fecha aproximada.

—Tú eres de aquí. ¿Vivías aquí hace diez años?

—Sí.

—¿Recuerdas algo sospechoso?

—Gail, tenía catorce años. Lo único que recuerdo es el nombre del chico que me gustaba.

—Vale —se rio Gail.

—Pero si hay algo que recordar, mi madre lo sabrá. Voy para allá ahora mismo.

—¿Por qué?

Tina sintió que se le acaloraba la cara. No estaba segura de si Gail aprobaría el uso de la furgoneta para ir a por un termo de té.

—Necesitaba algo de material.

—Vale. Pero no vayamos a hablar de esto con todos los lugareños.

La puerta del copiloto se abrió: era Brett, y una ráfaga de aire frío entró con él en la furgoneta.

—Se lo he dicho a Andy —anunció al entrar—. No pareció importarle mucho.

—Ojalá esta furgoneta tuviera manos libres —dijo Tina.

—¿Es Brett? —preguntó Gail—. Pónmelo.

Tina le pasó el teléfono. Brett hizo un gesto hacia el volante. ¿Quería que los llevara a casa de su madre o de vuelta al lugar del crimen?

Resopló mientras daba la vuelta en la carretera. Le costaría mucho ocultarle los detalles a su madre. En pocas horas se sabría por todo el pueblo. Pero si buscaban información local, el mejor lugar para empezar era la comisaría.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Lesley bostezó mientras conducía de vuelta hacia Lyme Regis. La cama individual que le habían asignado en casa de Annie Abbott era bastante cómoda, pero unas gaviotas posadas en el tejado la habían despertado a las cinco de la mañana. Había golpeado el techo un par de veces, lo más bajito que pudo, pero parecía que a las gaviotas les gustaba el sitio.

Estaba reprimiendo otro bostezo cuando le sonó el teléfono.

—Inspectora Clarke, soy Gareth Bamford.

—Doctor Bamford, ¿alguna novedad para mí?

—Eh, sí. Novedades y una disculpa.

—¿Qué ha hecho?

—Va usted directa al grano, ¿verdad? Me siento un poco avergonzado por no haber identificado antes la causa de la muerte. Con los cuerpos en el estado en que se encontraban...

—¿Tiene una causa de la muerte?

—La del hombre, Kenneth Fogarty.

—¿Y cuál es?

—Bueno, no es algo que se vea muy a menudo en Exeter, y menos aún en Lyme Re...

—Dígame ya de qué se trata. —Lesley reprimió otro bostezo. Dio un volantazo para esquivar un coche que venía hacia ella por la estrecha carretera, tocando el claxon a todo volumen.

—Fogarty tiene una herida de bala en el lateral del cuello. Estaba oculta por los daños causados por los animales y no era evidente a primera vista, pe...

—¿Una herida de bala?

—Sí.

Lesley soltó un silbido. Sabía que el forense tenía razón: no era algo precisamente común por allí.

—¿Puede darme más información?

—Estamos realizando más análisis en busca de residuos, pero con los cuerpos tan antiguos... ¿Estoy en lo cierto al pensar que sus compañeros de la científica encontraron un objeto metálico cerca de los cuerpos?

Lesley negó con la cabeza.

—Sí, pero era un termo. De hace tres años, según el fabricante.

—Entonces no está relacionado —dijo Bamford.

—No. ¿Y qué hay de Catherine Lawson? ¿Tiene una herida similar?

—No he logrado encontrar ninguna. Todavía.

—¿Todavía?

—No es sencillo examinar unos cuerpos que llevan tanto tiempo bajo tierra. Se han conservado extraordinariamente bien, pero aun así presentan ciertas dificultades.

Lesley frenó al tomar una curva y encontrarse con un tractor que avanzaba con pesada lentitud delante de ella.

—Maldita sea.

—¿Va todo bien?

—Nada, el tráfico rural. De acuerdo, avíseme si encuentra algo más.

—Por supuesto.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

La oficina estaba en silencio; los tres hombres se encontraban concentrados en su búsqueda de Kenneth Fogarty y Catherine Lawson. Dennis estaba rastreando HOLMES mientras que Mike buscaba en Google y Stanley repasaba el censo electoral.

Dennis no había encontrado nada por el momento. No había ninguna denuncia de la desaparición de Fogarty ni de Lawson, y ninguno de los dos había tenido problemas con la ley. Se reclinó en la silla y estiró los brazos por encima de la cabeza con un bostezo.

—¿Quién quiere algo caliente? —preguntó.

Mike y Stanley levantaron la vista al unísono.

—Un café, sin azúcar, por favor —dijo Mike—. Si no te importa, sargento.

—No me importa —dijo Dennis—. Necesito estirar las piernas.

Pam le daba la lata por pasar demasiado tiempo en su escritorio. Tenía que salir, moverse, trabajar en el caso con la inspectora. Interrogar a sospechosos, examinar escenas del crimen. En cambio, estaba ahí atrapado. La espalda le envejecía por momentos.

—Stanley —preguntó—, ¿a ti qué te pongo?

—Un té, por favor. Con dos de azúcar.

Dennis frunció el ceño.

—Normalmente no tomas azúcar, ¿verdad?

—Es un experimento, sargento.

—Vale —respondió Dennis, preguntándose qué clase de experimento consistía en añadir azúcar al té cuando normalmente no lo hacía.

Aun así, no iba a discutir. Se levantó de la silla con dificultad y se dirigió a la cocina.

Cinco minutos después estaba de vuelta. Le puso el té a Stanley delante.

—Si no te importa que pregunte, Stanley, me tiene perplejo un experimento en el que empiezas a añadir azúcar al té. ¿No es más normal que la gente deje de tomar azúcar?

—Es una teoría que tiene mi novia, sargento. Cree que si echas azúcar al té, alimentas el antojo y dejas de comer cosas como chocolate y galletas el resto del día. ¿Sabe usted cuántas cucharaditas de azúcar tiene una galleta de chocolate?

Dennis se rio.

—Ni idea, ni quiero que me lo digas.

Le puso el café a Mike, que estaba inclinado hacia la pantalla con los ojos a pocos centímetros de ella.

—¿Tienes algo? —le preguntó.

Mike asintió distraídamente.

—Puede que sí, sargento. Tengo algo sobre Kenneth Fogarty, al menos.

Dennis se inclinó sobre el escritorio.

—Adelante.

—Las páginas de sociedad del Bournemouth Echo. Es una foto suya en un evento de hace doce años.

—Eso encaja —dijo Dennis—. Si desapareció hace diez años…

Mike asintió.

—¿Reconoces al tipo que está a su lado?

Dennis ladeó la cabeza.

—Aléjala. A ver si hay un pie de foto.

La foto mostraba a cuatro hombres, todos blancos y de mediana edad. Uno era un poco más joven que los demás y aún conservaba todo el pelo. Le resultaba familiar.

—Claro que lo conozco —dijo Dennis—. Es Harry Nevin.

—¿Aquel al que mató su novia? —preguntó Stanley.

—El mismo —respondió Dennis—. El socio de Nevin, Cross y Short.

Mike aspiró aire. Señaló la pantalla.

—Y ese es Fogarty, de pie junto a él. Lo está rodeando con el brazo.

—Esta gente de la alta sociedad… —dijo Stanley—. Son todos muy amiguetes entre ellos.

Dennis gruñó.

—Sigue buscando —le dijo a Mike—. Averigua qué relación hay entre Fogarty y Nevin.

—Haré una búsqueda con ambos nombres juntos —dijo Mike.

Tecleó en el ordenador. Apareció otra página, la web *Tiempo Atrás.*

—¿Qué es eso? —preguntó Dennis.

—Es como una instantánea de internet a través del tiempo —le explicó Mike—. Te muestra qué aspecto tendría una página web en una fecha determinada.

—Vale. En ese caso, retrocede diez años. A ver si encuentras algo de Fogarty.

—No funciona así —dijo Mike—. No se puede buscar por fecha y esperar encontrar la página; primero tienes que saber qué página es.

—¿Y qué hay de Harry Nevin? —sugirió Stanley—. Prueba a buscar la web de Nevin, Cross y Short en *Tiempo Atrás*.

Mike miró por encima de los escritorios.

—Buena idea.

Hizo clic con el ratón e introdujo unos términos de búsqueda.

—Mierda.

—Cabo Legg —lo reprendió Dennis.

—Lo siento, sargento —dijo Mike, que desvió la mirada hacia el cajón donde había estado escondida la hucha de las palabrotas de Dennis desde que la inspectora había llegado el verano anterior. Luego señaló la pantalla—. Esta es la página web de Nevin, Cross y Short de hace diez años.

Dennis la observó.

—Pero no pone Nevin, Cross y Short.

—No —dijo Mike—. Pero explica la foto.

—Madre mía —dijo Dennis—. Ese bufete está en todas partes, ¿no?

Mike asintió.

Stanley miró por encima de los escritorios.

—¿Qué es? ¿Qué bufete?

Dennis lo miró.

—Nevin, Cross y Short —dijo—. Parece que hace diez años tenían otro nombre: Nevin, Fogarty y Lawson.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Lesley estaba en el aparcamiento de la comisaría de Lyme Regis, sopesando si podía permitirse echar una cabezadita, cuando su teléfono volvió a sonar.

—Inspectora Clarke.

—¿Todo bien, jefa? —preguntó Dennis.

Se aclaró la garganta.

—Disculpa, Dennis. Me despertó una gaviota muy temprano.

—Es la primera vez que oigo eso.

Lesley se rio.

—Es una excusa bastante patética para no estar concentrada. ¿Tienes algo para mí?

—Estamos reconstruyendo el perfil de las dos víctimas y ahora sabemos dónde trabajaban.

—¿Dónde?

—Ambos eran abogados con sede en Bournemouth.

—No me lo digas... —dijo Lesley.

—Eran socios en Nevin, Cross y Short. O para ser exactos, en Nevin, Fogarty y Lawson.

—Mierda —musitó Lesley. Oyó a Dennis toser al otro lado de la línea—. Vale —continuó, ignorándolo—. Se lo comunicaré a Tina y le pediré que pregunte a la policía local si hay alguna conexión entre ellos y Lyme Regis. Necesito que vayas a ver a Aurelia Cross.

—¿Solo a Aurelia Cross?

—¿Esto fue hace diez años? —preguntó.

—Sí.

—Puede que Aurelia Cross trabajara en ese bufete entonces —le dijo—. Elsa solo lleva un año trabajando allí.

—Muy bien —respondió Dennis con voz tensa.

—Dennis —dijo, mientras se incorporaba en el asiento—. Si esto tiene algo que ver con mi novia, puedes estar seguro de que seré profesional y objetiva.

—Por supuesto, jefa. Como dices, ella no trabajaba en el bufete entonces.

—No.

Elsa no podía tener nada que ver con este caso. Fogarty y Lawson habían muerto mucho antes de que ella siquiera se mudara a la zona.

Todo iba bien.

¿O no?

La asaltó un pensamiento. Puede que Elsa no estuviera relacionada directamente. Puede que no hubiera conocido a las víctimas. Pero podría haber una conexión indirecta.

—Dennis —dijo—, mira a ver si puedes averiguar quiénes eran los clientes de Fogarty y Lawson; pregúntale a Aurelia Cross si tiene los registros.

—¿Después de diez años?

—Pregúntale de todos modos. Y observa su reacción cuando lo hagas.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Tina estaba apoyada en el mostrador de la comisaría de Lyme Regis, dándole sorbitos a una taza de té, cuando su jefa entró a toda prisa. Se sobresaltó y casi se le cae la bebida.

—Jefa —dijo, dejando el té sobre el mostrador y bajando la vista hacia la taza—. ¿Cómo ha ido la autopsia?

—Ya tenemos la causa de la muerte. —La inspectora miró a Dougie, que estaba al otro lado del mostrador—. Vayamos a esa celda otra vez.

Tina frunció el ceño.

La jefa apoyó una mano en el mostrador, con la mirada fija en Dougie.

—¿Dónde está su sargento?

Dougie le dirigió una mirada de confusión a la inspectora.

—Voy a buscarlo.

En cuanto él salió de la sala, Tina se acercó a su jefa.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Hay algo que no quieres que Dougie sepa?

La inspectora negó con la cabeza.

—Gareth Bamford ha dado con la causa de la muerte de Fogarty. Y tenemos más información sobre ambas víctimas.

Tina asintió antes de preguntar:

—¿Qué clase de información?

La jefa inspiró hondo y negó con la cabeza.

—Esperaremos a que llegue el sargento Connor. Venga. —Pasó rozando a Tina y cruzó la puerta que daba a la parte principal de la comisaría. El sargento caminaba hacia ellas, desconcertado.

—¿Va todo bien? —preguntó—. Parece que ha visto un...

—Sí —replicó la inspectora—. Necesito hablar con usted.

Le hizo un gesto a Tina para que los siguiera y se dirigió a la celda donde habían hablado con Dougie y Wendy el día anterior. La jefa entró y se dejó caer en una silla. Tina la siguió y se quedó de pie a un lado. El sargento Connor tomó asiento frente a la inspectora, apoyó los codos en la mesa y entrelazó los dedos.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el sargento—. ¿Es algo delicado?

La inspectora lo observó por un momento.

—Tenemos dos nuevos datos. —Miró a Tina—. Supongo que no has conseguido nada más de la escena del crimen, ¿verdad?

Tina negó con la cabeza.

—Gail y Brett siguen allí. Pero me temo que no. Ha pasado demasiado tiempo.

La inspectora se desplomó en la silla.

—Así es, pero estamos buscando pruebas de un arma. Balas, quizá el arma en sí.

El sargento se rascó la cabeza.

—¿Un arma?

La inspectora se mordió el labio inferior.

—La causa de la muerte de Kenneth Fogarty es una herida de bala en el cuello.

—Pobre hombre —dijo Connor con una mueca.

—Desde luego. ¿Conoce alguna banda local que pudiera tener acceso a armas en la época en que se produjeron los asesinatos?

—Esto es Lyme Regis, señora.

—Me imaginaba que diría eso. ¿Ninguna banda? ¿Actividad de drogas?

—Sí, pero a muy bajo nivel. Lo más grande está en Exeter.

—¿No en Bournemouth o Dorchester?

—La gente de aquí tiende a orientarse hacia Devon. Las carreteras son más directas.

La inspectora gruñó.

—Y no tengo muchas esperanzas de encontrar nada en la escena del crimen.

—No habrá nada después de diez años —dijo él—. Los fragmentos de bala podrían haberse esparcido por cualquier parte a estas alturas. Se los podrían haber llevado los pájaros.

La inspectora lo miró.

—Existe la posibilidad de que abandonaran el arma en la escena del crimen.

Connor cruzó las piernas antes de continuar.

—Cualquier criminal con acceso a un arma seguro que es lo bastante sensato, o lo bastante malvado, como para llevársela después.

—Aun así —dijo la inspectora—, eso es lo que quiero que busquen los de la científica.

—Es su investigación —replicó Connor mientras se encogía de hombros.

—Sin embargo, necesito su ayuda.

—Por supuesto.

—No quiero que se hable de disparos entre la población local antes de lo necesario. Tengo la sensación de que esta es una comunidad muy unida, y preferiría no decírselo por ahora a sus agentes.

—Confío implícitamente en esos agentes.

Tina se rascó la piel del brazo, inquieta. Conocía a Dougie y a Wendy desde que era niña. Pero sabía cómo era la gente de allí.

El sargento miró a Tina. Ella asintió.

—De acuerdo —dijo él—. Pero no me culpe si se filtra por otro lado.

—No lo haré —dijo la inspectora—. Tina, ¿puedes llamar a Gail para ponerla al día?

La jefa apoyó una mano en la mesa.

—Hay otra cosa —dijo, con la mirada fija en el sargento—. ¿Ha oído hablar de un bufete de abogados llamado Nevin, Cross y Short?

Tina contuvo el aliento. Conocía ese bufete. Harry Nevin, el socio principal, había sido víctima de un asesinato. Elsa Short, la socia más reciente, era la novia de su jefa.

El sargento Connor negó con la cabeza.

—No he oído hablar de ellos. ¿Quiénes son?

—Kenneth Fogarty y Catherine Lawson eran socios de ese bufete —le informó la inspectora—. Su nombre hace diez años era Nevin, Fogarty y Lawson.

Tina no se dio cuenta de que había soltado un grito ahogado hasta que notó que la inspectora se había girado hacia ella y la miraba con el ceño fruncido.

—Perdón, jefa —murmuró.

¿Qué significaba aquello? Sabía que había algo entre Lesley y Elsa, pero ¿estaba relacionado con este caso?

La inspectora cerró el puño sobre la mesa.

—Ya he hablado con Dennis. Va a hacerle una visita a Aurelia Cross, para averiguar qué sabe sobre la lista de clientes de Fogarty y Lawson antes de que murieran.

—De acuerdo —asintió Tina—. ¿Qué hay de las familias?

—Dennis todavía está reconstruyendo los hechos; Stanley y Mike también.

Tina no había llamado a Mike desde su llegada. Se preguntó si él siquiera se habría dado cuenta.

—¿Qué necesitas que haga, jefa? —preguntó.

—Acompáñame a la escena del crimen.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Lesley consultó su reloj mientras salía con Tina de la comisaría de Lyme Regis. Estaba indecisa. ¿Debía quedarse allí para supervisar la investigación local y la búsqueda forense? ¿O volver a la oficina para estar más cerca de la investigación sobre las víctimas?

—Jefa —dijo Tina, señalando con la cabeza—. Tu coche está por aquí.

Lesley sacudió la cabeza para despejar la niebla que la había envuelto.

—Perdona, Tina. Tenía la cabeza en otra parte.

Se dirigió al coche. Iría a la escena del crimen con Tina, le diría a Gail lo que buscaban y luego decidiría qué hacer.

—Conduce tú —le dijo a Tina. No estaba en condiciones de circular por las estrechas y empinadas calles de Lyme Regis. El día anterior habían esperado diez minutos mientras dos autobuses intentaban cruzarse en una calle increíblemente estrecha. Si por ella hubiera sido, habría hablado con los conductores, y no con mucha paciencia, o al menos habría intentado pasar ella misma. Pero Tina simplemente había apagado el motor para esperar junto con un grupo de peatones, que parecían considerarlo el entretenimiento del día.

El teléfono de Lesley sonó cuando subía al asiento del copiloto. Al ver quién era, abrió la puerta del coche.

—Espera un momento, Tina. —Salió y se apoyó en el coche, con un brazo en el techo.

—Hola, cariño. ¿Todo bien?

—¿Hay alguna razón para que no lo esté? —preguntó Elsa.

Lesley apretó el puño sobre el techo del coche.

—Tu bufete va a recibir una visita de Dennis. Los cadáveres que encontramos en Lyme Regis eran antiguos socios del bufete.

Elsa silbó.

—Vaya. ¿Cómo se llamaban?

—Kenneth Fogarty y Catherine Lawson.

—He oído hablar de ellos, pero nunca los conocí.

—Tiene sentido —replicó Lesley—. Murieron hace al menos diez años, mucho antes de que tú llegaras.

—¿Debería avisar a Aurelia?

—No. De hecho, yo no te lo he dicho.

—No —convino Elsa—. Probablemente no deberías haberlo hecho. Le daré a Dennis una hora; si para entonces no ha llegado...

—Llegará —le dijo Lesley—. En fin, ¿por qué me llamabas?

—Quería disculparme.

—¿Por qué?

—Por lo de anoche al teléfono. Estaba distraída, con cosas del trabajo. No debería pagarlo contigo.

—No te preocupes —le dijo Lesley—. Para eso estoy aquí. ¿Hay algo de lo que quieras hablar?

Contuvo la respiración. Elsa había estado en contacto con el inspector Mackie antes de que muriera. Era algo en lo que Lesley no dejaba de pensar y estaba bastante segura de que Elsa también.

—¿Nada que quieras contarme? —repitió.

—No —dijo Elsa—. Al menos hoy no. Puede que te lo cuente el fin de semana.

Lesley golpeó el techo del coche.

—Elsa, ¿esto es relevante para el caso?

—¿Qué caso?

—El de Fogarty y Lawson, tus antiguos socios.

—No. —Elsa parecía perpleja—. ¿Crees que lo es?

—No lo sé —replicó Lesley.

No mentía. Los dos asesinatos bien podrían estar relacionados con lo que fuera que Elsa había estado tratando con Mackie. O podría ser una coincidencia.

—Elsa —dijo—, ¿estás segura de que no quieres contarme qué es lo que te preocupa?

—Te lo contaré el fin de semana —respondió Elsa—. Te lo prometo.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Dennis rascó con las uñas el brazo del sillón mientras esperaba en la recepción de Nevin, Cross y Short. Mike estaba en el asiento de enfrente, con la vista clavada en el suelo. Dennis apretó los dientes y empezó a tamborilear con los dedos en el reposabrazos.

Mike levantó la vista y preguntó:

—¿Estás bien, sargento?

—Sí —dijo Dennis mientras movía la muñeca para mirar el reloj.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Quince minutos —respondió con un suspiro.

Se preguntó por qué Aurelia Cross los hacía esperar. ¿Sabría por qué estaban allí? ¿Habría algo que estuviera intentando encubrir?

Se puso de pie y se giró hacia la puerta que los separaba de los despachos. ¿Estaría ahí dentro ahora mismo, destruyendo pruebas?

Acababa de poner la mano en el pomo, a punto de abrir la puerta, cuando alguien tiró de ella desde dentro. Dennis trastabilló y apoyó una mano de golpe en el marco de la puerta para mantener el equilibrio. Una joven estaba de pie frente a él, con los ojos muy abiertos.

—¿Se encuentra bien, sargento? ¿Ha ocurrido algo?

—¿Cuánto tiempo más nos hará esperar la señora Cross?

La mujer sonrió.

—Está lista para recibirlos ahora.

Dennis enarcó una ceja.

—Llevamos quince minutos esperando.

—Estaba ocupada en una llamada con un cliente.

Dennis observó el rostro de la mujer. Parecía decir la verdad, pero, por otro lado, ¿quién podía asegurar que Aurelia Cross no le hubiera mentido a ella en primer lugar?

—Muy bien —dijo—. Guíenos.

La mujer sonrió de nuevo y se dio la vuelta. Dennis le hizo un gesto a Mike para que lo siguiera.

Los condujeron a un despacho en una esquina, el mismo que Harry Nevin había ocupado antes de su muerte. Aurelia Cross estaba dentro, con el escritorio vacío frente a ella y las palmas de las manos apoyadas en su superficie. Levantó la vista cuando entraron y les dedicó una sonrisa altiva. Le tendió la mano y Dennis se la estrechó.

—Agentes —saludó—, ¿en qué puedo ayudarles?

Dennis percibió un movimiento por el rabillo del ojo. Se giró y vio a Elsa Short escabullirse por otra puerta.

Entrecerró los ojos. ¿Acaso la inspectora la había avisado?

Se aclaró la garganta y se sentó frente a Aurelia Cross. Mike cerró la puerta y tomó el asiento a su lado.

—Tenemos malas noticias —le dijo Dennis.

Ella deslizó las palmas de las manos por el escritorio, hacia sí.

—¿Qué clase de malas noticias?

—¿Sabía que estamos investigando la muerte de dos personas encontradas en los acantilados sobre Lyme Regis?

La señora Cross negó con la cabeza.

—No. ¿Debería?

—Implica a dos antiguos socios de su bufete.

—¿Sospechan de ellos? —preguntó con el ceño fruncido.

Dennis observó que su primer instinto no había sido preguntar quiénes eran los cadáveres.

—No —replicó, preguntándose por qué había llegado a esa conclusión—. Siento tener que decirle esto, pero hemos identificado los dos cuerpos. Se llamaban Kenneth Fogarty y Catherine Lawson. Tengo entendido que fueron socios de este bufete.

La mano de la señora Cross se movió sobre el escritorio; sus movimientos, rígidos. Había palidecido. Dennis estaba seguro de que

no la habían avisado.

—¿Kenneth y Catherine? —preguntó Cross.

Dennis asintió, sin apartar los ojos de su rostro.

—¿Trabajó con ellos? ¿Los conocía?

—Sabía de ellos. Dejaron el bufete un año antes de que yo empezara aquí. Harry fue el único socio durante un tiempo, hasta que me ascendieron. Bueno, hasta que conseguí demostrar mi valía.

—Entonces, ¿llegó a conocer al señor Fogarty y a la señorita Lawson?

—Lo siento, nunca. Solo los conocía de oídas.

—¿Qué clase de reputación tenían?

—No quiero insinuar nada. Lo único que sabía de ellos era que eran viejos amigos de Harry, buenos abogados. Se jubilaron.

Dennis asintió. En cuanto salieran de allí, le pediría a Mike que comprobara la historia de Aurelia Cross.

—¿Queda alguien en el bufete que trabajara con ellos? —preguntó.

La abogada se mordió el labio inferior.

—No estoy segura. Tendría que comprobar los expedientes del personal. —Cogió el teléfono de su escritorio.

Dennis levantó una mano.

—¿Qué está haciendo?

—Llamar a mi asistente. Para pedirle que revise los archivos a ver si averigua si alguien de la plantilla trabajaba aquí en esa época. Supongo que querrán hablar con ellos.

Dennis se recostó en el asiento.

—Sí, queremos.

—Bien. —Lo miró fijamente mientras hablaba por teléfono.

—Carol, soy Aurelia. ¿Puedes hacerme un favor? Averigua si tenemos a alguien trabajando aquí que estuviera en la empresa... —Enarcó una ceja hacia Dennis—. ¿Hace diez, doce años?

—Diez —masculló Dennis.

—Diez años —repitió—. Y dame sus nombres. No hables con ellos, solo dame los nombres. —Colgó el teléfono—. Tardará un rato. ¿Quieren un café mientras tanto?

Aquello no era una visita social. Dennis negó con la cabeza.

—Por favor, dígame lo que sepa sobre el señor Fogarty y la señorita Lawson.

Se encogió de hombros.

—No mucho, me temo. Eran amigos de Harry, buenos amigos, según tengo entendido. Los tres eran socios cuando se fundó el bufete. Se jubilaron, eran pareja. Se iban a mudar al extranjero, creo. ¿Dice que murieron hace diez años?

—No estamos seguros de la fecha exacta —respondió Dennis—. Pero habría sido hace al menos diez años.

La señora Cross se apartó un mechón de pelo que le había caído sobre los ojos.

—Eso cuadra. Si se fueron un año antes de que yo empezara, serían diez años.

—¿Puede darme la fecha en que dejaron el bufete?

—Estará en nuestros archivos. Los cambios en los socios deben registrarse formalmente en las escrituras del bufete. Harry les compraría su parte, imagino.

—Entiendo. Búsqueme esa fecha, ¿quiere? Y ya que está, ¿puede acceder a sus registros de clientes? Sería útil saber con quién trabajaban.

Su rostro se ensombreció.

—Eso nos va a llevar un poco más de tiempo.

Junto a Dennis, Mike se aclaró la garganta. Garabateó una nota en su libreta y se la mostró a Dennis.

Decía una sola palabra: «¿Kelvin?». Extendió la mano para tapar la palabra. Ambos sabían que ese bufete representaba a Arthur Kelvin, un criminal organizado que se hacía pasar por un hombre de negocios respetable. Pero no sabían desde cuándo.

Si Fogarty y Lawson habían representado a Kelvin y algo había salido mal en esa relación, ¿podría explicar sus muertes?

—Una lista de clientes sería muy útil —le dijo a la señora Cross—. Tan pronto como pueda.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Mientras Lesley y Tina subían en coche la empinada cuesta para alejarse de la comisaría, apareció otro en dirección contraria. Tina se detuvo delante de un vehículo parado, esperando a que pasara.

En su lugar, el vehículo se paró a su lado y la ventanilla del conductor se bajó. Lesley miró por encima de Tina y vio a la subinspectora Hannah Patterson.

Suspiró.

—Mierda. Baja la ventanilla, ¿quieres, Tina?

Tina miró a Lesley y bajó la ventanilla, echándose hacia atrás para que Lesley pudiera ver por encima de los coches.

—Hannah —dijo Lesley—. Ya no la necesitamos.

—Yo no estaría tan segura —dijo Hannah con una sonrisa.

Lesley negó con la cabeza.

—Las víctimas eran de Bournemouth. Dos abogados que trabajaban en un bufete con el que ya hemos tratado antes. Los encontraron en Lyme Regis, en Dorset; venían de Bournemouth, en Dorset.

Hannah apretó los labios.

—¿Sabe dónde vivían?

—Todavía no, pero lo averiguaremos —dijo Lesley, y desvió la mirada. Desde allí arriba, el mar apenas se veía entre las casas.

—Bueno, entonces —replicó Hannah—. En ese caso, decidamos quién es necesario y quién no en este caso cuando lo sepamos con

certeza. Que los encontraran en Dorset no significa que los mataran en Dorset.

Lesley intercambió una mirada con Tina, que seguía echada hacia atrás, intentando no interrumpir la conversación entre las dos mujeres.

—¿No tiene otros casos en los que trabajar? —le preguntó a Hannah—. A ver, si fuera yo, estaría encantada de que me liberaran de la responsabilidad de un caso de asesinato antiguo para poder seguir con el resto de mi trabajo.

Hannah le dedicó otra de esas sonrisas.

—Señora, estoy segura de que comprende que seguir con esto no es decisión mía.

Lesley apretó los dientes. Sabía perfectamente cómo se comportaría el superintendente Carpenter si la situación fuera al revés.

—De acuerdo —replicó—. Por ahora, no la necesitamos. Pero si las cosas cambian, me pondré en contacto.

El brazo de Hannah descansaba en el alféizar de la ventanilla y tamborileaba con los dedos en la puerta del coche.

—Estaré al tanto de lo que ocurra, si no le importa. Me mantendré en contacto con el doctor Bamford.

—Está en su derecho. Si quiere perder el tiempo…

—Ya veremos. Gracias por su ayuda, inspectora Clarke.

—Gracias a usted por la suya —replicó Lesley, esperando que el sarcasmo en su voz no fuera demasiado evidente.

Le hizo un gesto a Tina para que subiera la ventanilla. Hannah hizo lo mismo y se marchó.

Lesley estiró los dedos, liberando la tensión de su cuerpo mientras Tina rodeaba el coche aparcado y se dirigía hacia la carretera que entraba en Lyme Regis.

—¿Todo bien, jefa? —preguntó Tina.

—Sí —le dijo Lesley—. Solo que no necesito politiqueos entre cuerpos policiales además de todo lo demás.

—¿Le preocupa que esto involucre a Nevin, Cross y Short?

—No —respondió Lesley—. No me preocupa. Es solo un caso. Lo llevaremos como cualquier otro.

—Lo siento, jefa —dijo Tina en voz baja—. No era mi intención…

Lesley se recostó en el asiento y cerró los ojos.

—No pasa nada, Tina. Lo siento, no debería pagarlo contigo.

Estaba preocupada por Elsa. ¿Qué era lo que planeaba contarle este fin de semana? ¿Estaba relacionado con el caso o con la muerte de Mackie? ¿O quizá con ambas cosas?

No le gustaba estar tan lejos. Le había dicho a Dennis que observara la reacción de Aurelia Cross cuando le diera la noticia, pero habría preferido estar allí ella misma.

—Vayamos a la escena del crimen —dijo—. Hablaré un momento con Gail, te dejaré y luego volveré a la oficina.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Gail se inclinó y frunció el ceño.

—¿Es eso lo que...? —masculló.

Levantó la vista para orientarse. Se encontraba a unos cien metros colina arriba de donde habían hallado los cuerpos. El deslizamiento no había afectado a ese tramo, quizá desviado por los matorrales en los que había estado buscando.

Se agachó, ansiosa por conseguir un ángulo mejor.

Lo era.

Había visto un objeto oscuro parcialmente escondido bajo la tierra, al pie de un arbusto. Estaba bien oculto y probablemente solo había quedado al descubierto en parte hacía poco. No tenía brillo; llevaba allí un tiempo.

Conteniendo la respiración, sacó un par de fotos para inmortalizarlo en el lugar donde lo había encontrado. Luego metió la mano, apretó los dientes y lo sacó.

Colocó un marcador donde lo había hallado y tomó más fotos. Después, se puso de pie.

Gail sostuvo el objeto frente a ella. Le dio vueltas en la mano y luego lo depositó en el suelo. Puso una cinta métrica a su lado y sacó algunas fotos más.

«Mierda».

Bueno, esto encajaba.

Sacó una bolsa de pruebas del bolsillo y deslizó el objeto dentro.

Gail se irguió de nuevo y examinó los acantilados en busca de sus compañeros. Divisó unas figuras a cierta distancia: Lesley y Tina.

En el momento justo.

Sabía que a Lesley le iba a encantar llegar justo cuando Gail encontraba un arma.

CAPÍTULO CUARENTA

Elsa levantó la vista cuando la puerta de su despacho se abrió y Aurelia se coló dentro, cerrándola tras de sí.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Elsa.

—¿Acaso no lo sabes ya?

—He visto al sargento Frampton y a su compañero.

Aurelia se dejó caer en la silla frente a Elsa.

—Están investigando un doble asesinato. Dos cadáveres encontrados en Lyme Regis. Trabajaban aquí.

—¿Cuándo?

—Hace diez años.

—Mucho antes de que yo llegara. ¿Quiénes eran?

—Kenneth Fogarty y Catherine Lawson. Eran los socios de Harry antes de que yo empezara. —Aurelia se inclinó hacia delante y apoyó los codos en el escritorio—. Ellos dos fundaron este bufete con él.

Elsa miró a Aurelia, que se había puesto pálida.

—¿Y los han encontrado muertos?

Aurelia asintió lentamente.

—Murieron hace diez años. Harry, bueno todos, pensábamos que se habían jubilado.

—¿Y nadie denunció su desaparición?

—Iban a emigrar. A Canadá, según el acta de su última reunión de socios. Los dos le vendieron su parte a Harry. Él se retiraba de la

abogacía y ella estaba considerando empezar en otra cosa. Él acababa de cerrar su divorcio. Harry debió de suponer que simplemente habían perdido el contacto.

Elsa se echó hacia atrás.

—¿La exmujer de Fogarty no denunció su desaparición?

—Parece que no —respondió Aurelia—. Diez años y nadie se dio cuenta de que no estaban. ¿Qué dice eso de una persona?

Elsa apretó la mandíbula. Si ella desapareciera, Lesley movería cielo y tierra hasta encontrarla.

Sintió un escalofrío en la nuca. Harry había muerto, asesinado por su novia. Ameena Khan, una socia júnior, también había sido asesinada.

Ahora, estos dos antiguos socios. Y ahí estaba ella, trabajando para el cliente más infame de todos ellos. Tragó saliva.

—¿Sabe la policía cómo murieron?

—Si lo saben, no me lo han dicho. Ahora están hablando con Kate Jingwell y Justin Osman; son los únicos que estaban aquí hace diez años. Imagino que intentan hacerse una idea de sus vidas, con quién trabajaban y a quién pudieron cabrear.

—¿Qué hay de sus clientes? —preguntó Elsa.

Aurelia la miró a los ojos.

—Kenneth tenía un cliente principal.

Elsa sabía lo que venía a continuación.

—¿Quiero saber quién era?

—No creo que necesites que te lo diga.

Otro escalofrío recorrió la piel de Elsa.

—¿Crees que por eso murieron?

—Podría no tener relación. Arriba en los acantilados, podría haber sido un accidente. —Se levantó y miró a Elsa—. Aun así, mantenlo contento, ¿quieres? No lo cabrees.

Elsa clavó las uñas en el escritorio.

—Haz lo que te diga —dijo Aurelia.

«Para ti es fácil decirlo», pensó. Pero no lo dijo, simplemente asintió en silencio.

—Será mejor que me vaya —le dijo Aurelia—. Querrán volver a hablar conmigo.

—Avísame si hay algo que pueda hacer.

—No estabas aquí hace diez años.

—Tú tampoco.

—Sí, pero...

Elsa asintió.

Aurelia había empezado en el bufete poco después de que Fogarty y Lawson se hubieran marchado. Conocía a Harry mejor que Elsa. Estaba conectada con esto, le gustara o no.

—Te avisaré si pasa algo más —le dijo Aurelia.

—Gracias —respondió Elsa, consciente de la debilidad de su voz.

Cuando Aurelia abrió la puerta, Elsa vio a Sam pasar por fuera. Tomó aire.

—Aurelia, ¿puedes avisar a Sam, por favor?

Aurelia frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Necesito que haga algo por mí.

—Vale. —Aurelia salió de la oficina.

Elsa esperó a que Sam volviera. Tenía que hacerlo, y tenía que hacerlo ya.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

—¿Dónde has encontrado esto? —le preguntó Lesley a Gail, dándole la vuelta a la bolsa en la mano.

Gail señaló hacia lo alto de los acantilados.

—Allí arriba. No muy lejos de la carretera.

—¿Cómo es que no la habían encontrado antes?

Gail negó con la cabeza.

—Estaba enterrada bajo unos arbustos. Si no hubiéramos estado intentando averiguar desde dónde cayeron los cuerpos, nunca la habríamos visto.

—Las probabilidades de que sea un arma distinta de la que mató a Kenneth Fogarty son ínfimas.

—Estamos en Lyme Regis.

—Exacto. Pero, aun así, tenemos que cotejarla. ¿Alguna idea?

—Todavía no —respondió Gail—. Tendrías que hablar con el forense para averiguar si hay fragmentos de bala dentro de los cuerpos.

—Ya está en ello.

—Muy bien —dijo Gail—. Hablaré con él, a ver qué podemos encontrar.

Lesley alzó la vista hacia los acantilados, hacia el lugar donde el arma llevaba escondida tanto tiempo.

—¿Había algo más ahí arriba? ¿Algo que perteneciera a las víctimas o al asesino?

Gail sonrió.

—Pues sí, la verdad...

Lesley conocía esa expresión de Gail.

—Venga, suelta...

—Bueno, he encontrado un carné de conducir con un nombre, un recibo de la pistola de la tienda donde se compró y también dos tarjetas de crédito en una cartera.

—¿En serio? —preguntó Tina.

Lesley se volvió hacia ella.

—Gail hace estas cosas. Cuando no encuentra nada, le gusta inventárselo. Normalmente eres un poco más sutil.

Gail arrugó la nariz.

—Hoy no estoy para sutilezas. Estoy helada. Supongo que ninguna de las dos habéis traído un termo con té, ¿no?

—Lo siento —dijo Tina—. Debería haberlo pensado.

—No pasa nada —le dijo Gail—. No es tu trabajo darnos de comer y beber a los de la científica. Haremos una pausa y subiremos a la furgoneta.

—¿Dónde está vuestra furgoneta? —preguntó Lesley—. No la he visto en el aparcamiento.

—Hemos aparcado en Charmouth Road, en el sitio más cercano a donde la encontramos. —Señaló el arma.

—¿Tiene alguna marca distintiva? —le preguntó Lesley—. ¿Un número de serie, por casualidad?

—No lo parece —le dijo Gail—. El óxido y la suciedad la habrán desfigurado. Tendremos que limpiarla, pero después de tanto tiempo no me haría ilusiones.

—¿Seguro que lleva aquí diez años? —preguntó Lesley.

Gail volvió a hacer otro gesto de duda.

—Ni idea, pero quizás pueda traer a un botánico para que revise la vegetación que tiene pegada.

—¿Pueden hacer eso?

—Te sorprenderías.

Gail tendió la mano y Lesley le devolvió el arma. La metió en el maletín y cerró la tapa de un golpe.

—Quiero llevar esto a la furgoneta, a salvo de miradas indiscretas.

—Vale —asintió Lesley—. Avísame cuando hayáis hecho un análisis completo. Y de los resultados de tu conversación con el doctor Bamford.

—Por supuesto —dijo Gail—. Lo tendrás a primera hora de la mañana.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

Dennis se sacudió la sensación de desagrado al volver a la oficina. No le hacían mucha gracia los abogados, y los de Nevin, Cross y Short eran peores que la mayoría. Además, no le gustaba tratar con el bufete en el que trabajaba la novia de Lesley; le preocupaba acabar metido en algo en lo que preferiría no verse envuelto.

Se puso de pie detrás de su silla y bostezó.

—¿Alguien quiere un café?

Stanley, que seguía en su escritorio, levantó la vista.

—Sería genial, sargento. No me he movido desde que os fuisteis Mike y tú.

Dennis enarcó una ceja.

—¿Has encontrado algo?

—He localizado a la exmujer de Kenneth Fogarty.

—Bien —asintió Dennis en dirección a Mike—. ¿Te importa ir a por los cafés?

Mike frunció el ceño.

—¿Tengo que ir yo?

—Necesito uno —le dijo Dennis—. No tardarás ni cinco minutos, las pruebas seguirán aquí cuando vuelvas.

Mike apretó la mandíbula, se quitó el abrigo con un movimiento de hombros y lo colgó en la puerta antes de abrirla para dirigirse a la cocina.

—Bueno —le preguntó Dennis a Stanley—, háblame de nuestra viuda.

—Se llama Eleanor, Eleanor Fogarty.

—¿Conservó el apellido de casada?

—Según los registros que he encontrado, sí. El divorcio acababa de hacerse oficial cuando Fogarty desapareció.

—¿Y no denunció su desaparición?

—No consta ninguna denuncia en los archivos. Ninguno de los dos aparece en nuestra base de datos.

—Vale —dijo Dennis—. Echémosle un vistazo, entonces.

Stanley abrió una página web. Mostraba a un grupo de personas vestidas con traje, de pie en una oficina, que posaban para la cámara.

Señaló a la mujer del centro.

—Esta es —dijo—. Trabaja para una empresa de material de oficina en…

Dennis leyó el pie de foto.

—¿Exeter?

—Exeter —confirmó Stanley.

—¿Vive en Exeter?

—Aún no he llegado a eso, sargento. Estoy consultando el censo electoral.

—No te preocupes —dijo Dennis mientras se abría la puerta y aparecía Mike con dos tazas—. De eso puede encargarse Mike, ¿verdad?

—¿Encargarme de qué? —preguntó Mike con voz tensa.

—De consultar el censo electoral para encontrar a la viuda de Kenneth Fogarty.

—¿Tenemos un nombre?

—Desde luego que sí —respondió Stanley.

—Vale —dijo Mike—. ¿No aparece en el sistema por ningún lado?

—No —le dijo Dennis.

—¿No denunció la desaparición?

—Probablemente se alegrara de que se hubiera largado.

Mike asintió.

—¿Dónde tenemos su último registro?

—En Exeter —le dijo Stanley—. Trabaja para una empresa de material de oficina.

—Fascinante —dijo Mike al dejar una taza en el escritorio de Dennis y otra en el suyo—. Lo siento, Stanley. No me acordaba de cómo lo tomas.

—No pasa nada —dijo Stanley—. Me vendrá bien moverme un poco. Iré a por el mío.

Mike sonrió.

—Gracias, colega —dijo mientras se sentaba en su escritorio y acercaba la silla.

—Bien —dijo Dennis—. Encontremos a esa mujer y luego iremos a verla.

Mike levantó la vista.

—Si está en Exeter, eso es cosa de la policía de Devon, ¿no?

—Tienes razón. —Dennis resopló—. A la jefa no le va a hacer ninguna gracia.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

—Qué bien —dijo Lesley en un tono que sugería todo lo contrario mientras dejaba el teléfono.

Gail le lanzó una mirada inquisitiva.

—¿Qué pasa?

—Dennis y el equipo han conseguido localizar a la mujer de Kenneth Fogarty. Bueno, a la exmujer.

Gail entrecerró los ojos.

—¿La que no denunció su desaparición?

—Acababan de terminar el proceso de divorcio, así que supongo que se alegró de perderlo de vista. Se suponía que Catherine Lawson y él iban a emigrar juntos a Canadá.

—Lo que explicaría por qué nadie se dio cuenta de su desaparición —dijo Tina.

—Bingo —respondió Lesley.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —preguntó Gail.

—¿A que no adivinas dónde vive?

—No me lo digas. En algún lugar de Devon.

Lesley levantó un dedo y trazó un visto en el aire.

—Exacto. Así que tendré que hablar con nuestra amiga la subinspectora Hannah Patterson y conseguir que vuelva a colaborar.

—No es para tanto, ¿no? —preguntó Tina—. Quiero decir, cuando estaba de uniforme en Lyme Regis, trabajábamos a menudo con la policía de Devon.

Lesley suspiró.

—Ya lo sé, estoy siendo mezquina. Es que no estoy acostumbrada a la cooperación entre cuerpos, no era algo que surgiera muy a menudo en mi brigada de las Midlands.

—Pues parece que ahora vas a tener que acostumbrarte —dijo Gail—. Lo harás bien.

Lesley asintió.

—Tina, ¿crees que alguien te puede llevar de vuelta a la comisaría? Así aprovecho y voy a hablar con la exmujer.

Tina miró su reloj.

—Son las cinco y media, jefa. Para cuando llegues a Exeter serán las siete. ¿Crees que a Hannah Patterson le va a parecer bien?

—Bueno, si no le parece bien, puedo hacer la entrevista yo sola.

—No hagas eso —dijo Gail.

—¿El qué? —preguntó Lesley, abriendo los brazos.

—No la engañes para que no participe. Ya sabes lo que dirá Carpenter, sabes cómo le gusta hacer politiqueo.

—Tienes razón —dijo Lesley—. La llamaré para concertar la visita a la señora Fogarty para mañana. Tina, ¿sería posible quedarnos con tu madre otra vez?

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

El bufete se iba vaciando a medida que el personal se marchaba. Elsa no dejaba de mirar el reloj de la pared de su despacho.

Ya eran las seis y cuarto. Aurelia se había ido hacía diez minutos y solo quedaba un hombre allí.

Se levantó y estiró los brazos por encima de la cabeza. Le temblaban. Abrió la puerta de su despacho y se quedó de pie justo fuera.

—Chris —dijo.

El hombre se giró hacia ella. Era un empleado subalterno que llevaba solo ocho meses en la empresa.

—¿Todo bien, señora Short?

—Puedes llamarme Elsa. ¿Hay alguna razón por la que te quedas hasta tarde?

—Mi mujer está fuera; es chef. A veces viaja cuando está a cargo de «experiencias gastronómicas privadas» —dijo él, haciendo comillas en el aire con los dedos.

—Qué bien. Bueno, ¿por qué no te vas ya a casa y te preparas tú mismo una cena privada?

Él resopló.

—Sí, claro... Para mí será un McDonald's.

—Pero no tiene sentido quedarse en la oficina toda la noche. Nos vemos mañana por la mañana.

Él se encogió de hombros y empezó a ordenar los papeles de su escritorio. Elsa se retiró a su despacho, observándolo a través de la puerta acristalada. Cuando por fin se marchó, volvió a mirar el reloj. Las seis y veinticinco. Esperaría cinco minutos, por si acaso.

A las seis y media, el corazón le latía a mil por hora y no había apartado la vista del reloj.

Se levantó de la silla con todo el cuidado que pudo y salió de su despacho. El cuarto de archivo estaba en el otro extremo de la oficina y llevaba la llave en el bolsillo.

La abrió sin hacer ruido y se coló dentro, igual que había hecho esa mañana. Tenía un nudo en la garganta.

Fue hacia el archivador, esta vez con rapidez. Sabía exactamente lo que buscaba, y sacó la carpeta que contenía los documentos que tenía que triturar.

Se acercó a la trituradora de papel.

De nuevo, estaba apagada, pero todavía conservaba el calor.

La encendió y se quedó de pie junto a ella, tamborileando con el pie con impaciencia. Por fin, la máquina cobró vida.

Elsa tragó saliva con dificultad y sacó un documento de la carpeta. Lo sostuvo sobre la trituradora, mirándolo fijamente por un momento antes de dejarlo caer.

El papel pasó por la máquina; finas tiras emergieron y se deslizaron en la papelera de plástico de debajo, que ya habían vaciado. Tendría que vaciarla de nuevo.

Elsa observó cómo las tiras se enroscaban en el fondo de la papelera. Cogió otra hoja del archivador. La sostuvo sobre la trituradora, se detuvo de nuevo y la soltó.

La puerta del cuarto de archivo se abrió.

El bufete había estado vacío. Se había cerciorado de ello.

Apretó la carpeta contra el pecho y miró a la persona que había entrado.

Sam Chaston.

—Sam —dijo, intentando sonar tranquila.

—Elsa —Sam examinó la trituradora y la papelera de debajo—. ¿Está todo bien?

—Sí —respondió Elsa—. Está todo bien. Ya puedes irte a casa.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

Tina estaba sentada en su vieja cama individual en casa de su madre, con la puerta cerrada.

La inspectora había pasado la mayor parte de la tarde en su habitación y solo había bajado un momento para cenar con ellas en la mesa de la cocina. Había sido una cena incómoda; la inspectora estaba de un humor extraño. Últimamente, parecía que siempre estaba así.

La madre de Tina había intentado romper el hielo, preguntándole a su jefa cuánto tiempo llevaba en el puesto y dónde había vivido antes. Pero esta había respondido con monosílabos, poco más que una palabra cada vez. Al final, Tina tomó las riendas de la conversación y sacó el tema de la señora Jukes, la vecina de enfrente, a la que habían hecho una histerectomía un mes antes.

Contenta de estar sola, Tina se recostó en la cama, con las almohadas apiladas a la espalda, y sacó el móvil del bolsillo. Le contestaron al segundo tono.

—Hola, Tina.

—Mike —dijo ella, sintiendo una oleada de calor—. ¿Qué tal todo por allí?

—Aburrido sin ti.

Tina sonrió.

—Siento no haberte devuelto la llamada anoche. Es un poco raro estar aquí con mi madre.

Le rugieron las tripas. Se llevó una mano al estómago.

—Me gustaría conocer a tu madre alguna vez —dijo Mike.

Tina se clavó la uña del pulgar en la palma de la mano.

—¿En serio?

—Si estamos hablando de vivir juntos, tenemos que conocer a nuestros respectivos padres.

—Yo no conozco a tu madre.

—Sí que la conoces —replicó él—. La viste aquella vez que estaba en mi piso y viniste a recogerme.

—Fueron cinco minutos —le dijo Tina—. Ella se iba y yo llegaba. Nos saludamos y ya está.

—Bueno —dijo él—. Quizá pueda organizar algo más formal. Podemos llevarla a cenar.

—Me gustaría. Parecía agradable.

—Lo es. ¿Y tu madre?

Tina miró hacia la puerta.

—Mi madre es un encanto a su manera. Está loca de contenta de tener aquí a la inspectora para desvivirse por ella.

—Ah, es de ese tipo de madres.

—¿Qué quieres decir con «de ese tipo»?

—El tipo al que le gusta cuidar de la gente. Crees que te avergonzará armando un escándalo por el nuevo novio.

—Probablemente lo haga —dijo Tina—. Pero puedo soportarlo. No es que se me vaya a pegar nada.

Mike rio.

—No te veo con mucho instinto maternal.

—Dios mío, no. Bueno, ¿en qué has estado trabajando con el sargento?

—Investigando a las víctimas —le contó Mike—. Le hemos encontrado una mujer a Kenneth Fogarty. ¿Lo sabías?

—Sí —dijo ella—. La inspectora va a verla mañana por la mañana y se llevará con ella a la subinspectora Patterson de la Policía de Devon y Cornualles.

—He oído algo —dijo Mike—. ¿La inspectora no está contenta?

Tina bajó la voz.

—Hay muchas cosas que no la tienen contenta.

—¿Qué quieres decir?

—No sé. —Tina volvió a mirar hacia la puerta—. Últimamente la noto crispada. Es como si estuviera a punto de decir algo y luego no lo dijera. Me pregunto si tendrá que ver con el hecho de que las dos víctimas de asesinato trabajaran para el mismo bufete que su novia.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea.

—¿Mike? —preguntó Tina—. ¿Fuiste a ver a Aurelia Cross hoy?

—El sargento me llevó.

—¿Cómo estaba?

—Evasiva —contestó él—. Hizo como si no supiera nada de Fogarty y Lawson, pero llegaremos al fondo del asunto.

Tina se humedeció los labios.

—Te echo de menos.

Su estómago volvió a rugir. Hizo una mueca.

—Y yo a ti —respondió él—. ¿Cuándo vuelves a casa?

—Con un poco de suerte, mañana —dijo ella—. Ahora que han encontrado el arma en la escena del crimen, no veo por qué nos van a tener aquí más tiempo.

—Bien —replicó él—. Compraré una buena botella de vino y pasaremos la noche en casa.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

El bufete estaba en silencio cuando llegó Elsa. Eran las siete menos diez, mucho antes de que la mayoría de sus compañeros entrara a trabajar.

Cerró con cuidado la puerta de la recepción y caminó hacia su despacho. Intentaba infundir seguridad a sus pasos, pero sus ojos se movían de un lado a otro.

¿Habría llegado ya Sam?

Aurelia no llegaría hasta dentro de media hora, más o menos. Tenía menos de una hora para decidir qué hacer.

Echó un vistazo al despacho de Aurelia al pasar, mientras sacaba la llave del suyo de su bolso. Justo en ese momento, la puerta del despacho de Aurelia se abrió.

Aurelia estaba en el umbral.

A Elsa se le cayeron las llaves.

—Elsa —dijo Aurelia—, esperaba que fueras tú.

Elsa se agachó para recoger las llaves y así evitar su mirada.

—¿Aurelia? Has venido pronto. ¿Tienes alguna vista? —Se incorporó y se atrevió a mirar a su socia a los ojos.

Aurelia negó con la cabeza.

—Pasa a mi despacho, por favor.

—Dame un momento, voy a dejar mis cosas.

—Preferiría verte ahora mismo.

Elsa volvió a guardar las llaves en el bolso y se lo colgó del hombro. Siguió a Aurelia, intentando no sentirse como una niña traviesa a la que mandaban al despacho de la directora.

Aurelia cruzó la puerta de su despacho y dejó que se cerrara detrás de ella, sin sujetársela a Elsa. Elsa apoyó una mano en la puerta, con los dedos temblorosos.

Mala señal.

Empujó la puerta y vio a Aurelia sentada detrás de su escritorio. Estaba recostada en su silla, con las manos en el regazo y la postura rígida.

No estaba sola.

A su lado, de pie junto al escritorio y parpadeando con rapidez, estaba Sam.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

Eleanor Fogarty vivía en una imponente casa victoriana a las afueras de Exeter. Lesley aparcó y se tomó un momento para mirarse en el espejo. Había salido temprano de casa de Annie Abbott y no había querido pasar demasiado tiempo en el baño. Tenía ojeras; las malditas gaviotas la habían vuelto a despertar.

Quería volver a su propia cama. Y a Elsa.

Había intentado llamarla la noche anterior, pero no obtuvo respuesta. No era propio de ella no devolverle los mensajes.

Un coche aparcó al otro lado de la calle y la subinspectora Patterson se bajó. Se dirigió con paso decidido al coche de Lesley y se quedó de pie junto a la puerta del conductor, esperando.

Lesley bajó la ventanilla.

—Buenos días.

Hannah sonrió.

—Debo disculparme.

—¿Por qué?

—Por el hecho de que tenga que aguantarme de nuevo.

Lesley echó la cabeza hacia atrás.

—Probablemente no haríamos falta las dos para este interrogatorio, pero al menos así he podido dejar a Tina en Lyme Regis con los de la científica.

—¿Tina?

—La subinspectora Abbott.

—¿Tiene un equipo de una sola persona?

—No, el resto está en la jefatura, investigando el pasado de las dos víctimas.

—Y el hecho de que fueran socios en el bufete de su novia… —replicó Hannah, con una ceja arqueada.

Lesley sintió que se le encogía el estómago.

—¿Cómo sabe eso?

Hannah le guiñó un ojo.

—Soy investigadora. Es mi trabajo saber esas cosas.

—Bueno —replicó Lesley—, mi conexión con el bufete no influye en cómo llevo este caso.

Hannah se enderezó.

—No, inspectora. No he dicho que lo hiciera.

—Mejor.

Lesley salió del coche y se alisó la falda. Seguía llevando la misma que se puso hacía dos días, cuando partió hacia Lyme Regis. Si iba a quedarse más tiempo, tendría que enviar a alguien a Bournemouth a por algunas cosas.

O quizá podría volver ella misma y averiguar por qué Elsa no le devolvía las llamadas...

—Bueno —dijo. «Concéntrate»—. A ver qué tiene que decir la señora Fogarty.

Recorrió la tranquila calle con la mirada y comenzó a caminar hacia la casa cuyo número le había dado Dennis. Las cortinas de la planta baja estaban echadas, pero el jardín estaba pulcro y ordenado. Narcisos tempranos en parterres recién desherbados. En las ventanas del primer piso, las cortinas también estaban echadas. En la puerta principal no había timbre, solo un llamador antiguo que, por su aspecto, estaba recién pulido. Lesley dio dos golpes secos.

—¿Quizá no esté? —sugirió Hannah.

Lesley negó con la cabeza.

—El jardín está impecable y las cortinas, corridas. El tipo de persona que planta bulbos de primavera y quita las malas hierbas del jardín en esta época del año no es alguien que salga de casa por la mañana sin abrir las cortinas.

Hannah se encogió de hombros.

La puerta se abrió y Lesley reprimió un «se lo dije».

Dentro había una mujer de unos sesenta y tantos años con el pelo cano repeinado hacia atrás. Llevaba un forro polar rojo gastado y unos vaqueros recién lavados con un roto en una rodilla.

Lesley le mostró su placa.

—¿Señora Fogarty?

—Soy yo. ¿En qué puedo ayudarles?

—Soy la inspectora Clarke y esta es la subinspectora Patterson. ¿Podemos pasar, por favor?

La señora Fogarty frunció el ceño.

—¿Qué pasa? ¿Es por Henry?

—¿Quién es Henry? —preguntó Hannah.

—Mi hijastro. ¿Se ha vuelto a meter en líos?

—No —le dijo Lesley a la mujer—. Por favor, ¿podríamos pasar?

—Vale. —La mujer se dio la vuelta y las condujo al interior de la casa—. ¿Dónde quieren sentarse?

—Donde se sienta más cómoda —respondió Lesley.

—Vengan a la cocina.

La cocina estaba en la parte trasera de la casa, una estancia larga y estrecha que se adentraba en el jardín. Algo borboteaba en los fogones y un periódico yacía abierto sobre la mesa. Eleanor Fogarty señaló la mesa y Lesley tomó asiento, esperando a que Hannah hiciera lo mismo.

—¿Una taza de té? —preguntó la señora Fogarty.

—No, gracias —le dijo Lesley.

—De acuerdo. Hay una tetera lista por si cambian de opinión. —Señaló una tetera marrón en el centro de la mesa, cubierta con una funda azul.

Lesley sonrió. Esa cocina era casi tan acogedora como la de Annie Abbott.

—Si no le importa —dijo—, nos gustaría hablar con usted. ¿Quiere sentarse?

La señora Fogarty la miró un momento, como si decidiera si sentarse o echar a correr. Lesley se preguntó en qué se habría metido su hijastro. Por fin, la señora Fogarty resopló y tomó la silla frente a Lesley.

—Si no es por Henry, ¿qué es?

—Es sobre su exmarido, Kenneth.

A la señora Fogarty se le hundieron los hombros y pareció quedarse sin aliento.

—Ese cabrón. ¿Qué quiere ahora?

—Siento comunicarle que encontramos su cuerpo sin vida en Lyme Regis hace dos días.

—¿Lyme Regis?

—Lo habían enterrado en lo alto de los acantilados. Una tormenta provocó un deslizamiento y su cuerpo quedó al descubierto.

—¿Qué hacía él en Lyme Regis?

—Esperaba que usted pudiera decírmelo.

La señora Fogarty negó con la cabeza.

—En Canadá. Ahí es donde estaba, no en Lyme Regis.

—Tengo entendido que planeaba emigrar después de jubilarse, ¿no?

La señora Fogarty soltó un bufido.

—Con esa zorra de Catherine.

Lesley cruzó una mirada con Hannah.

—¿Se refiere a Catherine Lawson?

—Sí. ¿Está ella en Canadá?

—No —respondió Lesley—. Estaba con el señor Fogarty en Lyme Regis.

—¿Lo mató ella?

—No, a ella también la encontraron muerta.

—¿A Catherine Lawson?

Lesley asintió.

—Los encontramos a los dos en el mismo lugar. Los enterraron sobre los acantilados al este de Lyme Regis hace diez años.

La señora Fogarty frunció el ceño.

—¿Diez años?

—Sé que esto es difícil —dijo Lesley.

—No es difícil en absoluto. Para entonces ya estaba fuera de mi vida, a punto de irse del país. Pero ¿está diciendo que lo mataron hace diez años y nadie lo ha echado de menos?

Lesley se removió en su silla.

—¿Notó que dejara de comunicarse con usted?

La mujer negó con la cabeza.

—No esperaba ninguna. No es que terminásemos bien. El divorcio era definitivo, las finanzas estaban arregladas. Por lo que a mí respecta, cuanta menos comunicación tuviera con él, mejor.

—¿Así que nadie se puso en contacto con usted preguntando dónde podría estar?

—Nadie. Nosotros, bueno, nos repartimos los amigos después del divorcio. Para ser sincera, él no tenía amigos. Solo compañeros de trabajo. Y ella.

Lesley se recostó en su silla.

—¿Sabía de alguien que pudiera haber querido ver muerto a su marido? ¿Alguien a quien hubiera molestado en el trabajo o con quien hubiera tenido algún problema personal?

La señora Fogarty la miró fijamente.

—No estoy segura.

—¿Qué quiere decir con que no está segura? —preguntó Hannah.

La señora Fogarty se estremeció y miró a la subinspectora. Era como si se hubiera olvidado de que estuviera allí.

—Tenía algunos clientes que eran... poco recomendables. O eso parecía. No le gustaba hablar del trabajo.

—¿Le contó alguna vez algo sobre esos clientes? —preguntó Lesley.

—Claro que no, no me contaba nada. Durante seis años tuvo una aventura con esa mujer, Lawson, y nunca me lo dijo. ¿Por qué iba a hablarme de sus clientes?

—Pero usted ha dicho que tenía clientes poco recomendables —dijo Hannah.

Se encogió de hombros.

—Había llamadas a altas horas de la noche, tenía un segundo teléfono. Siempre había algo diferente en él después de contestar. Creo que tenía miedo.

—¿Sabe quiénes eran esos clientes? —preguntó Lesley—. ¿Eran clientes de verdad?

—Eso me decía él. Aunque podría haber estado mintiendo. Kenneth mentía sobre casi todo.

Lesley cruzó una mirada con la subinspectora Patterson.

—Gracias, señora Fogarty. Ha sido de gran ayuda.

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

—Sam, ¿qué haces aquí? —preguntó Elsa.

Sam no dijo nada y se limitó a mirar a Aurelia.

—Tome asiento —le dijo Aurelia a la joven.

Sam retrocedió unos pasos y se deslizó en una silla, sin cruzar la mirada con Elsa.

Elsa se dirigió hacia otra silla, una más cómoda, justo enfrente del escritorio de Aurelia.

—Tú no —dijo Aurelia.

Elsa levantó la cabeza de golpe y miró a Aurelia.

—¿Perdón?

—Tú quédate de pie.

—¿Hay algún problema? —consiguió preguntar Elsa mientras apoyaba la mano en el escritorio de su colega.

—Se podría decir que sí.

Aurelia se puso de pie. Se agachó y levantó algo de detrás de su escritorio. Era una caja de plástico. Dentro había tiras de papel, los restos de la trituradora.

—Puedo explicarlo… —comenzó Elsa, que sintió un vuelco en el estómago.

Aurelia levantó un dedo y negó con la cabeza.

—Sam ya me lo ha contado todo.

Elsa miró de reojo a Sam, que tenía la vista clavada en su regazo. Sam temía por su trabajo. Estaba desesperada, Elsa lo sabía.

Levantó la barbilla y miró a Aurelia a los ojos.

—Fuiste tú quien me hizo trabajar para él. Sabías de sobra la clase de cosas que eso conlleva.

Aurelia se aferró al borde de la caja de plástico.

—Destruir pruebas es un delito.

Elsa dio un manotazo en el escritorio.

—Vamos, Aurelia, no seas tan ingenua. Cuando se trabaja para hombres como Arthur Kelvin, se sabe que a veces hay que cruzar la línea.

Aurelia se inclinó hacia delante. Su mirada se desvió hacia Sam.

—No.

—No me digas que Harry nunca hizo algo así.

—Harry se las arregló para representar a ese hombre y mantener todo en regla a la vez.

—Ja —Elsa soltó una carcajada seca—. Si quieres creer…

—¿Creer el qué? —la interrumpió Aurelia.

—Eres una puta ingenua.

Elsa sabía que no había marcha atrás.

Aurelia se sentó, dejándose caer bruscamente en la silla.

—Espero que te hayas marchado de aquí para cuando lleguen los demás.

—¿En serio? Soy una socia nominal. No puedes echarme sin más.

—Revisa el contrato de sociedad. Creo que descubrirás que sí puedo. También creo que, en comparación con la alternativa, que es informar al Colegio de Abogados, estarás bastante satisfecha cuando lo haga.

Elsa se obligó a relajarse. Parpadeó un par de veces mirando a Aurelia, y luego miró a Sam, que tenía las piernas cruzadas y los ojos casi cerrados.

—Muy bien —dijo Elsa—. Entonces ¿quién va a representarlo ahora?

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

Gail miraba fijamente la pantalla que mostraba las imágenes ampliadas del arma encontrada en los Spittles. La había examinado en persona, o más bien el metal. Pero podía apreciar más detalles haciendo zoom en aquellas fotografías.

Movió el ratón, arrastró la imagen por la pantalla y la amplió.

Se reclinó en la silla.

—Gav —dijo.

Gavin levantó la vista desde el escritorio de enfrente.

—¿Qué pasa?

—Ven a echar un vistazo a esto.

El técnico echó la silla hacia atrás, bostezó y rodeó los escritorios para ponerse de pie detrás de ella.

—El arma —dijo él.

—El arma.

No era frecuente encontrar un arma en la escena de un crimen. Sobre todo en un caso tan antiguo como aquel. Llevaba diez años enterrada o escondida en la maleza. A Gail le resultaba imposible creer que nadie la hubiera encontrado en todo ese tiempo.

¿O quizá sí y habían decidido ignorarla?

Señaló la pantalla.

—La han limado.

—No es ninguna sorpresa. Si vas a usar un arma para matar a un par de personas, no quieres dejar ninguna marca identificativa.

Gail asintió.

—No tenía huellas —dijo Gavin—. Ni fibras, ni ADN.

—Después de diez años… —Gail ladeó la cabeza, frunciendo el ceño ante la pantalla.

—Incluso después de diez años, tendría que haber quedado algo —dijo Gavin—. La limpiaron a fondo antes de deshacerse de ella.

—Vamos a pasarla por rayos X. Hay una mancha de óxido y puede que parte del número de serie siga intacto debajo.

Gavin resopló.

—Supongo que podemos intentarlo.

—¿Dónde está? —preguntó Gail.

—Todavía no la han enviado a Winfrith. Sigue en nuestro almacén de pruebas.

—Vale. Vamos a sacarla y pasarla por la máquina de rayos X. A ver qué encontramos.

CAPÍTULO CINCUENTA

Lesley reprimió el impulso de mirar atrás mientras salía con Hannah Patterson de la casa de Eleanor Fogarty.

—¿Qué le ha parecido? —preguntó Hannah.

—Merece la pena investigar a esos clientes «poco recomendables» —respondió Lesley—. Pondré a mi equipo en ello.

Hannah ladeó la cabeza.

—Una pista en Dorset, eso la alegrará.

Lesley apretó el puño dentro del bolsillo.

—Así son las cosas, Hannah. Si la pista está en Dorset, mi equipo se encarga. Si usted quiere investigar los antecedentes de Eleanor Fogarty, o las circunstancias de su divorcio, adelante.

Hannah frunció el ceño.

—No es que crea que vaya a llevarla a ninguna parte —continuó Lesley.

—Quizá —dijo Hannah.

—Vamos —replicó Lesley—. Ella no lo hizo.

Hannah levantó un dedo.

—Ambas sabemos cuántos asesinatos son domésticos. El marido infiel y la amante, de un solo golpe.

—¿De dónde habría sacado una pistola?

—Lo odiaba.

—No ha respondido a mi pregunta.

Hannah se humedeció los labios.

—Lo de la pistola es complicado, lo admito. Pero tenía un móvil. Y me cuesta creer que no se hubiera dado cuenta de que no se puso en contacto con ella en años y que no se lo mencionara a nadie, por lo menos.

Lesley negó con la cabeza.

—Estaban distanciados.

—¿Hasta el punto de que él desapareciera y ni un solo amigo en común lo echara de menos o le comentara algo?

—De acuerdo —suspiró Lesley—. Investigue a Eleanor, si quiere. Yo me quedaré con la parte forense.

—Buena suerte con eso.

Lesley soltó un gruñido y Hannah la observó.

—Esa historia de los clientes turbios podría ser una cortina de humo. Quizá mi equipo debería investigar sus negocios profesionales, dado que usted tiene una conexión con...

Lesley se detuvo.

—Subinspectora Patterson, ¿está cuestionando mi integridad?

—No. Pero creo que...

—Limítese a su lado de la frontera, subinspectora, y yo me limitaré al mío. Avíseme si descubre algo sospechoso sobre la viuda.

—Lo haré.

—No lo hará.

Hannah no dijo nada.

Habían llegado al coche de Lesley. Puso una mano en la puerta.

—Gracias por su ayuda con el interrogatorio.

—Cuando quiera. —Hannah se alejó sin mirarla a los ojos.

Lesley la observó. La mujer estaba desesperada por implicar a la policía de Devon y Cornualles, pero no encontraría nada sobre Eleanor Fogarty. Y Lesley sabía más sobre el antiguo bufete de Kenneth Fogarty que Hannah. En particular, sobre sus clientes «poco recomendables».

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

—Está listo —dijo Gavin.

—Bien. —Gail acercó la silla a la de Gavin—. Muéstramelo.

Gavin mostró en la pantalla la imagen de la primera radiografía del arma. Las había tomado desde varios ángulos y eran doce en total.

—¿Cuál es la que más se corresponde con la foto que te enseñé antes? —preguntó Gail.

—Espera un momento.

Hizo clic con el ratón un par de veces y abrió una imagen.

Gail estaba a punto de hablar. Se detuvo con la boca abierta.

—Sigue ahí —dijo Gail tras un momento de silencio.

—Y el número de serie.

—Amplíala.

Gail sintió que Gavin también contenía la respiración. Ambos habían visto lo mismo, pero tenían que comprobarlo. Gavin amplió la imagen y se humedeció los labios antes de mirar a su jefa.

—Es lo que yo creo, ¿verdad? —preguntó Gavin.

Gail asintió, conteniendo la respiración.

—Mierda. —Puso una mano en el hombro de Gavin—. Esto le da un vuelco total al caso.

CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS

Fue un alivio conducir de vuelta hacia Winfrith. Lesley relajó los hombros mientras dejaba atrás Lyme Regis y bordeaba la costa en dirección este.

A ver, Lyme Regis era bastante bonito. Le veía el encanto. Pero se había sentido como si estuviera en el fin del mundo.

A veces Swanage le producía esa misma sensación. Pero en Swanage tenía la tranquilidad de saber que un trayecto de diez minutos en ferri la llevaba a Poole y a la civilización. A Lesley le gustaba la civilización. Por mucho que disfrutara viviendo en Dorset, y sobre todo con Elsa, en el fondo siempre sería un bicho de ciudad.

Activó el manos libres del teléfono al acercarse a Bridport. Sonó varias veces y luego saltó el buzón de voz de Elsa. Lesley colgó; ya había dejado bastantes mensajes.

Probaría en el trabajo de Elsa.

De nuevo, sonó un par de veces. Entonces respondió la voz de una mujer, la asistente personal de Elsa.

—Hola, Amanda —dijo Lesley—. ¿Está Elsa por ahí?

—No soy Amanda.

—Perdona. Necesito hablar con Elsa.

—Soy Brienne.

Brienne era la asistente personal de Aurelia.

—Vale —dijo Lesley—. ¿Dónde está Amanda?

—Ya se ha ido a casa.

«¿Por qué está tan borde?»

—¿Puedes ponerme con Elsa, por favor? Soy Lesley.

—Sí, he reconocido su voz.

Lesley miró por el retrovisor y vio que el coche de atrás le daba las luces. Había esperado demasiado en la rotonda. Entrecerró los ojos para leer las señales de tráfico, intentando orientarse. West Bay a la derecha; Dorchester a la izquierda.

Arrancó y tomó el desvío de Dorchester.

—¿Brienne? —dijo. La línea se había quedado en silencio.

—Disculpe, inspectora Clarke.

Lesley frunció el ceño.

—Llámame Lesley.

—Disculpe, Lesley. Elsa tampoco está.

—He estado llamando a su móvil, pero no contesta.

—No.

—¿Qué quieres decir con «no»? ¿Por qué no coge el teléfono?

—Ya no lo tiene.

—¿Por qué? —preguntó Lesley—. ¿Qué está pasando? ¿Se lo ha dejado en la oficina?

—Creo que debería preguntárselo a ella.

—Entonces, ¿dónde está si se ha dejado el móvil?

Lesley arrugó la nariz.

Elsa no iba a ninguna parte sin su móvil. Los abogados eran como los policías. Siempre localizables, nunca fuera de servicio del todo.

—¿Está Elsa bien?

—Creo que tendrá que preguntárselo usted misma.

Y con eso, la llamada se cortó.

Lesley miró el teléfono en su soporte.

—Mierda. ¿Dónde estás, Elsa?

¿Qué estaba pasando? ¿Estaría relacionado con lo que fuera que Elsa planeaba hablar con ella el fin de semana?

CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES

Lesley aparcó el coche de cualquier manera en el primer hueco que encontró al llegar a Winfrith y subió corriendo las escaleras hacia su despacho de la primera planta.

Había intentado llamar al móvil de Elsa dos veces más. También había probado con el teléfono que Elsa había usado para contactar con el inspector Mackie cuando aún estaba vivo. No daba señal. Finalmente, le dejó otro mensaje en su teléfono del trabajo.

¿Debería volver al piso o sería mejor ir al despacho de Elsa?

No. Dado que estaban investigando la muerte de dos antiguos socios, no sería prudente aparecer por allí por un asunto personal.

Una mujer la esperaba de pie al final de la escalera. Era la asistente personal de Carpenter. Lesley sintió que se le caía el alma a los pies. «¿Y ahora qué?»

—Carla —dijo—. ¿Puedo ayudarla en algo?

Carla sonrió, con la mirada dura.

—El superintendente quiere hablar con usted.

—Voy de camino al despacho. Estamos en medio de la investigación de un asesinato.

—Ahora —dijo Carla.

—De acuerdo. Solo tengo que avisar a Dennis de dónde estoy.

—No. No tardará mucho.

Lesley apretó los dientes.

—Está bien.

Siguió a la mujer hasta el despacho de Carpenter. Carla se detuvo ante la puerta, la abrió y le indicó a Lesley que entrara. Ella obedeció, preparándose para lo que se le venía encima al entrar. ¿Qué bronca iba a echarle Carpenter esta vez?

La puerta se cerró a su espalda.

Dos hombres estaban sentados en los cómodos sillones junto a la ventana.

Uno de ellos era Carpenter: pelo plateado, camisa planchada, corbata bien anudada, lo de siempre.

El otro no iba tan arreglado. Un mechón de pelo despeinado le caía sobre el ojo izquierdo y su chaqueta azul tenía una mancha que le recorría la manga. Llevaba unos vaqueros que habían visto días mejores y unas zapatillas deportivas que probablemente pretendían parecer modernas, pero sin éxito.

Lesley se apoyó en la puerta y se le quedó mirando.

—Matt Crippins —dijo, lanzándole una mirada a Carpenter—. ¿Qué ha pasado?

CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO

Dennis se asomó a la ventana. Vio el coche de la inspectora en el aparcamiento, ocupando dos plazas. Pero no había ni rastro de ella. La había visto acercarse al edificio, con el ceño fruncido y a paso ligero, y se había preguntado de qué humor estaría cuando subiera.

Pero ahora, quince minutos después, no aparecía por ninguna parte.

Se volvió hacia el equipo. El móvil le vibró sobre el escritorio. Lo cogió.

—Sargento Frampton.

—Dennis, soy Gail. Intento localizar a Lesley, ¿sabes dónde está?

Miró hacia la ventana.

—Ha vuelto. Aunque todavía no ha subido a la oficina.

—Vale, necesito hablar con ella en cuanto suba. Es urgente.

—¿Puedo ayudarte en algo?

Una pausa.

—Gail —dijo Dennis—. Si a la jefa le ha surgido un imprevisto, el equipo y yo podemos ir trabajando en el asunto de tu llamada mientras esperamos.

—Tienes razón —dijo Gail con un suspiro—. Pero es un tema delicado. ¿Estás solo?

Dennis miró a Stanley y a Mike, ambos con la cabeza gacha frente a sus ordenadores.

—Estoy con Mike y Stanley. No pasa nada.

—De acuerdo. Solo ten cuidado con tu reacción.

Dennis puso los ojos en blanco.

—Dime de qué se trata, por favor.

—El arma... hemos conseguido identificar el número de serie con rayos X.

—¿Y ya sabéis de quién era?

—No sabemos de quién era, pero sí a qué organización pertenece o, mejor dicho, pertenecía.

—Sigue —dijo Dennis. Sería cosa del crimen organizado, estaba seguro.

Gail se aclaró la garganta.

—Vale, Dennis, como te digo, es un tema delicado. En cuanto veas a la inspectora, haz que me llame. Le daré los detalles y entonces podrá decidir cómo proceder a partir de ahí.

—Gail —insistió Dennis—, cuéntamelo, por favor.

Otra pausa.

—Es un arma reglamentaria de la policía, Dennis. Hace diez años, alguien usó esa pistola para matar a Kenneth Fogarty y a Catherine Lawson.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CINCO

—¿Qué ha pasado? —preguntó Lesley, mirando a Matt—. ¿Es por Sadie?

Matt le devolvió la mirada, con expresión impasible.

—Te sugiero que tomes asiento —le dijo Carpenter.

Lesley se apresuró a sentarse a su lado en el sofá.

—¿Está bien Sadie? —preguntó, mirando a Matt.

Él asintió y luego miró de reojo a Carpenter.

—¿Qué está pasando, señor? —preguntó Lesley—. ¿Vamos a reabrir la investigación sobre la desaparición de Sadie?

—No es exactamente así —dijo el superintendente Carpenter.

—Entonces, ¿de qué se trata?

El superintendente cogió la taza, dio un sorbo y la volvió a colocar en el platillo.

Lesley se dio cuenta de que había dos tazas de café en la mesa, entre él y Matt Crippins. Se preguntó hasta qué punto se conocían aquellos dos hombres.

—Matt —dijo—, ¿quiere decirme por favor qué está pasando?

Él se echó hacia atrás y cruzó un tobillo sobre la rodilla.

—Sadie ha vuelto. Y tiene información que no he tenido más remedio que contarle a su superintendente.

Lesley metió la mano debajo de la pierna y se sentó sobre ella con fuerza.

Típico que aquello hubiera sucedido mientras ella estaba fuera, en Lyme Regis. Si hubiera estado allí, habría podido pararle los pies a Matt Crippins y evitar que el superintendente se metiera.

—¿Qué información? —preguntó, manteniendo la voz firme.

Matt miró al superintendente.

Carpenter se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas. Giró la cabeza para mirar a Lesley.

—Sadie ha conseguido hacerse con una copia de la nota de suicidio del inspector Mackie.

Lesley lo miró con el ceño fruncido.

—¿Cómo lo ha hecho?

—Habló con su mujer —dijo Matt.

—Pero Gwen no tenía la nota. Estaba en el depósito de pruebas.

—¿Cómo sabes tú eso? —preguntó el superintendente.

—Bueno, por supuesto que estaba en el depósito de pruebas. Formaba parte del expediente del caso que llevó al forense a declararlo suicidio. La policía la habría conservado.

—Parece que Gwen Mackie tenía una copia —dijo Matt.

Lesley se hundió en el asiento. ¿Por qué Gwen no se lo había dicho ni a ella ni a Zoe?

—Entonces, ¿Sadie consiguió una copia de la nota de suicidio del inspector Mackie a través de su viuda?

—Sí —dijo el superintendente Carpenter.

Lesley pensó en las conversaciones que había tenido con Petra McBride, la psicóloga a la que había pedido que echara un vistazo a la nota de Mackie.

Gail había confirmado que la nota la había escrito Mackie. Pero Petra había examinado el estilo de escritura y había llegado a la conclusión de que, aunque fuera la letra de Mackie, no eran sus palabras.

Tragó saliva.

—¿Qué ha descubierto Sadie con la nota? —le preguntó a Matt.

—No puedo decírselo ahora mismo, pero publicaremos un artículo al respecto. Le he dado a su superintendente información suficiente para que reabra la investigación.

Carpenter asintió.

Lesley se preguntó por qué no le plantaba cara a Matt. ¿Qué estaba pasando?

—Señor —dijo—. ¿Vamos a reabrir la investigación sobre la muerte del inspector Mackie?

—Sí. —Se alisó las manos sobre las rodillas—. Y habrá una investigación interna sobre la conducta de ciertos agentes en relación con el caso.

Lesley se puso rígida.

—¿Qué agentes?

Carpenter se volvió hacia ella.

—No tienes que preocuparte por eso. Pero anda con ojo, Lesley. A partir de ahora, tienes que asegurarte de ceñirte al procedimiento.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SEIS

Lesley irrumpió en la oficina, con la mente a mil por hora. Tenía preguntas que quería hacerle al superintendente Carpenter, pero no con Matt Crippins delante. También tenía preguntas que quería hacerle a Matt Crippins, pero no con el superintendente delante.

Apretó los dientes mientras abría la puerta y se forzó a sonreír.

—Ya he vuelto, chicos —dijo—. ¿Qué tal vamos?

Dennis levantó la vista.

—Ha llegado una nueva prueba importante de la policía científica.

—Eso es prometedor.

El corazón le latía con fuerza. Intentó apartar los pensamientos sobre lo que le había dicho el superintendente. ¿Estaba su trabajo en juego? ¿El de Zoe?

Pero entonces, ese caso... ¿estaba Elsa en peligro?

—Adelante —le dijo a Dennis.

Él miró hacia la puerta.

—Vas a tener que contarle esto a Carpenter.

Lesley alzó la vista al techo. Lo último que necesitaba era otra charla con el superintendente.

—¿Qué es, Dennis? Dímelo de una puñetera vez.

El sargento le lanzó una mirada de reproche. Lesley levantó una mano para calmarlo.

—No estoy para sermones, Dennis. No estoy pasando un buen día. Limítate a decirme qué ha encontrado Gail.

Dennis se le acercó y bajó la voz.

—El arma que se usó para matar a Catherine Lawson y Kenneth Fogarty era de dotación policial.

Lesley se quedó con la boca abierta.

—A mi despacho.

Dennis la siguió adentro. Lesley echó un vistazo atrás y vio que Mike y Stanley se esforzaban por no mirarlos.

—¿En serio? —le preguntó a Dennis—. ¿Un arma de la policía?

Dado que Fogarty y Lawson habían sido socios en el bufete de Elsa, esperaba que fuera cosa del crimen organizado.

¿Significaba eso que la policía estaba implicada en los asesinatos? ¿Era otro caso de corrupción que añadir a una lista cada vez más larga?

—¿El arma de quién? —preguntó—. ¿Qué unidad?

—Estamos intentando determinarlo ahora mismo. Fue hace diez años. Los archivos no están como deberían. No se ha digitalizado todo.

Lesley se pasó una mano por el pelo.

—Vale. Esa es nuestra principal prioridad. Tenemos que averiguar a qué unidad pertenecía esa arma y qué agente estaba autorizado a usarla.

Dennis ladeó la cabeza.

—¿Qué te crees que estamos haciendo?

—Perdona, Dennis. No necesito decirte cómo hacer tu trabajo. Pero ponte a ello, ¿vale?

Lesley bajó la vista hacia la moqueta y respiró hondo un par de veces. «Elsa, ¿dónde estás?». Se obligó a levantar la mirada.

—Tengo que decírselo al superintendente.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SIETE

Elsa metió el coche en el camino de entrada de una casa de buen tamaño en Sandbanks. Casi derrapó sobre la grava por las prisas, luego saltó del coche y dio un portazo. Mientras se apresuraba hacia la entrada de la casa, se contuvo. «Cálmate».

Tenía que mantener la compostura y manejar la situación como era debido.

Tiró de una cadena y un timbre sonó en las profundidades del edificio. Elsa echó los hombros hacia atrás y se alisó la chaqueta. Se frotó debajo de los ojos, donde imaginó que se le habría corrido el rímel. Respiró hondo mientras esperaba.

Una mujer con un vestido negro y un delantal blanco abrió la puerta.

—¿Puedo ayudarla?

—Me llamo Elsa Short, soy la abogada del señor Kelvin. Necesito hablar con él.

—¿Tiene usted cita?

—Me recibirá.

—Espere un momento.

Le cerró la puerta en las narices a Elsa, quien se quedó mirándola con los dientes apretados. «Date prisa», pensó.

Un instante después, la puerta volvió a abrirse. Un hombre corpulento de mediana edad le devolvió la mirada, con un mechón de pelo que le caía sobre el ojo derecho.

—¿Qué quiere?

—Arthur, déjeme entrar. Tengo algo que debo comunicarle.

—¿Comunicarme? —repitió con un gruñido.

Elsa miró hacia su coche y, más allá, hacia la calle. La casa tenía unas pesadas verjas de hierro forjado. Aun así, cualquiera podía verla desde la calle. Tenía que ser más cuidadosa.

Otro gruñido.

—Venga, entre.

La condujo a través del edificio hasta su espacioso despacho con vistas al puerto de Poole. Elsa tomó asiento sin esperar a que la invitaran.

—Hoy nos sentimos con confianza, ¿verdad? —Se plantó frente a ella, con los brazos cruzados sobre un pecho considerable.

—Esto no le va a gustar —comenzó Elsa—. Pero me temo que está fuera de mi control.

—¿El qué? —preguntó Kelvin mientras se acercaba a una librería de la que sacó un decantador. Vertió whisky en un vaso y le dio un sorbo. No le ofreció uno a ella—. Venga. ¿Qué coño ha pasado?

Elsa tragó saliva. Tenía la boca seca. Miró hacia la puerta. Estaba casi segura de que no la había cerrado con llave. Pero, claro, se trataba de Arthur Kelvin.

—Hice lo que me pidió con esos documentos —dijo.

Recorrió la oficina con la mirada, y sus ojos se detuvieron en las esquinas donde las paredes se unían con el techo. Imaginó que tendría cámaras de seguridad. Y también que habría gente deseando hackearlas.

—Bien —dijo Kelvin.

Se apoyó en el escritorio, tamborileando con los dedos en el vaso. Era de cristal tallado, caro.

—No salió exactamente según lo planeado —le dijo.

Kelvin enarcó una ceja.

—¿Y ese es mi problema?

—Podría serlo.

—Dígame de una puta vez qué ha pasado, mujer.

Elsa se puso de pie. Quería estar a su altura para esto, pero también quería tener un acceso rápido a la puerta. Dio un paso

lateral, acercándose un poco más a ella. No tenía ni idea de quién podía estar al otro lado.

—Me vieron —le dijo, mirándolo a los ojos.

Al principio, Kelvin no se inmutó.

—¿La vieron?

—Una colega.

—¿Quién?

—Nadie de quien deba preocuparse.

—¿Quién? —reiteró dando un paso adelante.

Elsa se obligó a no parpadear.

—Aurelia Cross. —Elsa no tenía ninguna intención de darle el nombre de Sam—. Vino a la sala de archivos mientras estaba triturando los documentos. Pasaba por allí, debió de verme dentro.

Kelvin le dedicó una sonrisa irónica.

—¿Aurelia Cross «pasaba casualmente» por la sala de archivos cuando usted estaba haciendo eso? Pensaba que iba a tener cuidado.

—Aurelia estaba trabajando hasta tarde.

—Gilipolleces —espetó—. No la creo.

—Es la verdad. Puede preguntárselo.

Su voz se estaba volviendo entrecortada. «Tranquila».

—En cualquier caso —continuó Elsa, sintiendo que la bilis le subía por la garganta—, destruir pruebas en un caso penal es un delito en sí mismo.

—Eso ya lo sabía —dijo él—. ¿Desde cuándo es mi problema?

—Soy su abogada —le dijo—. O lo era. Ahora que he cometido un delito...

Kelvin negó con la cabeza. La observó por un momento, luego tomó otro trago de whisky. Ella vio cómo se movía su nuez.

—Ni de coña va a delatarla esa zorra. Usted es socia en su bufete, están todas metidas en el mismo ajo.

—Me ha despedido.

Kelvin se rio. Una risa grave, gutural.

—Gilipolleces.

Elsa miró de nuevo a la puerta.

—Está en mi expediente, escrito negro sobre blanco. Aurelia dijo que despedirme era la única forma de evitar tener que denunciarme al Colegio de Abogados. O algo peor.

Kelvin soltó un gruñido.

—Espere un puto minuto. Aurelia Cross no va a despedirla, joder. Usted representa al cliente más importante de su bufete. Si la despide, ¿quién va a ocuparse de mí?

—Ese ya no es mi problema —respondió Elsa—, porque ya no trabajo para Nevin, Cross y Short.

Se preguntó cuánto tardarían en cambiar el nombre de la puerta a Nevin y Cross. O quizá solo Cross y Asociados. El bufete parecía estar sufriendo una hemorragia de socios.

Un escalofrío recorrió la espalda de Elsa. Kenneth Fogarty y Catherine Lawson habían sido socios.

Sintió que se le ponía la piel de gallina. ¿Había hecho lo correcto?

«Sí». Tenía que librarse de él como fuera.

—Así que ya no puedo actuar como su abogada —le dijo, tratando de sonar segura—. Lo siento mucho.

Kelvin refunfuñó de nuevo.

—Panda de picapleitos. Hablaré con Aurelia y lo arreglará. Ahora, lárguese.

CAPÍTULO CINCUENTA Y OCHO

El superintendente Carpenter estaba de pie junto a la ventana cuando entró Lesley. Miraba hacia afuera, con las manos en los bolsillos y el rostro inexpresivo.

La inspectora se aclaró la garganta.

—Señor, querrá saber la última novedad en el caso de Fogarty y Lawson.

Carpenter se volvió hacia ella. Un instante de confusión cruzó su rostro antes de que se recompusiera.

—Están reconfigurando el aparcamiento de ahí afuera. ¿Lo sabías? Va a ser una auténtica pesadilla. Habrá la mitad de plazas durante las próximas cuatro semanas.

Lesley frunció el ceño.

—No creo que tarden tanto, señor.

—Te sorprenderías —resopló Carpenter—. Bueno, ¿cuál es esa novedad?

—Hemos descubierto al propietario del arma. Bueno, no a un particular, sino a una organización.

—¿Crimen organizado? —preguntó mientras alzaba las cejas.

Lesley negó con la cabeza y se acercó a su jefe, comprobando que la puerta estuviera cerrada.

—Era un arma reglamentaria de la policía, señor.

—¿Estás segura? —Carpenter entrecerró los ojos.

—Gail la ha examinado con rayos X. Verificó la inscripción de la policía. También obtuvo el número de serie y Dennis lo ha comprobado en nuestra base de datos. Es un arma reglamentaria de la policía, señor.

—¿Qué unidad?

—Estamos en ello. Fue hace diez años. No es información que tengamos a mano.

—Pues date prisa —espetó—. Quiero saber de quién era.

—Por supuesto. ¿Eso es todo?

—No —replicó Carpenter—. Tenemos que poner esto en manos de Asuntos Internos.

Lesley dejó caer los hombros. Lo había anticipado, pero aun así...

—¿Podemos esperar al menos hasta que sepamos exactamente de quién era el arma?

—No, inspectora Clarke. Tenemos que seguir el protocolo. Haré una llamada. Prepárate para la intervención de Asuntos Internos.

—¿Cuándo, señor?

—¿Y cómo lo voy a saber yo? Depende de los recursos de que dispongan, ¿no crees?

—Por supuesto. ¿Necesita algo más de mí?

—No —dijo él—. Pero infórmame en cuanto tengas la identidad del propietario del arma.

CAPÍTULO CINCUENTA Y NUEVE

—Lo tengo, sargento —dijo Mike, alzando el puño en señal de victoria.

Dennis se levantó de la silla y rodeó los escritorios. Stanley hizo lo mismo.

—¿El dueño del arma? —preguntó Dennis.

—El agente al que se le asignó.

—Buen trabajo. ¿Cómo se llama?

—Agente autorizado para el uso de armas de fuego Christian Davison —dijo Mike mientras levantaba la vista—. ¿Has oído hablar de él?

Dennis negó con la cabeza. Diez años atrás, había sido un agente en Dorchester. No habría tenido motivo para fraternizar con los agentes autorizados.

—Busca su expediente —dijo—. ¿Sigue en el cuerpo?

—Sigue trabajando como agente autorizado para el uso de armas de fuego.

—Vaya —musitó Stanley—. Joder.

—Stanley —masculló Dennis—. Te agradecería que no...

—Lo siento, sargento. —Mike vio a Stanley lanzar una mirada hacia el mueble donde Dennis había escondido la hucha de las palabrotas desde que la inspectora se había incorporado al equipo. ¿Quién se lo habría contado?

Dennis respiró hondo.

—Imprímelo —le dijo a Mike—. Tengo que informar a la jefa de esto.

CAPÍTULO SESENTA

Christian Davison caminó hacia el sofá, haciendo equilibrios con un plato y una taza de café en una mano y el último número de la revista *Top Gear* en la otra.

Lanzó la revista al sofá y dejó la taza de café en la mesita auxiliar. En el plato había un sándwich: jamón y mostaza en pan de molde, su favorito.

Le dio un buen bocado y luego se sentó, acomodándose hasta encajar en la hendidura del sofá que se había formado con los años de uso.

Cogió el mando a distancia del brazo del sofá y apuntó a la televisión.

Eran las cinco de la tarde. Había tenido turno de mañana y había llegado a casa a las tres.

Christian era un hombre de costumbres. Había entrado por la puerta, se había duchado, se había secado el pelo con el secador, había bajado, había revisado sus correos electrónicos, había abierto la correspondencia y luego se había preparado un sándwich. Ahora, esperaba con ganas ver *Pointless*, seguido de comida china para llevar y una noche frente a la tele.

Le dio otro bocado al sándwich, tragándose la mitad. Su trabajo le daba hambre. *Pointless* estaba empezando, y Alexander Armstrong abría con su charla habitual.

Christian alargó la mano hacia la mesa de centro donde guardaba su bloc de notas y un lápiz. Era más fácil conseguir menos puntos si anotaba todas las posibles respuestas a una pregunta.

Christian se preguntó qué pensarían sus compañeros si supieran que llegaba a casa y se sentaba a ver un programa que veían sobre todo los jubilados. Pero le mantenía la mente activa de formas distintas a su trabajo. Lo calmaba, lo preparaba para doce horas de inactividad y le permitía desconectar de los altos niveles de estrés del trabajo.

Volvió a coger el plato, a punto de devorar la segunda mitad del sándwich, cuando sonó un fuerte golpe en la puerta.

Se sobresaltó. El sándwich saltó del plato y cayó en la alfombra.

«Maldita sea». Lo recogió y revisó por ambos lados. Estaba bien. Nada de pelusa de la alfombra, había pasado la aspiradora ayer.

Volvió a dejar el sándwich en el plato y el plato en la mesa. Se sacudió las manos y se puso en pie, pulsando el mando a distancia para pausar la televisión. Estaba viendo la tele en directo, pero no era tan de la vieja escuela: tenía Sky y podía pausar el programa.

Volvieron a aporrear la puerta. Christian frunció el ceño. Solo había una razón por la que se aporreaba una puerta de esa manera, y él la conocía demasiado bien por su trabajo.

—¡Ya voy! —gritó, tan fuerte como pudo.

Tenía que asegurarse de que supieran que estaba en casa y que estaba colaborando. Si no, sacarían el ariete y echarían la puerta abajo. Se había pasado dos días pintándola el mes pasado, y no quería verla destrozada.

Salió apresuradamente del salón y entró en el pasillo, que era estrecho y oscuro. La puerta tenía un pequeño cristal en la parte superior, pero no lo bastante grande como para ver quién había fuera.

—¡Ya voy! —gritó—. ¡No me tiren la puerta abajo!

—¡Policía! —se oyó una voz—. ¡Abra la puerta!

Christian sintió que se le encogía el corazón. Se quedó mirando la puerta un instante y luego dio un puñetazo en la pared.

Observó la marca. No debería haberlo hecho. Hacía muy poco que había pintado la pared, y le había llevado casi una semana.

Aun así, sabía lo que se avecinaba. Llevaba bastante tiempo esperándolo.

Caminó hacia la puerta, concentrándose en su respiración, y puso una expresión neutra al abrir.

Cuatro hombres se erguían frente a él, voluminosos con sus uniformes. Eran agentes de la patrulla de respuesta. Notó que tenía la visión borrosa. ¿Un ataque de pánico?

Christian pasó la vista por los rostros. Todos llevaban casco y no consiguió identificarlos. Se preguntó si serían hombres con los que había trabajado. Se preguntó si había estado junto a esos hombres haciendo exactamente lo mismo que le estaban haciendo a él en ese momento.

Levantó las manos en señal de súplica.

—Vale, vale —dijo—. Estoy colaborando. No hace falta que tiren la puerta abajo, y tampoco que me hagan daño.

—No vamos a hacerle daño, señor —dijo una voz, un hombre al fondo—. Siempre y cuando usted coopere.

—Estoy colaborando —dijo, con voz débil.

¿Así se sentía uno al otro lado de la barrera?

Los cuatro hombres se apartaron y otro avanzó entre ellos. Llevaba un abrigo largo y oscuro, y un traje gris debajo. Su corbata naranja desentonaba con el atuendo sombrío y los uniformes de sus compañeros.

Christian no lo reconoció. Pero, claro, los de la Brigada de Investigación Criminal eran un borrón para él.

El hombre miró a Christian por un momento y luego sacó su identificación del bolsillo. Christian no se molestó en mirarla. Sabía lo suficiente como para no dudar de que esto era lo que había estado esperando todos estos años.

—¿Christian Davison? —dijo el hombre.

—Soy yo. —Christian se puso casi firme.

—Queda usted detenido por los asesinatos de Kenneth Fogarty y Catherine Lawson. No está obligado a declarar, pero sepa que todo lo que diga podrá ser utilizado en su contra en un juicio.

CAPÍTULO SESENTA Y UNO

Tina estaba detrás de la furgoneta del CSI, dando pisotones en el suelo y palmadas en los brazos para intentar entrar en calor.

—¿Y bien, eso es todo? —le preguntó al técnico del CSI.

Brett estaba cargando maletines de instrumental en la parte trasera de la furgoneta. Retrocedió para echar un vistazo y luego cerró las puertas, volviéndose hacia Tina.

—Hemos terminado. Aquí no vamos a encontrar nada más. Tenéis la pistola, es vuestra principal prueba.

—¿No habéis encontrado ningún casquillo? —preguntó Tina.

—Qué va, han pasado diez años, colega. Eso habría sido un milagro. —Brett bostezó—. No me apetece nada el viaje de vuelta a Dorchester. Estoy hecho polvo.

Tina sonrió. ¿Le estaba tirando los tejos?

«Lo siento, tengo pareja».

—¿Y tú qué? —le preguntó Brett—. ¿Te quedas un poco más o ya te vuelves?

Tina negó con la cabeza.

—No hay razón para quedarse. La investigación se traslada a la oficina dado que no hay testigos en Lyme Regis. Ya hemos hablado con todo el que podría sernos de utilidad.

—¿Vas a echar de menos a tu madre?

—¿Cómo sabías...?

—Lo siento. Me lo dijo Gail. No debería ser tan cotilla. Deformación profesional, ¿no?

Tina se encogió de hombros.

—Puede ser.

Había estado bien ver a su madre unos días. Dormir en su antigua cama, que la atendieran. Pero empezaba a cansarse y echaba de menos a Mike. Tenían que hablar.

—Nos vemos en la oficina —le dijo Tina a Brett.

—Lo más probable —respondió Brett—. Ve con cuidado, Tina. Y cuídate.

Tina frunció el ceño.

—Por supuesto que lo haré.

Brett le dedicó una sonrisa y le dio una palmada en el hombro.

—Hasta luego.

CAPÍTULO SESENTA Y DOS

Lesley y Dennis se pararon frente a la casa de Christian Davison. Lesley le había dicho a Carpenter que iban para allá, y este, a regañadientes, les había dado su autorización con la condición de que lo único que harían sería interrogar a Davison, sin detenerlo.

Necesitaban saber si esa pistola había caído en manos de otra persona.

Quizá se la habían robado, ¿o a lo mejor Christian Davison se la había dejado a alguien? Dios sabría por qué podría haber hecho algo así, pero tenían que concederle el beneficio de la duda. Tenía un expediente de servicio impecable; Stanley lo había buscado en la base de datos y no encontró ninguna mancha en su historial.

Así que allí estaban, con la única intención de hacer preguntas. Sin necesidad de orden judicial, sin detención planeada.

Miró la casa por encima del hombro de Dennis. Era un adosado achaparrado a las afueras de Poole.

—¿Crees que nos espera? —preguntó ella.

Dennis se mordió el labio.

—Depende.

—¿De qué?

—De las respuestas a tus preguntas —sonrió Dennis.

—A las nuestras —rectificó—. Si es que dice la verdad.

—De lo único que tenemos constancia es que su pistola se encontró en la escena del crimen. No sabemos con certeza si fue

disparada, no tenemos las balas. Y si la usaron, desconocemos quién fue. Incluso aunque no hubieran pasado diez años, un agente de armas de fuego sabría cómo limpiar los residuos de pólvora.

—Aun así, vale la pena intentarlo.

Lesley escudriñó la casa. Estaba en silencio, sin movimiento.

—Lo sé —suspiró Lesley—. Todo es bastante circunstancial por ahora. Pero quiero saber qué tiene que decir en su defensa.

Abrió la puerta y rodeó el coche, esperando a Dennis. Se enderezó la chaqueta y subió con paso decidido por el camino. Llamó con fuerza a la puerta principal.

Dennis se reunió con ella y esperaron. Sin respuesta. Dennis se inclinó y golpeó la aldaba de nuevo.

—Ya lo he hecho yo —le dijo Lesley.

—No ha respondido.

—¿Crees que va a oírlo mejor un par de minutos después?

—Bueno, jefa. Lo siento. ¿Va todo bien?

—Perdona, Dennis. —Lesley cerró los ojos para recomponerse—. ¿Vamos por detrás a ver si está allí?

—Hay una verja —explicó Dennis—. Y no tenemos ningún motivo para cruzarla. Ni orden judicial ni razón para pensar que está en peligro.

Lesley miró a su compañero.

—Si le robaron la pistola, que acabamos de encontrar, y la usaron para matar a dos abogados, entonces podría estar en peligro.

—No, jefa. Me refiero a un peligro inminente. Tendríamos que haber visto algo.

—Tienes razón.

Caminó por el estrecho camino que llevaba a la verja lateral y la sacudió. Estaba cerrada con llave.

—Maldita sea —masculló entre dientes, mirando hacia atrás para asegurarse de que Dennis no la había oído.

Regresó al frente de la casa y fue a la ventana delantera, donde apoyó las manos para mirar dentro. Sobre una mesita auxiliar había un sándwich a medio comer y una taza. Un bloc de notas y un bolígrafo estaban en la mesa de centro y la televisión estaba encendida. Se enderezó y negó con la cabeza.

—Si se fue de aquí, fue con prisa.

—¿Por qué lo dices?

Le hizo un gesto hacia la ventana.

—Echa un vistazo.

Dennis miró dentro.

—Podría haber salido un momento a comprar algo.

—¿Y dejar la tele encendida?

—Jefa, no tenemos ninguna base sólida para pensar que está en peligro.

—Ha dejado su sándwich a medio comer y la tele encendida. ¿No crees que alguien pudo haberlo obligado a irse?

—Con todo respeto, jefa, no hay señales de que hayan forzado la entrada. No hemos recibido ninguna llamada al 999. No tenemos motivos...

Se golpeó el muslo con el puño.

—Lo sé. Son solo conjeturas. —Y sabía tan bien como Dennis que, si se desviaban del procedimiento correcto en un caso que involucraba a un agente de policía en activo, perjudicaría gravemente cualquier caso contra él. Y algo peor.

—Volvamos en otro momento —dijo Dennis.

—Terminó su turno hace cuatro horas. Si no está en casa, ¿dónde está?

—¿Se ha ido al pub? ¿A visitar a su novia?

—Hay un sándwich a medio comer en la mesa.

—Quizá no sea muy ordenado.

—No, mira. La casa está impecable.

Dennis echó otro vistazo.

—Tienes razón. Lo único fuera de lugar es ese sándwich y la taza.

—Lo que significa que lo interrumpieron —dijo Lesley.

—Es posible.

—La pregunta es: ¿quién?

CAPÍTULO SESENTA Y TRES

Stanley se reclinó en la silla cuando descolgaron el teléfono.

—Donna Turnberry al habla.

—Donna, soy Stanley.

—Stanley Brown —silbó—. ¿Qué ha sido de ti?

—Estoy destinado en Winfrith —le explicó—. En el equipo de investigación de delitos graves.

—Codeándote con los peces gordos. ¿En qué puedo ayudarte?

Donna Turnberry era una agente autorizada para el uso de armas de fuego destinada en Dorchester. También había sido novia de Stanley y era una de las pocas ex con quien había logrado mantener una buena relación.

—Estoy trabajando en el doble asesinato de Lyme Regis —le dijo.

—¿Ese caso antiguo? ¿Dos abogados?

—El mismo. En fin, esto queda entre nosotros, pero ya tenemos la causa de la muerte. Heridas de bala.

—Vale. ¿Y por qué me llamas a mí?

Stanley bajó la voz.

—También encontramos un arma.

—Ya.

—Esto no te lo he dicho yo, ¿entendido?

Donna hizo el sonido de una cremallera cerrándose.

—Soy una tumba, colega. Cuenta, cuenta.

—Pertenecía a uno de los tuyos.

—¿Uno de los nuestros? ¿En serio?

—El número de serie estaba corroído, pero los de la científica le hicieron una radiografía. Es inconfundible, Donna.

—Ostras. ¿Quién?

Stanley hizo una pausa. Mike estaba al otro lado de los escritorios, también al teléfono.

—Christian Davison —murmuró Stanley—. Lo conoces, ¿verdad?

Se oyó toser al otro lado de la línea.

—¿Donna? —dijo Stanley—. ¿Estás bien?

—Sí —carraspeó—. Pero ¿Christian? Estás de broma, ¿no?

—Era su arma —le dijo Stanley.

—En ese caso, ¿no debería investigarlo Asuntos Internos?

—Creo que puede que lo estén haciendo. Pero quería hablar contigo primero, a ver si sabías algo. Fue hace diez años. ¿Trabajabas de agente autorizada por aquel entonces?

—Sabes que sí —le dijo ella—. Fue cuando tú y yo salíamos.

Stanley sonrió.

—¿Cómo podría olvidarlo?

—No empieces.

—Lo siento, Donna. Mira, ¿hay algo que puedas contarme sobre Christian? ¿Algo raro que le pasara en aquella época?

—¿Y cómo quieres que me acuerde de eso?

Stanley levantó la vista y vio que la puerta de la oficina se abría. Era el sargento. Stanley se encorvó en la silla.

—Mira, Donna, ya sé que ha pasado tiempo, pero ¿recuerdas si se comportaba de forma extraña? ¿Se denunció la desaparición de un arma? ¿Algo raro en concreto que recuerdes?

—Espera un momento —dijo ella—. Estaba un poco raro, fue por la época en que rompió con Sunika.

—¿Quién es Sunika?

—Su mujer. Exmujer. Sí, estaba un poco en las nubes por entonces. Pero supongo que estaba lidiando con el divorcio.

—¿En qué sentido estaba «en las nubes»?

—Distraído —contestó Donna—. De mal humor. Estuvo de baja por enfermedad un par de veces.

—¿Y estás segura de que fue hace diez años?

—Más o menos. Me acuerdo porque Sunika y él rompieron por la misma época en que salía contigo.

Stanley asintió.

—¿Y qué hay del arma? ¿Se denunció la desaparición de alguna?

—Eso no lo recuerdo —le dijo Donna—. Ese es el tipo de cosas que habrían quedado entre Christian y su sargento.

—¿Quién era vuestro sargento en aquel entonces?

—Adam McCory.

—No me suena.

—Se jubiló no mucho después. Aunque era un buen tipo.

—Entonces, supongo que es con él con quien tengo que hablar, ¿no? —dijo Stanley.

—Si lo encuentras. Creo que él y su mujer se fueron de viaje.

—Vale —le dijo Stanley—. ¿Adam McCory, dices?

—Ese mismo.

—Gracias, Donna. Y si recuerdas algo más sobre Christian de aquella época, me lo cuentas, ¿vale?

—Por supuesto, Stanley. Me alegro de hablar contigo.

—Y yo contigo, Donna.

CAPÍTULO SESENTA Y CUATRO

Lesley se guardó el móvil en el bolsillo mientras abría las puertas de la Jefatura de Policía de Dorset. Dennis se había adelantado y ella se había quedado atrás para hacer una llamada. Todavía estaba intentando localizar a Elsa. Su móvil no daba señal y ya se había dado por vencida con la oficina. «¿Qué te pasa, Elsa?»

Se dirigió a las escaleras justo cuando su móvil volvió a sonar. Era Carpenter.

—Señor —dijo—. Acabo de volver. ¿Necesita que vaya a verlo?

—Todavía no. ¿Cómo te ha ido?

—No estaba —le informó ella.

—¿No habéis esperado?

—Parecía que lo habían interrumpido. Miramos por la ventana delantera de la casa, estaba ordenada, pero había un sándwich a medio comer y una taza en la mesa, y la tele también estaba encendida. Creo que puede haberle pasado algo, señor.

—Define algo.

—Bueno, si el crimen organizado estuvo implicado en estos asesinatos y se han enterado de que han encontrado su pistola...

—Inspectora Clarke —dijo el superintendente—. ¿Tienes motivos para creer que podría haber una filtración en tu equipo?

Lesley estaba a mitad de la escalera. Se detuvo en seco.

—No, señor. Por supuesto que no.

—¿Y los de la científica?

—Tampoco, señor.

Carpenter soltó un gruñido.

—Déjalo por ahora, hablaré con Asuntos Internos.

—¿Y el equipo de agentes autorizados? Siempre podría ir a...

—No, Lesley. Déjalo en mis manos.

Lesley apretó los dientes y volvió a guardarse el móvil en el bolsillo. Subió a toda prisa el resto de las escaleras, se detuvo un instante arriba y se planteó dirigirse al despacho del superintendente, pero luego lo pensó mejor.

Entró en la oficina a grandes zancadas.

Stanley levantó la vista cuando ella entró.

—Jefa —la saludó. Intercambió una mirada con Dennis.

—¿Qué? —le espetó, irritable.

—Creo que tengo algo.

—¿Sobre qué?

—Christian Davison, nuestro hombre de la pistola.

Lesley puso los ojos en blanco.

—Haces que suene como una película de Bond, Stanley.

Stanley soltó una media sonrisa.

—Lo siento, jefa.

Dennis la miró.

—¿Necesitamos una reunión?

Lesley miró hacia su despacho. No recordaba la última vez que el equipo se había reunido allí. Estaban casi todos, solo faltaba Tina.

—¿Sabemos algo de Tina? —le preguntó a Dennis.

—Volverá más tarde —le dijo Dennis—. La trae una patrulla.

—Bien. Llámala, que participe en esto.

CAPÍTULO SESENTA Y CINCO

Lesley cerró la puerta de su despacho y se dirigió a su escritorio. Se relajó en la silla, contenta de estar de vuelta. Lyme Regis era un lugar encantador, pero había echado de menos la oficina y estar ahí en las reuniones, intercambiando ideas y combinando la intuición y la experiencia del equipo.

Dennis dejó el teléfono sobre la mesa.

—Tengo a Tina en el altavoz, se va de Lyme Regis esta noche.

—Jefa —se oyó la voz de Tina a través del teléfono.

—Tina —dijo Lesley—, ¿me oyes?

—Sí, jefa. ¿Qué pasa?

—Nada, solo queremos poner en común en qué punto nos encontramos con este caso. Quería asegurarme de que estuvieras al tanto.

—Gracias.

Lesley se recostó en la silla y asintió en dirección a Dennis. Este se acercó a la pizarra. Tenían las fotos de la escena del crimen, además de instantáneas de Fogarty y Lawson en vida. También había planos de Lyme Regis y mapas que mostraban los lugares donde los habían encontrado y donde habían descubierto el arma. Una línea roja en un mapa mostraba la ruta que sus cuerpos habrían seguido por el acantilado cuando se produjo el deslizamiento. Además de eso, había fotos de Aurelia Cross y Eleanor Fogarty. Y el

logotipo del bufete de Elsa, solo que se veía diferente. En lugar de Nevin, Cross y Short, decía Nevin, Fogarty y Lawson.

—Y bien —dijo Lesley—, ¿en qué punto estamos?

Dennis miró a Stanley.

—¿Has llamado a tu amiga de la unidad de agentes autorizados?

—Así es, sargento.

Lesley enarcó una ceja.

—¿Sabe Carpenter que estamos hablando con ellos?

Stanley se revolvió en la silla y miró con cautela a Dennis.

—Pues...

—Stanley trabajaba con esa mujer —dijo Dennis—. Solo está actuando por iniciativa propia.

Lesley sonrió antes de preguntar:

—¿Y qué ha descubierto?

Stanley se alisó los pantalones con las manos.

—Bueno, Donna, que así se llama mi amiga, trabajó con el tal Christian hace diez años. Dice que no hay nada turbio en él, que no tiene manchas en su expediente. No le consta que lo hayan sancionado nunca.

—Todo eso ya figura en HOLMES —dijo Lesley—. ¿Qué hay de la información interna? ¿Cómo es él? ¿Se ha comportado de forma sospechosa en algún momento?

—Dijo que por aquella época estaba un poco raro, pero se estaba divorciando. Así que supuso que esa era la explicación.

—¿Qué clase de raro? —preguntó Lesley.

—Que estaba en las nubes. Eso dice Donna. Distraído, irritable, pero asumió que sería por la ruptura sentimental.

—Podría haber sido otra cosa. —Lesley miró la pizarra—. ¿Por qué no está su foto ahí?

Dennis la miró.

—Pensé que no sería apropiado...

—No pasa nada, Dennis. Era el propietario del arma que se encontró en la escena del crimen. Si no fuera policía, su foto estaría ahí, en primer plano, ¿no es así?

—Sí, jefa.

—Busquemos una foto de su ficha policial y añadámosla a la pizarra. Tenemos que averiguar todo lo que podamos sobre él. ¿Sería posible hablar con su exmujer?

—También podría valer la pena hablar con el que era su sargento en aquel momento —sugirió Stanley—. Adam McCory. Ya está jubilado, pero puede que hablara con Davison. Donna dice que, si había algo sobre la desaparición de un arma, el sargento lo habría sabido.

Lesley asintió.

—¿Jubilado, eh? Como ciudadano particular, no hay nada que nos impida charlar con él.

—¿Estás segura, jefa? —dijo Dennis—. Pensé que iba a intervenir Asuntos Internos.

—Hasta que no reciba la notificación oficial de qué miembro de Asuntos Internos dirige este caso, sigue siendo nuestro. Hablemos con su exmujer y con el sargento. ¿Stanley?

—No creo que deba hacerlo yo —dijo Stanley—. Estoy demasiado involucrado.

—¿De verdad?

Stanley se sonrojó hasta el cuello.

—De acuerdo, jefa. Lo haré.

—Bien. Mike y tú localizad a la exmujer. Dennis y yo nos encargaremos del sargento.

—Sin problema —dijo Mike.

—Bien. Has estado muy callado, ¿todo en orden?

—Todo bien, jefa. —Mike parecía preocupado—. Es que no tenía nada que añadir.

—¿Echas de menos a Tina?

Mike se puso rígido y miró el teléfono sobre el escritorio.

—Esto...

Lesley enarcó una ceja.

—Deberías. —Sacudió la cabeza—. No te preocupes, Mike. Me alegro por vosotros. Solo que no quiero que afecte a tu trabajo.

—No lo hará.

—¿Tina?

—No lo hará, jefa —dijo la voz de Tina desde el teléfono sobre el escritorio.

—Vale. ¿Hay algo más de la escena del crimen? ¿Nada de balas, supongo?

—Nada. Lo siento.

No. Tina no habría esperado para decirle si hubieran encontrado balas.

—Entiendo —dijo—. Así que eso es todo lo del arma. Todavía tenemos a la exmujer de Fogarty. Fui a hablar con ella y parecía de fiar, pero no puedo quitarme de la cabeza que no denunciara su desaparición.

—Creía que había emigrado, ¿no? —dijo Mike.

—Se iba del país —añadió Tina—. A Canadá.

—Así es —confirmó Lesley—. Pero, aun así, cabría esperar algún contacto entre ellos después. ¿Para arreglar las finanzas, tal vez? O aunque solo fuera una tarjeta de Navidad.

Pensó en Terry, su exmarido. La sentencia firme de divorcio había llegado hacía una semana, pero todavía habría contacto entre ellos. Sus vidas estaban entrelazadas por Sharon, su hija, y por el hecho de que habían vivido juntos tanto tiempo.

—Quiero averiguar más sobre Eleanor Fogarty —dijo—. ¿Podemos conseguir la documentación del divorcio? ¿Averiguar qué se usó como motivo? Al parecer, ella sabía lo de su aventura con Lawson. ¿Pudo ser eso?

—Sin problema, jefa —dijo Dennis.

—Bien. Así que, la exmujer y el arma. ¿Y Catherine Lawson? ¿Qué hemos descubierto sobre ella?

—He investigado un poco —dijo Mike—. Se mudó a Dorset desde Yorkshire hace quince años. Había ejercido la abogacía en Yorkshire y consiguió un puesto de socia subalterna en el bufete bastante rápido. Creo que por eso se mudó. La ascendieron a socia principal en menos de un año.

—¿Y cuándo empezó su relación con Kenneth Fogarty?

—Su mujer dijo que llevaban seis años —dijo Mike.

—Vale —dijo ella—. También quiero saber más sobre Catherine Lawson.

—¿Debemos tener en cuenta quiénes eran los clientes de Fogarty y Lawson? —preguntó Dennis.

Lesley exhaló.

—Pensé que ya estábamos en ello. ¿Tenemos una lista?

Dennis asintió hacia Mike, que pegó una hoja de papel en la pizarra.

—Son un montón —dijo.

Lesley se acercó a la pizarra. Revisó la lista, intentando ubicar los nombres.

—¿Los has comprobado todos?

—Los estoy revisando en el Registro Mercantil —dijo Mike—. La mitad ya no existen; la otra mitad parecen de fiar.

—¿Has comprobado quiénes son los propietarios? Uno de esos podría haber sido una tapadera para algo.

—Pero eso no encaja con el arma del agente autorizado, jefa —dijo Stanley.

—Podría encajar —le dijo ella—. Si Christian Davison no era limpio, una banda podría haberle chantajeado, haberle obligado a darles el arma. Incluso haberle contratado para liquidar a Fogarty y Lawson.

Dennis carraspeó.

—¿Liquidar, jefa?

—¿Tienes algún problema, Dennis?

—Esto no es el Chicago de los años treinta, jefa. Esto es Lyme Regis. La gente no se liquida entre sí.

Lesley ladeó la cabeza.

—Alguien mató a esa pareja, y parece que lo hizo con un arma de la policía. Necesitamos saber tres cosas. Primero, ¿fue un agente de policía quien les disparó? Segundo, si es así, ¿por qué? Tercero, si no, ¿cómo consiguió el tirador el arma? Sigue investigando esos negocios, Mike, y déjale la exmujer de Davison a Stanley. Incluye los negocios que ya no existen. Comprueba los registros históricos en el Registro Mercantil. Quiero saber exactamente a quién representaban Fogarty y Lawson y si a alguno de ellos podría no haberle hecho mucha gracia que sus abogados se marcharan del país.

—Estás pensando que es Kelvin —dijo Dennis—. Con el bufete representándolo ahora...

Lesley asintió. No se fiaba de sí misma para decir nada más.

—Sigo preocupado, jefa —dijo Dennis—. Asuntos Internos intervendrá en cuanto empecemos a husmear por el equipo de agentes autorizados.

—Yo asumiré la responsabilidad, Dennis. —Se volvió hacia él—. En lo que a mí respecta, Christian Davison está desaparecido. Y si está involucrado de alguna manera en estos asesinatos, podría estar en peligro.

CAPÍTULO SESENTA Y SEIS

Dennis indicó con un gesto a los otros miembros del equipo que salieran de la sala. Lesley lo observó mientras abandonaban la estancia. Recordó la conversación que había tenido con Carpenter, el momento en que entró en el despacho del superintendente y se encontró allí a Matt Crippins.

—Esperad un momento —les llamó.

Stanley estaba en el umbral y Mike ya había salido. Stanley se giró.

—¿Necesita que hagamos algo más, jefa?

Lesley negó con la cabeza.

—Volved a entrar, todos.

Dennis le hizo un gesto a Mike para que volviera. Este regresó, con el ceño fruncido, y cerró la puerta.

Lesley se humedeció los labios.

—Tomad asiento, todos.

Mike y Dennis ocuparon los dos asientos frente a su escritorio. Stanley se quedó de pie, con aire ansioso.

Lesley señaló su propia silla con un movimiento de cabeza.

—Puedes sentarte ahí —le dijo.

—¿Está segura, jefa?

Lesley sonrió.

—La silla no muerde, es solo una silla. Siéntate, Stanley.

Stanley rodeó el escritorio con paso vacilante, sin dejar de mirar a Dennis.

Dennis le ofreció un gesto tranquilizador con la cabeza.

Lesley seguía junto a la pizarra. Entrelazó los dedos y estiró los brazos hacia delante, haciendo crujir los nudillos. Respiró hondo un par de veces.

—Tengo algo que debo contaros. No imagino que afecte a todos los del equipo, pero podría afectarme a mí y, posiblemente, al sargento, y solo quiero que estéis al tanto.

Dennis sacó el móvil del bolsillo.

—¿Necesitamos que Tina esté presente también?

Lesley negó con la cabeza.

—Ya pondré a Tina al día cuando regrese.

—De acuerdo. —Dennis guardó el móvil.

Lesley lo miró. Reflexionó un momento y luego dio un paso al frente.

—Necesito hablaros de la muerte del inspector Mackie.

Dennis se puso rígido.

—¿Qué ha ocurrido?

—El superintendente Carpenter va a reabrir la investigación.

Dennis se levantó.

—¿Qué? ¿Sobre la muerte del inspector?

—Siéntate, por favor, Dennis.

Mike, sentado junto a Dennis, parecía perplejo. Stanley, detrás del escritorio, tenía una expresión ausente. No había conocido al inspector Mackie y, desde luego, no sabía nada de la polémica sobre su muerte. Estaba a punto de enterarse.

—Bien —dijo Lesley—. Pues resulta que la periodista Sadie Dawes, puede que la recordéis del caso de la isla de Brownsea, ha estado husmeando en la muerte del inspector Mackie. Cree que no se suicidó.

Miró a Stanley.

—¿Qué sabes del inspector Mackie?

—Sé que lo encontraron al pie de los acantilados de Ballard Down —respondió Stanley, con los ojos fijos en Dennis—. También sé que dejó una nota y que el forense lo registró como suicidio.

—Vale —dijo Lesley—. Lo que también necesitas saber es que le envié esa nota a una psicóloga y no cree que la escribiera Mackie.

Dennis negó con la cabeza.

—Gail hizo que un grafólogo la examinara en su momento. Yo estaba allí. El grafólogo confirmó que era la letra del inspector.

—Y eso lo hemos verificado —dijo Lesley—. Pero, aunque era su letra, la doctora McBride cree que alguien se la dictó.

—¿La doctora McBride? —preguntó Mike—. ¿No es la que colaboró en el caso del Globo de Swanage?

—La misma —contestó Lesley—. La doctora Petra McBride, la analista de perfiles que nos ayudó en ese caso. También he trabajado con ella en las Midlands. Es buena, confío en ella. —Miró a Dennis—. Si dice que a Mackie no se le ocurrieron esas palabras, significa que a Mackie no se le ocurrieron esas palabras.

—¿Y entonces qué significa? —preguntó Dennis, con un lenguaje corporal tenso.

—¿Te encuentras bien, Dennis? —preguntó Lesley—. Sé que esto es duro para ti. Mackie y tú erais amigos.

Mike resopló.

—Pero si se tiró por los acantilados. El forense dijo que fue un suicidio.

—He hablado con Gail —dijo Lesley—. Ha repasado conmigo las pruebas forenses y no son concluyentes.

—Gail tuvo dudas en aquel momento —dijo Dennis—. Pero después de que trajera al grafólogo...

—Lo sé —le dijo Lesley—. Pero, en fin, Sadie Dawes, la periodista, consiguió una copia de la nota de suicidio.

—¿Cómo? —preguntó Dennis.

—Dennis, no tienes por qué gritar —Lesley miró la pared de cristal que separaba su despacho de la oficina diáfana de al lado—. No queremos que todo el mundo se entere de esto, al menos no todavía.

—¿Por qué no? —preguntó Stanley.

Lesley cerró los ojos brevemente.

—Porque traje a una antigua compañera, una subinspectora de las Midlands, para que me ayudara a investigar, y no me cabe duda

de que sabréis que eso no es el procedimiento habitual.

—¿Carpenter sabe de esto? —preguntó Dennis.

—Sí, lo sabe.

—¿Por qué no te ha abierto un expediente?

—Esa es una buena pregunta, pero probablemente es solo cuestión de tiempo.

—¿Sabe Carpenter más de lo que aparenta? —preguntó Mike.

—Para vosotros es «el superintendente» —dijo Lesley—. Y no creo que sea prudente empezar a cuestionar sus motivos.

Mike negó con la cabeza.

—Entonces, ¿qué significa todo esto? —dijo Dennis—. ¿Vamos a dirigir nosotros el caso reabierto?

—Desde luego que no —le dijo Lesley.

—¿Y dónde está Sadie Dawes ahora? —preguntó Stanley—. ¿No había desaparecido?

—Ha vuelto —contestó Lesley—. Está trabajando con su editor en la BBC, preparando un reportaje.

—Mierda —dijo Mike. Dennis le lanzó una mirada.

—Exacto —añadió Lesley—. Mirad, no sé nada más por ahora, pero quería advertiros. No se lo contéis a nadie, pero, al mismo tiempo, no vamos a guardar secretos. Ni a los jefes ni a la BBC.

—Seguro que la BBC... —empezó Dennis.

—No —lo interrumpió Lesley—. Si nos hacen preguntas, les diremos lo que sabemos.

—Pero si no sabemos nada —dijo Stanley—. Todo lo que tenemos es una corazonada sobre esta nota de suicidio basada en lo que dijo una loquera.

—No es una loquera —le corrigió Lesley—. Se llama doctora Petra McBride. Es una psicóloga reputada y ha trabajado conmigo en la elaboración de perfiles de delincuentes.

Stanley torció el gesto.

—Confía en mí, Stanley —le pidió Lesley con cierta exasperación.

Stanley era el miembro más nuevo del equipo. Lesley apreciaba que aportara una perspectiva nueva a las cosas, pero, al mismo tiempo, el desafío no era lo que buscaba en ese momento.

—Necesitamos estar unidos en esto, compañeros —continuó—. Sé que no he sido del todo sincera con vosotros y sé que no os he contado todo lo que ha estado pasando. Ha sido para protegeros, más que nada. Pero ahora se va a hacer público, y quiero que sepáis que estoy aquí si me necesitáis.

Dennis refunfuñó.

Lesley lo miró.

—Lo digo en serio, Dennis —dijo—. Esto va a ser muy estresante. Te traerá recuerdos. Si necesitas mi apoyo, aquí estoy.

CAPÍTULO SESENTA Y SIETE

Dennis caminó detrás de la jefa mientras salían del despacho. Su lenguaje corporal era más tenso que de costumbre; sus pasos, poco más que un arrastrar de pies.

Cuando Stanley llegó a los escritorios, se giró y miró a Dennis.

—Sargento —dijo—, ¿puedo hablar con usted un momento?

Dennis miró a la jefa.

—Claro que sí, Stanley. Dame un minuto. —Se volvió hacia la inspectora—. ¿Qué necesitas que hagamos ahora?

Lesley negó con la cabeza y miró el reloj que había sobre la puerta.

—Ya son las siete pasadas. Manda a todo el mundo a casa; volveremos mañana con la mente despejada.

—¿Estás segura?

—Creo que nos vendrá bien un descanso a todos.

La observó mientras volvía a su despacho, cogía el bolso y salía, dedicándole una sonrisa forzada antes de marcharse por la puerta principal.

Dennis sintió que los músculos se le relajaban en cuanto la jefa salió.

—¿Sargento? —dijo Stanley.

—Sí, Stanley —dijo Dennis, irritado.

—¿Podemos hablar en privado, por favor, sargento?

Dennis apretó los labios. Miró hacia la puerta, preguntándose si la inspectora iba a volver. No. Una vez que tomaba una decisión, por lo general la llevaba a cabo.

—Vamos al despacho de la inspectora —le dijo a Stanley.

Entró en la sala, esperó a que entrara Stanley y luego cerró la puerta. En los escritorios, Mike intentaba disimular que los observaba. Dennis le hizo un gesto con la mano para indicar que se ocupara de sus asuntos y Mike apartó la vista.

—¿Qué puedo hacer por ti, Stanley? —preguntó Dennis.

Stanley bajó la vista al suelo. Tenía las manos delante, retorciéndoselas.

—¿Stanley? —preguntó Dennis—. Si no te importa, me gustaría llegar a casa antes de medianoche.

—Lo siento, sargento. —Stanley levantó la vista—. No me gusta esto, sargento.

—¿Qué es lo que no te gusta?

—La jefa. Trajo a una subinspectora de otra unidad para ayudar en una investigación. ¿Cómo es que no la han sancionado por ello?

Dennis se cruzó de brazos.

—No veo en qué te incumbe eso, Stanley.

—Sí que me incumbe, sargento. Soy nuevo en el equipo. Creía que todos ustedes eran formales. Ya he vivido la corrupción policial antes y no quiero formar parte de ella.

Dennis dio un paso al frente.

—La inspectora no es corrupta, agente.

—Se saltó las normas, sargento. —Stanley parpadeó, sin apartar la mirada—. Investigó la muerte del inspector Mackie, un caso que ya estaba cerrado. —Se inclinó hacia delante—. ¿Por qué? Ni siquiera estaba aquí cuando murió, ¿por qué le importa tanto?

—Porque es una buena policía —replicó Dennis—. Porque le importa hacer las cosas bien.

Stanley negó con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué Carpenter no le llamó la atención por ello?

Dennis se dio cuenta de que tenía los puños apretados a los costados.

—¿Cómo voy a saber yo la respuesta a eso, Stanley? Además, parece que sí que le ha llamado la atención. Además, no olvidemos el hecho de que se ha reabierto el caso y la BBC está implicada. Parece que, sea lo que sea que haya hecho la inspectora, está arrojando luz sobre el asunto, no ocultándolo.

Stanley se encogió de hombros.

—A mí me da mala espina, sargento.

—Tú limítate a hacer tu trabajo, Stanley —dijo Dennis—. Céntrate en el caso de Lyme Regis. Te mantendré al margen del asunto del inspector Mackie si lo prefieres.

Stanley lo miró de reojo.

—¿Cree que podemos elegir quién se ve envuelto en esto, ahora que hay una investigación en marcha y el caso se ha reabierto?

—Stanley —dijo Dennis—, te estás pasando de la raya. Te sugiero que vayas a tu escritorio, recojas tus cosas y te marches a casa. Por la mañana espero una disculpa.

Stanley le devolvió la mirada, con la boca abierta. Se quedó mirando un momento y luego bajó la vista.

—Sí, sargento. Lo siento, sargento.

CAPÍTULO SESENTA Y OCHO

Elsa estaba sentada a la mesa del pub y rodeaba con los dedos su vaso de tónica. Había elegido un pub en Blandford Forum, a varios kilómetros de donde vivía y de donde trabajaba Lesley. Muy lejos de Lyme Regis y de la mansión de Arthur Kelvin en Sandbanks.

—¿Hola?

Levantó la vista y vio a una mujer joven de pie junto a la mesa. Era Sam Chaston.

Elsa se tensó.

—¿Te pido algo de beber?

—Una copa de vino estaría bien.

Elsa levantó una ceja.

—¿No conduces?

—He venido en Uber.

—¿Hay Uber por aquí?

—Te sorprenderías —respondió Sam con una sonrisa.

—De acuerdo. —Elsa se levantó, fue a la barra y pidió la copa de vino, dándose cuenta de que no le había preguntado qué tipo de vino quería. Eligió al azar el tinto de la casa y lo llevó a la mesa.

—Perdona, te he pedido el tinto de la casa —dijo—. ¿Te parece bien?

—Perfecto. —Sam cogió la copa, dio un sorbo y se humedeció los labios—. Sobre lo que ha pasado esta mañana —continuó—, lo siento. Debió de ser…

Elsa levantó una mano.

—No pasa nada, era inevitable. Aurelia se iba a cabrear. ¿Qué esperabas?

Sam se encogió de hombros.

—Ya lo sé, pero…

—Hiciste lo correcto. —Elsa miró alrededor del pub, comprobando que no hubiera nadie conocido. Se volvió hacia Sam—. Hiciste exactamente lo que necesitaba que hicieras.

Sam se reclinó en su silla, con los dedos en la base de la copa.

—¿Lo he hecho bien?

—Lo hiciste perfecto —dijo Elsa—. Ahora soy libre, no tengo que trabajar para Arthur Kelvin y no tengo que andar mirando por encima del hombro cada vez que paso por un callejón oscuro.

—¿Tan mal estaba la cosa?

—¿Conoces el caso de Fogarty y Lawson?

Sam levantó la vista.

—He oído hablar de él.

—Eran socios —explicó Elsa—. Socios en el bufete con Harry. Antes de que Aurelia y yo empezáramos a trabajar ahí, representaban a Kelvin y sus negocios. Acabaron muertos en los acantilados de Lyme Regis. —Miró a Sam por un momento—. Empezaba a temer acabar como ellos.

—Entiendo —asintió Sam—. ¿Entonces qué vas a hacer ahora?

Elsa se encogió de hombros.

—Bueno, si Aurelia tuviera un mejor sentido de la ética, me habría denunciado al Colegio de Abogados y me habrían quitado la licencia para ejercer. Estaría buscando trabajo en otro sector.

—¿Pero?

—Pero Aurelia no tiene ese sentido de la ética —le dijo Elsa—. Así que lo único que ha hecho ha sido despedirme, como ya sabes.

Sam asintió.

—¿Vas a buscar trabajo en otro sitio? ¿Volver a Londres, tal vez?

Elsa lo sopesó. Si Sam se lo hubiera preguntado seis meses atrás, habría vuelto a Londres antes de que la pregunta hubiera salido de sus labios. Lo más lejos posible de Arthur Kelvin.

Pero ahora tenía a Lesley.

—No —dijo—. Voy a montar mi propio bufete. Seguramente en Christchurch, para llevar clientes de Hampshire. Espero evitar cruzarme con Arthur Kelvin demasiado a menudo.

Sam le dio otro sorbo al vino.

—¿Crees que será posible?

—Desde luego, lo intentaré con todas mis fuerzas. —Elsa estudió a Sam—. Me has hecho un favor enorme, te lo agradezco. Y necesitaré una asistente personal.

Los ojos de Sam se iluminaron.

—Sí, por favor.

Elsa sonrió. Levantó su vaso y Sam chocó el suyo contra él.

—Trato hecho —le dijo Elsa.

CAPÍTULO SESENTA Y NUEVE

Lesley abrió la puerta del apartamento y tiró el bolso al suelo.

Estaba cansada. Dormir en aquella minúscula habitación de invitados en Lyme Regis, con el ruido de las gaviotas, ya había sido bastante malo. Encima ahora tenía que lidiar con la reaparición de Sadie Dawes, y eso sin mencionar la reapertura de la investigación sobre Mackie.

A Carpenter no le había gustado que involucrara a Zoe, pero no la había sancionado, por motivos que no había querido compartir. Tenía la sensación de que ahora que las cosas habían salido a la luz, quizá no sería tan prudente.

Entró en el salón, remangándose.

—¡Elsa! —la llamó—. Ya he vuelto.

El salón estaba a oscuras. Encendió la luz y miró a su alrededor. Estaba vacío, sin rastro de que hubiera alguien. La cocina estaba limpia, con un par de vasos en el escurridor junto al fregadero.

—Elsa —repitió.

Salió del salón y fue al dormitorio. A veces, Elsa se sentaba en la cama, recostada contra las almohadas con el portátil.

El dormitorio también estaba a oscuras.

—¿Dónde estás? —murmuró Lesley.

Cogió el móvil y marcó el número de Elsa: buzón de voz. Marcó el segundo número. Apagado. Se sentó en la cama y luego se tumbó, con la mirada perdida en el techo. No tenía ni idea de lo que

la reapertura de la investigación sobre la muerte del inspector Mackie significaría para ella. ¿Iba a meterse en un lío o estaba a punto de vivir su momento de gloria?

Volvió a coger el móvil.

—Hola, jefa.

—Zoe —dijo Lesley—. No soy tu jefa.

—Perdona, Lesley. ¿Qué tal todo?

—Van a reabrir la investigación sobre la muerte de Mackie.

Lesley se incorporó y se pasó una mano por el pelo. Sabía que Zoe no podía ver el estado en el que se encontraba, pero aun así…

—¿Por qué? —preguntó Zoe.

—Sadie Dawes ha vuelto a aparecer. Por lo visto, ha conseguido una copia de su nota de suicidio.

Un silbido sonó al otro lado de la línea.

—Joder.

—Exacto —dijo Lesley.

Ninguna de las dos quería que la prensa lo hiciera público antes de que la policía se hiciera cargo del asunto, pero parecía que ya era demasiado tarde para eso.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó Zoe.

—Tienes que mantenerte bien alejada de todo —le dijo Lesley—. Me preocupa haberte metido en problemas.

—Lo siento.

—No es culpa tuya, fui yo quien te lo pidió.

—Podría haber dicho que no.

—¿Lo habrías hecho?

Una pausa.

—No —dijo Lesley—. No creo que lo hubieras hecho.

—No —coincidió Zoe.

—Solo tengo una pregunta para ti —le dijo Lesley.

—Adelante.

—Sadie Dawes, ¿no habrás vuelto a saber de ella?

—Te habría llamado de inmediato si lo hubiera hecho.

—Vale, gracias. Cuídate.

—Lo haré —dijo Zoe—. Carl y yo vamos a comprar una casa, ven a visitarnos la próxima vez que te pases por Birmingham.

Lesley sonrió.

—Enhorabuena. Me encantaría.

Colgó y se quedó mirando el móvil un momento. ¿Debería intentar llamar a Sadie? ¿Averiguar qué tenía esa mujer?

Eso solo le traería más problemas.

Lanzó el móvil al otro lado de la cama. Rebotó un par de veces antes de caer por el otro lado. Volvió a tumbarse.

«Elsa, ¿dónde demonios estás?».

CAPÍTULO SETENTA

Lesley llevaba ya quince minutos sentada en el sofá, con las manos entre los muslos, mirando la pantalla en negro del televisor. Cada par de minutos miraba el reloj.

Había desistido de llamar a Elsa. Si su novia no quería hablar con ella, entonces no había más que hablar. ¿Tenía sentido quedarse ahí sentada esperando o solo iba a conseguir volverse loca?

Se levantó, se sacudió la ropa y cogió las llaves de la mesa del vestíbulo. Salió a toda prisa del piso, se dirigió a su coche y puso el motor en marcha antes de que le diera tiempo a detenerse. Treinta minutos después, aparcó delante de la casa del superintendente Carpenter en Christchurch.

Se miró en el retrovisor, se frotó los ojos cansados, respiró hondo y salió del coche. Examinó la casa del superintendente. Las luces estaban encendidas, pero no se veía movimiento alguno. Se dirigió con paso decidido a la puerta y apretó el timbre con fuerza.

Se sorprendió cuando fue el propio Carpenter quien le abrió.

—Lesley —dijo él, secándose las manos con un paño de cocina—. ¿Qué ha pasado?

—Quería hacerle unas preguntas, señor.

Carpenter frunció el ceño.

—Estoy en plena cena con mi familia.

Lesley miró por encima del hombro de su jefe. Al fondo, en la cocina, una mujer metía los platos en el lavavajillas. Se oía música

procedente del piso de arriba.

—Parece que ya ha terminado, señor.

La fulminó con la mirada.

—Hay que tener un par de cojones para interrumpirme en mi casa de esta manera después de todo lo que has hecho.

—Solo quiero saber qué está pasando, señor.

—Entra, pues —suspiró.

Se dio la vuelta y entró en la cocina. Le susurró algo a su mujer, que miró a Lesley por encima del hombro de su marido con recelo.

Lesley le dedicó una sonrisa que no fue correspondida.

Carpenter se volvió hacia ella.

—Pasa a mi despacho.

Lo siguió a una pequeña habitación con un escritorio que ocupaba una pared y una hilera de estanterías en la otra. Solo había una silla, situada detrás del escritorio. Carpenter la ocupó y giró para mirarla de frente. Lesley se quedó de pie, de espaldas a la puerta.

—Adelante —dijo él—. ¿Qué es lo que quieres preguntarme?

—Si va a reabrir la investigación sobre la muerte del inspector Mackie, ¿significa eso que cree que no se suicidó?

Se encogió de hombros.

—No voy a tomar ninguna decisión hasta que hayamos revisado las pruebas.

—No reabriría el caso si pensara que se suicidó. Seguramente, lo fundamental...

Carpenter levantó una mano.

—El forense lo declaró un suicidio. Reabrir un caso como este es un coñazo, como estoy seguro de que ya sabes, pero debido a tu intromisión, a tus conversaciones con periodistas y a que has traído a gente de otras unidades, no parece que me quede otra opción.

—Sadie Dawes contactó conmigo, señor —dijo ella—. Yo nunca habría acudido a ella.

Carpenter levantó una ceja.

—¿De verdad? ¿Ni siquiera después de que Gail Hansford te contara sus dudas sobre la escena del crimen?

Lesley tragó saliva.

—¿Cómo sabía usted eso?

—No soy estúpido, inspectora Clarke. Me mantengo al tanto de lo que ocurre en mi equipo.

—Pero Gail no trabaja para usted.

—Lo hace de manera indirecta, y ha hablado con gente, no solo contigo. —Su voz sonó áspera.

—No culpe a Gail de nada de esto —le dijo Lesley—. La culpa es mía.

—Ah, eso ya lo sé —replicó él—. No te preocupes. La culpa de esta cagada monumental va a recaer enteramente sobre ti.

—No lo entiendo. ¿Por qué está tan preocupado? ¿Cree que alguien del cuerpo estuvo implicado?

Se levantó.

—Inspectora Clarke, teniendo en cuenta los años que pasaste trabajando en la Brigada de Investigación Criminal de la policía de las Midlands, y también los casos que llevabas cuando dejaste ese equipo, me parece que estás pecando de ingenua.

Lesley no apartó la mirada.

—¿Qué ha dicho Sadie Dawes sobre la nota de suicidio?

—No lo sé —le contestó—. Ese es el puto problema, ¿no? ¿Qué crees tú que sabe?

—Que no son las palabras de Mackie.

—¿No?

Negó con la cabeza. No había planeado contarle lo de Petra, pero necesitaba sincerarse con Carpenter, igual que había hecho con el resto del equipo.

—Hablé con la doctora McBride, la especialista en perfiles que trajimos para el caso de la isla de Brownsea.

—Ya sé a quién te refieres.

—Le echó un vistazo a la nota de suicidio, la comparó con algunas entradas del diario que él había escrito.

—¿Y de dónde sacó eso?

—De Gwen Mackie.

Carpenter dio un paso hacia ella.

—¿Y qué hacías tú molestando a Gwen Mackie?

—Gwen estuvo encantada de hablar conmigo. No cree que su marido se suicidara. En lo que a ella respecta, él sabía

perfectamente lo que un suicidio significaba para la gente que tenía que lidiar con él después, y nunca le habría hecho eso a sus compañeros.

—¿Cree que no lo sé?

—Con todo el respeto, señor...

Carpenter sacudió la cabeza.

—Lárgate de aquí, Lesley. Déjame disfrutar de mi velada en paz.

—Señor —dijo ella—. ¿Quién dirigirá la nueva investigación?

—No lo sé —le contestó—. Eso lo decidirán mis superiores. Probablemente será alguien de otro cuerpo de policía.

—¿Por qué? ¿Se sospecha que hay corrupción?

—Cabe la posibilidad de que hayan asesinado a un inspector jubilado, inspectora Clarke. Hay que tener en cuenta la posibilidad de que fuera corrupto, ¿no crees?

Lesley tragó saliva. Seguía sin creer que el inspector Mackie fuera corrupto. Se había intercambiado mensajes de texto con Elsa, pero habían sido sobre un caso. Había ayudado a Dennis en un caso después de jubilarse, pero había sido el mentor del sargento. Ninguna de esas cosas era sospechosa.

¿Pero su muerte?

—Siento haberlo molestado, señor.

—No me extraña. Ahora, vete antes de que decida despedirte de una vez.

CAPÍTULO SETENTA Y UNO

Tina no tenía mucho equipaje. Al fin y al cabo, no había previsto quedarse a dormir en Lyme Regis. Aun así, su madre le entregó una bolsa de la compra para las pocas cosas que quería llevarse de vuelta.

—¿Cuándo vas a volver? —preguntó Annie.

Tina negó con la cabeza.

—Mamá...

—Mira, tu hermana necesita ayuda con la niña y a ti no te vemos nunca. Ya sé que estás muy ocupada con el trabajo, pero...

Tina se volvió hacia su madre.

—No te preocupes. Volveré en un par de semanas, con Mike.

A su madre se le iluminó el rostro.

—Por fin voy a conocer al famoso Mike.

—Te caerá bien —dijo con una sonrisa.

—Claro que me caerá bien, cariño. —Annie atrajo a su hija hacia sí y la besó en la frente—. Me gustará si a ti te gusta.

Tina se rio.

—No siempre funciona así, mamá. ¿Te acuerdas de Adam, con el que salí en bachillerato?

Annie resopló.

—Tenías dieciséis años, no eras lo que se puede decir sensata.

Tina pensó en Adam. Había oído que lo detuvieron hacía un par de años por posesión de drogas. No, desde luego que por aquel

entonces no tenía muy buen juicio.

—Bueno —dijo, cogiendo la bolsa de la compra y poniendo una mano en el brazo de su madre—, te llamo. Y fijamos una fecha.

Tina suspiró. Su madre tenía razón. Sabía que si no acordaba algo en ese momento, el tiempo pasaría, surgirían cosas y nunca ocurriría, o al menos no hasta dentro de unos meses, y para entonces...

Se sacó el móvil del bolsillo.

—Vale. Suponiendo que este caso esté cerrado, ¿qué tal dentro de dos sábados?

Su madre se rio.

—Mi vida social no es tan ajetreada, cariño. Estaré aquí. ¿Vendréis a casa?

—Había pensado que podíamos salir por Lyme, ir a un pub o algo.

Annie la atrajo de nuevo para darle otro abrazo.

—¿Hay algo que no me estés contando, cariño? Me sorprende que no hayas vuelto más a menudo a ver a Naomi. Anteayer fue la primera vez que viste a la niña, y ya tiene cuatro meses.

Tina se apartó, tomando los brazos de su madre. Respiró hondo. ¿Estaba preparada para contárselo? Ni siquiera se lo había dicho aún a Mike.

—Vale, mamá —dijo—. Esperaba que esto desapareciera pero, bueno, no lo ha hecho.

Annie ladeó la cabeza.

—Puedes contármelo, sea lo que sea.

Tina se humedeció los labios.

—Estoy embarazada, mamá.

Annie se apartó de un brinco. Dio una palmada.

—¡Ay, Tina! ¡Qué maravilla!

Tina se dejó envolver por los brazos de Annie.

—No llevo tanto tiempo con Mike, ni siquiera vivimos juntos.

—Ya lo solucionaréis. Seguro que es un chico encantador.

—Es un hombre —corrigió Tina.

—Bueno, sí, un hombre —repitió Annie—. ¿Quiénes son sus padres? ¿Los has conocido?

—Su madre vive en Bournemouth, su padre... Su padre era de Jamaica, pero hace unos años que no lo ve.

—Qué pena. ¿Crees que ahora que Mike va a tener un hijo podría reconciliarse con él?

Tina se puso rígida. Mike se había negado a hablar de su padre cada vez que había intentado sacar el tema. No iba a tentar a la suerte ahora. Sobre todo cuando estaba a punto de decirle que él mismo iba a ser padre.

«Dios, ¿cómo reaccionará?»

CAPÍTULO SETENTA Y DOS

Lesley agarró la botella de vino que había en la encimera de la cocina. Cuando iba a servirse una copa, se detuvo. La dejó, volvió a guardar la copa en el armario y cogió un vaso de whisky. Necesitaba algo más fuerte.

Mientras rebuscaba en el armario una botella de Talisker, oyó cerrarse la puerta de la entrada. Sintió que sus músculos se relajaban. «Gracias a Dios».

Se incorporó, con la botella todavía en la mano.

—¿Elsa?

Elsa apareció en el umbral del salón.

—Perdona. Has intentado localizarme, ¿verdad?

—¿Va todo bien?

Elsa negó con la cabeza y se secó una mejilla. Lesley dejó la botella y fue hacia su novia.

—¿Qué pasa, cariño?

Elsa hundió la cabeza en el pecho de Lesley.

—Creo que me he librado de él.

—¿De quién?

Elsa se apartó. Miró a los ojos a Lesley, los suyos enrojecidos.

—Tengo que contarte algo.

—Vale. —Lesley miró hacia la cocina—. ¿Crees que un trago de whisky te ayudará?

—Y tanto que sí —respondió Elsa con una sonrisa.

—Hecho.

Lesley guio a Elsa hacia el sofá y volvió a la cocina, donde sirvió dos generosos vasos. Se sentó junto a Elsa en el sofá, con las rodillas rozándola, y dejó los vasos en la mesita de centro. Tras un instante, los cogió y le dio uno a Elsa, que bebió con avidez y luego se secó la boca.

—Mucho mejor.

Lesley bebió un sorbo del suyo y lo dejó en la mesa.

—¿Qué es lo que tienes que contarme?

Sintió que el corazón se le aceleraba. ¿Tendría que ver con el caso?

Elsa bebió de nuevo. Dejó que el vaso vacío cayera sobre su regazo.

—He hecho algo… —Dudó, cerrando los ojos para volver a abrirlos—. He hecho algo ilegal, cariño.

Lesley apretó los dientes.

—Vale.

—Destruí un documento para un cliente.

—¿Qué clase de documento?

—¿Lo ves? Te lo noto en la voz. Me estás juzgando.

—No te estoy juzgando —dijo Lesley—. Solo cuéntamelo.

—Sabes que trabajo para Arthur Kelvin, ¿verdad? Represento sus intereses empresariales.

Lesley asintió.

—Bueno, pues hay más que eso. Me ha involucrado en algún que otro… digamos... asunto turbio.

—¿Tiene algo que ver con la muerte del inspector Mackie? —preguntó Lesley, observando la reacción de Elsa.

Elsa frunció el ceño.

—No. ¿Por qué iba a tener algo que ver con eso?

—Por las llamadas —contestó Lesley—. Estuviste en contacto con Tim Mackie antes de que muriera.

Elsa negó con la cabeza.

—Eso era por un caso en el que estaba trabajando. Él era un testigo.

—¿Por qué hablabas con un testigo de la acusación en un caso penal?

—No era un testigo de la acusación. Era un testigo de la defensa.

—¿De la defensa de quién?

Elsa bajó la mirada, dándose cuenta del vaso en su regazo. Lo cogió y lo puso sobre la mesa.

—Había un chico llamado Ajit Malhotra, acusado de narcotráfico. Resultó que Mackie había visto al chaval a la misma hora en la que se suponía que tuvo lugar el delito.

—¿En qué circunstancias? —preguntó Lesley.

—Cuando todavía estaba en el cuerpo. Lo había parado en la calle; él y otros chicos estaban causando problemas en el centro de Swanage.

—Vale.

La mente de Lesley iba a toda velocidad. Así que Elsa tenía una razón legítima para estar en contacto con Mackie. Pero ¿por qué había usado el teléfono de Harry Nevin?

—El teléfono que usaste —dijo—. ¿Era el que usabas para los negocios con Arthur Kelvin?

Elsa asintió.

—El inspector Mackie prefería que nuestras conversaciones fueran anónimas. Soy abogada, Lesley, no policía. Si un testigo pide anonimato, se lo doy.

—¿Por qué quería eso?

Elsa suspiró.

—No lo sé, pero yo solo quería tenerlo contento como testigo. Su declaración iba a liberar a mi cliente. Pero no se sentía cómodo siendo testigo de la defensa en un caso relacionado con el crimen organizado.

—Me lo imagino.

Elsa miró a Lesley.

—No es de esto de lo que quería hablarte.

—No. —Lesley se rascó la mejilla—. El documento que destruiste para Arthur Kelvin…

Elsa asintió.

—Me pillaron. Lo planeé para que me pillaran, y funcionó.

—¿Qué quieres decir con que funcionó?

—La asistente personal de Harry, Sam Chaston, ¿te acuerdas de ella?

—Vagamente —dijo Lesley—. ¿Qué tiene que ver con esto?

—Lo preparé para que me viera destruir ese documento e informara a Aurelia Cross.

—¿Y ahora te van a inhabilitar? —preguntó Lesley.

Elsa negó con la cabeza.

—Aurelia no va a denunciarme al Colegio de Abogados, sabía que no querría que investigaran el bufete demasiado a fondo. Pero sí que me ha despedido.

Lesley puso una mano sobre la rodilla de Elsa.

—Mierda, Elsa. Lo siento mucho.

Elsa sonrió.

—No, ¿no lo ves? Esa es la clave. Quería que me despidieran para no poder representar a Kelvin. Su contrato es con el bufete, no conmigo.

—Así que ¿infringiste la ley para librarte de la relación con un cliente?

—Necesitaba una razón legítima para no representarlo más. No podía negarme a trabajar para él sin más. Kelvin jamás lo habría aceptado, y Aurelia tampoco. Pero ahora no queda otra opción. Puedo fingir que quería seguir trabajando para él, pero Aurelia me lo ha quitado de las manos.

—Entonces, ¿Aurelia lo va a representar ahora?

—Sí. No. No sé. ¿Qué más da quién? —Elsa agarró la mano de Lesley—. Lo importante es que me he librado de Arthur Kelvin. Voy a montar mi propio bufete, todo va a ser legal y como Dios manda. Sam va a ser mi asistente personal.

—¿Sam?

—Sam Chaston, la que me pilló destruyendo el expediente.

Lesley miró a su novia. Elsa había infringido la ley, pero lo había hecho para evitar representar a un hombre que seguramente la haría infringirla de una manera mucho más grave.

—¿Por qué lo hiciste ahora? —le preguntó.

—¿No te parece obvio? —replicó Elsa, soltando la mano de Lesley —. Fogarty y Lawson.

—Tenías miedo.

—Representaban a Kelvin —le dijo Elsa—. Eso es lo que me contó Aurelia. Sabían cosas sobre él, y no iba a dejar que se jubilaran. Hizo que los mataran. Yo... bueno, yo no llevo trabajando para él tanto tiempo como ellos, ni como Harry. No sé nada importante. No soy un riesgo para él. He salido antes de que sea demasiado tarde.

CAPÍTULO SETENTA Y TRES

Lesley se despertó temprano a la mañana siguiente. Se quedó quieta unos instantes, con la mirada fija en el techo, hasta que se dio cuenta de que le sería imposible volver a dormirse.

Se giró hacia Elsa, que dormía profundamente, con su larga melena oscura extendida sobre la almohada. Lesley sonrió mientras observaba cómo subía y bajaba el pecho de su novia.

Levantó el edredón y se levantó de la cama, con cuidado de no despertar a Elsa. Fue a la ventana y entreabrió las persianas con los dedos. La tenue luz del alba perfilaba el bloque que las separaba del paseo marítimo. Lesley cerró la persiana con suavidad y salió del dormitorio.

Ya en el pasillo, se puso un forro polar y un par de botas, y salió del apartamento en silencio.

Las calles estaban tranquilas. A lo lejos oía un camión de la basura y el graznido de las gaviotas en dirección a la playa. Estiró los brazos por encima de la cabeza y luego los balanceó a los lados, intentando entrar en calor.

Se había pasado media noche en vela dándole vueltas a las consecuencias de lo que Elsa le había contado. Puede que hubiera encontrado una razón legítima para no seguir trabajando para Arthur Kelvin, pero no era el tipo de hombre que aceptaría una excusa así. Aunque Elsa alegara ignorancia, Kelvin sabía que ella poseía información sobre él que no quería que nadie más descubriera.

Lesley ya había llegado a la playa. Se detuvo en el paseo marítimo contemplando la arena. Elsa se despertaría y se preguntaría dónde estaba. Pero necesitaba centrarse en el caso. ¿Y si resolverlo ayudaba a mantener a Elsa a salvo?

Se dio la vuelta en dirección al apartamento y sacó el móvil del bolsillo. Respondieron al primer tono.

—Dennis —dijo—, quiero que nos veamos en casa de Christian Davison.

—¿Esperamos que esta vez sí esté?

—Sí, pero vayamos con discreción.

—Hay un Aldi a la vuelta de la esquina —dijo él—. Nos vemos allí y vamos andando.

—De acuerdo. Nos vemos en un rato.

CAPÍTULO SETENTA Y CUATRO

Lesley y Dennis caminaron en silencio desde el aparcamiento del supermercado hasta la casa de Davison. Tras unos minutos de incómodo silencio, Lesley decidió hablar.

—¿Qué tal estás, Dennis?

—Bien, jefa.

—¿No te resulta difícil el hecho de que reabramos la investigación sobre la muerte del inspector Mackie?

Dennis se tensó, sin alterar el paso.

—El psicólogo me dio técnicas para sobrellevar el estrés. Las usaré si lo necesito.

—Bien. —Lo examinó con la mirada—. Pero avísame si se convierte en un problema.

—No lo hará. El inspector Mackie merece que se haga justicia.

Lesley asintió. Dennis tenía razón, pero ella no estaba segura de que a Mackie se le fuera a hacer justicia.

Cuando se acercaban a la casa, extendió una mano para detener a Dennis.

—Vayamos despacio —dijo—. No quiero quitarle el ojo a la casa mientras nos acercamos; podría estar intentando evitarnos.

—¿Crees que estaba escondido ahí dentro cuando vinimos ayer?

Lesley negó con la cabeza.

—No, pero hay algo que no cuadra.

Se acercó a la casa y llamó a la puerta. Dennis se quedó a su lado, donde no podrían verlo desde las ventanas de arriba, y vigiló la verja lateral. Las cortinas del piso de arriba seguían echadas, pero las de la planta baja estaban abiertas.

Se giró hacia él y se encogió de hombros.

—No hay respuesta.

—¿Quizá esté en el trabajo?

—Nos habrían avisado si se hubiera presentado a trabajar. Quizá los de Asuntos Internos lo han detenido.

—Bueno, en ese caso el superintendente te lo habría dicho, ¿no?

—No estoy segura de que el superintendente quiera contarme mucho en este momento.

Dennis enarcó una ceja.

—¿Ah, no?

—No te preocupes por eso, Dennis.

Se dirigió a la ventana delantera y se inclinó para mirar a través del cristal. La habitación seguía en el mismo estado que el día anterior. Los bordes del sándwich parecían resecos.

—Disculpen —dijo una voz—. ¿Puedo ayudarles?

Lesley se giró y vio a un hombre de pie junto a Dennis. Llevaba un Jack Russell atado con correa y parecía perplejo. Mostró su placa antes de preguntar:

—¿Sabe si el señor Davison está en casa?

El hombre frunció el ceño.

—Me imaginaba que lo sabrían, ¿no? Es uno de los suyos.

—¿Lo ha visto en el último día más o menos?

El hombre frunció el ceño.

—Claro que sí. Vi cómo los suyos lo detenían.

Lesley intercambió una mirada con Dennis.

—¿Que lo detuvieron? ¿Cuándo?

—Ayer por la tarde, sobre las cinco. Había un montón de agentes. Lo sacaron a la fuerza y se lo llevaron en un coche.

Lesley se acercó más al hombre.

—¿Está seguro de que era la policía?

—Por supuesto que era la policía. Llevaban uniformes, radios, de todo.

Lesley miró a Dennis. ¿Qué era lo que el superintendente no le estaba contando?

—Gracias por su ayuda —le dijo al hombre—. Necesitaré sus datos de contacto por si tenemos más preguntas.

El hombre se dio la vuelta y señaló una casa tres puertas más allá.

—Vivo ahí. Cuando termine de pasear a Polly, puede llamar a mi puerta sin problema.

—Así lo haremos, señor —replicó Lesley.

CAPÍTULO SETENTA Y CINCO

Tina había pasado la noche en su piso. Seguía sin estar lista para hablar con Mike. Al entrar en la oficina, se armó de valor. Sabía que se molestaría porque había vuelto y no le había avisado. Se sintió aliviada al ver que Stanley había llegado primero y que Mike aún no estaba. Típico de Mike llegar tarde. Miró el reloj. Las nueve menos cinco. Vale, todavía no era tarde, no oficialmente.

—Buenos días, Tina —dijo Stanley—. ¿Ya has vuelto de Lyme Regis?

Se encogió de hombros mientras se quitaba la chaqueta y la dejaba sobre el respaldo de su silla.

—Sí, vas a tener que aguantarme otra vez.

—Me alegro de que hayas vuelto, esto no es lo mismo sin ti —replicó con una sonrisa.

—Es un detalle por tu parte. ¿Te traigo algo?

Stanley soltó una carcajada.

—No lo decía con segundas.

—Ya sé que no, pero voy a la cocina de todas formas.

—En ese caso, un café con dos de azúcar, por favor.

Tina se alisó la chaqueta y se dirigió a la puerta. Justo en ese momento, entró Mike. Se le quedó mirando al abrir la puerta, desconcertado.

—Tina —dijo él.

—Hola, Mike. Ya he vuelto —dijo con una sonrisa y el corazón desbocado.

—Ya lo veo. ¿Por qué no me avisaste?

—Lo siento, llegué tarde anoche y necesitaba dormir.

Mike miró a Stanley y luego a ella. A Tina le dio la sensación de que Mike se estaba guardando algo, pero no quería tener esa conversación en la oficina, con Stanley de testigo.

—Iba a la cocina. ¿Te traigo un café?

—Sí, por favor.

Tina se dirigió a la cocina; sentía el cuerpo pesado. Preparó tres cafés y los llevó de vuelta a los escritorios. Cuando llegó, tenían visita: el superintendente Carpenter.

—Señor —dijo ella—. ¿Va todo bien?

Miró hacia el despacho de la inspectora. Estaba vacío, ¿y dónde estaba el sargento?

—No —dijo él—. Pero no hace falta que te preocupes por eso.

Stanley se puso en pie.

—¿Podemos ayudarle en algo, señor?

El superintendente miró hacia el despacho de la inspectora.

—¿Dónde está la jefa?

—Aún no ha llegado —dijo Tina—. Supongo que está fuera...

—Avisadme en cuanto llegue. Necesito hablar con ella urgentemente.

CAPÍTULO SETENTA Y SEIS

Lesley irrumpió en la oficina. Casi corrió a su despacho, se dejó caer en la silla y luego salió de nuevo, con la respiración entrecortada. Necesitaba hablar con el superintendente. Si Asuntos Internos había detenido a Davison y no se lo habían dicho…

—Jefa —dijo Tina—. El superintendente te andaba buscando.

—Me lo imagino —replicó ella.

Tina frunció el ceño.

—¿Va todo bien?

—Han detenido a Christian Davison. Ayer por la tarde. Lo vio un vecino. Supongo que sería Asuntos Internos.

Tina frunció el ceño.

—¿Estás segura, jefa?

—¿Por qué no iba a estarlo?

—No sé.

Stanley levantó la vista de su escritorio.

—El superintendente parecía confuso, jefa.

—¿Confuso en qué sentido? —preguntó Lesley.

Stanley se encogió de hombros.

—Ni idea. Pero sugiero que vaya a verlo cuanto antes. Estaba cabreadísimo.

Lesley lo miró.

—Sigue investigando a Christian Davison. Dennis está interrogando al resto de los vecinos.

Salió furiosa de la oficina y se apresuró hacia el despacho del superintendente. Llamó a la puerta y no pudo evitar contener el aliento mientras esperaba.

—Adelante —se oyó su voz.

Lesley abrió la puerta de un empujón y la cerró de un portazo a sus espaldas.

El superintendente, que estaba detrás de su escritorio, se puso en pie.

—Lesley.

—¿Qué está pasando, señor? Hemos hablado con un vecino de Christian Davison y nos ha dicho que nuestro único sospechoso fue detenido ayer por la tarde.

Carpenter la miró.

—¿Detenido?

Se humedeció los labios.

—Sí, señor. Supongo que fue idea de Asuntos Internos.

Carpenter negó con la cabeza.

—Asuntos Internos fue a su casa ayer por la noche, pero no estaba.

Lesley apoyó una mano en el escritorio de Carpenter para sujetarse.

—Perdone, ¿me lo puede repetir?

—Asuntos Internos fue a su casa y no había nadie.

—¿A qué hora fue eso?

—Anoche, sobre las siete.

Eso fue después de que Dennis y ella hubieran estado allí.

—Señor —dijo—, ¿está seguro de que Asuntos Internos no lo ha arrestado?

—Lesley —dijo Carpenter, inclinándose sobre el escritorio—, ya veo que crees que soy un idiota. Pero sabría si un sospechoso en un caso de asesinato fue detenido.

—Entonces, ¿quién demonios lo detuvo?

CAPÍTULO SETENTA Y SIETE

Christian Davison estaba sentado en el frío suelo del lúgubre espacio. Tenía los pantalones mojados. Había aguantado todo lo que pudo, pero por más que había gritado, nadie había acudido para dejarlo ir al baño.

Percibió el olor. Era humillante. Tiró de nuevo de la cuerda que lo ataba a un gancho en la pared. ¿Qué clase de persona tenía un gancho en la pared, listo para inmovilizar a alguien?

Se irguió como buenamente pudo, intentando estirar las piernas. Pero la cuerda no daba más de sí. Se desplomó de nuevo en el suelo, con una mueca de dolor al caer sobre el tobillo. Tenía que dejar de hacer eso, tenía que conservar las fuerzas. ¿Dónde narices estaba?

Sobre su cabeza había una ventana alta. Se notaba que era endeble; el viento silbaba fuera. El espacio en el que se encontraba era de ladrillo, con la pintura desconchada y manchas de humedad en las paredes. Frente a él había una única puerta, maciza, y no le llegaba el sonido del mar. Pero, claro, su mente no funcionaba del todo bien.

Lo habían subido en la parte de atrás de una berlina de aspecto moderno que se parecía bastante al tipo de coche que conducían los del CID. Recordaba haber mirado a ambos lados de la calle y no ver ningún coche patrulla. En ese momento, se preguntó por qué había dos agentes uniformados y ningún coche patrulla.

Sin embargo, a pesar de todo, había entrado en el coche por su propio pie. El hombre en el asiento del copiloto se había girado hacia él y le había dicho que se callara. Iba bien afeitado, bien vestido. Llevaba traje. Un traje caro. Christian debería haberse dado cuenta de que los del CID no llevaban trajes así.

Uno de los hombres de uniforme se había subido a su lado y, entonces, el coche había arrancado. El uniforme del hombre era convincente; Christian no había sospechado nada.

¿Por qué no se había percatado de las señales? No habían usado las palabras correctas. ¿Cómo no se había dado cuenta?

Estaba tan preparado para esto, casi esperándolo, que no se le había ocurrido que, cuando llegara el momento, no sería de verdad.

Y en lugar de llevarlo al cuartel general en Winfrith, o a una comisaría local, habían conducido hacia el sur, en dirección a Poole. No se habían molestado en cubrirle la cabeza ni en ponerle una venda en los ojos. Pero tras unos veinte minutos de viaje, el hombre que estaba a su lado le había dado un fuerte golpe en el lateral de la cabeza con algo duro y se había desmayado.

Y ahora estaba aquí. Solo, encerrado, y ni siquiera sabía cuánto tiempo había pasado.

Christian vivía solo. No tenía novia ni esposa. Su ex se había olvidado de él hacía mucho y sus padres vivían en Escocia. Nadie lo echaría de menos. No lo esperaban en el trabajo hasta dentro de dos días. Mañana, ¿o era hoy?, tenía el día libre. ¿Lo mantendría esta gente con vida el tiempo suficiente como para que alguien notara su ausencia?

Oyó pasos al otro lado de la puerta y se puso rígido. Se pegó a la pared y fijó la mirada en la puerta, con los ojos doloridos. Se llevó las rodillas al pecho para protegerse y esperó.

Nada.

La puerta no se abrió y los pasos se detuvieron. Christian oía su respiración en la pequeña estancia. Empezaba a hacer calor allí dentro, a pesar del viento de fuera. El olor de su propia suciedad era ya abrumador.

Por fin, la puerta se abrió. Una figura oscura entró: un hombre con pasamontañas y una cazadora bómber.

Eso era bueno. Si no querían que les viera la cara, entonces esperaban que viviera.

Pero había visto las caras en su casa...

—¿Quién es usted? —gritó—. Soy policía, se darán cuenta de que he desaparecido.

El hombre ladeó la cabeza, parpadeando al mirar a Christian. Tenía los ojos pequeños y oscuros.

Su risa sonó ahogada bajo el pasamontañas.

—Claro que no, gilipollas. Hoy es tu día libre.

Christian sintió que el corazón se le paraba. Así que lo sabían.

—Mire —dijo—. Sea lo que sea lo que quieren...

El hombre se inclinó y le dio un golpe en la cara. Christian sintió que la cabeza se le iba hacia un lado. Reprimió un grito.

Sintió que le sangraba la nariz, pero tenía las manos atadas al gancho de la pared. Tendría que sangrar y ya está.

El hombre volvió a reír.

—Cállate la puta boca, gilipollas, y quizá salgas con vida.

CAPÍTULO SETENTA Y OCHO

Lesley entró a toda prisa en la oficina.

—Tenemos que encontrar a Christian Davison ahora mismo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Stanley.

—Ha desaparecido. Asuntos Internos intentó detenerlo anoche y no estaba. No fueron ellos quienes se lo llevaron.

—¿Quizá esté en alguna comisaría? —sugirió Tina—. ¿A lo mejor lo tienen los patrulleros locales?

Lesley negó con la cabeza.

—Aquí está pasando algo más siniestro. Tina, comprueba el sistema. Quiero estar completamente segura de que no lo han detenido legalmente. Yo vuelvo a su casa. Mike, Stanley, buscad información sobre él. Averiguad todo lo que podáis. Stanley, habla con tu antigua compañera de la unidad de agentes autorizados. Quiero saberlo todo sobre Christian Davison y con quién se juntaba.

—¿Se juntaba, jefa? —preguntó Tina.

—Se junta. Esperemos que siga vivo.

El rostro de Tina palideció.

—¿Crees que lo tienen quienes mataron a Fogarty y Lawson?

Lesley se volvió hacia la subinspectora al tiempo que se tiraba de un mechón de pelo.

—No lo sé, Tina. Pero creo que Christian Davison estuvo implicado de alguna manera en las muertes de Kenneth Fogarty y Catherine Lawson, y que corre un grave peligro.

CAPÍTULO SETENTA Y NUEVE

Esta vez, Lesley no se molestó en aparcar en el aparcamiento del Aldi y simplemente detuvo el coche delante de la casa de Davison. Justo cuando lo hacía, un coche patrulla llegó por detrás, y otro apareció por la dirección opuesta y aparcó delante de ella. Dos agentes uniformados salieron del coche patrulla de atrás, y uno de ellos se apresuró hacia ella.

—Sargento Gates —dijo—. Soy de la unidad de respuesta. ¿Es usted la agente al mando?

Lesley asintió.

—Inspectora Clarke, a cargo de la investigación de un doble asesinato. Christian Davison es una persona de interés. Varios testigos vieron cómo lo arrestaban ayer sobre las cinco de la tarde, pero ningún cuerpo de policía lo ha detenido.

—¿Fue una detención falsa?

—Aún podría estar ahí dentro, sargento. Tenemos que considerar...

—Sé lo que hago, señora. ¿El vecino lo vio cuando se lo llevaban?

—Sí.

—Entonces, ¿qué buscamos?

—Quienquiera que se lo llevara sabría que vendríamos. Tenemos que comprobar que no nos hayan dejado ninguna sorpresa desagradable. Y, a su vez, mantener la casa intacta para los de la científica.

—Sin problema. —El sargento Gates habló por la radio.

Lesley se dio la vuelta y miró hacia la casa.

—¿Han traído el ariete?

—Sí, señora.

Dos agentes salieron del otro coche. Se acercaron a la casa, mirando hacia Lesley y el sargento en busca de confirmación. Otro vehículo se detuvo: un furgón policial. De él salieron cuatro agentes de la unidad de agentes autorizados.

Lesley frunció el ceño y se acercó al furgón. El sargento en el asiento del copiloto bajó la ventanilla.

—No esperamos que haya nadie dentro —dijo—. Y mucho menos alguien armado.

—Órdenes del superintendente, señora.

Lesley gruñó. No haría ningún daño entrar con toda la artillería. Se volvió hacia el sargento de la unidad de agentes autorizados.

—¿Son del equipo del agente Davison? —preguntó.

—No, señora. Soy el sargento Djalili. Davison trabaja con la sargento Weathers. Hay dos equipos dentro de la unidad.

—Entiendo. Pónganse detrás de los uniformados. Abrirán la puerta y después podrán pasar.

—Sí, señora.

Vio a Dennis de pie junto a su coche. Lesley se acercó a él y ambos se hicieron a un lado mientras los agentes uniformados se aproximaban a la casa. A los pocos segundos, la puerta principal estaba abierta y tres de los agentes autorizados ya estaban dentro. Otro rodeó la casa por detrás, seguido por dos uniformados.

Lesley oyó voces y pasos dentro de la casa. Se acercó a la puerta principal.

—¿Se puede entrar? —gritó.

—Sí, señora —respondió la voz del sargento Gates.

Lesley entró. La casa parecía abarrotada, llena de corpulentos agentes uniformados, pero no había ni rastro del agente Davison.

—Registrad cualquier sitio donde alguien pueda haberse escondido. Armarios, roperos, debajo de la escalera. ¿Hay algún cobertizo o edificio anexo, un garaje quizá?

—Señora. —Djalili bajaba las escaleras. Hizo un gesto a su equipo para que se dispersaran en distintas direcciones. Volvieron uno por uno.

—Nada. Ni rastro de él.

Lesley se volvió hacia Dennis, que estaba de pie detrás de ella en el umbral.

—No está aquí.

—No esperábamos que lo estuviera, ¿no?

Lesley sintió que se desinflaba.

—No. Pero bueno, por un momento… tuve algo de esperanza.

—Se lo han llevado, jefa. Solo tenemos que averiguar adónde.

—A mí me lo vas a decir. —Se volvió hacia el sargento de los agentes autorizados—. Saque a su equipo de aquí lo más rápido posible, podrían estar contaminando pruebas.

—Saben que deben tener cuidado.

Los agentes salieron a toda prisa y dejaron a Lesley y a Dennis solos en la casa. Lesley miró hacia lo alto de la escalera.

—¿Por dónde empezamos?

—¿Dónde creemos que estaba cuando se lo llevaron? —preguntó Dennis.

—Por el sándwich yo diría que en el salón.

—Vale, pues empecemos por ahí.

Lesley levantó una mano para impedirle que entrara.

—Esperemos a Gail —dijo—. Que haga un barrido en condiciones y determine si dejaron algo atrás.

CAPÍTULO OCHENTA

Tina contemplaba la base de datos con la mirada perdida. No había nada: ninguna prueba de que Christian Davison hubiera sido detenido, ninguna orden de detención. Ni visitas a su casa, aparte de la que hicieron la jefa y el sargento. Habría una de Asuntos Internos, pero esa no estaba en el sistema. Si hubieran tenido una orden de detención en su contra, habría quedado registrada.

Se reclinó en la silla y suspiró.

—¿Sin suerte? —preguntó Mike.

—Nada. Si se lo llevaron, no fue la policía.

—¿Cuál fue su último servicio? —preguntó Mike.

—¿A qué te refieres?

—Su equipo de agentes autorizados, ¿cuál fue el último servicio que hicieron?

—¿Y eso qué importa?

—Hazme caso —replicó Mike, mirándola por encima de los escritorios.

Tina ladeó la cabeza.

—Por ser tú. —Se inclinó sobre el teclado—. Aquí no aparece.

—Vale. En ese caso, tenemos que ir a hablar con sus compañeros.

Stanley se puso en pie.

—Iré contigo, conozco a una compañera de la unidad.

—¿No es razón para que te quedes aquí? —dijo Tina.

Stanley negó con la cabeza.

—No pasa nada, yo puedo hacer que hable. Vamos, Mike, ven conmigo.

Tina miró a Stanley. ¿Desde cuándo era él quien daba las órdenes? Era el miembro más nuevo del equipo. Pero, aun así, estaba cansada por las noches en vela en Lyme Regis y la constante y mordaz presión por haberle contado a su madre lo del embarazo. Todavía no se lo había dicho a Mike. Y encima tenía náuseas...

—De acuerdo —dijo.

No le gustaba sentirse así. No quería que su embarazo le impidiera hacer su trabajo.

—Pero avisadme si me necesitáis.

—Claro que sí, Tina —respondió Mike con una sonrisa.

CAPÍTULO OCHENTA Y UNO

La unidad de agentes autorizados a la que pertenecía Christian Davison tenía sus dependencias en un bajo edificio de ladrillo en Poole.

Mike aparcó y salió estirándose la espalda.

—¿Estás bien? —preguntó Stanley.

—Sí. Me dio un tirón en la espalda el otro día.

—¿Mientras detenías a alguien?

Mike negó con la cabeza.

—Me caí por las escaleras.

Stanley soltó una carcajada.

—¿Pero cuántos años tienes?

—Sí, sí. Ríete todo lo que quieras.

Stanley le sonrió con aire de suficiencia.

—Será mejor que te cuide. No sabía que hoy me tocaba lidiar con un inválido.

—Basta ya —dijo Mike, deseando no haber dicho nada—. Entremos. ¿A quién conoces aquí?

—A Donna Turnberry. Es una exnovia.

—¿De Christian?

—Mía.

—Afortunada ella.

—Ja, ja.

Mike lo miró.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—No es precisamente algo de lo que uno se jacte.

—Sí, pero...

—No te montes películas — dijo Stanley al tiempo que negaba con la cabeza—. Fue hace años.

—¿Cuántos años?

—Diez, ya que insistes.

—O sea, que estabas saliendo con la colega de Christian Davison en la época en que Davison pudo haber disparado a Fogarty y Lawson.

—Sí.

—¿Conocías a Davison?

—No —respondió Stanley—. Conocí a Donna en la academia de policía. Nunca trabajé con ninguno de los dos.

Mike no se sentía cómodo con aquello. ¿Debería hablar con el sargento?

Pero el sargento estaba ocupado con la jefa en casa de Davison.

—Todo saldrá bien. Vamos, hombre —dijo Stanley.

—Vale, pero me quedo contigo. Quiero asegurarme de que no te metes en ningún lío.

Stanley le lanzó una mirada, pero no se opuso. Entraron en la oficina y ambos mostraron su identificación.

—Tenemos que hablar con el sargento de Christian Davison —dijo Mike a la mujer del mostrador.

—La sargento Weathers está fuera de servicio.

—Vale —dijo Stanley—, en ese caso, ¿está Donna?

La mujer lo miró de vuelta.

—¿Quién pregunta?

—Ya le he enseñado mi identificación. Subinspector Stanley Brown, del equipo de investigación de delitos graves. Este es mi colega, el cabo Legg. Estamos trabajando en una investigación de asesinato.

La recepcionista alzó una ceja.

—Búsquenos a Donna, ¿quiere? —pidió Stanley.

Mike cambió el peso de un pie a otro, incómodo por el tono de Stanley.

La mujer gruñó y cogió el teléfono.

Dos minutos después, una mujer con el uniforme de la unidad de agentes autorizados apareció por una puerta del fondo.

—Stanley Brown. —Su mirada se movió entre él y Mike—. ¿Qué hacéis aquí?

—Necesitamos saber más sobre Christian —dijo Stanley—. ¿Hay algún sitio donde podamos hablar?

Donna miró a la mujer del mostrador.

—Usaremos la sala de reuniones. Sal, ¿me prestas la llave?

La mujer abrió un cajón con cara de pocos amigos.

—No te preocupes por Sal —dijo Donna—. Es que odia a los polis.

Mike reprimió una risa. Menudo trabajo se había buscado, entonces. Se giró hacia Stanley y la risa se le ahogó en la garganta. Stanley estaba mirando a Donna de una forma que incomodó a Mike.

—Vamos, colega —le dijo Mike—. A la sala de reuniones.

Stanley asintió y le dedicó una sonrisa a Mike.

Siguieron a Donna por unos pasillos que olían a patatas fritas y a sudor. Finalmente, llegaron a una puerta que Donna abrió. Stanley entró, dándole a la mujer un amistoso golpe en el brazo al pasar.

Mike lo siguió, asegurándose de no tener contacto físico con la amiga de Stanley.

La sala era estrecha y estaba en penumbra, con una mesa pequeña y cuatro sillas. Stanley se dejó caer en una y Donna ocupó la de al lado. Mike, a regañadientes, se sentó frente a ellos.

—Gracias por esto, Donna —dijo Stanley, sonriéndole y Donna le devolvió la sonrisa.

—¿En qué puedo ayudaros?

—Necesitamos saber qué ha estado haciendo Christian últimamente —dijo Mike—. Cualquier cosa fuera de lo normal. Algún día de baja por enfermedad, cualquier incidente en acto de servicio.

—¿Cuál fue vuestra operación más reciente? —preguntó Stanley.

La mujer alternó la mirada entre Stanley y Mike.

—Una redada antidrogas, en Boscombe.

—¿Hacen redadas de drogas en Boscombe? —preguntó Stanley.

Donna enarcó una ceja.

—Te sorprenderías.

—¿Fue una operación con armas de fuego en la que Christian participó? —preguntó Mike.

—Sí. No sois de Asuntos Internos, ¿verdad?

Mike sintió que balbuceaba.

—¿Asuntos Internos? —Stanley pareció sorprendido—. En absoluto.

—Bien.

—¿Hay alguna razón por la que piensas que podríamos serlo? —preguntó Mike.

Donna le devolvió la mirada y luego observó a Stanley.

—No pasa nada —dijo Stanley—. Puedes contárnoslo.

Apretó los labios.

—¿No sois de Asuntos Internos?

Stanley se llevó las manos al pecho.

—Te lo juro, Donna.

—Ya, aun así creo que deberíais hablar con el sargento.

Stanley le agarró la mano. Donna se sobresaltó, pero dejó que se la sujetara. Un rubor le subió por el cuello.

—Christian está en problemas —dijo Stanley—. Alguien se lo ha llevado.

—¿Quién?

—Eso es lo que intentamos averiguar.

—¿A qué te refieres con que se lo han llevado?

—Creemos que fingieron una detención.

—¿No fue Asuntos Internos?

—No.

—Vale. —Miró a Mike—. Hubo un... incidente. En la operación de drogas.

—¿Qué tipo de incidente? —preguntó Mike.

—Christian se... quedó atrás.

—¿Cómo es eso?

Donna suspiró y se recostó en la silla.

—Hicimos un barrido del edificio en busca de armas, comprobamos si había sospechosos. Hubo tres arrestos. Hicimos una

comprobación superficial de pruebas forenses, pero dejamos el resto para los de la científica. Christian dijo que había oído algo en el jardín, así que volvió a entrar. Cuando salí de la casa con el resto del equipo, pensé que se había adelantado.

—¿Pero? —preguntó Mike.

—Pero no estaba en la furgoneta.

—¿Estaba en el jardín?

—Ni rastro de él.

—¿Avisaste a tu sargento?

—Primero fui a buscarlo. Lo encontré en el jardín de al lado. Estaba... —Se frotó la piel del dorso de la mano.

—Continúa —dijo Mike—. ¿Qué estaba haciendo?

—Estaba hablando con un tipo. Grité el nombre de Christian, el tipo se largó y Christian volvió conmigo. Eso fue todo.

—¿Ese tipo era un sospechoso? —preguntó Stanley.

—Que yo sepa, no.

—¿Lo amonestaron después?

—Lo cubrí.

—¿Crees que fue una buena idea? —preguntó Mike—. Podría ser la razón por la que se lo han llevado.

—Pero no lo sabía, ¿no?

—No. —Mike miró a Stanley, que se encogió de hombros.

—¿Hay algo más que necesitemos saber, Donna? —preguntó Stanley—. ¿Dónde fue la redada?

—Puedo conseguir la dirección.

—¿Quiénes eran los objetivos?

—No lo sé. Solo éramos refuerzos.

—Vale. Gracias, Donna.

CAPÍTULO OCHENTA Y DOS

—¡Han llegado los refuerzos!

Lesley se giró y vio que Gail avanzaba por el camino de entrada de la casa de Davison.

—¿Qué necesitas? —le preguntó la forense mientras entraba con cuidado por la puerta dañada.

—Necesito cualquier cosa que pudieran haber dejado atrás cuando se produjo el supuesto arresto.

—Vale, recapitulemos. ¿Cuál es el caso? ¿Quién es el sospechoso? ¿De quién es esta casa?

—¿No te han informado? —preguntó Lesley.

—Recibí una llamada diciéndome que viniera aquí a toda prisa. Es todo lo que sé.

—¿Quién te llamó? —preguntó Lesley.

—Mike. Parecía que tenía prisa.

—Vale. —Lesley se acercó a Gail—. Esta casa es del agente autorizado Christian Davison. Es un posible sospechoso en el caso Fogarty y Lawson. El arma que encontraste era suya.

—De acuerdo, ahora todo tiene sentido. —Gail cruzó el pasillo hasta el salón y lo recorrió con la mirada—. Entonces, ¿a qué viene eso del supuesto arresto?

—Anoche vinimos a interrogarlo —respondió Lesley—. No estaba. Resulta que uno de sus vecinos lo vio mientras se lo llevaban detenido. —Hizo comillas en el aire con los dedos—. Fue ese mismo

día, más temprano, solo que no hay ningún registro en el sistema de ninguna detención ni de ninguna orden.

—O sea, que alguien fingió una detención —dijo Gail.

—Bingo.

—Y necesitas que Gavin y yo busquemos cualquier cosa que dejasen atrás o pruebas de quién pudo habérselo llevado o adónde pueden habérselo llevado.

—Eso es exactamente lo que necesito.

—De acuerdo. Buscaré, pero no espero encontrar nada.

—¿Por qué no?

—Cualquiera que finja una detención lo bastante convincente como para llevarse a un poli en activo va a tener alguna noción de la existencia de la policía científica. Dudo mucho que hayan dejado algo útil. —Gail hizo una pausa y arrugó la nariz. Era la única parte de ella que Lesley podía distinguir bajo el traje forense—. Pero nunca se sabe. Déjamelo a mí.

—Vale. Empieza por el salón. Dejó un sándwich a medio comer, creemos que es donde estuvo por última vez.

Gail negó con la cabeza.

—Empezaré por la puerta de entrada. Habrán llamado, él habrá abierto y puede que ni siquiera llegaran a entrar.

Gail tenía razón.

—Haz lo que tengas que hacer —le dijo Lesley a su colega.

—Supongo que habéis tenido cuidado con quién ha tocado esa puerta.

Lesley la miró. La puerta estaba astillada alrededor de la cerradura; el encargado de la entrada la había forzado para abrirla.

—Me temo que no.

Gail se rio.

—No es la primera vez. Veré qué puedo hacer.

CAPÍTULO OCHENTA Y TRES

Tina se recostó en la silla, con la mirada perdida en la pantalla. Había rastreado en HOLMES dos veces, sin saber muy bien qué buscaba. También había realizado varias búsquedas en Google tanto de Davison como de otros miembros de su equipo que había localizado en la base de datos. Había examinado los expedientes de Fogarty y Lawson y revisado el historial de Davison: dónde vivía, en qué unidades había trabajado.

No encontró nada útil. Ahí sentada no estaba logrando nada.

Entonces recordó algo: el último trabajo de Davison, la redada antidroga. Stanley la había llamado para contárselo. Quizá hubiera algo ahí.

Consultó los archivos de HOLMES, pero no vio nada específico sobre Davison.

Tal vez le sirviera de algo ir al sitio y verlo con sus propios ojos. Igual descubría algo importante.

Se inclinó hacia delante, tecleó un par de veces y se quedó mirando la pantalla. No, aquello era inútil. Sería de más ayuda al resto del equipo si salía a la calle a buscar pruebas y seguir pistas.

Agarró el abrigo del respaldo de la silla y se lo echó por los hombros. Tenía que encontrar una forma de ayudar en el caso.

CAPÍTULO OCHENTA Y CUATRO

—Lesley, ¡he encontrado algo!

Lesley se giró en la dirección de la voz de Gail.

—¿Dónde estás?

—Arriba, en el dormitorio del fondo.

Subió las escaleras a toda prisa, dudó un instante al llegar arriba y luego entró en el dormitorio del fondo. Gail estaba agachada en el suelo, buscando debajo de la cama.

—¿Qué es? —preguntó Lesley.

—Un portátil. Estaba escondido aquí debajo. —Levantó la vista hacia Lesley, luego estiró el brazo y sacó el portátil. Lo dejó sobre la cama.

—A lo mejor quería esconderlo de los ladrones.

—Quizá. Pero echemos un vistazo. —Gail abrió el portátil—. Mierda, está protegido con contraseña. —Levantó la cabeza y gritó —. ¡Gav! ¡Trae el descodificador!

—Voy a por él a la furgoneta —se oyó la voz de Gav.

—¿Tienes un aparato que descifra contraseñas? —preguntó Lesley.

—No es infalible, pero es mejor que quedarme aquí mil años intentándolo manualmente.

Empezó a toquetear las teclas.

—Yo no haría eso —dijo Lesley—. Podría bloquearnos el acceso.

—No te preocupes —replicó Gail con una sonrisa—. El chisme que va a traer Gav anulará cualquier cagada que yo haga.

Gavin apareció en el umbral de la puerta, con un *pendrive* en la mano.

—¿Eso es todo? —preguntó Lesley.

Gail lo conectó al portátil y aparecieron caracteres en el campo de la contraseña. Se movieron rápidamente, hasta que finalmente encajaron. El portátil cobró vida.

—Muy bien —dijo Gail—. A ver qué tenemos.

Fue al gestor de archivos, recorrió las carpetas y luego pasó al historial de software.

—Una aplicación de vídeo. Se usó ayer.

Abrió la aplicación e hizo clic en el archivo más reciente. Era la grabación de una cámara.

Gail ladeó la cabeza.

—Esa es la calle —dijo Lesley.

—Sí, pero ¿desde dónde?

Gail se levantó, con el portátil aún en las manos.

—Joder, las rodillas. Ya no estoy para andar a cuatro patas.

Se oyó una tos en la puerta. Lesley levantó la vista y vio a Dennis observándolas.

—Lo siento, Dennis —masculló Gail. Se giró para sentarse en la cama, poniéndoselo en el regazo. Lesley se sentó a su lado.

Gavin apareció detrás de Dennis.

—Hay una cámara junto a la puerta principal. Bien escondida, pero ahí está.

—Bien —dijo Gail—. Si nosotros no la vimos, lo más probable es que ellos tampoco.

Pasó rápidamente por varios archivos hasta que reprodujo uno cuya marca de tiempo se correspondía con el testimonio que el vecino había dado sobre la supuesta detención de Davison.

Lesley observaba en silencio.

Cinco hombres se apresuraron hacia la puerta. Tres de ellos llevaban uniforme de policía, o más bien imitaciones. Uno iba de paisano. Estaba detrás de los hombres con los uniformes falsos, con el rostro oculto.

Al cabo de un momento, los falsos policías se hicieron a un lado. El hombre de paisano, vestido con un traje, se giró brevemente hacia la cámara.

—¿Lo reconoces? —preguntó Lesley.

Gail entornó los ojos. Negó con la cabeza.

—Puede.

Lesley levantó la vista y vio que Dennis estaba pálido.

—Dennis, ¿quién es?

—Déjame verlo otra vez.

Gail giró el portátil hacia él.

—Cielo santo —dijo él.

—¿Qué pasa? —le preguntó Lesley—. ¿Quién es?

Dennis tuvo que humedecerse los labios antes de contestar:

—Es Darren Kelvin.

Lesley sintió que se le helaba la sangre.

—¿Kelvin?

—Sí, pero no Arthur Kelvin sino su sobrino. Darren Kelvin fue el hombre que se llevó a Christian Davison.

CAPÍTULO OCHENTA Y CINCO

Tina aparcó frente a la casa en la que Davison y su equipo habían hecho la redada la semana anterior. Era una casa adosada de lo más anodino. Tenía el jardín delantero lleno de basura y los marcos de madera de las ventanas podridos. Se quedó un momento en el coche, observándola. ¿Debía llamar a la puerta?

La observó otro rato, buscando indicios de que estuviera habitada. No se veía movimiento en el interior, pero eso no significaba que no hubiera alguien en la parte de atrás. Miró a ambos lados de la calle. Unas casas más allá, una mujer empujaba un cochecito de bebé, pero eso era todo.

Tina salió del coche y avanzó con cautela hacia la casa, escudriñando las ventanas a medida que se movía. Seguía sin ver nada. No había cortinas echadas; de hecho, no parecía que hubiera cortinas colgadas. Dudó ante la puerta principal, con la mano en alto. «Vamos, Tina. No tiene sentido venir hasta aquí para luego no llamar a la puerta», se dijo.

Le dio un golpe seco. El tipo de golpe que solo usaría la policía. No hubo respuesta. Volvió a llamar, pero siguió sin respuesta.

No significaba que no hubiese nadie dentro, solo que no querían hablar con ella.

Se abrió paso entre la basura del patio delantero y se dirigió a la ventana principal para mirar dentro. La habitación tras el cristal estaba hecha una pocilga, llena de cajetillas vacías de cigarrillos,

latas de cerveza y cartones de comida para llevar. No supo decir si la habían usado recientemente o si la habían dejado así hacía tiempo. Si el equipo de Davison había hecho una redada en el lugar apenas una semana antes, entonces habría estado en uso. Según el expediente, se habían producido tres detenciones.

Fue hacia la verja lateral que había junto a la puerta principal y la empujó. Se abrió. Volvió a mirar a la calle. En el sentido estricto de la palabra estaba cometiendo allanamiento de morada. Pero era una agente de policía que investigaba un crimen. Si Christian Davison había hecho algo allí que pudiera ayudarlos a encontrarlo…

Abrió la verja y caminó por el asfalto irregular que conducía al jardín trasero. Un contenedor de basura con ruedas le bloqueaba el paso y lo apartó a un lado.

El jardín trasero no estaba en mejores condiciones que el interior de la casa. La hierba le llegaba casi a la cintura y no se veía si había basura oculta entre la maleza. Un estrecho callejón recorría la parte trasera de la casa. Caminó por él, esquivando desperdicios y lo que parecían cenizas de una vieja hoguera, y se asomó a las ventanas traseras.

La cocina estaba inmunda. La mugre cubría el horno, las puertas de los armarios colgaban abiertas y los platos se amontonaban en el fregadero. Tina sacudió la puerta trasera. Estaba cerrada con llave.

Suspiró. No había nada más que pudiera hacer. Quienquiera que viviera allí, había puesto pies en polvorosa tras la redada de la policía. Si es que quedaba alguien que no hubieran detenido.

Fijarse en el lugar le dio una idea de lo que Christian Davison había experimentado en aquella redada, pero no la acercó a saber por qué había abandonado a su equipo. ¿Había sido deliberado? ¿Había algo que estuviera haciendo allí? ¿Alguien con quien se iba a reunir?

Miró de nuevo hacia el jardín. Quizá encontrara algo allí.

—¡Oiga! —se oyó una voz.

Giró la cabeza bruscamente, buscando su origen. El callejón estaba vacío.

—¡Usted! ¿Qué hace ahí?

Un hombre la miraba fijamente por encima de la valla. Era calvo y tenía los ojos entornados y gotas de sudor perlándole la frente.

—¿Sabe si hay alguien aquí dentro? —preguntó ella.

—No hay nadie desde hace una semana. ¿Quién es usted?

Tina tragó saliva. No estaba allí en acto de servicio ni tenía una orden de registro.

—Nadie —dijo.

El hombre gruñó.

—Pues lárguese, o llamo a la policía.

Tina reprimió una sonrisa.

—Disculpe la molestia, señor —dijo, y volvió sobre sus pasos por el callejón.

CAPÍTULO OCHENTA Y SEIS

—Hazlo tú —dijo Stanley.

Mike frunció el ceño mirando a su compañero y después llamó a la puerta del despacho de la sargento.

—Adelante —se oyó una voz.

Mike miró de reojo a Stanley y abrió la puerta.

—Sargento Weathers —dijo. Por lo visto había vuelto al trabajo.

La sargento de la unidad de agentes autorizados levantó la vista de su escritorio.

—Esa soy yo. Cabo Legg, ¿no?

—Sí, el cabo Legg y el subinspector Brown —dijo Mike.

—¿Qué pasa? —preguntó la sargento.

—Estábamos hablando con uno de su equipo sobre la operación antidroga que hicieron la semana pasada —respondió Mike.

La sargento Weathers asintió.

—¿Quieren saber por qué Christian se ausentó sin permiso?

—Seguramente, en el tipo de situaciones de alto riesgo en las que se encuentra su equipo, ustedes toman precauciones adicionales para asegurarse de saber dónde está todo el mundo —dijo Mike.

Weathers se levantó de la silla y la empujó hacia atrás. Chocó contra la pared.

—Mire —dijo—, no fue culpa de mi equipo. Estaban todos juntos, hechos una piña como siempre. Christian iba el último, Donna creía que lo tenía controlado. Él le aseguraba una y otra vez que estaba

con ellos, se separaron, entraron en habitaciones diferentes, registraron la casa... el procedimiento habitual.

—¿Y luego qué? —preguntó Stanley.

Mike miró a Stanley. ¿Conocía bien Stanley a esta gente? Había salido con Donna Turnberry, ¿no?

La sargento tenía las manos en los bolsillos.

—Terminamos la redada, salimos del edificio. Yo estaba en la puerta, vigilando la calle. Cuando el equipo salió, Christian no estaba con ellos.

—Pero espere —dijo Mike—. Usted estaba en la puerta. Si él hubiera salido del edificio, lo habría visto.

—Había una puerta trasera.

—¿Y no tenían un agente vigilándola?

—Sí, pero oyó algo en el jardín y fue a investigar. Debió de ser entonces cuando Christian salió del edificio.

—¿Dónde apareció? —preguntó Stanley.

—Lo encontró Donna, hablando con un tipo.

—¿Qué tipo?

—Según él era un transeúnte.

—¿No se le ocurrió comprobarlo? —preguntó Mike.

La sargento lo fulminó con la mirada.

—Confío en mi equipo.

—¿Cuánto tiempo estuvo desaparecido?

—Diez minutos, no más.

—¿Interrogó a Davison después? —preguntó Mike—. ¿Averiguó por qué desapareció?

—Dijo que había oído algo en una casa vecina.

—¿Llevaba la cámara corporal encendida? —preguntó Stanley.

Weathers lo miró. Respiró hondo un par de veces.

—Subinspector Brown y cabo Legg, preferiría hablar con su superior.

—Espere un momento —dijo Mike—. No la estamos investigando a usted, solo intentamos averiguar qué hizo Davison. Podría ayudarnos a encontrarlo.

Ella negó con la cabeza.

—Quiero hablar al menos con su sargento, preferiblemente con su inspector. No voy a responder a más preguntas.

CAPÍTULO OCHENTA Y SIETE

El teléfono de Tina sonó mientras conducía por la A35 de vuelta a la oficina. Activó el manos libres.

—Subinspectora Abbott —dijo.

—Tina —se oyó la voz de su jefa—, necesito que me mires algo en el sistema.

Tina tragó saliva. Miró por el retrovisor y no vio ningún coche detrás. Pisó el acelerador un instante, pero luego se lo pensó mejor y redujo la velocidad.

—Un momento, jefa. ¿Qué necesitas que mire?

—Tenemos unas grabaciones de las cámaras de seguridad de la casa de Christian Davison. Dennis ha identificado a uno de los hombres y queremos identificar a los otros. ¿Puedes pasarlos por HOLMES a ver si encuentras alguna coincidencia?

—Por supuesto. Aunque no puedo hacerlo de inmediato.

—¿Por qué no?

—Yo... Estaré en la oficina en cinco minutos.

—Tina —dijo la inspectora—. ¿Dónde estás?

Tina tragó saliva.

—Fui a investigar la casa donde Christian Davison participó en aquella redada antidroga. Quería averiguar si había algo allí que pudiera ayudarnos a localizarlo.

—Esa casa es la escena de un crimen —replicó la jefa—. Por favor, dime que llevaste refuerzos.

—Me temo que no, jefa.

—Mierda. —La voz de la jefa sonaba tensa.

—Lo siento, jefa —repitió Tina.

—No tenemos tiempo para esto —dijo la inspectora—. Vuelve a la oficina lo más rápido que puedas y te enviaré los archivos. Llámame en cuanto tengas algo.

—Sí, jefa. Lo siento, jefa.

—Y deja de disculparte de una puñetera vez.

CAPÍTULO OCHENTA Y OCHO

Lesley colgó, con los nervios a flor de piel. Se volvió hacia Dennis.

—Tina va a tardar un poco en revisar esos vídeos.

—¿Por qué?

—Parece que se ha tomado la libertad de ir a investigar la casa donde el equipo de Christian Davison hizo la redada antidroga la semana pasada.

A Dennis se le desencajó la mandíbula.

—¿Qué ha hecho qué?

Lesley apretó los dientes.

—No te enfades con ella, Dennis. Es un miembro del equipo sin experiencia, solo quería ayudar.

Dennis negó con la cabeza.

—Por favor, no me digas que fue sola.

Lesley asintió.

El rostro de Dennis enrojeció.

—Bueno —dijo Lesley—, ahora no tenemos tiempo para eso. Yo también estoy molesta con ella, pero solo tenía ganas de ayudar.

—Una cosa es tener ganas y otra ser idiota.

—Mira —dijo ella—, el tal Darren Kelvin ese, ¿cómo es? Cuéntame todo lo que sepas de él.

Todavía estaban en el dormitorio de Christian Davison. Un agente de la científica que no reconoció entró e hizo un gesto a Gail, que se levantó y lo siguió fuera, con un gesto de disculpa hacia Lesley.

—Salgamos —sugirió Dennis.

Lesley lo siguió escaleras abajo. Gail estaba en el salón; Lesley la saludó con un gesto de la cabeza al pasar y luego salió tras Dennis.

Dennis no dejó de andar hasta que llegó al coche de ella. Se volvió hacia Lesley y le indicó con un gesto que abriera la puerta. Ella lo hizo y se deslizó en el asiento del conductor. Dennis entró en el del copiloto.

—¿A qué viene tanto misterio? —preguntó ella.

Dennis negó con la cabeza.

—Cuando se trata de los Kelvin, cuanta menos gente haya implicada, mejor. Ya sabes lo sumamente desagradables que son.

Lesley sonrió.

—¿Sumamente desagradables? ¿Es esa la descripción más fuerte que tienes para ellos?

Dennis la miró.

—Usar tacos no lo hace más contundente, inspectora. Son gente despreciable, peligrosa. Si uno de los Kelvin se ha llevado a Christian Davison, entonces corre peligro.

—Eso ya lo sabemos.

—Solo podemos suponer que los Kelvin estuvieron implicados en el asesinato de Fogarty y Lawson —dijo él—. Se han llevado a Davison porque lo sabe.

Lesley se reclinó y miró por el parabrisas del coche.

—Davison trabajaba para ellos —dijo—. O les dio su pistola o hizo el trabajo por ellos.

Dennis se frotó los muslos de arriba abajo, apretando con fuerza.

—¿Qué haría que un agente en servicio hiciera eso?

—Eso no es lo que importa ahora mismo. Tenemos que encontrarlo, luego ya nos preocuparemos del motivo.

—Sabrán que los estamos buscando.

Lesley lo miró.

—No saben lo de las cámaras de seguridad.

Dennis negó con la cabeza.

—Se plantaron delante de su puerta a plena luz del día, sin disfraz. ¿Qué clase de confianza deben de tener para hacer eso?

—La confianza es una cosa; la imprudencia, otra. Ahora sabemos que están implicados en lo de Fogarty y Lawson. Una vez que encontremos a Davison…

—Sin una declaración suya, no tenemos nada.

Lesley lo miró. Tenía la boca seca.

—Tenemos que encontrarlo.

—Así es, inspectora. Y no solo porque necesitemos su testimonio.

Lesley apretó los dientes y asintió.

—Entonces, ¿dónde estará? —preguntó—. ¿Adónde podrían habérselo llevado los Kelvin?

—No lo sé, inspectora. Necesitamos acceder al sistema. Averiguar todo lo que podamos sobre las actividades de Darren Kelvin. Lugares que ha utilizado, locales comerciales que él o su familia poseen.

—Es una lista larga.

—Tenemos que intentarlo —dijo Dennis—. Podrían haberse llevado a Davison a uno de ellos.

—Tienes razón. —Cogió el móvil y llamó a Mike.

—Mike, ¿sigues con los agentes autorizados?

—Sí, inspectora.

—Tina no puede acceder al sistema ahora mismo, pero necesitamos entrar en HOLMES urgentemente. ¿Puedes hacerlo tú desde la base de los agentes autorizados?

—En principio sí… si la sargento Weathers nos deja.

—¿Hay algún problema? —Lesley miró a Dennis, que se encogió de hombros.

—Lo siento, inspectora —dijo Mike—, pero está poniendo ciertos impedimentos. Christian Davison se ausentó sin permiso en una operación la semana pasada y a ella le preocupa meterse en un lío por ello. No quiere hablar con nosotros.

—Dile que la vida de Christian Davison está en peligro. Tenemos que encontrarlo o podría morir.

—¿Qué está pasando, inspectora? —preguntó Mike.

—Lo tienen los Kelvin —dijo ella—. El sobrino de Arthur Kelvin fue a su casa haciéndose pasar por un agente de policía y se lo llevó.

—Mierda.

—Exacto.

—Se lo diré a Stanley. Puede que su amiga Donna nos deje entrar.

—Haz lo que tengas que hacer, Mike.

CAPÍTULO OCHENTA Y NUEVE

Tina aparcó el coche lo más cerca que pudo de la entrada de la comisaría y se lanzó hacia el edificio. Subió las escaleras corriendo, maldiciéndose en voz baja. No tenía ni idea del lío en el que estaría cuando volviera la jefa, pero sabía que tendría que redimirse. Tenía que ver ese vídeo de vigilancia e identificar a las personas que salían en él.

Irrumpió en la sala del equipo y se detuvo un momento al darse cuenta de lo silenciosa que estaba. La habitación estaba a oscuras, con todos los ordenadores apagados.

«Cálmate», se dijo a sí misma. ¿Iba a asustarse por una habitación vacía?

Encendió las luces y se dejó caer en la silla antes de encender el ordenador. Tenía un correo electrónico de la jefa con dos vídeos de vigilancia adjuntos. Uno era de la casa de Davison; el otro, de un vecino.

Inició HOLMES y abrió el vídeo del vecino. Lo vio al doble de velocidad, con los ojos entrecerrados y la respiración agitada.

Necesitaba recomponerse. Si entraba en pánico por estar en problemas, no haría bien su trabajo. Se pellizcó la piel del dorso de la mano, intentando concentrarse en el presente.

—Esto es lo tuyo, Tina —se dijo—. Analizar datos.

Comparar fuentes de pruebas era lo que se le daba bien. No ir de un lado a otro del condado recorriendo escenas del crimen y

siguiendo operaciones antiguas. Había sido una soberana estupidez, pero se había sentido tan inútil sentada allí sin hacer nada.

Pausó el vídeo. Hubo un momento en que uno de los hombres de atrás se había levantado el casco.

Entrecerró los ojos, rebobinó y redujo la velocidad.

El primer hombre, Darren Kelvin, estaba delante, vestido con un traje.

El sobrino de Arthur Kelvin. Hasta Tina lo reconocía.

Pero el otro, el hombre que iba detrás... Tina achicó los ojos, observando cómo se levantaba el casco y se rascaba la cabeza.

Tenía el pelo rubio y desaliñado, y un tatuaje detrás de la oreja. Tina no lo reconoció, pero era la mejor imagen que iba a conseguir.

La respiración se le iba normalizando. Tenía la cabeza de nuevo en el caso y no en su carrera. Eso era bueno.

Tina fue al expediente de Arthur Kelvin. Necesitaba los datos de sus empleados, de todos a los que habían interrogado alguna vez, de cualquiera que hubiera sido sospechoso de un delito. Empezaría por los peces gordos.

Fue revisando la lista, comparando las fotos con el fotograma del vídeo.

Dio un puñetazo en la mesa.

—Te pillé, cabrón.

Cogió el teléfono. La inspectora respondió a los dos tonos.

—Jefa —dijo—, uno de los otros hombres del vídeo de vigilancia... tengo una coincidencia.

—No pasa nada —respondió la inspectora—. Ya sabemos quién es.

—¿Qué? —replicó Tina.

—Mike lleva en HOLMES quince minutos. Está en la base de los agentes autorizados y le han dado acceso.

—¿Y le pediste que mirara el vídeo también?

—Sí —dijo la inspectora—. Lo siento, Tina. No podía esperar. La vida de Davison está en...

—Lo entiendo —dijo Tina—. ¿Así que ya sabe que es Stephen Leonard?

—Sí.

—Estuvo bajo sospecha el año pasado, en el caso de Harry Nevin.

—No pasa nada —dijo la jefa—. Cálmate, Tina, no estás en ningún lío.

—Lo siento, jefa —dijo Tina.

—Te encanta decir eso, ¿verdad? Deberías centrarte más en hacer tu trabajo y menos en disculparte.

—Lo siento, jefa.

—Ya estamos otra vez. Si vuelves a decir «lo siento», entonces sí que te echaré una bronca.

—Lo... —Tina se contuvo—. De acuerdo, jefa. Entendido. ¿Cuál es la situación?

—Mike y Stanley están rastreando todas las propiedades conocidas de Leonard. Te sugiero que hagas lo mismo —le dijo Lesley—. Cuantas más personas haya trabajando en esto, más rápido averiguaremos dónde está Davison. Mantenme informada a mí o a Dennis y enviaremos a los agentes uniformados a visitar todas las direcciones.

—Sin problema, jefa. —Tina colgó el teléfono.

Se quedó mirándolo un momento. Así que Mike se le había adelantado con una prueba crucial. La jefa los había enfrentado el uno al otro.

Mike, precisamente él. ¿Cómo había podido ser tan estúpida?

CAPÍTULO NOVENTA

Stanley estaba encorvado sobre el ordenador de Donna, con Mike de pie detrás de él. Donna estaba junto a la puerta, con la respiración entrecortada.

—Voy a meterme en un buen lío —dijo ella.

—Podrías salvarle la vida a Christian —le dijo Mike.

—¿Tan grave es?

—Esperemos que no —masculló Stanley, con los ojos recorriendo la pantalla.

—¿Qué te parece? —le preguntó Mike—. ¿Nos ayuda a acotar dónde podrían habérselo llevado?

—Todavía no. Dame tiempo. —A Stanley le dio un tic en la mejilla.

Mike se moría de ganas de tomar el control, por meterse él mismo en el sistema. Pero Donna solo le permitía usarlo a Stanley.

Su teléfono sonó y lo cogió, agradecido de que algo rompiera la tensión.

—Hola, Tina —dijo—. ¿Has vuelto a la oficina?

—Sí —respondió ella.

—¿Qué tal con tu madre?

—Bien. —Su voz era seca.

—¿Estás bien?

—Me has metido en un marrón —dijo ella.

Mike ahuecó la mano sobre el teléfono, mirando a Stanley.

—¿A qué te refieres?

—La jefa me pidió que revisara las cámaras de seguridad. No lo hice tan rápido como debería porque estaba fuera, en el lugar donde Christian Davison y su equipo hicieron una redada antidroga la semana pasada.

—Entonces, ¿qué he hecho mal?

—Identificaste a Stephen Leonard antes que yo.

—Lo siento, Tina —dijo él—. Pero solo estaba haciendo mi trabajo. La jefa nos pidió a Stan y a mí que...

—Lo sé —suspiró, y la crispación desapareció de su voz—. Sé que sí, es solo que... no necesito esto ahora mismo.

Mike se giró hacia la pared, consciente de que Stanley y Donna lo estaban escuchando.

—¿Estás bien, Tina? ¿Pasó algo mientras estabas en Lyme Regis?

—Estoy bien. No te preocupes por mí. —Y colgó.

Stanley levantó la vista hacia él.

—¿Todo bien?

—Bien —respondió Mike.

No iba a entrar en detalles sobre su vida personal con el miembro más nuevo del equipo.

CAPÍTULO NOVENTA Y UNO

Lesley aparcó frente a la casa de Darren Kelvin. Detuvo el coche y se quedó sentada un momento.

—¿Estás bien, jefa? —preguntó Dennis.

—Sí. Estoy pensando en la mejor forma de enfocar esto.

—Puede que ni siquiera esté.

Lesley se giró hacia él.

—Si está, necesitamos un plan. Si hay alguien que va a tener una coartada lista, ese es Darren Kelvin.

—Lo tenemos en las cámaras de seguridad. Ninguna coartada va a sacarlo de esta.

—Cierto —dijo ella—. Pero ya conoces a los Kelvin. Son escurridizos como anguilas.

Dennis enarcó las cejas.

—De esta no se libran, jefa.

—Espero que tengas razón.

Lesley abrió la puerta del coche y observó la casa mientras esperaba que Dennis se reuniera con ella.

Era un gran chalé en Canford Cliffs, a poco más de ochocientos metros de la mansión de su tío. No tan grandioso, pero elegante de todos modos. Apenas podía oír el mar en la distancia y el graznido omnipresente de las gaviotas.

—Vale —dijo—. Déjame llevar la iniciativa.

—Me parece perfecto, jefa —dijo Dennis.

Lesley le sonrió. Le gustaba cuando Dennis no se ponía en plan protestón.

Recorrió el camino de entrada y pulsó el timbre. Pocos instantes después, una mujer abrió la puerta.

—¿Señora Kelvin? —preguntó Lesley.

—No —respondió la mujer.

—Disculpe —dijo Lesley, mostrando su placa—. Soy la inspectora Clarke, de la policía de Dorset. Este es mi compañero, el sargento Frampton. ¿Cómo se llama, por favor?

—Tracy Stevens, ¿algún problema?

Lesley frunció el ceño.

—Señorita Stevens, ¿es usted la novia del señor Kelvin?

—No. ¿Quién es el señor Kelvin?

Lesley miró a Dennis.

—Darren Kelvin. Esta es su dirección. Necesitamos hablar con él.

—Lo siento, cariño. No sé de quién me hablas.

—¿Vive usted aquí? —preguntó Dennis.

La mujer lo miró.

—¿He hecho algo malo? Mierda, ¿es por mi marido? ¿Qué ha hecho esta vez?

Lesley se tensó.

—¿Cómo se llama su marido?

—Tom. ¿Qué ha hecho ahora?

—¿Trabaja para alguna de las empresas de Arthur Kelvin, por casualidad? —preguntó Dennis.

La mujer lo miró.

—Es director de hotel. Una cadena importante, en Bournemouth.

Lesley observó a la mujer. ¿Estaría diciendo la verdad?

—Disculpe, señorita Stevens —dijo Lesley—, pero ¿alquila usted esta casa?

—Sí. Por la agencia inmobiliaria Canford Letting. Tengo toda la documentación: pago el alquiler, las facturas del agua… todo en regla. He pagado incluso la licencia de televisión.

—Está bien —dijo Dennis—. Entonces, ¿la agencia Canford Letting es su casera?

—Mi casera no, la casa es de un tipo que trabaja fuera del país. Pero sí, es con ellos con quienes trato.

—¿Sabe por casualidad el nombre de su casero? —preguntó Dennis.

—Lo siento, no me lo dijeron.

Maldita sea.

—De acuerdo, gracias por su tiempo —dijo Lesley.

Se dio la vuelta y Dennis se unió a ella.

—Parece que dice la verdad —murmuró Lesley.

Dennis asintió.

—Si Darren Kelvin no vive en esa casa, ¿dónde vive? —preguntó Lesley mientras se detenía junto al coche.

CAPÍTULO NOVENTA Y DOS

—Vale, ¿y ahora qué? —preguntó Lesley.

Dennis se encogió de hombros.

—Tenemos que averiguar si el resto del equipo ha encontrado algún otro lugar donde pueda estar Davison.

—También tenemos que saber dónde vive Darren Kelvin en realidad.

Dennis asintió y Lesley arrancó el coche.

—¿Adónde vamos?

—No lo sé —dijo ella—, pero no quiero quedarme aquí sentada. Vayamos hacia Bournemouth. Llama a Tina, a ver si se le ocurre algo.

—De acuerdo. —Dennis cogió el teléfono—. Tina, soy el sargento... Vale... Sí. —Frunció el ceño—. Quiere hablar contigo, jefa. —Puso el manos libres.

—Tina —dijo Lesley. Estaban pasando por Branksome Chine, la carretera descendía hacia el mar y luego volvía a subir serpenteando hacia el interior—. La dirección que tenemos de Darren Kelvin es una propiedad de alquiler. La inquilina no sabe nada sobre él. Necesito que localices su domicilio real.

—Sin problema. Pero tengo aquí al superintendente. Quiere hablar contigo.

—¿En serio? ¿Por qué no me ha llamado directamente?

—Tengo que hablar contigo sobre Christian Davison —dijo Carpenter.

Lesley miró el teléfono.

—Estamos intentando localizarlo, señor. Estoy segura de que entenderá que...

—Inspectora Clarke, quítame del altavoz ahora mismo.

«Mierda».

Dennis le hizo un gesto para que aparcara. Lesley negó con la cabeza y se paró en doble fila justo antes de la rotonda de County Gates. Un coche tocó el claxon detrás de ella.

—Sí, sí, lo que tú digas —masculló, y salió del coche arrebatando el teléfono de Dennis.

—Señor, estoy sola. ¿Qué ha pasado?

—Christian Davison ya está siendo investigado.

—¿Por quién?

—Asuntos Internos, lo llevan vigilando un año.

—¿Bajo qué cargos?

—Lo siento, Lesley, eso es todo lo que sé.

—Aun así tenemos que encontrarlo. Está en peligro, señor. Si sabe quién mató a Fogarty y a Lawson, podría ser el siguiente.

—Lo sé.

¿Eso era todo lo que iba a decir?

—¿Compartirán su información con nosotros?

—Ya sabes cómo va esto…

Lesley gruñó y le hizo un gesto obsceno a un coche que pasaba tocando el claxon con estrépito. Había tenido bastantes tratos con el departamento de Asuntos Internos en las Midlands cuando investigaron a su entonces jefe, David Randle. Resultó que estaba implicado en el crimen organizado.

¿Estaba volviendo a pasar todo igual?

Se llevó la mano a la nuca. Su antigua herida le palpitaba.

—Vale —dijo—. ¿Qué puede decirme?

—No mucho. Fueron a su casa ayer y no estaba allí.

—Eso ya lo sabemos.

—Ya. Mira, Lesley, Asuntos Internos no quiere que interfiramos en esto. Afecta a una operación importante.

—Davison podría morir. Es un policía en activo. ¿De verdad Asuntos Internos quiere que lo dejemos a su suerte?

—No. Quieren llevar a cabo la búsqueda ellos mismos.

«Y una mierda».

—Señor, si por casualidad lo encuentro, no voy a dejarlo donde está.

—Contaba con que dirías eso.

Era una aprobación tácita. Carpenter intentaba cubrirse las espaldas, pero no quería la muerte de Davison sobre su conciencia.

—¿Eso es todo, señor?

—Sí.

—¿Puede ponerme con Tina otra vez, por favor?

—Le pedí que saliera de la oficina.

—¿Puede pedirle entonces que me devuelva la llamada, por favor?

—Puedo. Pero, Lesley, no hagas ninguna estupidez.

—No, señor.

La línea se cortó.

«Maldita sea», pensó Lesley mientras regresaba al coche.

—Soy el enemigo público número uno, aquí parado —dijo Dennis.

—Lo siento.

—¿A qué ha venido todo eso?

—Asuntos Internos ha estado investigando a Davison.

—Eso ya lo sabíamos.

—No, lo llevan vigilando un año.

Dennis inspiró hondo.

—Y Carpenter quiere que te eches atrás.

—Eso es lo que dice. Pero no es lo que quiere. Pon a Tina al teléfono otra vez. Tenemos que localizar a Kelvin.

CAPÍTULO NOVENTA Y TRES

Christian Davison se giró al oír movimiento al otro lado de la puerta.

Recorrió la habitación con la mirada, buscando de nuevo una posible arma. Pero sabía que no había nada.

Estaba claro que habían dejado el lugar vacío. Era un agente de policía en activo, un experto en armas de fuego. Sabían que lo primero que haría al recuperar la conciencia ahí sería buscar un arma.

Ni siquiera llevaba nada encima. Vestía los pantalones de chándal y la camiseta que se había puesto al llegar a casa la noche anterior.

¿Había sido la noche anterior o hacía más tiempo?

Quizá llevaba ahí un par de días, inconsciente la mitad del tiempo.

La puerta se abrió con un traqueteo.

Christian se puso de pie, con los músculos tensos y los sentidos en alerta.

Entró un hombre con una sonrisa socarrona en el rostro y Christian sintió que el corazón le daba un vuelco.

Una vez más, el hombre le dejaba ver la cara. Y eso solo significaba una cosa.

—Usted —dijo—. ¿Qué quiere de mí?

El hombre se rio.

—Habría pensado que era bastante evidente, ¿no crees?

Christian retrocedió y se detuvo antes de llegar a la pared. Sus ojos recorrieron el cuerpo del hombre, buscando bultos en sus bolsillos.

El hombre era delgado, de pelo oscuro y con una fina barba de varios días. Llevaba una chaqueta de cuero que parecía cara y unos vaqueros rotos, no el traje con el que había ido a casa de Christian.

No había rastro de nada lo suficientemente grande como para causar mucho daño. Pero podría haber más hombres al otro lado de la puerta.

—Ilústreme —dijo Christian, intentando sonar tranquilo.

El hombre se frotó la barbilla.

—Eres el principal sospechoso en una investigación por asesinato. Encontraron tu pistola en los acantilados de Lyme Regis, donde enterraron a Fogarty y Lawson.

—Lo sé.

—¿Sabías también que dos departamentos de la policía de Dorset han venido a verte en las últimas veinticuatro horas?

Christian se encogió de hombros.

El hombre sonrió.

—El equipo de investigación de delitos graves y el de Asuntos Internos. Joder, qué chico tan popular, ¿no?

Christian se clavó las uñas en el muslo.

—Sí —mintió. Pero la verdad era que no tenía ni idea de que Asuntos Internos le siguiera la pista.

—Me ha dejado en paz durante los últimos diez años —dijo—. ¿Por qué ha venido a por mí ahora?

—Joder, para ser poli no eres muy listo, ¿verdad?

—Ilústreme —repitió. Cualquier cosa para alargar esto, para darse tiempo a planear qué haría cuando Kelvin y sus matones finalmente le dieran una paliza.

¿O era mejor acabar de una vez?

—Vale. —El hombre dio un paso hacia él—. Esa pistola tuya... No queremos que le digas a nadie quién la usó.

—No sé quién la usó.

—No digas gilipolleces.

La puerta se abrió y entró otro hombre.

«Mierda». Christian lo reconoció al instante.

—Christian —dijo. Su voz era grave, áspera.

—Stephen Leonard.

Leonard sonrió.

—Me alegro de que te acuerdes de mí después de tanto tiempo. He oído que nos has estado dando problemas.

Christian negó con la cabeza.

—Asumiré la culpa.

—Pero eso no es lo que recuerdas, ¿verdad? —dijo el primer hombre.

—Todo lo que sé es que se la entregué al señor Leonard. Tal como prometí.

—Estabas allí. Sabes de sobra lo que pasó.

—Estaba en la parte de atrás de una furgoneta. No vi nada.

Leonard avanzó dos pasos. Christian se estremeció.

—Eres poli, Christian. No me digas que no recuerdas las voces.

Christian negó con la cabeza.

—En fin. Asuntos Internos, Delitos Graves, a mí me da igual —dijo el primer hombre—. No voy a permitir que te vayas de la lengua con ninguno de los dos.

—No hay problema. —Christian le sostuvo la mirada—. Les diré que fui yo. Yo disparé.

—No, no lo harás. Te cubrirás las espaldas como hacéis todos vosotros. Mierdas, que sois unos mierdas.

—No lo haré. Era mi pistola. Después de diez años no sabrán que no tenía residuos de pólvora en la piel. No tienen motivos para no creerme.

—¿Y por qué harías eso?

Christian sintió una gota de sudor resbalar por la nuca.

—Porque quiero asumir la responsabilidad de mis actos.

Ni de coña iba a decirles la verdadera razón: porque no quiero que me matéis.

El hombre se rio.

—¡El hijo pródigo! —Se dio la vuelta y puso una mano en la puerta. Leonard lo siguió—. No te creo.

La puerta se abrió. Los dos hombres salieron y entraron otros dos.

Llevaban trajes forenses. ¿De dónde los habían sacado?

—Por favor —dijo Christian—. Por favor.

Sintió que se le aflojaban los intestinos. «Contrólate».

—Déjenme marchar. Asumiré la culpa.

Los hombres no dijeron nada. Kelvin se había ido, la puerta estaba cerrada. Era inútil.

Christian levantó las manos frente a él.

Ya está. Llevaba diez años esperando este momento.

—¡Por favor! —gritó, con la voz temblorosa—. ¡Les diré que yo les disparé! ¡Lo haré!

Uno de los hombres metió la mano en un bolsillo interior y sacó un martillo. Christian sintió que se le licuaban las entrañas.

Retrocedió contra la pared y se deslizó hasta el suelo, tratando de no gemir.

Uno de los hombres miró al otro. Hizo un gesto con la mano, un movimiento de torsión.

Christian sintió que se le cortaba la respiración.

Gritó mientras los dos hombres se abalanzaban sobre él.

CAPÍTULO NOVENTA Y CUATRO

Lesley por fin se había dejado convencer por Dennis para que dejara de conducir.

Paró en una parada de autobús cerca del centro de Bournemouth, lo que provocó que él frunciera el ceño de nuevo. En ese momento, le sonó el teléfono.

Puso el manos libres y asintió a Dennis.

—Tina —dijo—. ¿Cómo te va?

—Me temo que todavía no he encontrado la dirección.

Lesley inspiró hondo.

—¿Ni locales comerciales ni direcciones residenciales? Tiene que haber algo.

—Está todo a nombre de su tío.

—Claro. —Lesley se reclinó en el asiento. Se frotó los ojos. Estaba cansada. Se había pasado la noche en vela, preocupada por Elsa.

Su teléfono vibró: Mike.

—Tina, voy a unir a Mike a la conversación.

—De acuerdo.

¿Sonó precavida la voz de Tina?

—Mike —dijo Lesley—. ¿Qué tienes?

—Stanley habló con la colega de Davison sobre la redada de drogas en la que se ausentó sin permiso. Por lo visto, lo encontraron hablando con un transeúnte.

—Y el trabajo de los agentes autorizados es efectuar arrestos, no tomar declaraciones.

—Su colega cree que conocía al tipo.

—¿Os dijo el nombre del sospechoso?

—Stephen Leonard —confirmó Stanley.

—¿Stephen Leonard? ¿Qué hace metido en una redada de drogas?

—¿Lo conoce, jefa?

—Lo interrogamos cuando investigábamos el asesinato de Harry Nevin —dijo Tina—. Trabaja para Kelvin.

—Exactamente —dijo Lesley—. Tina, eso amplía nuestro campo de búsqueda. Si conoce a Davison, podría ser él quien lo retiene.

Lesley apretó con más fuerza el volante.

—Leonard salía en la grabación de seguridad —dijo Dennis.

—Lo sé.

—Mike, ¿sigue Stanley ahí? Supongo que él habló con la colega de Davison.

—Aquí mismo, jefa.

—Stanley, ¿te dijo algo más? ¿Arrestaron a Leonard?

—Lo pusieron en libertad sin cargos el viernes pasado.

—Claro. Tina, ponte con ello. Mike y Stanley, a ver si podéis sacar algo más de los agentes autorizados. ¿Saben algo que no se registrara en el sistema?

—Entendido, jefa —dijo Mike.

—Jefa... —dijo Tina.

—Sí, Tina.

—Hay algo más que debemos considerar.

—Dime.

Silencio.

—¿Qué es, Tina?

—Fogarty, Lawson, Leonard y Kelvin. Todos tienen una cosa en común.

—Christian Davison.

—No solo eso —dijo Tina—. Fogarty y Lawson eran socios en lo que ahora es Nevin, Cross y Short. Leonard y Kelvin están

representados por ese bufete. —Una pausa—. En concreto, por Elsa Short.

Lesley se tensó.

—¿Qué estás sugiriendo, Tina?

—Lo siento, jefa. Pero tenemos que considerar que Elsa Short podría saber dónde se encuentra Kelvin.

CAPÍTULO NOVENTA Y CINCO

—Lesley, entiendes que la relación de una abogada con su cliente es confidencial, ¿verdad? No puedo revelar información de un cliente, sin importar de qué tipo de investigación se trate.

Lesley estaba de pie fuera del coche, que seguía aparcado en la parada del autobús. Un camión pasó junto a ellos por el estrecho hueco mientras el conductor le gritaba y un autobús se acercaba.

Apoyó la palma de la mano en el techo del coche, apretando los dientes.

—Lo sé, Elsa, pero ya no eres su abogada. Dejaste el caso a propósito porque son gente peligrosa. Y ahora tienen a un agente de policía. Me preocupa que lo maten porque tiene información sobre el caso de asesinato.

—Lesley —dijo Elsa, con la voz tensa—. No puedo decírtelo. No se trata solo del secreto profesional. ¿Qué pasará si descubren que he filtrado esa información? ¿Qué pasará si te llevan hasta Davison y consigues culpar de los asesinatos de Fogarty y Lawson a mis antiguos clientes?

Lesley arrastró las yemas de los dedos por el techo del coche.

—Elsa, ¿quieres que muera un hombre? ¿Quieres que los asesinatos de tus antiguos colegas queden impunes?

—No eran mis colegas. Y, de todas formas, cualquier prueba que obtengas de mí estará viciada. ¿La antigua abogada del acusado, que tiene una relación con la inspectora de la investigación,

proporcionando pruebas a la fiscalía? Si yo defendiera a Kelvin, me daría un festín con eso.

—Venga, Elsa.

Hubo una pausa.

—Lo entiendo, cariño —dijo Elsa—. Pero sabes que no puedo revelar información de un cliente. Simplemente, no está permitido.

—Permitido, mis narices —dijo Lesley—. Esto es una cuestión de vida o muerte. Sabes que hay excepciones.

Silencio.

—¿Elsa?

Ninguna respuesta.

—Elsa, por favor. Solo necesito una dirección. Con tiempo suficiente, podría encontrarla yo misma, pero no tengo tiempo.

Lesley se dio la vuelta y vio que el conductor del autobús le hacía gestos.

—Mierda. —Golpeó la ventanilla de Dennis y le indicó que se deslizara por los asientos.

Dennis así lo hizo, miró por el retrovisor y arrancó en cuanto ella se hubo sentado en el asiento del copiloto, todavía con el móvil pegado a la oreja.

—Cariño —dijo—. Sé que llevabas tiempo intentando alejarte de ellos. Sé que quieres protegerte. Me aseguraré de que nadie sepa de dónde he sacado esta información. —Miró a Dennis, que asintió.

—¿Con quién de tu equipo has hablado de esto? —preguntó Elsa.

—Con Dennis y Tina.

—¿Y puedo fiarme de ellos?

—Confiaría mi vida a esas personas. —Lesley se pasó una mano por el pelo—. Todo irá bien, Elsa. Si podemos culpar a Kelvin y a Leonard de estos asesinatos, no correrás peligro.

Se oyó un resoplido al otro lado de la línea.

—Sabes que las cosas no funcionan así.

Lesley tragó saliva.

—Si no encontramos a Christian Davison, va a morir. Igual que Fogarty y Lawson.

Elsa suspiró y Lesley esperó con paciencia.

—Vale —dijo Elsa—. Hay un polígono industrial en Nuffield. Tiene una nave allí.

CAPÍTULO NOVENTA Y SEIS

Tina respondió al teléfono.

—Tina, habla la inspectora. No hagas ninguna pregunta. Voy a darte una dirección. Quiero refuerzos uniformados allí de inmediato. Y llama también a los agentes autorizados.

—¿Está Davison allí? —preguntó ella.

—No lo sabemos con certeza, pero es una dirección que pertenece a Darren Kelvin. ¿Dónde están Mike y Stanley?

—Siguen en la unidad de los agentes autorizados —respondió ella.

—Bien. Habla con los uniformados; yo hablaré con ellos. Se encargarán de organizar los refuerzos armados.

—Sin problema, jefa. ¿Cómo ha...?

—Te dije que no preguntaras —dijo la inspectora—. Y, Tina...

Tina tragó saliva. Seguro que la iba a echar la bronca por haber ido al lugar de la redada antidroga. Iban a apartarla del equipo de investigación de delitos graves.

—Lo siento, jefa. Sé que metí la pata.

—No es eso, Tina. ¿Recuerdas la conversación que tuvimos sobre la conexión con Nevin, Cross y Short, cuando sugeriste que Elsa podría saber algo?

—Eh, sí. —Tina pensó en la tensión que había percibido cuando la jefa llamó a Elsa desde casa de su madre.

—Esa conversación nunca tuvo lugar.

Tina apretó el teléfono.
—Así es, jefa. Nunca tuvo lugar.

CAPÍTULO NOVENTA Y SIETE

Dennis aparcó el coche de Lesley a dos calles de la nave de Kelvin en el polígono industrial. Ya había un coche patrulla delante de ellos. Lesley se bajó justo cuando un coche camuflado y una furgoneta negra llegaban por detrás.

Una mujer se bajó del coche, vestida con el uniforme de los agentes autorizados. Lesley se le acercó, tendiéndole la mano.

—Inspectora Clarke —dijo—. Estoy al mando.

—Señora, soy la sargento Weathers.

Lesley frunció el ceño.

—¿Usted es la responsable directa de Christian Davison?

—Imaginé que le vendría bien una cara amiga cuando lo saquemos de ahí.

Lesley hizo una mueca.

—Ojalá logremos sacarlo de ahí.

—¿Sabe si está ahí dentro, señora?

—No con certeza —dijo—. Pero hemos revisado las cámaras de seguridad y uno de los coches que estaba frente a la casa de Davison llegó aquí en las últimas dos horas.

—¿Sigue ahí? —preguntó Weathers.

Lesley asintió.

—Las cámaras no lo han visto salir. Pero tenemos que registrar la zona.

—Hablaré con los agentes de uniforme para coordinar una batida.

—Haga eso.

—No se preocupe, señora. Nos aseguraremos de saber exactamente quién está dentro antes de acercarnos.

—Bien. No sabemos cuántos hombres hay ahí ni qué armas tienen. —Miró la furgoneta—. El equipo que ha traído, ¿son compañeros de Davison?

—He venido con una unidad diferente.

Gracias a Dios. No quería que las relaciones personales nublaran el juicio de los agentes.

—Bien.

Lesley se volvió hacia el coche. Dennis se acercaba a ella.

—¿Cuál es el plan? —le preguntó.

—Los agentes de uniforme y los autorizados van a inspeccionar la zona primero. Una vez sepamos quién está dentro, entraremos.

CAPÍTULO NOVENTA Y OCHO

—Tiene que quedarse bien atrás, señora —dijo la sargento Weathers.

—Quiero entrar. Si Davison está herido...

—Con el debido respeto, señora. Es uno de los míos. Puede confiar en que lo cuidaré.

—Los demás hombres en ese edificio son sospechosos en una investigación por doble asesinato. Es imperativo que no los dejemos escapar. —Miró a Weathers, recordando que en su última operación la sargento había permitido que uno de los miembros de su equipo desapareciera.

Pero Lesley sabía que un agente que acababa de meter la pata era el menos propenso a volver a hacerlo.

Weathers la miró a los ojos.

—La llamaré por radio cuando sea seguro que entre.

—De acuerdo —suspiró Lesley.

—Mientras tanto, le sugiero que se quede aquí.

Estaban resguardados tras una hilera de arbustos polvorientos desde donde se veía la nave de Kelvin. Lesley estaba con Weathers y cuatro miembros de su equipo, además de cuatro agentes de policía.

Mientras tanto, Dennis estaba más lejos, junto al coche de ella. Hablaba por teléfono, informando a Carpenter. Sabía que debería estar haciéndolo ella misma, pero quería vigilar la situación desde lo

más cerca posible. Y sabía que hablar con su superior en ese momento le nublaría el juicio.

Observó a los agentes autorizados comunicarse entre sí con gestos silenciosos. Dos de ellos se alejaron a toda prisa de su posición estratégica y rodearon la parte trasera del edificio, apenas visibles a menos que supieras qué buscar. Uno de los agentes armados que seguía con ellos le hizo a Weathers el gesto de pulgar hacia arriba mientras su radio se activaba, luego bajó el volumen y se ajustó el auricular.

Tras un momento de intensa concentración, Weathers señaló a su colega, asintió y le hizo un gesto para que avanzara.

Los dos se escabulleron hacia el edificio. Tres agentes uniformados aparecieron de la nada, con el ariete entre ellos. Corrieron hacia la puerta.

—¡Policía! ¡Abran!

No esperaron una respuesta, sino que estrellaron el ariete contra la puerta. Esta cedió y las cerraduras saltaron por los aires.

Lesley contuvo el aliento.

Los agentes se retiraron. Corrieron hacia la izquierda y se refugiaron detrás de un contenedor. Tres agentes armados entraron a toda prisa en el edificio.

De repente, se hizo el silencio. Lesley oía su propia respiración y el leve sonido de la voz de Dennis al teléfono.

Observó tan fijamente la puerta de la nave que le entró un escozor en los ojos.

La radio que tenía aferrada en la mano crepitó.

—Señora, ya es seguro que entre —era Weathers.

Lesley se giró hacia Dennis y le hizo una seña con el pulgar hacia arriba. Corrió hacia el edificio.

No había nadie a la vista. Todos los agentes armados estaban dentro y los uniformados seguían detrás del contenedor.

Atravesó la puerta a toda velocidad, sin detenerse a sentir miedo.

La entrada era lúgubre, con la pintura de las paredes desconchada. De ella salían tres puertas, todas abiertas. Se dio la vuelta en el espacio vacío.

—¡Sargento Weathers! ¿Dónde está?

La radio de Lesley volvió a crepitar.
—Use solo la radio, señora.
Se inclinó hacia el aparato y dijo en voz baja:
—De acuerdo. ¿Quién está aquí?
—Solo yo y tres de mis hombres. Ningún sospechoso.
—¿Davison?
—Está aquí, señora.
La radio le pesaba en la mano.
—¿Vivo?
—A duras penas. Pero sí.

CAPÍTULO NOVENTA Y NUEVE

Mike condujo hacia Poole, siguiendo la ruta que pensaba que habían tomado los agentes autorizados. Habían ido mucho más rápido que él, con las luces azules puestas y las sirenas cuando las necesitaban. Pero él hacía lo que podía por seguirles el ritmo.

—¡Por aquí! —gritó Stanley—. ¡Gira a la izquierda!

Mierda. Se había pasado el desvío.

Mike pisó el freno a fondo y dio marcha atrás. Tomó el desvío a la izquierda.

—Es por ahí —dijo Stanley, agitando el móvil frente a él—. Hacia la derecha.

Aún no habían tenido tiempo de parar y programar el GPS.

—Estos malditos polígonos industriales —masculló Stanley—. Son como laberintos. ¡Ahí!

Mike vio el coche de la inspectora más adelante. No había nadie cerca.

—Bien —dijo—. Deben de estar en el edificio.

—Aparca justo detrás —dijo Stanley—. Así entraremos tras ellos.

—No saben que ya hemos llegado. Podría ser peligroso.

—Sí, tienes razón —gruñó Stanley.

Mike se acercó al coche de la inspectora y aminoró la marcha para aparcar detrás. Justo entonces, un coche pasó a toda velocidad en dirección contraria, rozándole el retrovisor. Un potente Audi negro con matrícula reciente.

Mike lo miró entrecerrando los ojos.

—¡Joder! —gritó Stanley.

—¿Qué?

—Es Darren Kelvin, el sobrino.

—¿En serio? —Mike no consiguió ver el interior del coche; ya los había adelantado.

—Síguelo, Mike. Sigue a ese cabrón.

Mike revolucionó el motor y dio la vuelta en la calzada. Le chirriaron los frenos y una nube de polvo rodeó el coche.

—Joder —resopló Stanley—. No había hecho esto nunca.

—¿No eras conductor de respuesta rápida?

—Me refiero a hacerlo en un coche camuflado.

—Pon el rotativo —le dijo Mike.

—No queremos que sepan que vamos detrás de ellos.

—Hay que alcanzarlos. De todas formas se van a dar cuenta de nuestra presencia.

Stanley así lo hizo y Mike pisó el acelerador, con los sentidos alerta mientras salían a toda velocidad del polígono industrial.

CAPÍTULO CIEN

A Christian le dolía hasta el último hueso del cuerpo.

Yacía inmóvil y apretaba los ojos con fuerza. Le dio un repaso mental a su cuerpo. Le dolía todo, los músculos le ardían. Pero no había un único epicentro agudo. Sabía lo que se sentía al recibir un disparo, y no era eso.

Su mente regresó al momento en que Kelvin había salido de la habitación.

¿Qué tenían los otros dos en los bolsillos?

Martillos, recordó. Martillos.

Volvió a repasar su cuerpo, todavía con los ojos cerrados. Un martillazo no sería exactamente como un disparo, pero no andaría muy lejos. Sabría si le hubieran golpeado con uno.

Pero no encontró nada. Ningún punto de dolor concreto. Ninguna parte que le doliera más que el resto del cuerpo.

Mantuvo los ojos cerrados, no quería que supieran que había vuelto en sí.

Lo estarían vigilando, al menos uno de ellos, sentado en un rincón, echándole un ojo. Sabía cómo trabajaban esos hombres.

Sintió algo en el muslo, una punzada. Frunció el ceño.

Joder.

Había un punto por encima de la rodilla donde el dolor sí era peor que en otros sitios.

Le habían golpeado ahí, ¿verdad? Tendría la rodilla destrozada.

Pero no pasaba nada. Seguía vivo. Si eso era todo lo que le habían hecho, es que querían que viviera.

No tenía sentido. Había visto la cara de Kelvin y la de Leonard.

Todos sabían lo que había pasado hacía diez años, y sabían que tanto Asuntos Internos como el equipo de delitos graves le estaban pisando los talones.

Estaba seguro de que no iba a escapar con vida.

En cuanto abriera los ojos, estaría acabado.

Le picaba debajo del ojo izquierdo. Quería rascarlo, pero no iba a dejar que vieran que estaba despierto.

Mantuvo los ojos cerrados, los párpados apretados.

—Christian —dijo una voz.

¿Una mujer?

¿Sunika?

No. Rompió con Sunika hacía diez años.

Pero ¿y si Kelvin la había encontrado? ¿Y si la estaba amenazando?

Era absurdo. Sunika lo había dejado. Ahora tenía otro marido y dos hijos.

Pero era una buena mujer. Lo había dejado por culpa de sus turnos. Había pasado un tiempo prudencial antes de que empezara a salir con Hugh. O, al menos, eso era lo que le habían dicho sus amigos.

Si le decían a Sunika que él estaba en peligro, ella habría hecho cualquier cosa que le pidieran.

Abrió los ojos.

—¿Sunika?

Una mujer estaba de pie junto a él, con el rostro enmarcado por una luz brillante.

Parpadeó.

La mujer era rubia y alta. No era Sunika.

—¿Quién...? —tartamudeó, con un hilo de voz.

La mujer le sonrió.

—Soy la inspectora Lesley Clarke. Asuntos Internos vendrá a interrogarlo muy pronto. Pero tengo algunas preguntas que hacerle. No tenemos mucho tiempo.

CAPÍTULO CIENTO UNO

Dennis levantó la vista de su escritorio cuando se abrió la puerta. Mike y Stanley entraron.

—¿Lo habéis atrapado? —preguntó—. ¿Los habéis alcanzado?

Mike negó con la cabeza.

Dennis sintió que se desinflaba.

Stanley sonrió de oreja a oreja.

—Nosotros no lo hemos atrapado —dijo—. Pero los de uniforme sí. Solicitamos un coche patrulla.

Dennis golpeó el escritorio con los nudillos.

—Genial. Buen trabajo, chicos.

Tina estaba en el escritorio de al lado. Se levantó sonriendo.

—¿Pasó justo por delante de vosotros? —preguntó.

—Sí —respondió Mike, con el rostro animado—. Estábamos parando detrás del coche de la inspectora cuando pasó como si nada.

—Menuda potra —dijo Stanley.

Dennis se aclaró la garganta.

—¿Dónde está la jefa? —preguntó Mike.

—Está en el hospital —dijo Dennis—. Hablando con Christian Davison.

—¿Los de Asuntos Internos todavía lo quieren? —preguntó Stanley.

—La jefa quería hablar con él primero.

Stanley gruñó.

—Entonces, ¿dónde está Darren Kelvin? —preguntó Dennis.

—No solo Kelvin —dijo Mike—. Stephen Leonard también.

Dennis sintió que su sonrisa se ensanchaba.

—Dos por el precio de uno. Supongo que no os habrán dado una confesión también, ¿no?

Mike se rió.

—Ojalá. Pero esperemos que Davison los incrimine.

—¿Crees que lo hará? —preguntó Tina—. ¿Sabiendo que se incriminará a sí mismo?

Dennis la miró.

—Creo que Christian Davison ya está metido en suficientes líos. Espero que le dé un ataque de conciencia y nos lo cuente todo.

—Esperemos que sí.

Mike se acercó al escritorio de Tina y la observó.

—¿Todo bien? —preguntó.

Tina bajó la mirada hacia el escritorio, evitando la de Mike.

—Bien. —Miró de reojo a Dennis y este apartó la vista. No era asunto suyo—. Luego —le susurró a Mike—. Hablemos luego.

CAPÍTULO CIENTO DOS

Lesley acercó una silla y comprobó la puerta de la habitación privada de Christian Davison.

Había un agente uniformado fuera y dos agentes armados en el pasillo. Pero nadie había registrado aún que el paciente se hubiera despertado.

—Asuntos Internos está al caer —le dijo—. Querrán saber cómo llegó su pistola a la escena de un crimen en Lyme Regis. Pero antes tengo algunas preguntas para usted. Soy la inspectora de la investigación de los asesinatos de Kenneth Fogarty y Catherine Lawson.

Davison asintió.

Lesley sopesó las cosas que necesitaba saber. No tenía mucho tiempo.

—Primera pregunta: ¿fue su pistola con la que dispararon a Fogarty y Lawson?

Asintió de nuevo.

—¿Va a sincerarse con Asuntos Internos?

Se le quedó mirando un momento, parpadeando. Luego asintió una vez más.

—¿Fue usted quien disparó? —preguntó Lesley, observando su reacción.

Davison negó con la cabeza. No hubo vacilación, ni sonrojo, ni ninguna otra señal de que estuviera mintiendo.

—Entonces, ¿quién disparó?

—Leonard —graznó—. Estoy bastante seguro de que fue Leonard.

—«Bastante seguro». ¿Eso es todo?

—Fue Leonard. Él tenía la pistola. Dijo que iba a disparar a los dos abogados.

—¿Por qué le contaría eso a usted?

—Me estaban chantajeando. Estaba arruinado, mi divorcio... Acepté dinero a cambio de dar información, pero una vez que lo hice, me atraparon. Todo fue a peor.

—¿Por qué no se lo dijo a su superior?

—Creí que podría detenerlo. Mi trabajo era todo lo que tenía. Y todavía lo es.

—Va a perderlo.

—Lo sé. Pero estoy vivo.

La puerta se abrió y entraron dos hombres. Lesley no reconoció a ninguno de los dos.

Se puso de pie.

—¿Quiénes son ustedes?

El hombre que iba delante, alto, corpulento y con el pelo negro muy corto, sacó su placa.

—Superintendente William Morpeth, del departamento de Asuntos Internos. ¿Y usted quién es?

—La inspectora Lesley Clarke, del equipo de investigación de delitos graves.

—Si no le importa, este es nuestro testigo.

Lesley miró a Christian.

—Volveré. Cuando hayan terminado con usted.

Él apretó los dientes y asintió. Tenía los ojos rojos y el rostro grisáceo.

—Cuídese mucho —le dijo ella.

Rodeó la cama y se plantó delante del superintendente.

—No sea muy duro con él. Está herido, le golpearon en la rodilla con un martillo.

—No tiene que...

—Y ha estado atado y aterrorizado durante las últimas veinticuatro horas.

El superintendente la miró.

—Sé cómo hacer mi trabajo, inspectora Clarke. Ahora, déjenos solos, por favor.

CAPÍTULO CIENTO TRES

Elsa estaba sentada en la arena, con la vista perdida en el mar y abrazándose las rodillas.

Montar su propio bufete no sería fácil. No tenía contactos allí. Había venido de Londres directamente a trabajar en Nevin, Cross y Short.

El contrato con el bufete le impedía llevarse a ningún cliente. Tendría que empezar de cero.

Prefería empezar de cero. No estaba segura de qué clientes estaban asociados con Arthur Kelvin. Quería una cartera de clientes nueva, lo más lejos posible de aquel hombre.

Se puso en pie y se sacudió la arena de los vaqueros. Lesley no tardaría en volver a casa y el tren de Sharon llegaba en menos de una hora. Elsa había planeado llevarlas a cenar fuera, a un restaurante italiano nuevo en el paseo marítimo. Era lo que necesitaban, un poco de normalidad.

Esperaba que Lesley la perdonara por todo lo que había hecho. Por todas sus mentiras.

Lo había hecho en parte para proteger a Lesley, pero tenía que admitir que lo había hecho sobre todo para protegerse a sí misma. Ni loca habría implicado a una agente de policía en lo que estaba planeando.

Elsa caminó hacia las escaleras que subían al paseo marítimo y hacia su piso. Un hombre se acercaba en dirección contraria, con la

cabeza gacha y un perro corriendo delante de él.

El perro corrió hacia ella y le saltó encima, apoyando las patas en sus muslos. Elsa se rio.

—Eres una monada, ¿a que sí?

El perro la miró, con la lengua fuera. Ella le alborotó el pelo.

Levantó la vista y se le cortó la respiración.

Al hombre se le había unido otro, un hombre que reconoció. Bajo y fornido, con el pelo canoso.

Elsa se enderezó, con la mano todavía en la cabeza del perro.

—Arthur —dijo—. Qué sorpresa verlo por aquí.

La comisura de sus labios se curvó en una media sonrisa.

—Vaya. Vives cerca de aquí, ¿verdad?

—Puede.

Arthur se rio.

—No es ningún secreto que tienes un piso a tres manzanas del paseo marítimo. No es que estés precisamente de incógnito.

—Sí —respondió ella, sosteniéndole la mirada—. Sí que vivo aquí. Y paseo por esta playa todos los días.

—Muy bonito.

—No tanto como su casa en Sandbanks.

—Cierto —respondió con un guiño—. Deberías aspirar a algo mejor. ¿Por qué no lo haces?

Elsa no dijo nada. No iba a contarle a Kelvin su plan de montar un nuevo bufete.

—En fin —dijo él—, solo quería pasar a saludar. Y a decirte que te cuides.

—Lo haré. Gracias. —Hizo un esfuerzo por mantener la voz firme.

Arthur se inclinó hacia ella.

—Es que hay mucho cabrón suelto por ahí. ¿Sabes? Tienes que andarte con ojo. Puede que un día de estos estés paseando por esta playa y uno de ellos decida encapricharse contigo...

Elsa apretó los dientes y le devolvió la mirada. «No te inmutes. No reacciones».

—Gracias por el consejo —respondió sin más.

—Como te decía… —continuó Arthur ladeando la cabeza—, ándate con ojo. No te arriesgues. Echa el pestillo por la noche. No

me gustaría que te pasara nada.

Se dio la vuelta y se marchó, tirando del perro, que llevaba sujeto con una correa corta.

CAPÍTULO CIENTO CUATRO

El superintendente Carpenter tenía una visita cuando Lesley entró en su despacho.

—Señor —dijo ella, alternando la mirada entre él y el otro hombre. Era mayor que Carpenter, calvo por arriba y con el pelo cano alrededor de las orejas. Le dedicó una mirada severa.

—Inspectora Clarke —dijo el superintendente—. Este es el superintendente Phipps, de la policía de Hampshire.

—Encantada de conocerlo, señor.

—Él se encargará de dirigir la nueva investigación sobre la muerte del inspector Mackie.

—Ah —Lesley tragó saliva—. Muy bien, señor. ¿Necesitará la colaboración de mi equipo?

Phipps parpadeó, mirándola. Tenía los ojos casi anormalmente pequeños.

—Supongo que tomaremos declaración a algunos miembros de su equipo. Al menos a los que estaban aquí cuando ocurrió —su voz sonaba fina y estridente.

—Muy bien.

Había algo en aquel hombre que puso sus sentidos en alerta. Pero tenía que confiar en que haría un trabajo exhaustivo.

—He estado recopilando pruebas y puedo repasarlas con usted, si lo desea.

Phipps negó con la cabeza y le dedicó una sonrisa que no pasó de sus labios.

—Puesto que usted no estaba aquí en ese momento, inspectora Clarke, no creo que necesite su colaboración. Pero gracias por el ofrecimiento.

—De acuerdo. —Lesley miró a Carpenter—. Hemos realizado tres detenciones en el caso Fogarty y Lawson.

El rostro del superintendente se iluminó.

—¿Tres?

—Bueno, para ser exactos, nosotros hemos hecho dos y Asuntos Internos, una.

—¿Así que por fin han detenido a Davison?

—Sí, señor. Por lo que sé, está cooperando plenamente y creo que evitará una pena de prisión.

—Perderá su trabajo y se lo tendrá bien merecido —dijo Phipps —. Hay que ser gilipollas.

Lesley no dijo nada.

—¿Quiénes son los otros dos detenidos? —preguntó Carpenter.

Lesley sonrió, apretando un puño dentro del bolsillo.

—Darren Kelvin, señor. Y Stephen Leonard.

Carpenter abrió los ojos de par en par. Miró a Phipps y luego se recompuso.

—¿De veras?

—Sí, señor. El cabo Legg y el subinspector Brown los vieron saliendo de la propiedad donde el agente Davison estaba retenido. Davison ya ha aportado pruebas contra ellos en su declaración escrita y lo ratificará en el juicio. Leonard disparó a Fogarty y a Lawson. Davison fue testigo.

—El testimonio de Davison está viciado —dijo Phipps—. Fue cómplice.

—Creo que podemos confiar en él, señor.

—Buen trabajo, Lesley —dijo Carpenter—. Aunque eso no te libra de lo demás.

—No, señor —vaciló—. ¿Me necesita para algo más?

—No —la despidió con un gesto.

Salió del despacho dándose cuenta de que tenía las palmas de las manos sudorosas.

CAPÍTULO CIENTO CINCO

—Tina, no tenías por qué —dijo Dennis.

—Me los ha mandado mi madre. Los encontré en mi piso.

—¡Pues ábrelos!

Tina sonrió. Dejó la caja de bombones sobre su escritorio y le quitó el celofán.

—Caja Roja —dijo Dennis—. Tu madre es de las de toda la vida. Me parece bien.

Tina se encogió de hombros.

—No sabía que todavía se hacían —se rio Mike.

—Aprovechemos —dijo Tina.

—Podría acostumbrarme a tu madre —replicó Mike, metiéndose un bombón en la boca.

—Eso me recuerda… —le dijo ella—. Vamos a cenar a su casa el sábado de la semana que viene. Es que… —Dejó la frase en el aire.

—¿Qué pasa, Tina? —preguntó Mike—. ¿No te hace ilusión?

—No pasa nada —dijo Tina.

Ahí estaba otra vez, esa tensión entre los dos colegas. A Dennis no le gustaba tener parejas sentimentales en el equipo.

La puerta se abrió y entró la inspectora.

—Bombones. ¿Puedo coger uno?

—Me los ha mandado mi madre, jefa. Te mencionaba a ti expresamente en la tarjeta.

—Tu madre es un encanto. —La jefa escudriñó la caja y luego cogió uno. Dennis observó con sorpresa que se trataba de uno relleno de fresa.

—Bueno —dijo—. Tengo noticias para todos.

—Hemos hecho tres detenciones —dijo Dennis mientras la observaba con atención—. Eso ya lo sabemos.

—Esto es otra cosa. —Recorrió el rostro del sargento con la mirada.

—¿Qué es, jefa? —Se armó de valor—. ¿Es sobre el inspector Mackie?

—Carpenter ha traído a un investigador, el superintendente Phipps, del cuerpo de Hampshire. ¿Lo conoces?

Dennis sintió que el suelo se tambaleaba bajo sus pies. Extendió una mano y se agarró a su escritorio.

La jefa frunció el ceño.

—Dennis, ¿estás bien?

—Estoy bien, jefa. Perdona. No conozco a ese hombre.

Inspiró hondo. Notaba cómo el sudor le perlaba la frente. Parecía que las piernas se le hubieran ablandado.

El superintendente Phipps. Ya se había topado con él antes.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó la jefa. Se le acercó, tendiéndole una mano.

Dennis la apartó.

—Estoy bien, jefa. Estaré bien.

CAPÍTULO CIENTO SEIS

Lesley le indicó a Tina con un gesto que entrara en su despacho. Ella ya había entrado y se había sentado en su silla, ansiosa por descansar un poco. Pero primero tenía que mantener una conversación con la subinspectora.

—Cierra la puerta —dijo.

—Jefa. —Tina cerró la puerta y se quedó apoyada en ella.

—Y relájate. Toma asiento. —Lesley señaló las dos sillas que había frente a su escritorio.

La pizarra seguía montada detrás de ellas. No había ninguna fotografía de Christian Davison, pero la investigación aún no había terminado. Todavía estarían indagando en los detalles exactos de lo que había sucedido diez años atrás. Tenía que esperar que la fiscalía tuviera suficiente para una condena. Pero confiaba en que las pruebas de Davison bastarían para encerrar a Leonard y posiblemente a Kelvin por una buena temporada.

En cuanto al propio Davison... bueno, ese era un problema de Asuntos Internos.

—Lo siento, jefa —dijo Tina—, por haber ido al narcopiso.

Lesley se apoyó en el escritorio, con los codos sobre la superficie y las manos entrelazadas.

—Fue una imprudencia y una estupidez.

—Lo sé. No estaba pensando con claridad.

—Ya sé cómo eres, Tina. Eres entusiasta y quieres demostrar lo que vales. Pero eso ya lo has hecho. Tienes que creer que eres lo bastante buena para el trabajo que te doy. Eres un miembro valioso del equipo. No espero que te lances a la aventura a buscarte trabajo extra por tu cuenta. Sobre todo si ese trabajo te pone en peligro.

—Lo sé —asintió Tina—. Lo siento. Es que...

—¿Es que qué? —suspiró Lesley al tiempo que se reclinaba en la silla—. ¿Esto tiene que ver con tu relación con Mike? —Había percibido cierta tensión entre ellos en la sala del equipo antes. Como inspectora, eso era lo último que necesitaba.

Tina negó con la cabeza.

—No, no es eso. Según la ley, aún no tengo por qué contarte esto, jefa...

Lesley frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir con «según la ley»? ¿Qué has hecho?

Tina le devolvió la mirada.

—No he hecho nada, jefa. No te preocupes.

—Bueno, ¿entonces qué? Dímelo de una vez, Tina.

Lesley echó un vistazo a través de la pared acristalada que separaba su despacho del resto del equipo. Mike las estaba observando.

—Mike está preocupado por ti —dijo.

Tina miró hacia atrás.

—Todavía no se lo he dicho.

—¿Decirle el qué? —Lesley apoyó una mano en la mesa.

Tina se enderezó en la silla.

—Estoy embarazada, jefa.

Lesley reprimió una risa. Le había preocupado que Tina se hubiera metido en algún lío ilegal...

Un embarazo. Eso era lo último que se esperaba.

Volvió a mirar hacia la sala.

—Todavía no se lo has dicho a Mike.

Tina negó con la cabeza.

—¿No crees que deberías?

Tina asintió.

—Vale. —Lesley inspiró hondo—. Lo que estás olvidando es que soy madre. Sé cuáles son tus derechos. Y sé que todavía no tienes que notificárnoslo oficialmente. Pero ahora que me lo has dicho, tengo que tenerlo en cuenta y hacer una evaluación de riesgos en cualquier operación en la que participes.

Tina cerró los ojos.

—Lo sé.

—Mike se dará cuenta. Lo sabes, ¿no?

—Sí.

—¿De cuánto estás?

—De ocho semanas.

—Aún es pronto, entonces. Dentro de siete meses... en otoño.

Tina volvió a asentir.

—Mi madre cree que sentaré la cabeza con Mike.

—¿Pero no es lo que quieres?

—No estoy preparada para eso.

Lesley la miró.

—Tina, ¿quieres tener al bebé? Sabes que no tienes por qué. De ocho semanas...

Tina parpadeó, mirándola.

—Creo que sí.

—Decidas lo que decidas, mantendré la confidencialidad.

—Lo sé, jefa. Gracias. Pero sí. Quiero tenerlo. No entraba en mis planes, pero...

Lesley volvió a mirar a Mike. Se merecía saberlo. Pero era el cuerpo de Tina del que se trataba. Le dedicó una sonrisa a la subinspectora.

—Ser madre es un trabajo duro, pero muy gratificante. Yo era mayor que tú cuando me pasó, y ya estaba casada. Aunque al final eso no sirvió de nada. Pero Mike es un buen tipo. Te apoyará.

—Lo sé, pero acabo de entrar en el equipo. Es el peor momento posible.

—Tina —dijo Lesley—, cuando se trata de tener un bebé, siempre parece el peor momento posible. Pero creo que tienes que hablar un poco más con tu madre. Aclarar lo que quieres hacer.

—Sí, jefa. Aunque estoy bastante segura de que quiero tenerlo.

—Bueno, eso está bien —sonrió Lesley—. Un miembro más en el equipo.

CAPÍTULO CIENTO SIETE

Lesley abrió la puerta del piso y al instante alguien se abalanzó sobre ella.

—¡Uy! —dijo, casi cayendo al suelo.

—¡Mamá! —exclamó Sharon—. Te he echado de menos.

Lesley apartó a su hija, la examinó un momento y luego la atrajo hacia sí para darle un abrazo.

—Yo también te he echado de menos, cariño. Pero solo han pasado diez días.

—Lo sé —dijo Sharon—. Pero quiero mudarme aquí. Voy a hacerlo en verano.

Lesley agarró a su hija del brazo.

—No tomemos ninguna decisión precipitada todavía.

Sharon negó con la cabeza.

—No es precipitado. Es lo que quiero hacer. Quiero vivir aquí contigo y con Elsa.

—¿De verdad?

—Lo tiene decidido. —Elsa estaba en el umbral del salón, con un paño de cocina en las manos—. Y se parece a ti, Lesley. Cuando toma una decisión, no hay nada que hacer para que cambie de idea.

—¿Y a ti qué te parecería? —le preguntó Lesley a Elsa.

Elsa sonrió. Se acercó a Sharon y le puso la mano en el hombro. Sharon se giró hacia ella y le pasó un brazo por la cintura.

—Me encantaría —dijo Elsa.

—A mí también —añadió Sharon.

Lesley las miró. Se las veía tan naturales juntas. Le sorprendía la forma en que Sharon se había adaptado a la presencia de Elsa en sus vidas, el vínculo que habían creado.

—¿Y tu padre? —preguntó.

—Le parece bien —dijo Sharon—. Ahora que no está con Julieta, se pasa el día trabajando. Sinceramente, creo que le vendrá bien librarse de mí.

—No hables así —dijo Lesley—. Tu padre te quiere.

Sharon se encogió de hombros.

—Pues tiene una forma muy rara de demostrarlo.

—Te quiere —repitió Lesley—. Solo tienes que esforzarte un poco. Recordarle de vez en cuando que tiene una familia. A los académicos les gusta enfrascarse en su trabajo. Un poco como a nosotros, los polis.

Sharon se encogió de hombros.

—Bueno —dijo—. He traído una cosa.

Se dio la vuelta y desapareció en su dormitorio. Un momento después gritó:

—¡Mamá! ¡Necesito que me ayudes!

Lesley miró a Elsa, que se encogió de hombros y la siguió a su habitación. La maleta de la chica estaba abierta en el suelo y los cables se salían de la funda del portátil sobre el escritorio. Había colgado dos pósteres nuevos. ¿A qué hora había llegado?

Lesley se sentó en la cama. Sharon también se había comprado una funda nórdica nueva. Realmente se estaba asentando en la casa.

—¿Estás segura? —dijo—. ¿De verdad quieres vivir conmigo y con Elsa?

Sharon estaba de espaldas a ella, rebuscando en una mochila.

—Sí, mamá. Estoy segura. Elsa mola mucho.

«Mola». ¿Las chicas de dieciséis años decían eso hoy en día?

—Aquí está. —Sharon se giró hacia ella blandiendo una caja—. He comprado una tarta para el cumpleaños de Elsa.

Lesley se llevó la mano a la cara.

—Es mañana. Me he dejado su regalo en el trabajo.

—No le importará. Ya conoces a Elsa.

—Aun así...

—Ayúdame con esto, mamá. También he traído velas.

Lesley sonrió mientras su hija sacaba la tarta de la caja y empezaba a clavarle velas.

—¿No necesitamos un plato?

Sharon se detuvo.

—Buena idea. ¿Me traigo uno a escondidas?

Lesley se rio.

—¿Qué pasa ahí dentro? ¿Puedo ayudar? —gritó Elsa.

Sharon se puso de pie.

—¡Nada! ¡No entres!

—Vale. Voy a hacer café.

—No pasa nada —dijo Lesley—. Usaremos la caja como plato.

—Vale. —Sharon empezó a romper el cartón. Por fin, la tarta estuvo lista.

—Un momento. —Sharon rebuscó en su bolso y sacó un mechero.

—¿De dónde has sacado eso?

—Tranquila, no lo he comprado. Se lo he birlado a papá.

Lesley contuvo la risa.

—Vamos. —Sharon se levantó, sujetando la tarta con una mano y agarrando el brazo de Lesley con la otra.

Lesley siguió a su hija fuera de la habitación y hasta la cocina, donde Elsa estaba sacando tazas del armario.

—Tenemos algo para ti. O más bien, Sharon.

Elsa se giró. Se le iluminó la cara.

—Sharon, ¡una tarta! ¡Qué maja! —Miró a Lesley—. A ti se te olvidó, ¿verdad?

—No. —Lesley se rascó la mejilla—. Pero puede que me haya dejado tu regalo en el trabajo.

Elsa se inclinó y le dio un beso en la mejilla.

—No pasa nada. Has estado muy ocupada. —Su expresión cambió, solo por un instante.

—¿Estás bien? —preguntó Lesley.

—Sí. Perdona.

—Me lo dirías si no lo estuvieras, ¿verdad?

Elsa le devolvió la mirada durante un instante de más.

—Es solo que estoy preocupada por el nuevo negocio, eso es todo. No me hagas caso, esta tarta es más importante.

Lesley asintió.

Sharon encendió las velas y cantaron el cumpleaños feliz.

Elsa abrazó a Sharon.

—Es fabuloso, cariño. —Miró a Lesley—. Tu hija es una mujer increíble.

—Ha salido a mí.

Sharon le dio una palmadita de broma en el trasero. Lesley se rio.

—Entonces, ¿cuándo podrás recuperar mi regalo? —preguntó Elsa.

Lesley la miró. Elsa le dio un bocado a la tarta y se lamió los labios.

—Tengo algo mejor que un regalo.

Elsa ladeó la cabeza.

—¿No deberíamos dejar eso para más tarde? —Miró a Sharon, que estaba devorando la tarta de camino al sofá.

—Eso no —dijo Lesley, abriendo los ojos como platos—. Otra cosa. Algo mejor.

Miró a su novia, observándola de una manera que nunca había hecho con Terry. Los ojos de Elsa brillaban. Su pelo oscuro era suave y lustroso. Lesley quiso enredar los dedos en él y atraer a Elsa hacia sí.

Elsa sonrió.

—¿Ya has descubierto cuántos años cumplo?

—¡Treinta y nueve! —gritó Sharon desde el sofá.

Elsa negó con la cabeza.

—Casi.

—¿Cuarenta? —preguntó Lesley.

Elsa asintió.

—Los temidos cuarenta —susurró.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque me hace sentir vieja.

—No eres vieja.

Se encogió de hombros.

—Entonces, ¿qué es eso mejor que un regalo?

Lesley sintió que su cuerpo se hundía. Se detuvo. No. Demasiado tradicional.

—Elsa —dijo. Se humedeció los labios.

Elsa se inclinó hacia delante, con la mirada fija en la boca de Lesley.

—¿Sí?

Lesley se tragó el nudo que tenía en la garganta.

—Elsa, ¿quieres casarte conmigo?

* * *

Muchas gracias por leer ***Los crímenes de la playa de fósiles***. Si te ha gustado, te invitamos a escribir una reseña, así ayudarás a otros lectores a descubrir esta serie. También puedes reservar, a precio especial de preventa, ***Los crímenes del estanque azul***, la séptima entrega de la serie con fecha prevista de lanzamiento para el 29 de octubre de 2026.

AGRADECIMIENTOS

Queremos agradecer a nuestro equipo de lectores cero, que nos ayudan a pescar los errores que hemos cometido. En esta versión han colaborado Julio Turell de Uruguay, Circe Hernández de México, Rosa Muñiz de Asturias, Carmen Losada González, Begoña Gancedo, May Rojo, Rafaela Svarzman de Alicante, Jimena Cernich de Argentina y Mercedes Leal Lama de Badajoz.

¡Muchísimas gracias a todos!

Rachel y María

OTRAS OBRAS DE RACHEL MCLEAN

Serie Inspectora Lesley Clarke

Los crímenes del castillo

Los crímenes del acantilado

Los crímenes de la isla

Los crímenes del monumento

Los crímenes de los millonarios

Los crímenes de la playa de fósiles

Los crímenes del estanque azul